

CHARLES FORT



EL LIBRO DE LOS CONDENADOS

VEINTA Y SEIS VECES CONDENADO POR LA CIENCIA

80 páginas

CHARLES FORT

EL LIBRO DE LOS
CONDENADOS
VEINTE CUENTOS CONDENADOS POR LA CIENCIA

ALBERTO V. BARRIOBEN

¿aquí?

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

El libro de los condenados

© 2023, Charles Fort

De esta edición:

Diseño de portada e interiores: Departamento de Diseño de Editorial Planeta Perú

Corrección de estilo: Frida Bejar

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial Aquari

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704

Magdalena del Mar, Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: junio 2023

ISBN: 978-612-5083-17-3

Depósito Legal N° 2023-03760

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

ÍNDICE

ALGUNAS OPINIONES SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

¡Este es uno de los libros más asombrosos y menos convencionales que jamás hayan sido escritos! En este ejemplar, Charles Fort recoge algunos de los más extraños y asombrosos acontecimientos ocurridos en este mundo, hechos sobre los que la ciencia se muestra extrañamente silenciosa. Se trata de una recopilación de 1001 fenómenos, comprobados y testificados, que la ciencia, no pudiendo dar explicación, ignora de un modo deliberado.

Charles Fort ha llevado a cabo un terrible ataque contra la locura acumulada durante cincuenta siglos... Ha hecho unos enormes y feos agujeros en la base científica de los conocimientos modernos.

BEN HECHT

Charles Fort fue el Colón de lo desconocido, el arquitecto de los ovnis y el padre fundador de todo lo que hay de fabuloso en los confines inexplorados del universo. El leer su obra es algo necesario para toda mente inquisitiva.

DONALD WOLLHEIM

Sugiero que todo aquel que piense que el nuestro es el único mundo posible se pase un fin de semana leyendo la obra de Charles Fort.

ARCH OBOLER

ALGUNAS OPINIONES SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

*Charles Fort es el apóstol de la excepción y el sacerdote engañador
de lo improbable.*

BEN HECHT

*Sus sarcasmos están en armonía con las críticas más admisibles de
Einstein y de Surrell.*

MARTIN GARDNER

Leer a Charles Fort es como cabalgar en un cometa.

MAYNARD SHIPLEY

Es la mayor figura literaria desde Edgar Allan Poe.

THEODORE DREISER

Una de las monstruosidades de la literatura.

EDMUND PEARSON

Un ramo de oro para los flagelados por la crítica.

JOHN WINTERICH

*En el Libro de los condenados hay, como mínimo, el origen de seis
nuevas ciencias.*

JOHN W. CAMPBELL

Una procesión de condenados.

Por «condenados», entiendo a los excluidos. Tendremos una procesión de todos los datos que la ciencia ha tenido a bien excluir.

Batallones de malditos, dirigidos por los descoloridos datos que yo he exhumado, se pondrán en marcha. Unos lívidos, otros inflamados y algunos podridos.

Entre ellos, ya algunos son cadáveres, momias o esqueletos chirriantes y vacilantes, animados por todos aquellos que fueron condenados vivos. Deambularán gigantes hundidos en su sueño. Andarán entre guiñapos y teoremas como Euclides, bordeando el espíritu de la anarquía.

Aquí y allá se deslizarán putillas. Algunos son payasos, otros son muy respetables. Varios más son asesinos.

Horribles pestilencias y supersticiones desencadenadas, sombras y burlas, caprichos y amabilidades. Lo necio, lo pedante, lo raro, lo grotesco y lo sincero, lo hipócrita, lo profundo y lo pueril recibirán la puñalada, la risa y las manos muy pacientemente de toda la decendencia.

La apariencia colectiva se situará entre la dignidad y la intolerancia; la voz de la tropa adquirirá el tono de la letanía desafiante, pero el espíritu del conjunto será procesional.

El poder que ha decretado que todas estas cosas sean condenadas es la ciencia dogmática, sin embargo, ellas continuarán avanzando.

Las putillas brincarán, los enanos y los jorobados distraerán la atención, y los payasos romperán con sus bufonadas el ritmo del grupo. Sin embargo, el desfile tendrá la impresionante estabilidad de las cosas que pasan, siguen pasando y no dejan de pasar.

Por los «condenados», yo entiendo, pues, a los excluidos. Pero por los «excluidos» entiendo también a todos los que, algún día, excluirán, ya que el estado común y absurdamente denominado «existencia» es un ritmo de infiernos y de paraísos, puesto que los condenados no seguirán siendo condenados, pues la salvación precede a la perdición. Y nuestros andrajosos malditos serán, un día,

ángeles melifluos que, mucho más tarde, volverán al mismo lugar de donde han venido.

Sostengo que nada puede pretender ser, excepto si logra excluir algo; esto que se denomina comúnmente «ser» es una diferencia entre lo que está incluido y aquello que está excluido.

Estimo también que no hay diferencias positivas, que todas las cosas son como el insecto y el ratón en el interior de su queso. Insecto y ratón: nada más distinto que estos dos seres. Permanecen allá una semana o se quedan un mes, y, acto seguido, no son más que transmutaciones de queso. Creo que todos somos insectos y ratones que tienen diferentes expresiones, pero que pertenecen al mismo queso universal.

Para entenderlo mejor, el rojo no es positivamente distinto del amarillo, sino otro grado de vibración, de la cual el propio amarillo es un grado. El rojo y el amarillo son continuos o se funden en naranja; de manera que, si la ciencia, sobre la base de la cualidad de rojo o de blanco, debiera clasificar los fenómenos, incluyendo todas las cosas rojas como verdaderas y excluyendo todas las amarillas como ilusorias, la demarcación sería falsa y arbitraria, ya que los objetos naranjas constituyen una continuidad y pertenecerían a los dos lados opuestos de la frontera.

Ahora bien, resultará que no se ha concebido jamás una base más razonable de clasificación, de inclusión o de exclusión, que el rojo y el amarillo. La ciencia, utilizando diferentes bases, ha incluido o excluido multitud de datos; pues, si el rojo es un continuo con el amarillo, si toda base de admisión y toda base de exclusión son un continuo, la ciencia ha debido incluir hechos que prolongaban aquellos mismos que ella aceptaba. En el rojo y el amarillo, que se funden en naranja, querría tipificar todos los test, todos los estándares, todos los medios que permitan formarse una opinión.

Toda opinión posible sobre un tema cualquiera es una ilusión basada sobre este sofisma de las diferencias positivas. La búsqueda de todo entendimiento tiene por objeto un hecho, una base, una generalización, una ley, una fórmula, una premisa mayor positiva..., pero lo mejor que se ha hecho ha sido desprenderse de las evidencias.

Esta es la cuestión, aunque no obtuvo resultado. Y, sin embargo, la ciencia ha actuado, ordenado, condenado, como si esta cuestión hubiera obtenido un resultado.

Si no hay diferencias positivas, no es posible definir nada como positivamente diferente de otra cosa.

¿Qué es una casa? Una granja es una casa, cuando la acondicionas para vivir en ella. Pero si la residencia constituye la esencia de una casa más que el estilo de arquitectura, entonces un nido de pájaros es una casa. La ocupación humana no constituye el estándar de juicio, ya que, por ejemplo, los perros tienen su casa; pero tampoco lo constituye la materia, puesto que los esquimales tienen casas de nieve. Y dos cosas tan positivamente diferentes como la Casa Blanca de Washington y la concha de un cangrejo ermitaño se revelan continuas.

Nadie ha podido jamás definir la electricidad, ya que la electricidad no es nada si se la distingue positivamente del calor o del magnetismo. Los metafísicos, los teólogos y los biólogos han intentado definir la vida, pero han fracasado porque en el sentido positivo no hay nada que definir, no hay un solo fenómeno de la vida que no se manifieste, a cualquier grado que sea, en la química, en el magnetismo o en los desplazamientos astronómicos.

Islas de coral blanco en un mar azul oscuro.

Su apariencia de distinción, de individualidad, o la diferencia positiva que las separa no son más que las proyecciones del mismo fondo oceánico. La diferencia entre tierra y mar no es positiva. En toda agua hay un poco de tierra, en toda tierra hay agua.

Así pues, todas las apariencias son falsas, puesto que forman parte de un mismo espectro. La pata de una mesa no tiene nada de positivo, no es más que una proyección de algo. Y ninguno de nosotros es una persona, ya que físicamente somos una continuación con lo que nos rodea, esto es, psíquicamente no llega hasta nosotros nada más que la expresión de nuestras relaciones con todo lo que nos rodea.

Mi posición es la siguiente: todas las cosas que parecen poseer una identidad individual no son más que islas, proyecciones de un continente submarino, que carecen de contornos reales. Pero, pese a que no sean más que proyecciones, tienden a liberarse de esta atracción que les deniega su propia identidad.

Todo lo que intenta establecerse como real o positivo, sistema absoluto, gobierno, organización, persona, entidad, individualidad, no puede llegar a ello más que rodeándose de una frontera, condenando y excluyendo mediante la huida todas las demás «cosas», sin lo cual no puede gozar más que una apariencia

de existencia. Pero, si actúa así, actuará falsa y arbitrariamente, fútil y desastrosamente, como el que quisiera trazar un círculo en el mar, incluyendo algunas olas y declarando positivamente diferentes a todas las demás olas, continuas con las primeras, o apostando su vida en la diferencia positiva de los hechos admitidos y de los condenados.

La ciencia moderna ha excluido, falsamente, falta de estándares positivos. Ha aislado fenómenos que, según sus propios pseudoestándares, tenían tanto derecho a la existencia como los elegidos.

Estimo que el estado común y absurdamente denominado «existencia» es una corriente, una onda o un pasaje de la negatividad a la positividad, y el intermediario entre las dos.

Por «positividad» entiendo armonía, equilibrio, orden, regularidad, estabilidad, consistencia, unidad, realidad, sistema, gobierno, individualidad, verdad, belleza, justicia, perfección y exactitud. Todo lo que se denomina «progreso», «desarrollo» o «evolución» es un movimiento o una tentativa de aproximarse a aquel estado para el cual, o para los aspectos del cual, hay tantos nombres, todos resumidos en esta única palabra de posesividad.

A primera vista puede parecer que esta síntesis sea inaceptable, que todas estas palabras no sean sinónimas, que «armonía» signifique «orden», pero que «independencia» no signifique «verdad», o que «estabilidad» no sea «belleza», ni «sistema» ni «justicia».

Sin embargo, hablamos del «sistema» de los planetas y no de su «gobierno». Considerando como ejemplo a un gran almacén y a su dirección, nos daremos cuenta de que las palabras son intercambiables. Era de uso común hablar de equilibrio químico, pero no de equilibrio social; esta falsa demarcación ha sido franqueada. Todas estas palabras, vamos a verlo, definen el mismo estado. En términos de ilusiones comunes o de facilidades cotidianas, no son sinónimos. Pero un gusano de tierra, para un niño, no es un animal, sin embargo, para un biólogo sí lo es.

Por belleza, designaré lo que parece completo. Lo incompleto o lo mutilado es totalmente feo.

La Venus de Milo es fea para un niño. Pero si un espíritu puro la imagina completa, se convertirá en hermosa.

Una mano concebida como mano puede parecer bella, pero abandonada en un campo de batalla ya no lo es.

Pero todo lo que nos rodea es una parte de algo, que a su vez forma parte de otra cosa; en este mundo no hay nada hermoso, solo las apariencias son intermediarias entre la belleza y la fealdad. La universalidad es lo único completo, solo el conjunto es hermoso, y tender hacia la belleza es querer dar a lo local el atributo de lo universal.

Por estabilidad, designaré lo indesplazable, lo inalterable, lo sincero. Sin embargo, todas las apariencias no son más que una reacción hacia alguna cosa. La estabilidad no puede ser tampoco más que universal. Algunas cosas parecen tener, o tienen, una mayor aproximación de estabilidad que otras, pero en este mundo no hay más que diversos grados de intermedio entre la estabilidad y la inestabilidad. Todo hombre, pues, que trabaja por la estabilidad, bajo sus diversos nombres de «permanencia», de «supervivencia» o de «duración», tiende a localizar en alguna cosa un estado que solo es realizable en lo universal.

Por independencia, entidad e individualidad, designaré aquello cerca de lo cual no existe nada más. Si no hubiera más que dos cosas, estas serían continuas y se afectarían entre sí, ambas destruirían su independencia, su propia individualidad.

Todas estas tentativas de organización, de sistemas y de lógicas, siguen siendo intermediarias entre el orden y el desorden, fracasan a causa de sus relaciones con las fuerzas exteriores. Todas tienden a lo completo, pero si todos los fenómenos locales soportan fuerzas exteriores, estas tentativas no se realizarán más que en el conjunto, ya que solo así soportarán fuerzas exteriores.

Y todas estas palabras son sinónimos que designan el estado que yo denomino «positivo». Toda nuestra existencia tiende al estado positivo.

Una paradoja asombrosa es que todas las cosas intentan convertirse en universales sin importar el excluir a otras.

La verdad es otro nombre del estado positivo. Los sabios que creían buscarla no hacían más que buscar verdades astronómicas, químicas y biológicas. Pero la verdad es aquello después de lo cual no existe ya nada más. Por verdad, designo lo universal.

Los químicos han buscado lo verdadero o lo real, y han fracasado siempre a causa de las relaciones exteriores a la química; nunca ha sido descubierta una ley química sin excepciones, pues la química es un continuo con la astronomía, la física, y la biología. Si el Sol cambiara de posición respecto a la Tierra, y la humanidad pudiera sobrevivir a ello, nuestras fórmulas químicas no significarían

absolutamente nada: sería el nacimiento de una nueva química.

Buscar la verdad en lo especial es buscar lo universal en lo local.

Y los artistas buscan la armonía, mientras sus pigmentos se oxidan, o las cuerdas de sus instrumentos se ajustan inopinadamente a las fuerzas químicas, térmicas y gravitatorias. En este mundo no hay más que intermediaridad entre la armonía y la discordancia. Y las naciones que han combatido con el único fin de adquirir su entidad, su individualidad, para ser naciones reales y terminantes, no han obtenido nunca más que su intermediaridad, ya que siempre han existido fuerzas exteriores y otras naciones animadas por el mismo anhelo.

En cuanto a los objetos físicos, químicos, mineralógicos, astronómicos, no buscan encontrar la verdad, sino que todos tienden hacia el equilibrio. No hay un movimiento que no sea dirigido hacia el equilibrio y que no se aleje de otra aproximación.

Todos los fenómenos biológicos buscan adaptarse, no hay un solo acto biológico que no sea un ajuste. Ajuste es sinónimo de equilibrio, y el equilibrio está en lo universal, de modo que nada exterior puede perturbarlo.

Pero esto que se denomina «ser» es el movimiento. Todo movimiento no es la expresión de un equilibrio, sino de una puesta en equilibrio o del equilibrio no alcanzado. Y el simple hecho de ser, en el sentido positivo, se manifiesta en la intermediaridad entre equilibrio y desequilibrio.

Así, todos los fenómenos, en nuestro estado intermediario o en nuestro cuasiestado, representan dicha tendencia única a organizar, estabilizar, armonizar, individualizar o positivar, es decir, a convertir en real. Después de una apariencia, esto es expresar el fracaso o la intermediaridad entre el fracaso y el logro final: cada tentativa, esto es observable, es derrotada por la continuidad o por las fuerzas exteriores, es decir, por los excluidos, continuos de los incluidos.

Toda nuestra «existencia» es una tentativa de lo relativo por ser absoluto o de lo particular por ser universal.

En este libro, mi interés se centra en este intento, tal como se manifiesta en la ciencia moderna que lucha por ser real, concluyente, completa y absoluta. Pero si la apariencia del ser, aquí, en nuestro cuasiestado, es el resultado de una exclusión siempre falsa y arbitraria, si lo aceptado y lo rechazado forman parte de este continuo, todo el sistema, la entidad de la ciencia moderna, solo será entonces un cuasisistema, obtenido por el mismo proceso arbitrario, gracias al

cual el sistema teológico ha usurpado su ilusión de existencia.

Reuniré en este libro algunos de los datos que estimo han sido arbitrariamente excluidos.

Los datos de los condenados.

Me he lanzado a la oscuridad exterior de las transacciones y procedimientos científicos, una región ultrarrespetable pero cubierta del polvo del desprecio. He descendido hasta el nivel del periodismo, pero he regresado con las cuasialmas de los hechos perdidos.

Avanzarán.

En cuanto a la lógica de mis razonamientos futuros, aquí tienes:

En nuestra moda de apariencias no puede haber más que una cuasilógica.

Nada ha sido probado jamás... porque nada hay que probar.

Y cuando digo que no hay nada que probar quiero decir que, para todos aquellos que aceptan la continuidad, o la fusión de todos los fenómenos con otros fenómenos, sin demarcación posible entre cada uno de los mismos, no hay más que una sola cosa, en un sentido positivo. Y es por tal razón que no hay nada que probar.

No se puede probar, por ejemplo, que algo sea un animal, porque la animalidad y la vegetalidad no son positivamente diferentes. Algunas expresiones de vida son tan animales como vegetales o representan la fusión de la animalidad con la vegetalidad. No hay, pues, test, criterio ni estándar para formarse una opinión. Distintos de los vegetales, los animales no existen. No hay nada que probarles.

No se puede probar, por ejemplo, que algo sea bueno, ya que no hay nada en nuestra «existencia» que sea bueno en sentido positivo y que se distinga verdaderamente del mal. Si es bueno perdonar en tiempos de paz, es malo hacerlo en tiempos de guerra. En este mundo, el bien es continuo con el mal.

En lo que me concierne, no hago más que aceptar. No pudiendo ver las cosas universalmente, me contento con localizarlas. Así pues, nada ha sido probado jamás y las declaraciones teológicas son susceptibles también a cuestionamientos, pero han dominado sobre la mayoría de los espíritus de su tiempo por puros procesos hipnóticos; y, en la época siguiente, las leyes, dogmas, fórmulas y principios de la ciencia materialista no han sido jamás probados, pero los espíritus dirigentes de su reino han conducido, por medio de la autosugestión, a

creer más o menos de manera firme en ellos.

Las tres leyes de Newton, que intentan acabar con la positividad, desafiar y romper la continuidad, son tan reales como todas las demás tentativas de localización de lo universal. Si todo cuerpo observable es un continuo, mediata o inmediatamente, con todos los demás cuerpos, no puede ser influido solamente por su propia inercia, de modo que no hay medio de saber lo que es el fenómeno de la inercia. Si todas las cosas reaccionan ante una infinidad de fuerzas, no hay medio de saber cuáles serán los efectos de una sola fuerza imprimida. Si toda reacción es un continuo con la acción, no puede ser concebida en su conjunto y no hay medio de concebir lo que puede igualar, ni a qué puede oponerse.

Las tres leyes de Newton son actos de fe.

Las inercias y las reacciones son personajes mitológicos, pero, en su tiempo de predominio, han generado la creencia, como si hubieran sido probadas.

Las enormidades y los absurdos avanzarán.

Sustituiré la aceptación por la creencia.

Las células de un embrión cambian de apariencia en diferentes épocas.

Lo que está firmemente establecido cambia difícilmente.

El organismo social es embrionario.

Creer firmemente es retardar todo desarrollo.

Aceptar temporalmente es facilitarlo.

Pero, aun sustituyendo la aceptación por la creencia, usaré métodos convencionales, medios por los cuales han sido formuladas y sostenidas todas las creencias: mis métodos serán los de los teólogos, de los salvajes, de los sabios y de los niños pequeños, ya que, si todos los fenómenos son un continuo, no puede haber métodos positivamente distintos. Por los métodos balbucientes de los cardenales, de los cartománticos y de los campesinos es como escribiré este libro, y si sirve como medio de expresión de su tiempo, me atrevo a creer que prevalecerá.

Todas las ciencias comienzan por tentativas de definición, pero nada ha sido definido jamás porque nada hay que definir.

Darwin ha escrito *El origen de las especies* sin haberse preocupado nunca de definir lo que era una «especie». Es imposible definirla.

Nada ha sido descubierto finalmente jamás, porque no hay nada final que descubrir. Es algo así como buscar una aguja que nadie hubiera perdido en un pajar inexistente. Pero todas las tentativas científicas encaminadas a descubrir

realmente algo allá donde no había nada que descubrir son, en realidad, tentativas de ser algo.

Cualquiera que busque la verdad no la hallará jamás; pero hay una ínfima posibilidad de que él mismo se convierta en la verdad, puesto que la ciencia es más que una búsqueda: es una pseudoconstrucción, una cuasiorganización, es una tentativa de evasión con miras a establecer la armonía, el equilibrio, la estabilidad, la consistencia, la entidad.

Hay una ínfima posibilidad de que lo consiga.

Vivimos una pseudoexistencia en la que participan todas las apariencias con su irrealdad esencial. Pero algunas de estas se aproximan más que otras al estado positivo.

Concibo todas las «cosas» como ocupando gradaciones, o escalones en series entre la «positividad» y la «negatividad», entre la realidad y la irrealdad. Algunas apariencias son más constantes, más justas, más hermosas, más armoniosas, más individuales o más estables que otras.

Yo no soy un realista, yo no soy un idealista, yo soy un intermediarista. Nada es real, pero tampoco nada es irreal, y todos los fenómenos son aproximaciones a un lado o a otro, entre la realidad y la irrealdad.

De este modo, toda nuestra cuasiexistencia es un estadio intermedio entre lo real y lo irreal. Algo como un purgatorio, creo.

Pero en este resumen prematuro, he omitido precisar que la realidad es un aspecto del estado positivo.

Por realidad designo lo que no se confunde con cualquier otra cosa, lo que no es parcialmente otra cosa, lo que no es una reacción a alguna cosa o una imitación de alguna cosa. Un héroe real es aquel que no es parcialmente cobarde o cuyas acciones y motivos no pueden confundirse con la cobardía.

Pese a que lo local puede ser universalizado, no es concebible que lo universal pueda ser localizado, pero las aproximaciones de un orden elevado pueden ser transferidas de la intermediaridad a la realidad, al igual que, en un sentido relativo, el mundo industrial se recluta transfiriendo fuera de lo irreal (o fuera de la imaginación de apariencia irreal de los inventores) las máquinas que, una vez montadas en las fábricas, parecen tener más de realidad de lo que poseían al nivel de lo imaginario.

Si todo progreso tiende hacia la estabilidad, la organización, la armonía, la consistencia o la positividad, todo progreso es una tentativa de concluir lo real.

En términos de metafísica general, estimo, pues, que todo lo que se denomina comúnmente «existencia» y que yo denomino «intermediaridad» es una cuasiexistencia, ni real, ni irreal, sino una expresión de una tentativa encaminada hacia lo real o hacia la penetración de una existencia real.

Acepto que la ciencia, pensada en su especificación, aunque considerada generalmente en sus propios términos locales, como exhumación de viejos huesos de insectos o magmas repugnantes, expresa de hecho el espíritu que anima toda la intermediaridad. Si la ciencia pudiera excluir todos los datos, salvo los míos propios, asimilables a la actual cuasiorganización, sería un verdadero sistema, dotado de contornos positivamente definidos; es decir, sería real.

Pero no parece aproximarse a la consistencia, a la solvencia, al sistema, a la posibilidad y a la realidad, más que condenando lo irreconciliable o lo inadmisibile.

Todo iría bien, todo sería admisible... si los condenados quisieran seguir siendo condenados.

En el otoño de 1883, y varios años después, hubo puestas de sol tan vivas que nadie antes había observado algo semejante. Hubo también lunas azules.

La sola mención de lunas azules será sin duda suficiente para hacer sonreír a los incrédulos. Sin embargo, en 1883, estas lunas eran algo tan común como los soles verdes.

Era necesario que la ciencia explicara estos acontecimientos. Las publicaciones como *Nature* y *Knowledge* recibieron cantidades de cartas en las que se preguntaba sobre este tema.

Supongo que, en Alaska y en los mares del Sur,¹ todos los brujos fueron sometidos a las mismas interrogaciones. Era preciso encontrar algo.

El 28 de agosto de 1883, el volcán de Krakatoa, en el estrecho de la Sonda, había hecho explosión. Terrible. El ruido, se dijo, se propagó a 3000 kilómetros de distancia. Hubo 36 380 muertos. Este detalle me parece demasiado poco científico, pues es curioso que no se mencionen 3218 kilómetros y 36 387 víctimas. El volumen de humo desplazado debió ser visible en los planetas vecinos. Atormentada por nuestra agitación, nuestras idas y venidas, la Tierra se quejó con el planeta Marte, lanzándonos un vasto y negro juramento.

Todos los libros de ciencia que mencionan el hecho anotan, sin la menor excepción, que los fenómenos atmosféricos de 1883 fueron registrados por primera vez hacia finales de agosto o en los primeros días de septiembre. Esto complica las cosas. Se dice que estos fenómenos fueron causados por las partículas de polvo volcánico que había arrojado el Krakatoa ese mismo año.

Sin embargo, los fenómenos se prolongaron durante 7 años, después de una larga pausa. Durante todo este tiempo, ¿qué le había ocurrido al polvo volcánico? ¿Green que una pregunta así debería haber perturbado a los especialistas?

Pero ustedes no han estudiado los efectos de la hipnosis, no han intentado demostrar a un hipnotizado que una mesa no es un hipopótamo. Denle mil razones de pensar que un hipopótamo no es una mesa, y terminarán por convenir que una mesa ya no es tampoco una mesa, sino que solo tiene su aspecto. No se puede oponer a un absurdo más que otro absurdo. Pero la ciencia

posee la ventaja de ser la incongruencia establecida.

Regresemos al Krakatoa. He aquí la explicación que nos dieron los científicos; la de los brujos se desconoce.

Veán cómo la ciencia tiende, desde sus inicios, a negar mientras pueda las relaciones exteriores a esta Tierra. Mi libro, precisamente, es un compendio de datos sobre estas relaciones. Sostengo que mis datos han sido condenados, no por consideración a su mérito o su demérito, sino de acuerdo con una tentativa general de aislamiento de esta Tierra: una tentativa de positividad. Con su pseudoconsideración de los fenómenos de 1883, los científicos, en un gran arranque de Positivismo, han sostenido esta afirmación: que el polvo volcánico se ha suspendido en el aire durante 7 años, pero sin tener en cuenta el intervalo de varios años, y esto, antes de admitir que este polvo podía tener un origen extraterrestre. Es cierto que estos mismos científicos estaban lejos de haber completado la positividad con la unanimidad de sus opiniones, ya que mucho antes de 1883, Nordenskiöld se había expresado prolijamente sobre el polvo cósmico, y el profesor Cleveland Abbe se opuso a la explicación krakatoniana, pero tal es la ortodoxia de la mayoría de científicos.

Mi mayor motivo de indignación es que esta absurda explicación interfiere con algunas de mis barbaridades. Por ejemplo, me rehúso a admitir que la atmósfera terrestre pueda tener un poder semejante de suspensión. Más adelante ofreceré numerosos datos sobre objetos que han ascendido en el aire y han permanecido allí semanas o meses, pero no por la virtud de suspensión de la atmósfera terrestre. Un caso es el de la tortuga de Vicksburg, que se mantuvo suspendida durante 3 o 4 meses por encima de la ciudad, y esto gracias al único sostén del aire.

Pero volvamos al Krakatoa. La explicación oficial está descrita en el *Report of the Krakatoa Comitee of the Royal Society*, a lo largo de 492 páginas, con 40 ilustraciones, algunas de ellas magníficamente realizadas en color. Fue publicada después de 5 años de eficiente, artística y ardua investigación. Las cifras son impresionantes: distribución del polvo krakatoniano, velocidad del transporte, proporciones de la subsistencia, altitud y persistencia, etc.

La desgracia hace que, según el *Annual Register*, todos los efectos atmosféricos atribuidos al Krakatoa hayan sido apercibidos en la isla Trinidad antes de la fecha de la erupción, y que, según *Knowledge*,² hayan sido observados en Natal (África del Sur), 6 meses antes de la erupción.

La inercia y su inhospitalidad.

No se debería dar jamás carne cruda a los bebés; vamos a ver ahora algunas acciones «antinaturales».

Me temo que lo de la tortuga haya sido un poco extremo para esos señores, los científicos. Sin embargo, lo imposible se convierte en razonable cuando es presentado de manera razonable.

El granizo, por ejemplo. Se lee a veces en los periódicos que han caído piedras de granizo grandes como huevos de gallina. Uno se sonríe. Sin embargo, yo me comprometo a proporcionar una lista de cien casos, citados en la *Monthly Weather Review*, sobre tales piedras de granizo. Según *Nature*, se hallaron dos piedras de granizo de 1 kilogramo cada una.³ Por su parte, el *Report of the Smithsonian Institution* menciona dos piedras de casi 3 kilogramos. Finalmente, en Seringapatam (India), en el año 1800, cayó una piedra gigante de granizo.

Tengo miedo, tengo mucho miedo... Se acerca ahora un gran dato condenado. Tal vez debería abstenerme de mencionar esto antes de que pasaran unos cientos de páginas de este volumen, pero esta piedra gigante de granizo tenía el tamaño de un elefante.

Uno tiene que reír.

Copos de nieve del tamaño de unos platos cayeron en Nashville, en Tennessee, el 24 de enero de 1891. Te tienes que reír.

En Montana, en invierno de 1887, cayeron copos de nieve de 38 centímetros de largo y 20 de espesor.

En la topografía de la inteligencia, se podría definir que el conocimiento es «la ignorancia rodeada por la risa».

Lluvias negras, lluvias rojas, caída de 1000 toneladas de mantequilla. Nieve negra, nieve rosa, granizo azul, granizo con sabor a naranja. Yesca, seda, carbón.

Hace 100 años, sí, un ingenuo creía que piedras caían del cielo. Se le hacía razonar primero que no existen piedras en el cielo; por tanto, ninguna piedra puede caer de allí.

Nada más razonable, científico o lógico podía ser sostenido sobre un tema cualquiera. El único inconveniente es que la premisa mayor era falsa o intermediaria entre lo real y lo no real.

En 1772, un comité, del que era miembro Lavoisier, fue designado por la Academia Francesa para examinar un informe en el que se decía que una piedra había caído del cielo en Luce, Francia. De todas las tentativas de positividad, en

este aspecto del aislamiento, no conozco parecer más ferviente defendido que el del no parentesco terrestre. Lavoisier analizó la piedra de Luce. La explicación exclusivista decía, en aquella época, que ninguna piedra caía del cielo: puede parecer que objetos luminosos caen y en aquel lugar donde aterrizaron se pueden recoger piedras ardientes. Sin embargo, en realidad se trata de un rayo que golpea a una piedra, lo que ocasiona que se caliente o se funda.

La piedra de Luce mostraba signos de fusión. El análisis de Lavoisier «probó irrefutablemente» que aquella piedra no había caído, sino que había sido golpeada por un rayo. Oficialmente, las caídas de piedras fueron condenadas, y la explicación del rayo fue el estándar de la exclusión.

Uno no hubiera pensado nunca que unas piedras condenadas pudieran clamar justicia sobre una sentencia de exclusión, pero, de modo subjetivo, los aerolitos lo hicieron. Sus manifestaciones, acumulándose en una tromba de evidencias, bombardearon los muros que se habían elevado en su entorno.

Puede leerse en la *Monthly Review*:

El fenómeno que nos concierne parecerá para muchos indigno de atención. La caída de grandes piedras procedentes del cielo, sin que aparezcan las razones de su previa ascensión, parece ser algo maravilloso o sobrenatural. Sin embargo, una gran suma de evidencias aquí acumuladas confirmará la existencia de semejantes fenómenos, a los cuales convendría prestar atención.

El autor de esta nota abandona el método de exclusión, pero la modifica explicando que, en la víspera de una caída de piedras en la Toscana, el 16 de junio de 1794, el Vesubio había hecho erupción. Es decir, las piedras caían en algún otro lugar de la Tierra bajo la acción de un tornado o de una erupción.

Más de 120 años han transcurrido desde esta fecha, y no conozco ningún aerolito al cual se le haya podido atribuir un aceptable origen terrestre. Era preciso levantar una condena en torno a la caída de piedras, a fin de excluir, a través de una serie de reservas, toda posibilidad de una fuerza exterior.

Se puede tener toda la ciencia de Lavoisier y ser incapaz de analizar, o incluso ver más allá de las hipnosis y de las contrahipnosis convencionales de su época.

Nosotros ya no creemos. Nosotros aceptamos.

Poco a poco, ha sido necesario abandonar las explicaciones del tornado y del volcán, pero esta hipnosis de exclusión, esta sentencia de condenación, esta

tentativa de positividad, es tan poderosa que aún hoy en día algunos sabios, como los profesores Lawrence Smith y sir Robert Ball, continúan negando los orígenes exteriores, afirmando que nada cae sobre la Tierra a menos que haya sido levantado antes de ella.

Es virginal.

Los meteoritos, que en antaño fueron condenados, son admitidos, pero bajo reserva de una tentativa de exclusión. Se admite que solo dos especies de sustancias pueden caer del cielo: las sustancias metálicas y las sustancias pétreas, y que los objetos metálicos se limitan al hierro y al níquel..

Pero caen mantequilla y papel, y lana, y seda, y resina...

Desde el principio, las vírgenes de la ciencia han combatido, llorado, gritado, maldecido las relaciones externas, bajo los mismos pretextos, diciendo que los meteoritos provenían de la superficie terrestre y de ninguna otra parte.

A fines de 1902, en *Nature Notes*, un miembro de la Selborne Society argumentaba aún que los meteoritos no caen del cielo, que son solo masas de hierro que se encuentran en el suelo y atraen a los rayos. Lo que se ve es el relámpago que se confunde con un objeto luminoso.

Todo progreso es abuso.

Caen mantequilla, sangre, carne de buey, y se acerca una piedra cubierta de extrañas inscripciones.

1 Océano Pacífico.

2 *Knowledge*, 5, 418.

3 *Nature*, (noviembre, 1894).

Estimo, pues, que la ciencia no tiene más relación con el verdadero conocimiento que la que tienen el empuje de una planta, la organización interna de un gran almacén o el desarrollo de una nación. Todos ellos son procesos de asimilación, de organización, de sistematización, que representan diferentes intentos por alcanzar el estado positivo, es decir, aquello que se llama «paraíso».

No puede haber una verdadera ciencia allí donde hay variables indeterminadas, siendo así que todas las variables son indeterminadas e irregulares. La interpretación precisa de los sonidos exteriores en la mente de un durmiente que sueña no podría sobrevivir en una mente soñadora, porque este toque de relativa realidad no pertenecería ya al sueño, sino al despertar. Asimismo, lo invariable, es decir, lo real, lo estable, no es nada en la intermediaridad. La ciencia es el intento de despertar a la realidad, a la regularidad, a la uniformidad. Pero lo regular, lo uniforme, presupone la ausencia de fenómenos exteriores que puedan perturbarlo. Por lo universal, entiendo lo real. Y la gigantesca tentativa latente que expresa la ciencia permanece indiferente a la justificación misma de la ciencia, la cual ve en el espíritu vital una tendencia a la regularización.

Las cucarachas, las estrellas, los magmas químicos, son apenas cuasirreales. No hay nada verdadero que aprender de ellos; mientras que la sistematización de los seudodatos es una aproximación hacia la realidad, hacia el despertar final.

Sobre una mente inmersa en el sueño —sus centauros y sus canarios se transforman en jirafas— no puede existir una verdadera biología; pero, si esta misma mente que sueña intentara sistematizar semejantes apariencias, se aproximaría al despertar, a condición de que el estado de vigilia (una vigilia muy relativa) procure realmente una mejor coordinación mental.

Al intentar sistematizar, la ciencia ha ignorado, pues, del mejor modo posible, todos los aspectos de la exterioridad. Así, el conjunto de los fenómenos de caída se le ha aparecido como tan turbador, tan inoportuno, tan desagradable como una batería de instrumentos de metal que trastorna la composición relativamente sistemática de un músico, como una mosca que aterriza sobre la

aventurada tentativa de un pintor y mezcla los colores al azar de sus patas, o como un político que interrumpe la misa para colocar en ella su discurso electoral.

Si todas las cosas pertenecen a una unidad, es decir, a un estado intermediario entre lo real y lo no real, si nada puede establecerse por sí mismo en entidad, ni «existir» en la intermediaridad, si los nacidos pueden ser al mismo tiempo los uterinos, entonces, no veo diferencia positiva entre la ciencia y la ciencia cristiana, ya que la actitud de la una y de la otra en presencia de lo inoportuno es la misma: «Esto no existe».

Todo lo que no gusta a lord Kelvin y a la señora Eddy no existe. Pero yo añadiría esto: en la intermediaridad tampoco hay existencia total. Por tanto, un científico cristiano y un dolor de muelas no existen en el sentido último de la palabra, pero no son tampoco absolutamente inexistentes, y, según nuestra terapéutica, aquel de los dos que se acercara más a la realidad será quien gane.

El secreto del poder es, sin duda, un tema de gran profundidad.

¿Quieren ustedes triunfar en algo? Sean más reales de lo que este algo es.

Quisiera empezar con las sustancias amarillas que caen sobre la Tierra, desearía que observaran a este respecto cuál de mis datos tiene mayor proximidad al realismo que poseen los dogmas que niegan su existencia como productos procedentes de algún lugar exterior a nuestra Tierra.

Mi posición es puramente impresionista. No poseo ni test ni estándares positivos. El realismo en el arte, en la ciencia, está pasado de moda. En 1859, era muy bueno aceptar el darwinismo; en la actualidad, los biólogos se devoran e intentan concebirlo de un modo distinto. En su tiempo, el darwinismo estaba de moda, pero, por supuesto, no se pudo demostrar.

Su fundamento era la supervivencia del más apto, no del más fuerte ni del más hábil, puesto que por todas partes sobreviven la debilidad y la estupidez. Así pues, no se puede determinar la aptitud de otro modo que por la supervivencia. El darwinismo prueba en todo y por todo la supervivencia de los supervivientes.

Y pese a que el darwinismo parece alcanzar en todo a lo irracional, su amasijo de suposiciones y sus tentativas de coherencia lo aproximan mucho más a la organización y a la consistencia que todas las rudimentarias especulaciones que lo precedieron.

Otra cosa: Cristóbal Colón no probó jamás que la Tierra fuera redonda.

¿Y la sombra que proyecta (la Tierra) sobre la Luna? Nadie la ha visto nunca

enteramente, ya que la sombra de la Tierra es mucho más grande que la de la Luna. Si la periferia de la sombra fuera curva, y la Luna convexa, un objeto rectilíneo podría muy bien, sobre una superficie convexa, proyectar una sombra curva.

Todas las otras pruebas pueden ser tornadas de la misma manera. Era imposible probar que la Tierra era redonda. Esto no era, por otro lado, necesario, y solo una mayor apariencia de «positividad» de la que manifestaban sus adversarios empujó a Colón a intentar la aventura. En 1492, había que aceptar que más allá de Europa existía, al oeste, otro continente.

En concordancia con el espíritu de este primer cuarto de siglo, propongo que se admita la existencia, más allá de nuestro planeta, de otros continentes de donde caen objetos, así como los restos de América derivan hacia Europa.

Para excluir el origen extraterrestre de las lluvias y nieves amarillas, se ha recurrido al dogma según el cual estarían coloreadas por el polen de pino. Entre otras publicaciones, el *Symons's Meteorological Magazine* es formal sobre este punto, y difiere de toda otra explicación.

Sin embargo, la *Monthly Weather Review* reporta que el 27 de febrero de 1877, en Pechloch, Alemania, cayó una lluvia amarillo oro, cuya materia colorante se componía de cuatro organismos diferentes, con exclusión total del polen. Estos organismos tenían, respectivamente, la forma de una flecha, de un grano de café, de un cuerno y de un disco.

Tal vez fueran símbolos, tal vez fueran —perdóneseme esta ilusión— jeroglíficos objetivos.

En los *Annales de Chimie*, hay una lista de lluvias llamadas «sulfurosas». Tengo más de cuarenta notas sobre estos fenómenos meteorológicos, que no voy a utilizar porque admito que se tratan de polen. He dicho, líneas atrás, que mi método sería el de los teólogos y los científicos, y estos comienzan siempre por darse aires de liberalidad. No tengo inconveniente en ceder al lector cuarenta notas; mi generosidad no me costará nada, teniendo en cuenta los innumerables datos que poseo aún en mis cajones.

Examinemos solamente este caso típico para ver cómo funciona. Según informa el *American Journal of Science*, en una noche de junio, en el puerto de Pictou, en Nueva Escocia, «en una noche de calma sin viento», cayó a chorros, a bordo de un navío, una sustancia amarilla. El análisis reveló la presencia de nitrógeno, de amoníaco y un fuerte olor animal.

Así pues, uno de mis principios es que, en su homogeneidad, todas las sustancias están muy lejos de ser positivas. En un sentido puramente elemental, diré que no importa qué puede ser hallado en cualquier lugar: madera de caoba en las costas de Groenlandia, cucarachas en la cima del Mont Blanc, ateos en misa, hielo en la India. Por ejemplo, el análisis químico puede revelar que todos los muertos han sido envenenados con arsénico; en efecto, no existe estómago que no contenga hierro, plomo, estaño, oro y arsénico, lo cual, por supuesto, no tiene la menor importancia, puesto que, por influencia represiva, cierto número de personas deben ser ejecutadas por homicidio cada año; y pese a que los detectives no descubren jamás absolutamente nada, la ilusión de su éxito basta para hacerlos felices, mediante lo cual es perfectamente honorable dar la vida por la sociedad.

El químico que analizó la sustancia de Pictou brindó una muestra al editor del *Journal*, quien encontró en ella, por supuesto, polen. Mi opinión es que, efectivamente, había algo de polen en la muestra: nada hubiera podido atravesar el aire, en el mes de junio, cerca de los bosques de pinos de Nueva Escocia, y escapar de las esporas de nube.

Sin embargo, el redactor no escribió que esta sustancia «contenía» polen. Olvidó «el nitrógeno, el amoníaco y el fuerte olor animal», y declaró únicamente que la sustancia era polen. En nombre de mis cuarenta prendas de liberalidad (o de seudoliberalidad, ya que uno no puede ser realmente liberal), quiero suponer que el químico en cuestión no detectó un solo olor animal, aunque fuese guardián de una jaula de fieras. Sin embargo, estaremos de acuerdo en que no se puede demostrar la misma radicalidad e ignorancia en el fenómeno que se verá luego: lluvias de materia animal.

Sugiero que nos pongamos por un momento en el lugar de los peces de las grandes profundidades. Si los peces de las grandes profundidades quisieran llevar la cuenta de las caídas de materia animal procedente de la superficie, ¿cómo lo harían?, ¿se molestarían en hacerlo?

Si planteo la cuestión es porque resulta muy tentador definir al hombre como un pez que vive en las grandes profundidades del mar.

El 14 de febrero de 1870 cayó en Génova (Italia), según el señor Boccardo (director del Instituto Genovés) y el profesor Castellani, una sustancia amarilla. El examen microscópico reveló, sin embargo, numerosos glóbulos azul cobalto, y también corpúsculos color perla que se parecían al almidón.

El señor Bouis, por su parte, habla de una sustancia que varía del rojo al amarillo, que cayó en cantidades enormes y sucesivamente el 30 de abril, el 1 y el 2 de mayo, en Francia y en España. Esta sustancia, que se carbonizó desprendiendo un olor a materia animal quemada, no era polen, pues sumergida en alcohol, produjo un residuo de materia resinosa. De esta materia cayeron centenares de miles de toneladas.

«Un olor a materia animal quemada»: hace centenares de años, una batalla aérea en pleno espacio interplanetario tuvo lugar, y los distintos restos terminaron con un aspecto uniforme.

Esto resulta absurdo porque no estamos dispuestos a aceptar que, durante 3 días, una prodigiosa cantidad de materia animal haya caído del cielo en Francia y en España. Bouis declara que dicha sustancia no era polen, y la enormidad de su caída parece darle la razón. Pero la materia resinosa sugiere que sí era polen. Así que es el momento de hablar de una caída abundante de materia resinosa, enteramente divorciada de toda sugestión de polen.

En Gerace, Calabria, el 14 de marzo de 1813 cayó un polvo amarillo que fue recogido por el señor Simenini, profesor de química en Nápoles. Tenía un gusto terroso, insípido, y fue descrito como «untuoso». Calentada, esta materia se volvió parda, negra y después roja. De acuerdo con los *Annals of Philosophy*, uno de sus componentes era una sustancia amarillo verdosa que, desecada, se convirtió en resinosa.

Esta caída fue acompañada de ruidos ensordecedores en el cielo y de una tormenta de piedras. ¿Estos fenómenos son asociables a una dulce y apacible llovizna de polen?

Lluvias y nieves negras, lluvias de tinta, copos de nieve negros como el azabache, como la lluvia que cayó en Irlanda, en mayo de 1849, sobre un distrito de 80 000 hectáreas, acompañada de un olor fétido y desagradable; o la lluvia de Castlecommon, Irlanda, el 30 de abril de 1887, «densa y negra lluvia»;⁴ u otra intensa lluvia negra en Irlanda, entre el 8 y el 9 de octubre de 1907, «dejando en la atmósfera una horrible pestilencia».⁵

La explicación ortodoxa, aparecida en *Nature*,⁶ hace intervenir nubes de lluvia venidas de los grandes centros industriales de Gales del Sur, atravesando el canal irlandés.

Nuestro principio de continuidad dice que no se pueden distinguir los

fenómenos en su punto de unión, así que es preciso buscarlos en sus extremidades. Supongamos que existieran naves celestiales grandes, superoceánicas o interplanetarias que a veces se han acercado a la Tierra y han lanzado humo. Solo lo suponemos, porque, como dijimos, comenzamos con tentativas modestas. Pero, si de verdad hubiera sucedido, tendría que haber algún fenómeno terrestre con que mezclarse. El humo espacial y el de la ciudad se fusionarían en forma de precipitaciones negras.

Es imposible distinguir, en la continuidad, los fenómenos de los puntos de convergencia, por ello buscamos entre sus límites. En algunos casos es imposible distinguir entre lo vegetal y lo animal, pero en su lado práctico puede hacerse aun la distinción entre un hipopótamo y una violeta. Nadie, salvo quizá Barnum o Bailey, enviaría un ramo de hipopótamos a su prometida.

Así pues, lejos de los centros industriales:

El 20 de enero de 1911, en Suiza se observó una gran lluvia negra, pero Suiza está demasiado lejos. Su explicación es convencional; en ciertas condiciones atmosféricas, la nieve puede tomar una apariencia engañosa y ennegrecerse.

De acuerdo. Puede decirse que en una noche muy oscura la nieve puede parecer negra. Pero vayamos aún más lejos: un «chaparrón de tinta» cae en el cabo de Buena Esperanza, lo cual resulta poco verosímil. *La nature*⁷ da su explicación: humo de volcán, esto es de lo que se trata.

No nos ocuparemos de las lluvias negras sin pasar revista a sus fenómenos concomitantes. Un corresponsal de *Knowledge* informa sobre una lluvia negra en el valle de Clyde, el 1 de marzo de 1884; otra lluvia negra cayó 2 días después, según el corresponsal; otra lluvia negra habría caído el 20 de marzo de 1828, y otra el 22. Según *Nature*,⁸ se presenció una lluvia negra en Marlesford (Inglaterra), el 4 de septiembre de 1873; 24 horas más tarde, otra lluvia negra cayó en el mismo lugar.

Según el reverendo James Rust, una lluvia negra cayó en Slains (Escocia), el 14 de enero; otra en Carluke, a 250 kilómetros de Slains, el 1 de mayo; y otras dos en Slains el 20 de mayo de 1862 y el 28 de octubre de 1863. En el mismo momento, grandes cantidades de una sustancia tan pronto denominada «piedra pómez» como «escoria» fueron arrojadas por el mar sobre las costas de Escocia. El informe de un químico identificó esta sustancia como un producto volcánico y no como escoria de fundición. Con todo ello, dijo Mr. Rust, en tan gran cantidad, ¡el producto hubiera podido representar el rendimiento global de todas

las fundiciones del mundo!

Si se tratara de escoria, sería preciso aceptar que el producto artificial había caído del cielo en cantidades enormes. Y si ustedes no creen que semejantes fenómenos son condenados por la ciencia, lean los fracasos sufridos por Mr. Rust al intentar hacer examinar el dossier por las autoridades científicas. Añadamos que varias de las lluvias de Slains no correspondían a ninguna actividad volcánica terrestre. El destino de toda explicación es el de no cerrar una puerta más que para abrir otra mucho mayor.

¿Cuál es mi tesis? Pienso en una isla cercana a un trayecto comercial transoceánico. Esta podría recibir varias veces al año los detritus provenientes de las naves de pasaje.

Otras concomitancias de lluvias negras:⁹ «Una especie de estruendo como el que producen los vagones de ferrocarril» se elevó en el cielo durante una hora, el 16 de julio de 1850, en Bulwick Rectory, Northampton (Inglaterra). El 19, cayó una lluvia negra.

En *Nature*,¹⁰ un corresponsal señala una oscuridad intensa, que abatió a Preston, en Inglaterra, el 26 de abril de 1884; otro corresponsal señala que, el mismo día, una lluvia negra cayó sobre Crowle, cerca de Worcester;¹¹ y una semana más tarde, el 3 de mayo, volvió a suceder. Se presencia otra el 28 de abril cerca de la iglesia de Stretton, tan intensa que a la mañana siguiente las orillas estuvieron aún ennegrecidas. En los cuatro casos, según los corresponsales de *Nature*, se habían registrado temblores de tierra en Inglaterra en el mismo momento.

Una lluvia negra cayó el 9 de noviembre de 1819, en Canadá. Se atribuye la precipitación a la humareda de un incendio forestal al sur del río Ohio. Pero esta lluvia¹² fue acompañada de sacudidas sísmicas que, según el *Edimburgh Philosophical Journal*,¹³ siguieron a una intensa oscuridad.

Lluvias rojas.

La ortodoxia de todas las lluvias rojas exige que el ventarrón arrastre hasta Europa las arenas del Sahara.

Se han producido numerosas caídas de materia roja, sobre todo en las

regiones volcánicas de Europa, y generalmente bajo forma de lluvia. En muchas ocasiones, dichas sustancias han sido «absolutamente identificadas» como arena sahariana. Ahondando en el tema, he encontrado tanta certeza, tan definitiva que no hubiera buscado nada más si no hubiese sido intermediario. Muestras de lluvia tomadas en Génova han sido comparadas con arena recogida en pleno Sahara. Los autores han coincidido, con una «unanimidad absoluta»: el mismo color, idénticas partículas de cuarzo, igual proporción de diatomeas. El análisis químico no arrojó una sola discrepancia.

El pensamiento intermediarista es que, con la condición de las exclusiones apropiadas, según el método científico y el método teológico, cualquier cosa puede identificarse con otra, puesto que todas no son más que una expresión diferente de una unidad subyacente.

¡Qué satisfacción para el espíritu la expresión «absolutamente identificado»! El absoluto o su ilusión es la búsqueda universal. Si una sustancia caída en Europa es identificada por los químicos como arena de los desiertos africanos, elevada en el aire por torbellinos, he aquí lo que aliviará de sus irritaciones a todos los espíritus enclaustrados, sumergidos en el concepto de un mundo mullido, aislado, minúsculo, libre de todo contacto con la maldad cósmica, a salvo de todo artificio estelar, indiferente a los vagabundeos e invasiones interplanetarias. Lo malo es que el análisis químico, pese a su apariencia definitiva y oficial, ya no es más absoluto que la identificación hecha por un chiquillo o la descripción de un imbécil.

Retiro esto último, prefiero que la aproximación sea ligeramente más elevada.

Sin embargo, de todos modos, se basa en la ilusión, ya que no hay exactitud, homogeneidad ni estabilidad; no hay más que diferentes estados entre estos tres valores y la inexactitud, la heterogeneidad y la inestabilidad. Además, no hay elementos químicos. Ramsay, entre otros, lo ha probado plenamente. Los elementos químicos no son más que otro fracaso en la búsqueda de lo positivo, en tanto que este es exacto, homogéneo y estable.

En los días 12 y 13 de noviembre de 1902 se sitúa la más grande lluvia de materia en la historia de Australia. El 14 de noviembre «llovió barro» en Tasmania. El fenómeno se atribuyó a los torbellinos australianos, pero hubo

también una bruma que llegó hasta Hong-Kong y Filipinas.¹⁴ Quizá tal fenómeno no tuvo relación con la aún más formidable lluvia de febrero de 1903 en Europa.

Durante varios días, el sur de Inglaterra fue una verdadera alcantarilla.

Si desean conocer la opinión de un químico, aunque sea tan solo su mera opinión, consulten el informe de la Sociedad Real de Química de Londres, con fecha 2 de abril de 1903. El señor E. G. Clayton describió en dicho informe una sustancia caída del cielo y recogida por él mismo. La explicación del Sahara prevalece sobre todo para el sur de Europa, pero cuando se da más lejos, los convencionalistas se sienten incómodos. Por ejemplo, el editor de la *Monthly Weather Review*¹⁵ declara sobre una lluvia roja caída en 1890 sobre las costas de Terranova: «Sería sorprendente que se tratara simplemente de polvo sahariano». El señor Clayton afirma de su muestra: «Es, simple y llanamente, polvo de las carreteras de Wessex levantado por el viento». Esta opinión es típica de toda opinión científica, teológica o femenina. Está a la medida de lo que no toma en cuenta. Es más caritativo pensar que el señor Clayton desconocía la extensión de la lluvia del siglo XIX que cubrió la superficie equivalente a las islas Canarias.

Pienso, por mi parte, que en 1903 atravesamos los restos de un mundo pulverizado, dejado como recuerdo de una antigua disputa interplanetaria y llevando después su antipatía, a través del espacio, como una querella roja.

Pensar es concebir incompletamente, ya que todo pensamiento solo se relaciona con lo particular. Por supuesto, nosotros, los metafísicos, gustamos de estar adelante y creemos que pensamos en lo impensable. Los químicos, por su parte,¹⁶ se limitan a analizar la sustancia y encuentran un 23.49 % de agua y un 9.8 % de materia orgánica. Estas fracciones son bien convincentes, de modo que la «identifican» con la arena sahariana. Si se descontara de nosotros todo lo que no es arena, podríamos, ustedes y yo, ser identificados también con la arena sahariana, sin mencionar el hecho de que la mayor parte del desierto sahariano no es rojo, sino que es descrito como de una «deslumbrante blancura».

La enormidad de los hechos.

El 27 de febrero, la caída prosiguió en Bélgica, en Holanda, en Alemania y en Austria.¹⁷ Un buque la señaló en pleno océano Atlántico, entre Southampton y Barbados. Solo en Inglaterra se calculó que cayeron 10 000 000 de toneladas de materia. En Australia hubo una lluvia de barro de 5 toneladas por hectárea. Cayó

también en Suiza¹⁸ y en Rusia.¹⁹

Con un desprecio total por todos los detalles accesorios, y utilizando el método científico-teológico, la sustancia de febrero de 1903 podría ser identificada con cualquier cosa: con la arena sahariana, con azúcar en polvo, con el polvo del bisabuelo de cualquiera de nosotros. Vean diversas muestras analizadas por los químicos:²⁰ «parecida al polvo de ladrillos», dijo uno; «pelo marrón claro», dijo otro; después, «color chocolate, sedoso al tacto y ligeramente iridiscente», «gris», «herrumbre», «gotas de lluvia rojiza y arena gris», «sucio», «muy rojo», «marrón-rojo con un matiz de rosa», «color de arcilla amarilla».

La ciencia de la química es como la ciencia de la sociología: prejuzga por anticipado, si se piensa que ver es ya prejuzgar.

La ciencia de la química es también tan poco positiva como la quiromancia; o, más bien, representa una mayor aproximación a la realidad que la alquimia, a la que ha terminado por suplantarlo, pero se queda aún a medio camino entre el mito y la positividad. Una tentativa de aproximación a la realidad se sitúa en estos términos: todas las lluvias rojas están teñidas por la arena del Sahara.

Mi posición no positiva es la siguiente: algunas lluvias son de ese color porque se hallan teñidas por la arena del Sahara, otras lo son por arenas de otras partes de la Tierra. Otras lluvias son rojas por las arenas de otro mundo o de regiones aéreas demasiado amorfas e indefinidas para que puedan ser calificadas como «mundos» o «planetas».

Ningún supuesto huracán puede dar cuenta de los centenares de toneladas de materia caídas en Australia, en los océanos Pacífico y Atlántico, y en Europa, de 1902 a 1903. Un huracán de este volumen hubiera superado muy rápidamente la simple suposición.

La ciencia intenta localizar lo universal: no concibo que pueda conseguirlo. Todo el resto del universo rehúsa ser excluido, condenado o despreciado. Aunque todo fenómeno tiende hacia lo absoluto, el ser fenomenal, tener una apariencia de intermediario, es expresar una sucesión de relaciones. Un río no es más que agua que expresa la relación gravitatoria a diferentes niveles. El agua del río no es más que la expresión de relaciones químicas (no finales) del hidrógeno y del oxígeno. Una ciudad no es más que la manifestación de relaciones sociales y comerciales.

¿Puede una montaña existir sin una base?, ¿una tienda sin clientes?

La ciencia ya no puede sobrevivir en la intermediaridad como pura, aislada o

positivamente diferente, no más de lo que puede hacerlo un río, una ciudad, una montaña o una tienda.

Los científicos, con su sueño de una «ciencia pura», se parecen a los artistas que sueñan con «el arte por el arte». Son buenos positivistas, pero son perjudiciales económica y sociológicamente, ya que nada tiene más justificación, a menos que exprese las relaciones de un conjunto más alto, que el servir y funcionar para él.

En la Edad Media, había lluvias rojas que eran denominadas «lluvias de sangre». Aterrorizaban a la gente, agitaban poblaciones hasta el punto de que la ciencia resolvió, en sus relaciones sociológicas, apartar el flujo. Aseguró que las «lluvias de sangre» no existían, que no eran más que agua teñida de arena sahariana. Esta prostitución positivista (por «prostitución», entiendo «utilitarismo») estaba muy justificada en el plan único de la sociología. Pero nos encontramos en el siglo XX y los soporíferos del pasado ya no nos son necesarios. Si cayeran lluvias de sangre sobre New York, los negocios ni siquiera se interrumpirían.

He partido de las lluvias de arena. Y en mi herejía o en mi progreso, en mi regreso a las supersticiones modificadas del pasado, creo mantenerme muy por encima del concepto de la «lluvia de sangre». Solamente tengo la tímida intención de manifestar que ciertas lluvias rojas sugerían firmemente la sangre o la materia animal pulverizada.

Desechos de desastres interplanetarios, batallas aéreas, provisiones alimenticias que provienen de los supercargos naufragados en el tráfico espacial.

El 6 de marzo de 1888 hubo, en la región mediterránea, una lluvia de sustancia roja que expandió, al ser quemada, un fuerte y persistente olor animal.²¹ Pero, heterogeneidad infinita o desechos de cargamentos celestes, hubo lluvias rojas que no estaban coloreadas ni por la arena ni por la materia animal.

El 2 de noviembre de 1819, una semana antes del temblor y la lluvia negra de Canadá, cayó una lluvia roja en Blankenberge (Bélgica). Dos químicos de Brujas concentraron 140 partes en 4 onzas «sin obtener precipitado alguno». Otros reactivos provocaron precipitados, pero no de arena. Concluyeron que contenía clorhidrato de cobalto, lo cual resulta muy vago.²²

Acompañada de un polvo llamado «meteórico», una «sustancia extraña»,

compuesta de almagre, carbonato de calcio y materia orgánica, cayó entre el 9 y el 11 de marzo de 1872.²³

El 14 de marzo de 1873, una granizada naranja cayó en Toscana.²⁴ Una lluvia de lavanda cayó el 19 de diciembre de 1903 en Oudon, Francia.²⁵ Según el profesor Swedoff, el 14 de junio de 1880, en Rusia cayó granizo rojo, luego granizo azul y después granizo gris.²⁶

El 17 de abril de 1886, en una pequeña ciudad de Venezuela, cayó granizo rojo, a veces azul, a veces blanquecino.²⁷ El 13 de diciembre de 1887, en Conchinchina, se pudo ver una sustancia parecida a sangre coagulada.²⁸ En 1812, en Ulm, cayó una materia roja, espesa y muy viscosa.²⁹

Sobre todo, hay un detalle que llama la atención, y que aparecerá sin cesar en el curso de nuestras investigaciones, un factor de especulación tan revolucionario que será preciso reforzarlo continuamente antes de aceptarlo. El 28 de diciembre de 1860,³⁰ a las 7 de la mañana, en el noroeste de la ciudad de Siena, una lluvia roja cayó durante 2 horas. Una segunda tormenta se abatió a las 11; otra, 3 días más tarde, y una última a la mañana siguiente. Pero, lo más extraordinario, cada tormenta cayó exactamente sobre el mismo barrio de la ciudad.

4 *American Meteorological Journal*, 4, 193.

5 *Symons's Meteorological Magazine*, 43, 2.

6 *Nature*, (marzo,1908).

7 *La Nature*, 2, (1882), 406.

8 *Nature*, 9, 143.

9 *Timb's Year Book*, (1851), 270.

10 *Nature*, 30, 6.

11 *Nature*, 32.

12 *Meteors*, 238.

13 *Edinburgh Philosophical Journal*, 2, 381.

14 *Monthly Weather Review*, 32, 365.

15 *Monthly Weather Review*, 29, 121.

16 *Nature*, 68, 54.

17 *Journal Royal of the Meteorological Society*, 30, 56.

18 *Symons's Meteorological Magazine*, (marzo, 1903).

- 19 *Bull. Com. Geolog.*, 22, 48.
- 20 *Journal Royal of the Meteorological Society*, 30, 57.
- 21 *L'Astronomie*, (1888), 205.
- 22 *Annals of Philosophy*, 16, 226.
- 23 *Chemical News*, 25, 300.
- 24 *Notes and Queries*, 9-5-16.
- 25 *Bull. Soc. Met. De France*, (1904), 24.
- 26 *La Nature*, 2 (1885), 351.
- 27 *Nature*, 34, 123.
- 28 *L'Année Scientifique*, (1888).
- 29 *Annales de Chimie*, 85, 266.
- 30 *Year Book of Facts*, (1861), 273.

El 13 de agosto de 1819, en Amherst, en Massachusetts, un objeto misterioso, recubierto de una pelusilla como la que se encuentra en las fábricas de paños, cayó sobre el suelo. Más tarde fue examinado y descrito por el profesor Graves, antiguo catedrático del colegio de Dartmouth. Separada la pelusa, apareció una sustancia pulposa de color amarillento que, desprendiendo un olor muy nauseabundo, se volvió rojo vivo por el simple contacto con el aire.³¹

El profesor Dewey, comunicando el informe de Graves, cuenta en el *American Journal of Science*,³² que el 13 de agosto, tras el sonido de una explosión, una viva luz se extendió sobre la ciudad de Amherst e iluminó uno de los muros de la habitación donde se hallaba él junto a su familia. A la mañana siguiente, en el patio delantero del profesor, en la misma ubicación de donde pareció provenir la extraña luz, se descubrió una sustancia «distinta a todas aquellas que los testigos declaraban conocer». Era un objeto en forma de tazón, que medía 15 centímetros de diámetro por 3 de espesor, recubierto de «una fina pelusilla» amarillenta que tenía la consistencia de la espuma de jabón y que esparcía «un olor fuerte, casi sofocante». Expuesto al aire durante algunos minutos, perdió su color, se volvió rojo sangre, absorbió rápidamente la humedad del aire y se licuó. El *Journal* cuenta algunas de las reacciones químicas.

Esto me recuerda otra alma perdida: una caída de peces muertos y disecados de la especie challwa en los alrededores de Allahabad, en la India; tenían el tamaño como el de un palmo y pesaban 1 kilo cada uno.³³ Habían permanecido tanto tiempo fuera del agua que no podían haber sido recogidos de un estanque por una tromba, pese a que se les identificó como pertenecientes a una especie local. Me inclino a creer, por mi parte, que no eran peces, sino objetos en forma de peces, de la misma sustancia que cayó sobre Amherst. Se dice que resultaron incombibles, puesto que, «colocados en la sartén, se convirtieron en un charco de sangre».³⁴

Según el *American Journal of Science*,³⁵ el objeto de Amherst cayó bajo la inevitable daga de la condenación. El profesor Edward Hitchcock se instaló en el país. Años más tarde, un objeto totalmente parecido al primero se abatió «casi en

el mismo lugar». Invitado por el profesor Graves a examinarlo, Hitchcock descubrió el mismo tamaño, la misma consistencia, las mismas reacciones químicas, y lo reconoció instantáneamente: era un hongo gelatinoso.

No solamente identificó su especie exacta, sino que anunció que otros hongos semejantes aparecerían dentro de 24 horas. Aparecieron dos de ellos aquella misma tarde.

Hemos llegado con ello a la más vieja de todas las convenciones exclusionistas: el nostoc. Cada vez que se señala una caída de sustancia gelatinosa, se la identifica como «nostoc», una especie de hongo o alga cuyo rival es la «prole de ranas o de peces». Combinadas entre sí, estas dos explicaciones forman una excelente mezcla. Cada vez que faltan pruebas sobre la caída efectiva de materias gelatinosas, se asegura en primer lugar que el nostoc se encuentra allí. Cada vez que los testimonios confirman la caída, se trata de proles.

Yo no puedo decir que todos los mirlos son negros, porque un día los vi blancos. No puedo decir tampoco que el nostoc es invariablemente de color verde, porque al menos un científico ha descrito un nostoc de color rojo sangre. Pero me gustaría poner de conocimiento que la mayor parte de las caídas de sustancias gelatinosas son descritas como blancas o grises, y que el nostoc es definido como «verde» en el Diccionario de Webster, «azul-verde» en la *New International Encyclopedia*, «verde claro u oliva» en *Science Gossip*,³⁶ o «verdoso» en *Notes and Queries*.³⁷ Si se señalan pájaros blancos, parece razonable no tomarlos por mirlos, incluso si hay mirlos blancos. Si caen sustancias gelatinosas blancas o grises, puede apostarse a que el nostoc no se halla implicado en ello, y si caen fuera de estación, no hay lugar para invocar a la prole.

Ahora, «el fenómeno de Kentucky».

En su tiempo, produjo un grandioso efecto. Por lo general, datos como estos son silenciados precipitadamente. Recuerden ustedes las lluvias negras de Slains. Pero el 3 de marzo de 1876, numerosos periodistas fueron atraídos a Bath County, Kentucky, por un notable acontecimiento: trozos de una sustancia que parecía carne de vaca cayeron del cielo sobre Olympian Springs. «En un cielo completamente puro», copos de 5 a 10 centímetros cuadrados cayeron en denso aguacero sobre el suelo y los árboles, pero limitándose a una franja de terreno de 100 metros de largo sobre 50 de ancho.³⁸

Anoten cuidadosamente esta formación en copos: indica una presión muy

significativa, de la que volveremos a hablar más adelante.

Compadezco sinceramente a los exclusionistas. Les era ya bastante difícil combatir la idea de simples polvaredas extraterrestres, sin tener que manejar un fenómeno tan sensacional como una caída de carne de vaca. Uno de los copos, se afirma, tenía las dimensiones de un sobre. La sustancia de Kentucky fue examinada por Leopold Brandeis: «Hemos encontrado finalmente una explicación verosímil del fenómeno», escribió.³⁹ La maravilla de Kentucky no fue más que nostoc. Dicho de otro modo, no se había producido caída. La sustancia pegada al suelo se había mezclado con el agua de lluvia y, con su aumento de volumen, había llamado la atención de observadores no científicos, quienes creyeron que era una caída del cielo.

¿De qué lluvia se trata?, me pregunto yo.

Se dijo también de la sustancia que estaba «desehada». Este es un detalle muy importante. Pero admiremos el alivio de la honradez ultrajada, muy a lo Ejército de la Salvación, de un sabio de tercera categoría, blandiendo en el *Supplement* una explicación del apéndice vermiforme o del coxis que hubiera podido muy bien ser aceptada por el propio Moisés. La sustancia fue definida por Mr. Brandeis como nostoc «de color carne».

Pero el profesor Lawrence Smith, de Kentucky, uno de los exclusionistas más determinados, analizando la misma materia, tuvo una opinión completamente distinta: «Se trata de prole desecada de un reptil cualquiera, sin duda, de rana».⁴⁰ Desehada, ya que este fue el estado en que llegó a sus manos.

En cuanto al doctor A. Mead Edwards, presidente de la Asociación Científica de Newark, si inclinó, en el *Scientific American Supplement*, ante la sugestión de Mr. Brandeis, pero mencionando que el doctor Hamilton, habiendo analizado el espécimen, lo reconoció como un fragmento de tejido pulmonar. Así, dice el doctor Edwards, esta sustancia fue magníficamente definida como nostoc, «siendo también tejido pulmonar». Él mismo identificó varias otras muestras como trozos de cartílago y fibra muscular, con lo cual su explicación no puede ser más extravagante: una bandada de pájaros atiborrados de comida, invisible en la claridad del cielo, había vomitado. El profesor Fassig registra la sustancia, en su *Bibliografía*, como freza de pez. McAtee, en la *Monthly Weater Review*, lo anota como un material gelatinoso, supuestamente calificado como prole desecada de peces o de batracios.

Nada es positivo ante la unidad, ante la homogeneidad. Si el mundo entero se

uniera contra ustedes, su combinación sería irreal, intermediaria entre la unidad y la falta de unidad. Toda resistencia está en sí misma dividida en varias partes que se resisten mutuamente. Y la más simple estrategia no es la de combatir a un enemigo, sino la de forzar a sus filas a combatirse entre sí. He aquí que pasamos de las sustancias cárnicas a las sustancias gelatinosas, de las que sí tenemos información abundante. Estos datos son obscenos a los ojos de la ciencia, pero veremos que la ciencia no ha sido siempre, lejos de aquí, tan hipócrita. Chladni no lo era, y Greg tampoco.

Acepto, por mi parte, que del cielo han caído sustancias gelatinosas.

¿Es gelatinoso el cielo entero? ¿Son los meteoros los que le arrancan y desprenden sus fragmentos? ¿Dichos fragmentos nos son arrojados por las tempestades?

¿El parpadeo de las estrellas es debido a la simple penetración de la luz a través de una masa temblona?

Pienso, por mi parte, que sería absurdo pretender que todo el cielo es gelatinoso. Es más verosímil suponer que tan solo algunas regiones del cielo sean gelatinosas.

Humboldt⁴¹ afirma que todos nuestros datos a este respecto «deben ser clasificados entre las fábulas ilusorias de la mitología», pero su autoridad se matiza por algo de redundancia.

No quiero agarrarme a los argumentos convencionales de la «subida y la bajada» o de la «presencia anterior», bajo pena de invadir la jurisdicción de mi ejemplo final, el cual implica el estacionamiento prolongado, por encima de una ciudad inglesa, de una sustancia misteriosa: prole, nostoc o algo como un nexo larvario. Si esta sustancia ha estado por los aires durante varios días, soy, como Moisés, el mayor cronista de las inconveniencias. ¿No fue Moisés quien contó ya esa historia? En fin, daré tantos ejemplos de sustancias gelatinosas caídas al mismo tiempo que meteoritos, que será preciso admitir una conexión cualquiera entre estos dos fenómenos. Hay en el cielo vastos campos gelatinosos, que los meteoritos atraviesan vaciándolos de su sustancia.

En 1836, M. Vallot,⁴² miembro de la Academia de Ciencias, presentó a sus colegas fragmentos de una sustancia gelatinosa caída —se nos dice— del cielo, y de la cual solicitó un análisis. Tal incidente no tuvo la más mínima continuación.

El 4 de abril de 1846, en Vilna, Lituania,⁴³ en plena tormenta cayeron grandes masas de una sustancia grisácea, inodora y a la vez resinosa y gelatinosa,

que, al quemarse, desprendió un olor dulzón. Sumergida en el agua durante 24 horas, se hinchó, pero continuó siendo gelatinosa.

Una sustancia análoga había caído, en 1841 y en 1846, en Asia Menor.

A principios de 1894, en *Notes and Queries*⁴⁴ se lee que miles de medusas, grandes como un chelín, fueron señaladas por encima de Bath, en Inglaterra.

No creo que se tratara realmente de medusas, sino más bien, esta vez, de prole de ranas, empujada por un torbellino, ya que en el mismo momento cayó sobre Wigan, en Inglaterra, una lluvia de pequeñas ranillas.

El 24 de junio de 1911, en Eton Bucks⁴⁵ (Inglaterra), el suelo fue recubierto de pedazos de gelatina grandes como guisantes, después de una fuerte tormenta. Esta vez ya no se habló de nostoc, sino de numerosos huevos de «algunas especies de chironomus, de los cuales salieron larvas». Esto es quizá lo que también ocurrió en Inglaterra, con las medusas de Bath, 23 años antes.

El 22 de abril de 1871,⁴⁶ una tormenta de gotas viscosas cayó sobre la estación de Bath, «algunas de las cuales se transformaron en crisálidas de dos centímetros de largo». Infusorios, se dijo en *Zoologist*.⁴⁷

El fenómeno⁴⁸ fue analizado por el reverendo L. Jenyns, de Bath, que describió gusanos minúsculos en envolturas transparentes, pero de los cuales no explicó su sorprendente segregación. Puesto que el misterio sigue siendo siempre el mismo: ¿cómo fueron reunidos estos huevos? Un torbellino no es segregativo. El reverendo Jenyns imagina un charco inmenso, lleno hasta el borde de estas masas esféricas, secándose de golpe y concentrándolo todo, que más tarde un torbellino se encargará de recoger.

Pero, unos días más tarde, otros de estos objetos cayeron en el mismo lugar.

Los torbellinos dan raramente prueba de tanta precisión, esto cae por su propio peso. Sin embargo, no cae por su propio peso el que tales objetos hayan podido estacionarse varios días por encima de la ciudad de Bath, igual que las lluvias negras en Slains o las lluvias rojas en Siena.

R. P. Greg, uno de los catalogadores más notables de fenómenos meteóricos, reporta caídas de sustancias viscosas en 1652, 1686, 1718, 1796, 1811, 1819 y 1844.⁴⁹ Da datos más antiguos, pero yo también practico el método de la exclusión. En el *Report of the British Association*,⁵⁰ señala incluso el paso de un meteoro muy cerca del suelo entre Barsdorf y Friburgo, en Alemania. Al día siguiente se encontró sobre la nieve una masa enorme de gelatina; no era ni la estación de la prole ni la del nostoc. «Curioso, si es exacto», como dice él. Pero

relata, sin modificar, la caída de un meteoro en Gotha, Alemania, el 6 de septiembre de 1835, «dejando en el suelo una gran masa de gelatina» y aterrizando apenas a un metro de un observador. En otro artículo del *Report*,⁵¹ según una carta de Greg al profesor Baden Powell, el 8 de octubre de 1844 por la noche, cerca de Coblenza, uno de sus amigos alemanes vio caer al suelo un cuerpo luminoso cerca de él y de otra persona. A la mañana siguiente, encontraron en aquel lugar una masa gelatinosa de color gris.

Según Chladni,⁵² una masa viscosa cayó con un meteorito luminoso entre Siena y Poma, en mayo de 1652; otra, después de la caída de una bola de fuego en Lusacia, en marzo de 1796; una sustancia gelatinosa, después de la explosión de un meteorito, cerca de Heidelberg, en julio de 1811. En el artículo citado en la nota,⁵³ se describe que la sustancia de Lusacia posee como «el color y el olor del barniz negro desecado». En el *American Journal of Science*⁵⁴ se dice que una materia gelatinosa surgió con un globo de fuego sobre la isla de Lethy, en la India, en 1718.

En la misma revista,⁵⁵ en varias observaciones sobre los meteoros de noviembre de 1833, se mencionan caídas de sustancias gelatinosas: «bloques de gelatina blanca», parecida a la clara de huevo coagulada, fueron hallados en el suelo de Rahway, New Jersey. A. H. Garland, de Nelson County, Virginia, encontró una sustancia gelatinosa que tenía la circunferencia de una pieza de 25 centavos. Una mujer de West Point encontró una masa grande como una taza de té y parecida al almidón hervido.

Parece increíble que un científico haya tenido la osadía o la incredulidad de aceptar que estas cosas hubieran caído del cielo. El profesor Olmstead, que las ha recogido, ha escrito: «El hecho de que las deposiciones hayan sido uniformemente descritas como formadas por sustancias gelatinosas constituye una presunción en favor del supuesto origen a ellas atribuido».

Las publicaciones científicas de la época han consagrado la más viva atención a las anotaciones del profesor Olmstead acerca de los meteoritos de noviembre, pero ni una sola menciona el pasaje sobre las materias gelatinosas.

31 *Annual Register*, (1821), 687. (Véase también *Edinburgh Philosophical Journal*, 5, 295). En *Los Anales de Química*, (1821), 67, M. Arago confirma el incidente y nombra otros cuatro casos de objetos o sustancias parecidas caídas del cielo, dos de las cuales citaré entre mis datos sobre materias gelatinosas y viscosos, y dos

omitiré debido a sus lejanas fechas. El 17 de marzo de 1669, en Châtillon-sur-Seine, cayó una sustancia rojiza «espesa, viscosa y pútrida», citada en los registros de la Academia Francesa.

32 *American Journal of Science*, 1, 2, 335.

33 *London Times*, 19 de abril de 1836.

34 Para otros detalles, véase el *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, (1834), 367, donde el incidente está fechado el 16 o 17 de mayo de 1834.

35 *American Journal of Science*, 1, 25, 362.

36 *Science Gossip*, 10, 114.

37 *Notes and Queries*, 1, 11, 229.

38 Los primeros informes fueron publicados en el *Scientific American* (34, 197) y en el *New York Times* (10 de marzo de 1876).

39 *Scientific American Supplement*, 2, 426; *New York Times*, 12 de marzo de 1876.

40 *Monthly Weather Review*, (mayo, 1918).

41 *Cosmos*, 1119.

42 *Nature*, 87, 10.

43 *Comptes Rendus*, 23, 542.

44 *Notes and Queries*, 8-6, 190.

45 *Nature*, 87, 10.

46 *London Times*, 24 de abril de 1871.

47 *Zoologist*, 2, 6, 2686.

48 *Transactions Etomological Society of London*, (1871), proc. XXII.

49 *Philosophical Magazine*, 4, 8, 463.

50 *Report of the British Association*, (1860), 63.

51 *Report of the British Association*, (1855), 94.

52 *Annals of Philosophy*, n. s. 12, 94.

53 *Edinburgh Philosophical Journal*, 1, 234.

54 *American Journal of Science*, 1, 26, 133.

55 *American Journal of Science*, 1, 26, 396.

No me aventuraré a menudo en ejercicios cronológicos. Un positivista de espíritu muy matemático, imaginándose que 2 y 2 hacen 4 en un estado intermediario, mientras que, aceptando la continuidad, no debería admitir jamás que se pueda partir de 2, escrutará mis datos en busca de periodicidades. Me parece bastante evidente que las matemáticas, una ciencia de lo regular, sean el atributo de lo universal, así que no me siento tentado a buscarlas en lo local. Hay, sin embargo, en el sistema solar, «tomado en su conjunto», una aproximación considerable a la regularidad: se localiza tan de cerca a las matemáticas, que los eclipses, por ejemplo, pueden ser predichos con una cierta exactitud, pese a que yo posea algunas notas suficientes como para desinflar la vanidad de un astrónomo, si tal milagro fuera aún posible. Un astrónomo está mal pagado, no es conocido por la multitud y está consagrado a la soledad, se alimenta de su propia inflación. Deshinchén a un oso: se vuelve incapaz de hibernar.

Nuestro sistema solar es como todos los fenómenos que pueden «tomarse en su conjunto». Los asuntos de un barrio están determinados por los de la ciudad; los de la ciudad, por los de su provincia; los de la provincia, por los del Estado; los del Estado, por los de la nación; los de la nación, por la situación internacional; los del conjunto de las naciones, por las condiciones del clima; las condiciones del clima, por las evoluciones solares. Esto hace imposible el descubrimiento de los fenómenos enteros en los límites de un barrio. Este es, a mi modo de ver, el espíritu de la religión cósmica. Objetivamente, el Estado no es realizable en un barrio de una ciudad. Pero si un positivista llegara a creer firmemente que lo ha realizado, sería una realización subjetiva de lo que es objetivamente irrealizable. Me guardaría mucho de trazar una línea divisoria posible entre lo objetivo y lo subjetivo: todos los fenómenos, cosas o personas son subjetivos en el interior de un todo, y, de hecho, los pensamientos de lo que se denomina comúnmente «personas» son subjetivos. Todo ocurre como si lo intermediario tendiera hacia la regularidad de los astrónomos, a fin de convencerse a sí mismos, en segunda expresión, de que el fracaso es un éxito.

Yo he clasificado todos los datos de este libro (sin hablar de mi sistema de

tarjetas), y ciertas proximidades, puestas de esta forma en evidencia, me han ofrecido sus revelaciones: este método no se queda atrás con respecto a los de los teólogos y de los sabios, peor aún, a los de los estadísticos.

Por ejemplo, por el método estadístico, yo podría «probar» que una lluvia negra ha caído «regularmente» cada 6 meses en algún lugar de la Tierra. Tendría suficiente, para ello, con incluir en dichas estadísticas a las lluvias rojas y las lluvias amarillas, pero, convencionalmente, aislando las partículas negras en cada una de ellas, despreciando el resto. Y si, de vez en cuando, una lluvia negra se adelantara una semana o se retrasara un mes, incluiría este paso en falso en la cuenta de la «aceleración» o del «retardo». ¿No se utiliza acaso dicho procedimiento en la evaluación de la periodicidad de los cometas? Si las lluvias negras o rojas o amarillas, dotadas de partículas negras, no se manifiestan en el tiempo requerido, no habría leído a Darwin para nada: los «informes» serían «incompletos». Finalmente, todas las lluvias negras que no sirvieran para mi demostración serían grises o marrones, o les encontraría periodicidades muy diferentes.

Pese a todo, tengo que destacar el año 1849. Ya para 1883 he notado 31 acontecimientos extraordinarios: si es indispensable el escribir libros, alguien debería escribir uno sobre los fenómenos de dicho año. El año 1849 es notable para las caídas extrañas, tan alejadas unas de otras, que toda explicación local parece irrisoria: hubo no solamente la lluvia negra de Irlanda, en mayo, sino también una lluvia roja en el país de Gales, y otra en Sicilia. Se halla anotado también que el 18 o 20 de abril de 1849 los campesinos hallaron en el monte Ararat una sustancia no nativa, probablemente caída del cielo, esparcida por una superficie de 16 kilómetros cuadrados.⁵⁶

Hemos abordado ya el tema de la ciencia, de su tentativa de positividad y de sus resistencias. Resulta bastante evidente que la ciencia teórica del siglo XIX no era más que una relación de reacción contra los dogmas de la teología, sin más relaciones con la verdad que las que tiene una ola cuando se aleja de la orilla. Cuando una vendedora de almacén extrae de su boca una tira de chicle de un kilómetro de largo, realiza una prueba tan científica como otros que añaden varios centenares de millones de años a la edad de la Tierra.

No hay «cosas», hay solamente informes o expresiones de informes, pero todos los informes tienden a destruirse entre sí o a inclinarse hacia tendencias más eminentes. Aquí hay también un aspecto positivista de dicha reacción, la

cual no es en sí misma más que una relación. Consiste en intentar asimilar todos los fenómenos bajo la explicación materialista o en formular un sistema final y global sobre una base material. Si esta tentativa fuera concluida, tendería a la realidad, pero no podría ser fragmentada más que despreciando, por ejemplo, los fenómenos psíquicos. Si la ciencia cediera la tentativa eventualmente al psíquico, no sería tampoco más legítimo explicar lo inmaterial en términos de lo material que lo material en términos de lo inmaterial. Estoy persuadido de que lo material y lo inmaterial no forman más que una sola cosa, fusionándose en un pensamiento continuo de la acción física: todo esto no puede ser explicado, porque el proceso de explicación quiere que se interprete cualquier cosa en términos de otra cosa que se ha tomado por base; sin embargo, en la continuidad, no hay nada que sea más fundamental que otra cosa, a menos que pensemos que una ilusión cimentada sea más real que su seudofundación.

En 1829, Persia vio caer una sustancia que nadie conocía. Los persas no tenían la menor noción de lo que era, pero comprobaron que las ovejas podían comerla y así lo hacían.⁵⁷ Resolvieron molerla en harina, e hicieron con ella un pan del que se dijo que era comestible, aunque insípido.

Había en este hecho una oportunidad que la ciencia no podía despreciar. El maná bíblico estaba al fin situado sobre una base razonable, asimilada y reconciliada con el nuevo sistema, más vigoroso y más real que el antiguo. Se admitió que el maná había podido caer en tiempos muy antiguos y que seguía cayendo aún. Pero se le denegó toda influencia tutelar: no se trataba más que de un liquen procedente de las estepas de Asia Menor. En el *American Almanac*⁵⁸ se dice que esta sustancia, «desconocida para los habitantes de la región», fue «inmediatamente reconocida» por los científicos. «El análisis químico la identificó con un liquen».

Era la época en que el análisis químico era un dios. Sus adeptos han tenido después tiempo para volver a su idolatría, pero, en aquel tiempo, esta se expresaba dogmáticamente. En este caso, me parece que la ignorancia de los habitantes, por contraste con el saber local de los científicos extranjeros, ha sido un poco exagerada. Dentro del rayo, útilmente cubierto por una tromba, hay siempre algo comestible, y los indígenas lo saben muy bien. Poseo notas de otras caídas, en Persia y en Turquía, de sustancias comestibles. Todas ellas fueron tituladas dogmáticamente «maná», y el «maná» está reputado, dogmáticamente, como una especie de liquen venido de las estepas de Asia Menor. Mi posición es

la siguiente: esta explicación sirve perfectamente para las caídas de sustancias comestibles en otras partes del mundo. Renueva la longeva tentativa de explicar lo general en términos de lo local. Si las sustancias comestibles caen en Canadá o en la India, no están formadas por liquen de Asia Menor. Finalmente, las caídas de Persia y de Turquía no eran tampoco todas de idéntica sustancia; en un caso muy preciso, las partículas fueron identificadas como «granos».

La mayor dificultad consiste en explicar la segregación de estos chaparrones.

Pero los peces de las grandes profundidades presencian también, en algunas ocasiones, las caídas de sustancias comestibles: sacos de granos o barriles de azúcar, cosas que han sido elevadas del fondo de los océanos por corrientes o torbellinos marinos para ser depositadas un poco más lejos.

Tal vez me dirán que jamás han caído granos en sacos, ¿pero no estaba el objeto de Amherst recubierto «de una pelusilla como la que se encuentra en las fábricas de paños»?

Los barriles de trigo perdidos en pleno mar no se hundirían, pero podrían chocar entre sí y reventarse. Los restos de la madera flotarían, pero el trigo, saturado, terminaría por hundirse. Si no hay, en el espacio, un tráfico muy parecido al de nuestros océanos, yo no soy el pez de las grandes profundidades que creo ser.

No tengo otros datos acerca de los sacos y los barriles, pero pienso que cuando estos llegan al fondo del mar ya no son reconocibles como tales. Si registramos, pues, lluvias de materia fibrosa, como tela, madera o papel, seremos a la vez convincentes y grotescos.

En 1686, unos obreros extraían el agua de un estanque, a unos 13 kilómetros de Memel, después de una nevada.⁵⁹ Se dieron cuenta, súbitamente, de que el suelo llano que rodeaba el estanque estaba cubierto de una masa negruzca y escamosa. Un vecino declaró «que la había visto caer en grandes copos al mismo tiempo que la nieve». Algunos de tales copos eran tan grandes como el mantel de una mesa. «La masa estaba húmeda y tenía un olor desagradable, el olor terminó por desaparecer. Se la podía rasgar en fibras, como de papel». La explicación clásica: fue elevada desde un sitio y cayó en otro.

¿Pero qué es aquello que transportó el inevitable vendaval? Mi posición intermediarista me sugiere, por supuesto, que, incluso si fuera la sustancia más extraña de entre todas las concebibles, salida del mundo más extraordinario de todos, debería existir en la Tierra una sustancia similar o algo distinta de la

primera, al menos subjetivamente, ya que todo lo que se encuentra en New York no es más que otro grado, aspecto o combinación de lo que se puede encontrar en una aldea de África Central. La novela, por ejemplo, es un desafío a la divulgación: escriba usted algo que crea nuevo, y alguien le señalará que los griegos ya lo habían escrito mucho antes.

La existencia es apetito: el roer constante del ser. Resulta cómico que los científicos, sumisos al sistema científico, intentaran, con los principios de este sistema, asimilar la sustancia de Memel a un producto terrestre ya conocido. En la reunión de la Real Academia Irlandesa, se dio importancia al hecho de la existencia de cierta sustancia relativamente rara que se forma algunas veces en los suelos pantanosos y que se parece a una tela verde. Pero, una vez rota, la sustancia de los pantanos forma copos y se desgarran en tiras.

Se puede identificar un elefante con un girasol, ya que ambos tienen largos apéndices. No se puede distinguir un camello de un cacahuete, si solo se consideran sus jorobas.

La gran desgracia de este libro es que hará de nosotros una «pandilla de cínicos», pues seremos incapaces de asombrarnos ante nada. Sabíamos, desde el principio, que la ciencia y la imbecilidad eran un continuo, pero tan numerosas expresiones de sus puntos de contacto terminan por asombrar. Pensamos que el récord del profesor Hitchcock, al identificar el fenómeno de Amherst con un hongo, era un notable ejemplo de sainete científico, pero ahora tenemos ante nosotros a un sorprendente reparto: no solamente los irlandeses, sino los irlandeses reales.

Los irlandeses de la Real Academia han excluido la «negrura del carbón» para incluir la «fibrosidad», de modo que la sustancia no era más que «papel de los pantanos, elevado por los aires por la tormenta, que después había vuelto a caer».

Segundo acto:

Según M. Ehrenberg, el papel meteórico reveló estar formado parcialmente de materia vegetal, principalmente de plantas coníferas.

Tercer acto:

Reunión de los irlandeses de la Real Academia: sillas, mesas e irlandeses. Se exhiben copos de este papel de los pantanos. Se componen principalmente de coníferas.

Esto era una doble inclusión, el método favorito de los lógicos. Ya que

ningún lógico se contentará con identificar un cacahuete con un camello, bajo el pretexto de que ambos presentan jorobas, exigiría una concordancia accesorio: su capacidad común, por ejemplo, de vivir largo tiempo sin agua.

No está extremadamente fuera de razón, al nivel de los patrones de medida del sainete libre que son objeto de este volumen, creer que una sustancia verde pueda ser arrancada del suelo por un torbellino y vuelva a caer más allá bajo el aspecto de una sustancia negra. Pero los irlandeses de la Real Academia excluyen otro elemento, que les era, sin embargo, tan accesible como a mí mismo: según Chladni, no se trataba de una pequeña lluvia local, observada por una persona que vivía cerca, sino de una caída gigantesca de lluvia que cubría grandes extensiones de cielo. Quizá todo el papel de los pantanos del mundo hubiera bastado apenas para esto. En el mismo momento, esta sustancia caía «en grandes cantidades» en Noruega y en Polonia. «Una especie de papel quemado cayó sobre Noruega y sobre otras partes del norte europeo el 31 de enero de 1686».⁶⁰ Una tromba de tan enorme distribución podía especializarse difícilmente en esta rara sustancia que se denomina «papel de los pantanos».

Hubiera ocurrido también caída de vallas, de techos y de ramas de árboles. Por su parte, en ningún lugar se ha señalado tornados en Europa septentrional durante enero de 1686.

Ha pasado el tiempo, pero se afirmó la determinación convencional de exclusión que se ejerce sobre todas las caídas, salvo aquellas de sustancias terrestres o de meteoritos. Se terminó por describir la sustancia de enero de 1686 como «una masa de hojas negras que recordaban el papel quemado, pero más sólido, más aglomerado, más quebradizo».⁶¹ No se mencionará más el «papel» ni las «coníferas», y se despreciará la composición vegetal, sin la cual es muy fácil identificar una pulpa encorvada como un anzuelo.

Los meteoritos se hallan generalmente recubiertos de una costra negra, más o menos escamosa. Así, la sustancia de 1686 fue definida como «escamosa», y ella se convirtió al mismo tiempo en una masa mineral gracias a la «identificación» del científico Von Grotthuss, lo que prueba, una vez más, que nada tiene identidad individual, que no importa qué puede ser identificado con no importa qué otra cosa.

Sin embargo, el conflicto no se detuvo allí. Berzelius, examinando a su vez la sustancia, no encontró en la misma ningún rastro de níquel. Como el níquel era entonces el patrón de medida «positivo» de las materias meteóricas, Von

Grotthuss anuló su precedente «identificación».62

Esta igualación de las eminencias me permite dar mi opinión, que de otro modo se hubiera visto sometida a la total invisibilidad: es una lástima que no se hayan buscado rastros de escritura (o de jeroglíficos) en estas hojas de papel.

Si hay pocas sustancias que hayan caído al suelo y si la superficie terrestre abunda en sustancias arrancables por una tromba, dos caídas de papel parecerían notables. Un articulista señala, en la *Edinburgh Review*,⁶³ que en Carolath, Silesia (Polonia), en 1839, cayeron 60 metros cuadrados de fieltro de algodón, con los cuales se podrían haber confeccionado vestidos. El «Dios del microscopio» decidió que la sustancia se componía esencialmente de coníferas. Finalmente, otro artículo⁶⁴ señala que, el 16 de marzo de 1846, en la época de la caída de sustancia comestible en Asia Menor, un polvo aceitinado se abatió sobre Shanghái. Se descubrió en el microscopio que se trataba de una masa de pelos negros y blancos, estos últimos más densos. Se creyó que se trataba de fibras minerales, pero, en la combustión, se desprendieron «un olor y humo amoniacaes de los pelos y las plumas carbonizados». Otros exámenes revelaron que dichas fibras, caídas en forma de una nube de un millón de hectáreas, mezcladas con arena y álcali, estaban formadas principalmente de coníferas.

Observen el énfasis, la disparatada obstinación, aunque valerosa, de los científicos, condenados a ver subvertidos todos sus descubrimientos, obsesionados por la ilusión del final y viendo surgir nuevas verdades, a medida que se crean nuevos y más potentes telescopios y microscopios, métodos de investigación cada vez más precisos y refinados. El nuevo elemento que destrona al antiguo será destronado a su vez y reconocido como mitológico. Si los fantasmas escalan, se contentarán con escalas fantasmas.

Según M. Lainé, cónsul de Francia en Pernambuco,⁶⁵ a principios de octubre de 1821 cayó una lluvia de seda, en tan grandes cantidades que bien hubiera podido ser un cargamento entero perdido entre Marte y Júpiter, flotando en el espacio durante siglos y desintegrándose... Fueron expedidas por M. Lainé muestras a la metrópoli, que presentaron, según los *Annales de Chimie*,⁶⁶ algún parecido con los filamentos sedosos que el viento impulsa hacia París en ciertas épocas del año.

Se menciona, en *Annals of Philosophy*,⁶⁷ que fibras de seda azul cayeron en Naumburgo el 23 de marzo de 1665, y en enormes cantidades, declara Chladni en *Annales de Chimie*,⁶⁸ quien sitúa frente a dicha fecha un gran punto de

interrogación.

Una de las grandes ventajas de la intermediaridad es que, en la unidad de la causalidad, no puede haber confusión de metáforas. Todo lo que es aceptable de una cosa lo es también de otra. Así, se puede muy bien decir, hablando de una cosa, que es sólida como una roca y alza el vuelo con majestad. Los irlandeses poseen un grado excepcional de ironía, y, por tal razón, se les ridiculiza siempre por su agudeza de percepción. No sé aún si lo que hago es un libro o una procesión, o incluso un museo, cuya sala más grande será la de los Horrores, pero hay algo horrible en el relato de este corresponsal del *Scientific American*,⁶⁹ que, contemplando la caída de una sustancia sedosa durante una aurora boreal, atribuía la una a la otra.

Desde Darwin, la explicación clásica de las caídas de seda se limita a las telas de araña. En 1832, a bordo del Beagle, en la embocadura del Río de la Plata, pero a 100 kilómetros de tierra, Darwin vio que un gran número de arañas cruzaba los aires como si fueran minúsculos aeronautas, pegadas a sus filamentos, denominados a veces «hilos de la virgen» y que el viento empujaba a buena velocidad.

Es difícil afirmar que tales sustancias sedosas no fueran telas de araña. Creo que hay sustancias sedosas de origen exterior e hilos de araña terrestre. Muy a menudo es totalmente imposible distinguir entre estos. Por supuesto, la noción de sustancias sedosas nos hace correr el riesgo de llevarnos a las sustancias textiles, y queda por probar que materias fabricadas hayan podido caer del cielo.

En *All the Year Round*,⁷⁰ se describe el siguiente hecho: el 21 de septiembre de 1741, en Inglaterra, en el espacio triangular incluido entre los pueblos de Bradly, Selborne y Alresford, se desplomaron «telas de araña» bajo la forma de «copos de tres por quince centímetros», relativamente pesados, que cayeron «a toda velocidad» y en gran cantidad, puesto que el lado más pequeño del triángulo mide 12 kilómetros. En un artículo aparecido en otro lugar,⁷¹ se añade que la lluvia se produjo en dos tiempos, con un intervalo de varias horas (este dato nos es familiar), y que la segunda caída duró desde las 9 de la mañana hasta el anochecer.

He aquí de nuevo la clásica hipnosis. Esto que se denomina «conocimiento» no es más que una expresión de desequilibrio. Desde el momento en que se acoplan ciertas conexiones mentales, la inteligencia cesa. ¿Y no comienza la inteligencia con una confesión de ignorancia? Desde el momento en que se

decidió que las sustancias eran telas de araña, todo era ya asunto de una conexión mental. Pero siento miedo de manifestar aquí algo semejante a inteligencia. No habiendo ninguna conexión sobre el tema, no habiendo aún nada decidido en lo absoluto, me siento, libre de toda rutina mental, en estado de señalar lo que sigue: esta sustancia, desprendida en tan enormes cantidades, atraído, desde el instante de su caída, una atención casi general. La hubiera atraído igual si, en vez de descender, hubiera ascendido. Pero no hubo un solo testigo, en Inglaterra o en otra parte, que hubiera visto, en septiembre de 1741, ascender toneladas de telas de araña. Finalmente, aun suponiendo que el lugar de origen pudiera ser muy lejano, aunque terrestre, nada explica la precisión casi increíble de la caída, localizada durante horas en un espacio triangular, prolongándose después durante todo un día, tras una larga pausa.

La explicación clásica olvida otros elementos. La ausencia de arañas, la viscosidad de la sustancia: unos perros que la olfatearon se vieron abozalados por esta glutinosidad. ¿Admitiremos que, en los espacios infinitos, flotan vastas regiones viscosas o gelatinosas, impregnando todo lo que las atraviesa? La confusión que reina en las descripciones de la sustancia de Asia Menor en 1841 y en 1846 (presentada por unos como gelatinosa y por otros como formada de granos) podría ser disipada si se pensara en cereales que atraviesan una región gelatinosa. El papel que cayó en Memel podía haber sufrido la misma suerte, si se tiene en cuenta que Ehrenberg lo encontró mezclado con una materia gelatinosa que llamó «nostoc».⁷²

De las telas de araña⁷³ caídas en octubre de 1881 en Milwaukee y después en Green Bay, Fort Howard, Sheboygan y Ozaukee (Wisconsin) se ha escrito que eran «muy blancas y de textura fuerte». «Lo más curioso —escribe el cronista— es que no se señala en ningún caso la presencia de arañas». De ahí surge nuestra tentativa de separar un posible producto exterior de su amalgama terrestre, y después, nuestra alegría por prospectar cara al descubrimiento.

El 21 de noviembre de 1898, numerosos bloques de sustancia, muy parecida a la tela de araña, cayeron en Montgomery (Alabama) en filamentos de hasta 10 centímetros de largo y ancho.⁷⁴ Según el observador, no se trataba de tela de araña, sino más bien de una especie de amianto fosforescente.

En Montussan, en Gironde,⁷⁵ el 16 de octubre de 1883, un observador vio surgir una espesa nube, formada por una sustancia algodonosa que cayó al suelo en bloques gruesos del tamaño de un puño. M. Tissandier, que informa de este

testimonio, añade que dicha sustancia blanca y fibrosa parecía estar quemada.

En marzo de 1832, una sustancia amarilla y combustible cayó en Kourianof (Rusia), y cubrió de 140 a 150 mil hectáreas, y con 10 centímetros de espesor.⁷⁶ Se tendía a identificar esta materia amarilla y resinosa como polen de pino, pero al romperla, se encontró que tenía la resistencia del algodón, y sumergiéndola en el agua, la de la resina, una resina de cobre ambarino, elástica como el caucho, y que olía como esencia de cera.

Vuelvo a mi idea de los cargamentos de alimentos. Lluvias de mantequilla o de grasa, «oliendo muy fuerte», en los condados de Limerick y de Tipperary (Irlanda), fueron señaladas por Robert Vans, de Kilkenny. En una carta consecutiva del obispo de Cloyne se habla de «un extraño fenómeno», observado en Munster y Leinster, en el que una sustancia «blanda, viscosa y amarillo oscura», que los campesinos tomaron como mantequilla, cayó en la primavera del mismo año. El ganado se alimentó con indiferencia de estos copos grandes del tamaño de un dedo, que desprendían un fuerte olor, y a los que Su Excelencia llamó «rocío maloliente».

La «mantequilla» señalada por Robert Vans fue considerada como poseedora de grandes virtudes medicinales, «siendo envasada en tarros por los campesinos».⁷⁷ Sin embargo, a excepción de una mención hecha por Chladni y algunas alusiones en diversos volantes, estos dos fenómenos sufrieron el más total ostracismo. Fueron literalmente excomulgados, sepultados vivos.

Si dicha sustancia cayó con intermitencias en dos provincias irlandesas, y en ninguna otra parte más, vemos precisarse, aún mejor que antes, que, por encima de nuestras cabezas, existe una región estacionaria, dentro de la que las fuerzas gravitatorias y meteorológicas terrestres son relativamente inertes, que recibe exteriormente productos análogos a los nuestros. Estoy seguro de que, en 1685, el señor Vans y el obispo de Cloyne dieron una descripción tan exacta del fenómeno como los testigos de 1885. Pero, como su testimonio se remonta a un periodo más antiguo, no lo aceptaremos más que después de haberle añadido datos más recientes.

Una sustancia transparente, blanda, amarillenta y oliendo como aceite rancio cayó el 11 de abril de 1832, es decir, un mes después de la sustancia de Kourianof, según se lee en el *American Journal of Science*.⁷⁸ Mr. Herman, uno de los químicos que la examinó, la denominó «aceite celeste». Una sustancia untuosa caía en Rotterdam el mismo año;⁷⁹ y una materia aceitosa de color

rojizo, en Génova, en febrero de 1841.⁸⁰

Sin embargo, creo yo, estos problemas deberían ser resueltos por los supergeógrafos del futuro, tal como los que descubrieron América dejaron que otro descubriera Long Island. Si han naufragado supernaves en sus idas y venidas entre Marte, Júpiter y Venus, la cuestión de su carburante se plantea con tanta intensidad como la de sus cargamentos. Uno esperaría ver caer lluvias de carbón, pero han podido ser concebidos desde hace siglos motores de combustibles líquidos, sobre moldes más avanzados. De todos modos, dejo a mis estudiantes la tarea de determinar si tales sustancias oleosas eran alimentos o carburantes.

Me contentaré, pues, con mencionar una granizada de trementina que cayó a mitades de abril de 1871 en el río Misisipi;⁸¹ otra granizada con sabor a naranja, caída cerca de Nimes (Francia), el 1 de junio de 1842, y que se identificó como ácido nítrico;⁸² las cenizas de 1755 en Irlanda;⁸³ y una granizada en Elizabeth (New Jersey), el 9 de junio de 1874, que el profesor Leeds, del Instituto Stevens, identificó como carbonato sódico.⁸⁴

Me alejo algo de la línea de mi plan, pero será muy importante dejar aparecer de nuevo más adelante el número de caídas insólitas que acompañaron al granizo. Si estas sustancias tienen su origen en un lugar cualquiera por encima de la superficie terrestre, ¿será el mismo el origen del granizo?

En cuanto a las cantidades de sustancias vegetales, demasiado vastas para sugerir cargamentos perdidos, recordemos que en Perpignan, el 1 de mayo de 1883, y en varios puntos de la costa mediterránea, cayó, según el *Intellectual Observer*,⁸⁵ una mezcla de arena fina y de «harina roja»; y que, en Siena (Italia), en mayo de 1830, cayó una materia vegetal roja.⁸⁶ Alguien debería registrar todos los fenómenos de caída localizados en Siena: son incalculables.

Finalmente, el 16 de febrero de 1901, en Paw Paw (Michigan), según la *Monthly Weather Review*,⁸⁷ durante un día de calma en el que los molinos de viento casi ni se movían, cayó un polvo amarronado de materia vegetal. El editor indica que no pudo tratarse de lluvia diseminada por un tornado porque eso no se había visto por ninguna parte.

Sabor rancio, podredumbre y descomposición, una nota que hallamos sin cesar. En un sentido positivo, queda entendido que no significa nada, puesto que cada significación es continua a todas las demás. Las evidencias de culpabilidad son, por ejemplo, también evidencias completamente convincentes de inocencia. Pero me parece que esta condición sugiere un estacionamiento prolongado en el

espacio. Un horrible desastre en tiempos de Julio César. Sus vestigios no alcanzarían la tierra más que en los tiempos del obispo de Cloyne. Dejaremos para más adelante el determinar la cuestión de la descomposición bacteriana. Desconozco por completo si las bacterias son aptas para sobrevivir en lo que se denomina «espacio»...

En *Chemical News*, el doctor A. T. Machattie⁵⁸ escribe que, en London (Ontario), el 24 de febrero de 1868, en medio de una violenta tormenta, cayó una sustancia de color oscuro, en una cantidad aproximada a 500 toneladas y sobre una extensión de unos 100 por 20 kilómetros. Esta fue examinada en el microscopio por el doctor Machattie, quien estableció que era sustancia vegetal «en avanzado estado de descomposición». La sustancia fue estudiada también por el doctor James Adams, de Glasgow, que expresó su opinión de que se trataba de restos de granos. El doctor Machattie señaló que el suelo de aquella región de Canadá había permanecido helado por varios meses antes de la caída, lo cual hacía suponer que el origen de la sustancia fuera remoto. El doctor Machattie creía que su origen se hallaba en el sur. «No obstante —dijo—, todo esto es mera conjetura».

En la *American Journal of Science* de marzo de 1840, se señala que, durante una violenta tempestad, cayó una respetable cantidad de cereales en Raikit, en la India. La caída fue informada por el coronel Sykes de la Asociación Británica. Los nativos se mostraron muy entusiasmados, ya que se trataba de un grano desconocido para ellos. Usualmente, tales hechos y sus pruebas son llevados inmediatamente con un científico, que suele conocer las cosas mucho mejor que los nativos. Sin embargo, en esta ocasión no ocurrió así: «El grano fue estudiado por algunos botánicos que no lo reconocieron inmediatamente, sino que nombraron varias especies, distintas unas de otras».

⁵⁶ *Timb's Year Book*, (1850), 241.

⁵⁷ *Timb's Year Book*, (1848), 235.

⁵⁸ *American Almanac*, (1833), 71.

⁵⁹ *Proceedings of the Royal Irish Academy*, 1, 379.

⁶⁰ Kirkwood, *Meteoric Astronomy*, 66.

⁶¹ *Annals of Philosophy*, 16, 68.

- 62 *The Annals and Magazine of Natural History*, 1, 3, 185.
- 63 *Edinburgh Review*, 87, 194.
- 64 *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, (1847), 193.
- 65 *Annual Register*, (1821), 681.
- 66 *Annales de Chimie*, 2, 15, 427.
- 67 *Annals of Philosophy*, n. s. 12, 93.
- 68 *Annales de Chimie*, 2, 31, 264.
- 69 *Scientific American*, (1859), 178.
- 70 *All the Year Round*, 8, 254.
- 71 *Wernerian Natural Historic Society Transaction*, 5, 386.
- 72 *Annals and Mag. of Nat. Hist.*, 1, 3, 185.
- 73 *Scientific American*, 45, 337.
- 74 *Monthly Weather Review*, 25, 566, citando el *Montgomery Advertiser*.
- 75 *La Nature*, (1883), 342.
- 76 *Annual Register*, (1832), 447.
- 77 *Philosophical Transactions*, 19, 224.
- 78 *American Journal of Science*, 1, 28, 361. Se halla enteramente citado el análisis químico.
- 79 *Edinburgh New Philosophical Journal*, 13, 368.
- 80 *Comptes Rendus*, 13, 215.
- 81 *Scientific American*, 24, 323.
- 82 *Journal de Pharmacie*, (1845), 273.
- 83 *Scientific American*, 5, 168.
- 84 *Sci. Amer.*, 30, 262.
- 85 *Intellectual Observer*, 3, 468.
- 86 *Arago: Oeuvres*, 12, 468.
- 87 *Monthly Weather Review*, 29, 465
- 88 Fellow of the Geological Society: miembro académico de la Sociedad Geológica.

Plomo, plata, diamantes y cristal.

Parecen condenados, pero no lo son, porque hoy en día se los acepta cuando forman parte de estas masas metálicas o pétreas que la ciencia reconoce bajo el nombre de «meteoritos». La resistencia se ejerce en adelante sobre las sustancias menos bien incorporadas.

Entre tantos datos malditos, la yesca me parece enormemente condenable. En el *Report of the British Association*,⁸⁹ se menciona una sustancia marrón achocolatada caída al mismo tiempo que unos meteoritos. No se cita ningún detalle y el hecho no es mencionado en ninguna otra parte. Pero en esta publicación inglesa, la palabra original «punk» no es utilizada. La sustancia es denominada «amadou». Supongo que, si el acontecimiento hubiera sido registrado en una publicación francesa, no se hubiera hablado de «amadou», sino de «yesca». La unidad de la totalidad: obras científicas y registros sociales; si uno no puede entrar como Goldstein, entraría bajo el nombre de Goldstein.

Las lluvias de azufre le han parecido siempre sospechosas a la ortodoxia moderna, sin duda, a causa de su asociación con las supersticiones o los inicios de la ortodoxia precedente: historias de demonios o exhalaciones sulfurosas. Los reaccionarios científicos que sañudamente han combatido todo lo que les precedía, por simple odio de toda procedencia, y los prudentes científicos que, en un acceso de puro Exclusionismo, han puesto una mano esquelética sobre sus pálidos ojos negaron a dúo las caídas de azufre. Poseo numerosas notas sobre el olor sulfuroso de los meteoritos, otras aún sobre la fosforescencia de los objetos exteriores. Un día pasaré revista a todas las añejas historias de demonios aparecidos sulfurosamente en la Tierra, con el fin de demostrar que, en varias ocasiones, hemos tenido visitantes de otro mundo, y que el signo del origen externo se halla en la sulfurosidad. Un día racionalizaré toda la demonología, pero por el momento me hallo demasiado avanzado para poder permitirme retroceder.

Para un relato circunstanciado, lean la historia de esa masa de azufre incandescente, grande como el puño de un hombre, que cayó el 30 de enero de

1868 en Pulstuk, en Polonia, en una carretera en donde los campesinos la tuvieron que pisotear para apagarla, según el *Report British Association*.⁹⁰

El poder de los exclusionistas se mantiene a través de su posición de sistemáticos, tanto modernos como arcaicos. Las lluvias de arenisca y de caliza repelen a los teólogos y a los científicos, ya que sugieren otros mundos en los cuales evolucionan aparentemente unos procesos geológicos. Pero la caliza fosilífera es la roca menos apreciada de todas.

Un bloque de caliza caída cerca de Middleburg (Florida) fue exhibido en la exposición subtropical de Jacksonville. El cronista argumentó que no hay caliza en el cielo; por ello, esta no pudo caer de allí.⁹¹ No se puede concebir un mejor razonamiento, ya que una premisa mayor final, universal, exacta, incluiría a todas las cosas y no dejaría ya materia para el razonamiento; así, todo razonamiento debe basarse en «alguna cosa» no universal, en un fantasma intermediario entre las dos finalidades de la nada y de la totalidad, entre la negatividad y la positividad.

Según *La Nature*, el 6 de junio de 1890, bolas de caliza recogidas en Pel-et-Der, en L'Aube, fueron identificadas como caliza de Château-Landon. Pero habían caído en plena granizada y en el mes de junio, lo que hace que difícilmente se pueda considerar que la granizada fue originaria de Château-Landon.

Por el contrario, según *Science Gossip*,⁹² una gruesa piedra caliza, «lisa, roída y arenosa», fue encontrada en Inglaterra en 1887, incrustada en el tronco de una haya. Caída visiblemente en plena incandescencia, había penetrado fuertemente en la madera; por otro lado, ennegrecida y calcinada. Nunca, que yo sepa, ha caído nada incandescente de un torbellino.

Las caídas de sal son corrientes, pero los escritores científicos las eluden porque solo el agua, y no las materias solubles, se suponen evaporables. Sin embargo, Dalton y algunos más han hablado de caídas de agua salada, que ellos atribuían a torbellinos venidos del mar. La sugestión es razonable, digamos casi razonable, cuando ocurre en las proximidades del mar, pero ¿qué decir de las caídas de sal en la alta montaña? El 20 de agosto de 1870 cayeron en Suiza cristales de sal durante una granizada. La explicación ortodoxa es un simple crimen: se deberían fichar las huellas digitales del responsable. Estos bloques de sal, descritos por el *American Journal of Science*⁹³ como «cristales imperfectamente cúbicos», ¡habrían venido de África sobrevolando el Mediterráneo!⁹⁴

He aquí la hipnosis de lo convencional, cuando es presentada adecuadamente. Una aserción de esta clase, breve y flexible, se lee con una curiosidad mezclada con asombro; después se olvida. Se tiene como la impresión de vivir una lección de geografía: en el mapa, el Mediterráneo mide de 8 a 10 centímetros, y Suiza no está demasiado lejos de él.

Otro dato extraordinario del año 1883:

Según una traducción de un periódico turco, publicada por el *London Times*,⁹⁵ el 2 de diciembre cayeron en Üsküdar (Turquía) copos o partículas de una sustancia blanca como nieve, «pero de sabor salado y soluble en el agua». Miscelánea de datos en torno a este suceso: «una materia negra y capilar» cayó el 6 de noviembre de 1857 en Charleston, Carolina del Sur.⁹⁶

También cayeron «pequeños bloques quebradizos y vesiculares, grandes como guisantes o avellanas», en Lobau, el 18 de enero de 1835;⁹⁷ y «una especie de salitre cristalizado, de sabor azucarado, caído en plena tormenta» en Peshawar (India), en junio de 1893.⁹⁸

Supongo que los peces de las grandes profundidades han recibido también cenizas en la nariz. Y por poco subyacente que sea su territorio a las líneas marítimas Cunard o White Star, tienen todas las posibilidades para seguir recibéndolas, aunque no concibo una encuesta de este género en los dominios de los peces de las grandes profundidades.

Cuando el reverendo James Rust recibió en la nariz la seguridad de que las escorias de Slains eran escorias de fundición, fue en vano que intentara entrelazar una encuesta. Y cuando se señaló desde Chicago que, el 9 de abril de 1879, había caldo de escorias de hierro del cielo, el profesor Bastian declaró en una forma «absolutamente taxativa»⁹⁹ que este producto de fundición «no había abandonado sin duda jamás el suelo». «Un examen químico de los especímenes —añadió— muestra que no poseen ninguna de las características propias de los verdaderos meteoritos».

Una y otra vez vemos la ilusión universal, la esperanza y el desespero de la tentativa positivista, imaginándose que pueden existir criterios reales o características distintas de algo, sea lo que sea. Si alguien pudiera probar, y no suponer (como el profesor Bastian, que acaba de definir las verdaderas características de lo que sea), o localizar cualquier cosa, la verdad realizaría el descubrimiento por el cual trabaja todo el cosmos. Sería transportado, como lo

fue Elías, al Positivo Absoluto. Más tarde veremos «el verdadero test de las materias meteóricas», que se tomaba antiguamente por un absoluto, disiparse entre nubes. El profesor Bastian explica mecánicamente, en términos del reflejo usual a todos los informes de sustancias malvenidas, que, cerca de la escoria de hierro, unos hilos telegráficos habían sido golpeados por el rayo, y las partículas de hilo fundido habían caído cerca de las escorias, lo que hacía creer en una caída. Pero ¿no cayeron acaso, si hay que creer al *New York Times*,¹⁰⁰ dos buenos quintales de esta sustancia?

Greg informa que, en Darmstadt, el 7 de junio de 1846, ocurrió una caída de «escorias de hierro ordinarias». ¹⁰¹ En 1885, se encontró una gran piedra en el interior de un árbol, en Battersea Fields. ¹⁰²

A veces se encuentran balas de cañón incrustadas en los árboles. Esto no provoca ninguna discusión, parece extravagante que alguien quiera agujerear el tronco de un árbol para ocultar en él una bala de cañón. Lo mismo sucede con la piedra de Battersea. ¿Qué se podría decir de la misma sino que cayó a toda velocidad y que se incrustó en el interior de un árbol? Sin embargo, la discusión fue considerable, porque en el pie del árbol, como desprendidas de la piedra, se encontraron fragmentos de escorias férricas.

Y guardo en reserva nueve casos completamente idénticos.

Cenizas, escorias de hierro y carbonilla. Ustedes no creerán jamás, y yo tampoco, que hayan podido provenir de enormes superhornos aéreos. Así pues, examinemos soluciones más aceptables. Para las cenizas, la dificultad es considerable, visto el gran número de caídas de cenizas cuyo origen (volcanes o incendios de bosques) es puramente terrestre.

Supongo que uno de mis grandes intentos es probar que, en la cuasiexistencia, no hay nada que no sea absurdo —o intermediario entre la absurdidad absoluta y la verosimilitud final—; que todo lo que es nuevo es aparentemente absurdo; que se convierte, ante el orden establecido, en el absurdo disfrazado; y que, finalmente, transcurrido un tiempo, vuelve al absurdo. Todo progreso avanza de lo escandaloso a lo académico o a lo santificado, después vuelve a lo escandaloso, modificado siempre por una tendencia a acercarse más y más a la verosimilitud. A veces la inspiración me falla, pero creo que en el presente estamos acostumbrados a la unidad de la totalidad, y que los métodos de la ciencia para mantener el dominio de su sistema son tan insoportables como las tentativas de los condenados para volver a

introducirse en ella. En el *Annual Record of Science*,¹⁰³ se dice que el profesor Daubrée atribuyó la caída de las cenizas de las Azores al incendio de Chicago...

No hay elección entre los salvados y los condenados; y los ángeles son seres que, en principio, no tienen cola terminada en punta. Y aunque sea de mal gusto golpear a un ángel por debajo de la cintura, el ultraje de Daubrée fue rápidamente revelado: el redactor del *Annual Record*, volviendo a la carga en 1876, consideró como «ridículo el sostener que las cenizas de Chicago hayan podido caer en las Azores». Un periódico de Kimberley (citado por *Nature*)¹⁰⁴ anunciaba que, a finales de noviembre de 1883, una lluvia de materia cenicienta cayó sobre Queenstown, en África del Sur, bajo la forma de bolas minúsculas, blandas y pulposas, pero susceptibles, una vez secadas, de convertirse en polvo al menor contacto. Sería usualmente absurdo atribuir esta sustancia al Krakatoa, sin embargo, la lluvia fue acompañada por fuertes detonaciones.

Pero no quiero pasar revista a todas mis notas sobre las caídas de cenizas. Si las cenizas volaran por encima de los peces de las grandes profundidades, los barcos de vapor no serían por ello responsables.

Cenizas, escorias de hierro, escorias o carbonilla, son materias ambiguas. Pero las caídas de carbón parecen ser la obra del gran sacerdote de los condenados. «Análoga al choque en todos sus puntos»,¹⁰⁵ tal es la sustancia que se precipitó el 24 de abril de 1887 en el departamento del Orne (Francia). Y cerca de Allport (Inglaterra), en 1827, «una especie de carbón de madera», expandiendo una viva luz, se abatió con gran ruido en un campo, si hay que creer el informe del doctor Angus Smith aparecido en las *Lit. and Phil. Soc. of Manchester Memoirs*,¹⁰⁶ enteramente basado, como la casi totalidad de los *Principios de geología* de Lyell y del *Origen de las especies* de Darwin, en testimonios orales.

Esta materia anormalmente pesada, como si contuviera hierro, estaba «mezclada con una pizca de azufre». Se aleja totalmente, dice el profesor Baden-Powell, de las materias meteóricas corrientes. Y Greg, aun calificándola de «sustancia dudosa» en su catálogo,¹⁰⁷ la asimila de un modo definitivo como partículas de azufre y piritas de hierro incrustadas en carbón de madera, mientras que el doctor Smith le atribuye un contenido en carbón de un 43.59 %. Pero la noción de caída de carbón permanece inseparable de los datos de sustancias resinosas y bituminosas.

Cayeron sustancias resinosas en Kaba (Hungría), el 15 de abril de 1887,¹⁰⁸ y

en Neuhaus (Bohemia), el 17 de diciembre de 1824.¹⁰⁹ En Luchon (Francia), el 28 de julio de 1885, una sustancia negruzca, quebradiza y carbonosa cayó durante una tormenta, y quemada, desprendía un olor a resina.¹¹⁰ En Génova, una sustancia resinosa, caída del 17 al 19 de febrero de 1841, es definida por Arago como bituminosa y arenosa.¹¹¹ En julio de 1681, cerca del cabo Cod, sobre el puente de un navío inglés, el Albemarle, cayó una materia «ardiente y bituminosa».¹¹² Lockyer¹¹³ señala que una sustancia caída en el cabo de Buena Esperanza el 13 de octubre de 1838, a razón de 2 metros cúbicos, era blanda, desmenuzable con un cuchillo, y que «dejó, después del examen, un residuo de olor bituminoso». La misma consistencia fue descrita por otro lado,¹¹⁴ como «pareciéndose más que cualquier otra cosa a un pedazo de antracita».

Sir Robert Ball, un exclusionista de la vieja escuela (combate aún los meteoritos), ha citado numerosas caídas de sustancias carbonáceas, pero las asoció invariablemente a la eterna noción de ciclones. De la misma escuela es el profesor Lawrence Smith, su psicotropismo consiste en combatir todo informe sobre las caídas de materias carbonosas, afirmando que el depósito de esta materia sobre diversos objetos es debido al único impacto con la tierra. Su positivismo desprecia simplemente el hecho establecido por Berthelot, Berzelius, Cloez, Wohler y muchos más, según los cuales estas masas no se hallan solamente recubiertas de materias carbonosas, sino que dichas sustancias forman parte de su composición. Uno se podría sorprender de verlo mantener una actitud tan determinada, dogmática y ciega, ¿pero el solo hecho de pensar no consiste acaso en excluir e incluir?

Según M. Daubrée, la sustancia caída en la República Argentina, en la provincia de Entre Ríos, el 30 de junio de 1880, recordaba «ciertas formas de lignito».¹¹⁵ Una materia caída en Grazac (Francia), el 10 de agosto de 1885, desprendía en la combustión un olor bituminoso.¹¹⁶ El doctor Walter Flight¹¹⁷ enumeró también la sustancia de Alais (Francia) el 15 de marzo de 1806, examinada por Berzelius; las de Cranbourne (Australia), en 1861; la de Montauban (Francia), el 14 de mayo de 1864 (veinte masas de una sustancia «parecida a un descolorido lignito terroso», algunas de ellas grandes como el tamaño de una mano humana); la de Goalpara (India), en 1867 (cerca del 8 % de hidrocarburo); la de Ornans (Francia), el 11 de julio de 1868, con un componente orgánico combustible; y la de Hessel (Suecia), el 1 de enero de 1860.

Las reticencias y embozos, las retiradas disimuladas bajo palabras como

«parecía» o «análogo a»... Si algo escapara a su origen o a lo que le rodea, se convertiría en real, ya no se mezclaría distintamente con el resto. Es por ello que toda tentativa de originalidad, todo ensayo de invención que supera las modificaciones de lo ya visto, es un acto positivista. Cualquiera que concibiera un atrapamoscas positivamente distinto a todos los demás galoparía hacia la gloria, hacia el Positivo Absoluto, dejando tras de sí tal estela incandescente que, durante una época, ascendería en el cielo en un carro de fuego, mientras que en otra sería golpeada por el rayo.

Reúno notas sobre las personas supuestamente golpeadas por un rayo. Creo que tan plenas aproximaciones hacia el Positivismo han sido obtenidas por traslación instantánea y abandono de los residuos de negatividad, recordando los efectos de un golpe de un rayo. Un día contaré la historia del Marie Céleste dentro de las «reglas del arte», como diría el *Scientific American Supplement*.

Entre los positivistas, en el camino de la transición abrupta, estimo que Manet era muy notable, pero que su aproximación fue rebasada por su intensa relatividad hacia el público. Resulta tan poco positivo ridiculizar, insultar y desafiar como rebajarse y halagar. Por supuesto, Manet comenzó por mantener una continuidad con Courbet y los suyos, incluso con sufrir su influencia, pero, sin el espíritu de abrupta diferencia que es el del Positivismo, se opuso al dictado según el cual sombras y luces debían fundirse suavemente y prepararse una vía mutua. Igualmente, un biólogo como De Vries representa el Positivismo o la ruptura de la continuidad, intentando concebir la evolución por la mutación y aislando el dogma de las gradaciones y variaciones infinitas. Un Copérnico concibe el heliocentrismo. La continuidad le embroma. No se le autoriza a romper abruptamente con el pasado. Se le permite publicar su obra, pero tan solo como «hipótesis interesante».

La continuidad, y todo lo que conocemos como evolución o progreso, es un intento de romper con ella.

Nuestro sistema solar entero es el resultado de un ensayo intentado por los planetas para prescindir del nexo parental y buscar una existencia individual, también de un fracaso que les hizo evolucionar en órbitas casi regulares, expresiones de sus relaciones entre sí mismos y con el Sol. Su redención casi los ha incorporado a una aproximación superior del sistema.

La intermediaridad, en su aspecto mineralógico del Positivismo, es el hierro que prescinde del azufre y del oxígeno para convertirse en hierro real y

homogéneo, pero fracasa en la medida en que el hierro elemental no existe más que en los libros de química.

La intermediaridad, en su aspecto biológico del Positivismo, está constituida por cosas fantásticas, grotescas, desenfrenadas, monstruosas, que ha concebido en su esfuerzo frenético para romper con los tipos precedentes. Por ejemplo, la jirafa no ha hecho apenas más que caricaturizar un antílope.

Todas las cosas no rompen una relación más que creando otra. Todas las cosas no rompen su cordón umbilical más que para apretujar un seno.

Así, la lucha de los exclusionistas por mantener lo tradicional o para impedir toda transición abrupta con lo cuasiestablecido llega hasta el hecho de que, más de un siglo después de la inclusión de los meteoritos, no se ha realizado ninguna otra inclusión notable, a excepción de la del polvo cósmico, de la cual Nordenskiöld ha presentado unos datos más reales que los de la oposición. Así que Proctor ha combatido y ridiculizado a W. H. Thomson por haber concebido la llegada a la Tierra de organismos incluidos en los meteoritos: «Es pura farsa», escribió en *Knowledge*.¹¹⁸ Pero, o bien todo es farsa, o bien todo se sitúa entre la farsa y la tragedia. Nuestra existencia no es más que una pura expresión. Momus nos imagina para divertir a los dioses, a veces consigue darnos algo parecido a la vida, al igual que los personajes de una novela consiguen a veces proseguir sus evoluciones exteriormente al novelista. Momus nos imagina, con nuestras artes, nuestras ciencias y nuestras religiones, nos narra y nos pinta como para remedar la existencia real de los dioses.

Ahora, que se multiplican los datos sobre las caídas de carbón, y después de que la ciencia ha definido el carbón como un fósil, ¿cómo, en una existencia real, estable, en un estado de inteligencia real, en una forma de pensamiento que no se diferencie imparcialmente de la imbecilidad, se ha podido suscitar tal escándalo, cuando el doctor Hahn anunció que había encontrado fósiles en los meteoritos?

Los datos son irrefutables, la sustancia que descendió el 15 de abril de 1857 sobre Kaba (Hungría) contenía una materia orgánica «análoga a las ceras fósiles». ¹¹⁹ El doctor Hahn fotografió y describió corales, esponjas, conchas de crinoideos, todos microscópicos, afirmando haberlos encontrado en el interior de los meteoritos. ¹²⁰

Cualquiera que teorice sobre otros mundos y sus condiciones de existencia, parecidas o no a las nuestras, no desencadenará las iras públicas si presenta sus datos como puramente ficticios o los califica de «interesantes hipótesis». Pero el

doctor Hahn describió y fotografió los fósiles, que atribuyó a meteoritos específicos. Su libro figura en la Biblioteca Municipal de Nueva York. En las reproducciones que lo ilustran, cada trazo, cada estría de las minúsculas conchas están claramente marcados. Se perciben incluso los pivotes sobre los cuales giraban los bivalvos.

«El doctor Hahn —escribió el profesor Lawrence Smith— está medio chiflado. Ha dejado correr su imaginación».121

Instinto conservador de la continuidad.

El doctor Weinland, al examinar los especímenes de Hahn, los identificó como fósiles y no como cristales de esteatita, tal como había sugerido el profesor Smith, que nunca los vio.

Y después de la publicación de los descubrimientos de Weinland... solo el silencio.

Nosotros condenamos la negación y la indiferencia.

89 *Report of the British Association*, (1878), 576.

90 *Report of the British Association*, (1874), 272.

91 *Science*, 9 de marzo de 1888.

92 *Science Gossip*, (1887), 140.

93 *American Journal of Science*, 3, 3, 239.

94 *An. Rec. Sci.*, (1872).

95 *London Times*, 25 de diciembre de 1883.

96 *American Journal Science*, 2, 31, 459.

97 *Report of the British Association*, (1860), 85.

98 *Nature*, 13 de julio de 1893.

99 *American Journal Science*, 3, 18, 78.

100 *New York Times*, 14 de abril de 1870.

101 *Report of the British Association*, (1867), 416.

102 *Philosophical Magazine*, 4, 10, 381.

103 *Annual Record of Science*, (1875), 241.

104 *Nature*, 10 de enero de 1884.

105 *Nature*, 36, 119.

106 *Mandescer Memoirs*, 2, 9, 146.

107 *Rept. Brit. Assoc.*, (1860), 73.

- 108 *Rept. Brit. Assoc.*, (1860), 94.
- 109 *Rept. Brit. Assoc.*, (1860), 70.
- 110 *Comptes Rendus*, 103, 837.
- 111 *Oeuvres*, 12, 469.
- 112 *The Edimburg New Philosopical Journal*, 26-86.
- 113 *The Meteoric Hypothesis*, 24.
- 114 *Science American*, 35, 120.
- 115 *Comptes Rendus*, 96, 1764.
- 116 *Comptes Rendus*, 104, 1771.
- 117 *Electric Magazine*, 4, 17, 425.
- 118 *Knowledge*, 1, 302.
- 119 *Philosophical Magazine*, 4, 17, 425.
- 120 *Popular Science*, 20, 83.
- 121 *Knowledge*, 1, 258.

Seres vivos han caído sobre la Tierra.

La ciencia ha querido preservar el sistema contra estas lluvias, afirmando, por ejemplo, que sapos y ranas no han caído jamás del cielo, sino que «se encontraban ya en el suelo desde el principio», o bien que «un viento los levantó de algún lugar, para dejarlos caer de nuevo más allá». Si se encuentra en Europa un lugar donde los batracios abundan especialmente, la explicación científica se las arreglará para que todas las ranas caídas del cielo en el continente europeo provengan en línea directa de este gran centro de «ránidos».

Para empezar, me gustaría subrayar una extraña anomalía que, según parece, soy el primero en percibir, sea porque aún soy un primitivo, porque soy inteligente o tal vez estoy mal ajustado, pero no ha habido nunca un solo informe que haya descrito una caída de renacuajos.

Un observador¹²² afirma que los sapos o ranas, pretendidamente caídos del cielo, debieron caer de los árboles. Pero un número asombroso de pequeños sapos (renacuajos) han sido vistos cayendo desde una enorme y espesa nube en agosto de 1804, cerca de Toulouse, según una carta del profesor Pontus dirigida a M. Arago.¹²³ Se vieron ranillas en pleno corazón londinense, el 30 de julio de 1838, después de una violenta tormenta;¹²⁴ también, después de un prolongado chaparrón, se descubrió un amasijo de sapos en pleno desierto.¹²⁵ ¿Se hallaban ya en el suelo, en primer lugar?

No niego positivamente, nótenlo bien, la explicación convencional del «ascenso y del descenso posterior». Creo, por el contrario, que tales episodios sí se han producido. En el *London Times* del 4 de julio de 1883 hay el relato sobre una lluvia de pequeñas ramas, de hojas y de pequeños sapos, al término de una tormenta sobre las laderas de los Apeninos. Tales elementos me parecen típicamente asociados a una tromba. Mientras que otros casos me parecen asociados a... ¿diría una migración?

Una y otra vez, en estos anales de los condenados, surgen datos de cosas separadas y divididas. Un ciclón es concebido generalmente como un estado de caos o de semicaos. «Un pequeño estanque que se encontraba al paso de una

nube se halló sin su contenido por una poderosa acción: el agua transportada por encima de los campos vecinos, con una gran cantidad de barro orgánico que fue esparcido por el suelo sobre 150 hectáreas». Tales son las circunstancias de un verdadero torbellino. Pero la imaginación exclusionista rehúsa considerar el barro, los desechos del fondo del estanque o los nenúfares: se concentra en los torbellinos recolectores de ranas. En todos los casos de caídas de batracios atribuidas a trombas, la tromba no ha sido jamás identificada o localizada. Sin embargo, un estanque que eche a volar puede ser tan interesante como una lluvia de ranas.

¿Adónde van las trombas?, ¿de qué están hechas? Me parece que cualquiera que hubiera perdido un estanque tendría que manifestarlo. Sé que una caída de ranas, cerca de Birmingham (Inglaterra), el 30 de junio de 1892, fue rápidamente atribuida, por el *Symons's*,¹²⁶ a una tromba maléfica, pero no se menciona que un estanque haya contribuido. Un solo detalle llama mi atención: las ranas eran de color blanco.

Tengo miedo de que sea necesario remitir nuestra civilización a nuevos mundos, donde las ranas blancas tendrán derecho a vivir. En muchas ocasiones hemos recibido datos sobre cosas desconocidas que han caído sobre la Tierra. Pero ¡alertas!: si han caído seres vivos en la Tierra (pese a todo lo que sabemos sobre la velocidad de aceleración de los cuerpos en caída) y se han propagado, entonces lo exótico se hace aborigen, y de los lugares más extraños debemos esperar lo familiar. Si han llegado hasta aquí multitudes de ranas vivas, todos los seres vivos han podido provenir de otro lugar.

Después de uno de los peores huracanes de toda la historia de Irlanda, se han hallado peces a «más de 15 metros del borde de un lago». ¹²⁷ Sobre una lluvia de peces en París, se dijo que estos habían sido arrastrados tierra adentro por un intenso vendaval.¹²⁸ La fecha no la conocemos, pero algunos aún recuerdan haberlo visto.

La más célebre caída de peces ocurrió, sin embargo, en Mountain Ash, en el valle de Abedare (Glamorganshire), el 11 de febrero de 1859. Sucedió en la propiedad de un tal Mr. Nixon. Al hablar de ella, la revista *Zoologist*¹²⁹ dijo: «Continuamente recibimos relatos similares de caídas de ranas y peces»; sin embargo, en todos los volúmenes de *Zoologist*, solo he hallado dos relatos de tales caídas. El doctor Gray, del British Museum, erizándose de Exclusionismo, concluyó con una farsa: «Uno de los empleados de Mr. Nixon debió arrojar un

cubo de agua sobre uno de sus camaradas, sin darse cuenta de que contenía algunos peces». Otro corresponsal, ante esta versión, declaró haber obtenido la misma especie de peces a distancias considerables de este «cubo travieso». De hecho, los mismos peces, si se juzga por otros testimonios,¹³⁰ cayeron en varias tandas. Algunos de ellos, aún vivos, fueron enviados al jardín zoológico del Regent's Park, donde fueron identificados como gobios y espinochas. Sea como sea, la hipótesis de una tromba está destinada al fracaso por dos detalles. El primero es que la caída, lejos de presentar la dispersión requerida, tuvo lugar sobre una estrecha banda de 80 metros de largo por 12 de ancho. La segunda, increíble, pero sobre la cual afluyen los testimonios, es que, 10 minutos después de la primera caída, ¡se producía una segunda en el mismo lugar! Incluso si una tromba pudiera permanecer axialmente en el mismo lugar, se descargaría siempre tangencialmente.

En la carta de Aaron Roberts, cura párroco en la iglesia de San Pedro (Carmathon), al *London Times*,¹³¹ este precisa que los peces tenían hasta 8 centímetros de largo. Algunas personas, creyendo que se trataba de peces de mar, los colocaron en agua salada, donde sufrieron una muerte instantánea. Otros peces, colocados en agua dulce fría, se comportaron de maravilla en la pecera.

Otra versión es la siguiente:¹³² «Los techos de algunas casas estaban recubiertos de ellos». La evidencia de una caída de peces es concluyente. Según el *Report of the British Association*,¹³³ se trataba de *Gasterosteus leuris*. *Gasterosteus* es el nombre científico de la espinocha.

Creo que no somos conscientes de lo que significa la verdadera perdición, hasta que se nos condena con esta hipótesis de que uno empapó a otro con un cubo lleno de agua en el que había miles de peces, de 8 centímetros de largo, algunos de los cuales cubrieron el techo de las casas y otros permanecieron en el aire durante 10 minutos. Prefiero todavía mi versión, más contrastada: el fondo de un estanque supergeográfico cedió bruscamente.

Lo que es extraordinario es el hecho de que estos animales vivos caen sin herirse. Se ha hablado de la hierba tierna, pero sir James Emerson Tennant, en su *Historia de Ceilán*, ¡habla de peces caídos intactos sobre la arena!

En esta región inactiva que podemos concebir, un área sería a la gravitación terrestre lo que la zona neutra de un animal es a la atracción magnética; acepto de buen grado que haya extensiones de agua, espacios vacíos, fondos de estanques no rodeados de tierra, enormes gotas de agua flotando en el espacio,

diluvios de agua y caídas de peces, pero también zonas donde los peces se sequen y se pudran, antes de volver a caer por efectos de un alud atmosférico.

En Rajkot (India), el 25 de julio de 1850, «el suelo estaba recubierto de peces», algunos de los cuales fueron encontrados en la parte más alta de las pilas de heno.¹³⁴ Ocurrió otra caída a 40 kilómetros de Calcuta, el 20 de septiembre de 1839, donde algunos peces, colocados en tanques de agua, sobrevivieron.¹³⁵ Al respecto, un testigo declaró: «El hecho más extraordinario fue que los peces no cayeron mezclados, sino en línea recta, sobre una extensión de menos de un decímetro y medio de ancho».¹³⁶

En Feridpoor (India),¹³⁷ el 19 de febrero de 1830, «algunos peces eran completamente frescos, otros estaban mutilados y en plena putrefacción». Recordemos que, en las montañas de la India, el clima está muy lejos de ser tórrido, así que no constituye una explicación válida. Consideremos, además, para los partidarios de la segregación en trombas, los objetos ligeros: algunos de estos peces pesaban dos veces más que los otros.

En este punto de nuestra exposición, no sé si un caballo y un granero nos ayudarán a salir a flote, pero si nunca algo se ha elevado de la superficie de la Tierra y no ha vuelto a descender, estos dos parecen haberlo logrado por completo: en un tornado en Wisconsin, el 23 de mayo de 1878, «un granero y un caballo fueron levantados, y de ellos no se volvió a hallar ni rastro ni migaja».¹³⁸ Este incidente sería tema de un café si nuestras digestiones no llevaran una ponderada progresión, hecho que anoto de pasada. Así, no hay nada de extraño o de inadmisible en que una tortuga haya podido sobrevolar durante más de 6 meses una población de Misisipi.

El 11 de mayo de 1894¹³⁹ cayó en Vicksburg, en Misisipi, un fragmento de alabastro. A 15 kilómetros más allá, en Bovina, caía una tortuga. Todo ello, durante una granizada.

El acontecimiento fue ampliamente difundido, por ejemplo, en *Nature*,¹⁴⁰ y jamás discutido. «Aparentemente —dijo un comentarista—, unos torbellinos locales levantaron pesados objetos de la superficie del suelo y los transportaron hasta las alturas de las nubes». De todas las inverosimilitudes de esta explicación, tal vez les dé qué pensar la forma en que un torbellino, actuando sobre un Estado del sur durante el mes de mayo, haya podido escoger escrupulosamente una tortuga y un pedazo de alabastro, restituyéndolos después bajo una capa espesa de hielo, como fue el caso. Señalemos que el animal pudo ser arrancado

verosímilmente del suelo cerca de Vicksburg, ya que las tortugas están muy extendidas en los Estados del sur. Tan solo existe el hecho de que el único huracán que se señaló en la región se remontaba a varios meses antes del 11 de mayo de 1894.

Los objetos levantados por los huracanes permanecen en ellos, a veces, durante mucho tiempo, pero también pueden ser arrancados por las tormentas locales. La tortuga y el trozo de alabastro pudieron tener orígenes muy distintos, venir tal vez de mundos diferentes. Pudieron entrar en una zona de suspensión situada por encima de esta Tierra, flotar uno cerca del otro durante mucho tiempo, caer finalmente con el granizo (las piedras de granizo son en sí mismas fenómenos de suspensión de larga duración).

Nuevamente, la desagradable noción de larga duración, incluso de putrefacción.

Pienso en una región suspendida por encima de la superficie terrestre, donde la gravitación ya no opera y no está regida por el cuadrado de la distancia, así como el magnetismo es despreciable a muy corta distancia de un imán. Pienso que todo lo que ha sido arrancado de la superficie terrestre ha permanecido prisionero de esta región hasta su liberación por la tormenta.

El supermar de los Sargazos.

Restos, detritus, viejos cargamentos de los naufragios interplanetarios, objetos arrojados por las convulsiones de planetas vecinos a lo que se denomina «espacio», reliquias del tiempo de los Alejandro, de los Césares y de los Napoleones de Marte, de Júpiter y de Neptuno. Objetos levantados por nuestros ciclones. Graneros y caballos, elefantes, moscas y dodos, pterodáctilos y moas. Hojas de árboles recientes o de la Era Carbonífera. Todo ello tiende a desintegrarse en barro o en polvos homogéneos, rojos, negros o amarillos, tesoros para paleontólogos y arqueólogos. Acumulaciones de siglos, huracanes de Egipto, de Grecia o de Asiria, peces secos, peces duros, algunos frescos, otros podridos.

Pero también la omnipresencia de lo heterogéneo, peces vivos, peces de agua dulce y océanos de agua salada...

En cuanto a la ley de la gravitación, he aquí lo que pienso sobre ella: la ortodoxia admite la correlación y la equivalencia de las fuerzas. La gravitación es una de esas fuerzas. Todas las demás presentan fenómenos de repulsión, inercia

y atracción, pero la gravitación newtoniana admite solo la atracción; luego la gravitación newtoniana solo es aceptable para un tercio de los fenómenos, incluso para la ortodoxia, o, si no, habrá que negar la correlación y la equivalencia de las fuerzas.

Diré mejor: ustedes tienen los datos, hagan ustedes lo que les plazca.

En mi revolución intermediaria contra lo homogéneo o lo positivo, en mi convicción de que lo suficiente no puede mermar lo universal, después de lo cual nada es suficiente, mi idea de un supermar de los Sargazos, pese a que ponga de acuerdo, entre otras, las caídas de peces de fuente estacionaria, no puede satisfacer a dos anomalías: ninguna caída de renacuajos, ninguna caída de ranas adultas. No ha habido jamás, según mis informes, otra cosa más que ranas de varios meses de edad.

Y, sin embargo, los renacuajos caerían más fácilmente del cielo que sus hermanas mayores, si las trombas fueran la causa de ello.

Caerían aún más fácilmente del supermar de los Sargazos, si es que existe.

Pero antes de expresarme sobre la caída de formas inacabadas, larvarias, de existencia, y sobre la necesidad de concebir un factor independiente de lo estacionario, de la suspensión o de la estancación, quisiera concluir con algunos datos análogos a los de los peces:

El 8 de julio de 1886, en plena tormenta cayeron caracoles cerca de Redruth (Cornualles).¹⁴¹ Cayeron también en Bristol, sobre 150 áreas; en este segundo caso se observó «el curioso aspecto azul-cielo del Sol en el momento de la caída».¹⁴² El 9 de agosto de 1892, una nube amarilla apareció por encima de Paderborn (Alemania). De ella cayó una lluvia torrencial, que contenía centenares de mejillones.¹⁴³ Y el 28 de diciembre de 1857, grandes cantidades de lagartos cayeron en las aceras de Montreal (Canadá).¹⁴⁴

En cuanto a la caída de insectos alados, se piensa, naturalmente, en enjambres migratorios. De todos modos, en el caso de las hormigas, hay algunas anomalías: caída de hormigas «sin alas» en Cambridge (Inglaterra), durante el verano de 1874.¹⁴⁵ En Nancy (Francia), el 21 de julio de 1887, ocurrió una enorme caída de hormigas, «la mayor parte de ellas privadas de alas».¹⁴⁶ También se vieron enormes y desconocidas hormigas, del tamaño de avispas, en Manitoba, en junio de 1895.¹⁴⁷

En mi opinión, estas formas larvarias, sin alas, cayendo en tan gran número, sugieren una migración de un género especial procedente de algún lugar exterior

a nuestra Tierra, ocurrida durante un periodo de hibernación de las larvas en las latitudes nórdicas.

¿Y qué decir de los «gusanos de nieve»? En el *Proceedings Academy Natural Science of Philadelphia*,¹⁴⁸ se describen gusanos amarillos y negros hallados en los glaciares de Alaska, donde no hay forma alguna de vida a escala de los insectos y no existe ninguna base de vegetación, salvo los organismos microscópicos.

Se vieron caídas de gusanos negros en Bramford Speke, Devonshire,¹⁴⁹ en Christiania (Noruega), durante el invierno de 1876.¹⁵⁰ En 1927, en Pakroff (Rusia), grandes gusanos llegaron a causa de una gran nevada.¹⁵¹ Hubo también la caída de multitud de pequeños insectos negros en una nevada en Orenburg (Rusia), el 14 de diciembre de 1830.¹⁵² En New York, el 18 de noviembre de 1850, cayó un gran número de gusanos en medio de una tormenta de nieve en Sangerfield.¹⁵³

Según el *Scientific American*,¹⁵⁴ grandes gusanos caídos en Utica (New York) fueron enviados al Departamento de Agricultura de Washington, en donde fueron separados en dos especies diferentes: larvas de lombrices y de escarabajos. Además, larvas de escarabajo fueron vistas en Mortagne (Francia), en mayo de 1858, inanimadas por el frío.¹⁵⁵

Flammarion, en *The Atmosphere*, habla de una lluvia de larvas en la Alta Saboya, el 30 de junio de 1869, durante una tempestad de nieve: «No podían haber hecho eclosión en la región, en donde, los días precedentes, la temperatura había sido extremadamente baja».¹⁵⁶

En enero de 1890, hubo en Suiza la caída de un número tan enorme de larvas que verdaderas nubes de pájaros fueron atraídas hacia el lugar.¹⁵⁷ Unas eran negras, otras amarillas y tres veces más grandes. Esto excluye la selección por gravedad específica, propia de todos los torbellinos. Todas ellas venían, sin duda, de Genesistrina. Es algo que hay que tomarlo o dejarlo, y me gusta ser acosado por esta teoría.

Genesistrina.

La idea es que en alguna parte por encima de nosotros existe una fuente de vida relacionada con la Tierra. Dejemos a los investigadores de las supergeografías el cuidado de determinar si se trata de un planeta, de la Luna o de una vasta región amorfa que sobrevuela la Tierra, o incluso de una isla del

supermar de los Sargazos. Los primeros organismos unicelulares nos han podido llegar de Genesistrina; el hombre o los seres antropomórficos han podido venir a la Tierra antes que las amibas: en Genesistrina, una evolución en la Tierra ha podido ser, como la evolución del Japón moderno, dirigida por influencia externa.

La evolución terrestre, en su conjunto, ha podido ser un proceso de población por inmigración o bombardeo. Omito aquí algunas de mis notas sobre restos de hombres o de animales enquistados, recubiertos de arcilla o de piedra, y presentando el aspecto de proyectiles: es preferible considerar este fenómeno como un tropismo o un geotropismo probablemente atávico o vestigial de un fenómeno que continúa después de la terminación de toda necesidad. Hubo un tiempo en que toda suerte de cosas nos vino de Genesistrina. Actualmente, tan solo algunas especies de larvas y otros animales u objetos experimentan, a largos intervalos, la inspiración.

Pienso en Genesistrina en términos de mecánica biológica. No creo que ciertas personas coleccionen en alguna parte los escarabajos de finales de enero o las ranas de agosto y de junio para bombardear con ellos la Tierra, o que otros capturen en el otoño, en las regiones del norte, pájaros para volver a soltarlos hacia el sur, pero concibo un geotropismo atávico o vestigial de Genesistrina. Un millón de larvas empiezan a arrastrarse; un millón de pequeñas ranillas, a saltar, sin saber más que nosotros cuando nos vamos de mala gana al trabajo por la mañana o cuando corremos hacia nuestro domicilio llegada la noche.

Diría, por mi parte, que Genesistrina es una región del supermar de los Sargazos, y que algunas regiones de este supermar poseen cierta periodicidad de susceptibilidades hacia la atracción terrestre.

122 *Leisure Hours*, 3, 779.

123 Carta del profesor Pontus a M. Arago (*Comptes Rendus*, 3, 54). Otras caídas de ranas: *Notes and Queries*, 8, 6, 104 y 190.

124 *Notes and Queries*, 8, 7, 437.

125 *Notes and Queries*, 8, 8, 493.

126 *Symons's Meteorological Magazine*, 32, 106.

127 *Annals and Mag. of Nat. Hist.*, 1, 3, 185.

128 *Living Age*, 52, 186.

129 *Zoologist*, 2, 677.

- 130 *Annual Register*, (1859), 14.
- 131 Carta de Mr. Aaron Roberts, cura párroco de St. Peters (Carmathon), al *London Times* del 2 de marzo de 1859.
- 132 Carta del vicario Griffith al *London Times* del 10 de marzo de 1859.
- 133 *Report of the British Association*, (1859),158.
- 134 *All the Year Round*, 8, 255.
- 135 *A Popular Treatise*, 414.
- 136 *Living Age*, 52, 186.
- 137 *American Journal Science*, 1, 32, 199.
- 138 *Monthly Weather Review*, (mayo, 1878).
- 139 *Monthly Weather Review*, (mayo, 1894).
- 140 *Nature*, (1894), 430.
- 141 *Science Gossip*, 1886, 238.
- 142 *Philosophical Magazine*, 58, 310.
- 143 *Nature*, 47, 278, según Das Wetter (diciembre, 1892).
- 144 *Notes and Queries*, 8, 6, 104.
- 145 *Scientific American*, 30, 193.
- 146 *Nature*, 36, 349.
- 147 *Scientific American*, 72, 385.
- 148 *Proceedings Academy Natural Science of Philadelphia*, (1899), 125.
- 149 *London Times*, 14 de abril de 1837.
- 150 *Timb's Year Book*, (1877), 26.
- 151 *Scientific American*, 30, 193.
- 152 *American Journal Scientific*, 1, 22, 375.
- 153 *Scientific American*, 6, 96.
- 154 *Scientific American*, 7 de marzo de 1891.
- 155 *Annales de la Société Entomologique de France*, 1858.
- 156 *The Atmosphere*, 414.
- 157 *L'Astronomie*, (1890), 313.

Admito pues que, durante tempestades y huracanes, los más condenados entre todos los excluidos, los excomulgados y leprosos del conocimiento, nos lleguen desde lo alto del supermar de los Sargazos o, al menos, de lo que yo denomino así por comodidad y que no sabría aún ser aceptado por casi nadie, ya que es durante tempestades y huracanes cuando los objetos nos caen del cielo, al igual que otros surgen de las profundidades del océano.

Sé bien que la ciencia ortodoxa está segura de que las tempestades tienen poco efecto real sobre las profundidades marinas, ¿pero toda opinión no es acaso juego de la ignorancia o desprecio de las contradicciones? Según el *Symons's Meteorological Magazine*,¹⁵⁸ a lo largo de las costas de Nueva Zelanda, en regiones que no están sujetas a la acción de los volcanes submarinos, las tempestades arrastran hacia arriba a los peces que están en las profundidades.

Symons dictamina que «no hay la menor relación entre las caídas de piedras o de metales y las perturbaciones atmosféricas».

La doctrina ortodoxa sostiene que un objeto, al penetrar en la atmósfera terrestre a una velocidad planetaria, escapa virtualmente a la acción de las tempestades: eso sería como pensar en una bala de fusil que fuera desviada de su trayectoria por la brisa de un abanico.

El problema del razonamiento ortodoxo es el de siempre, el fantasma del sistema dominante, partir de una explicación imaginaria. Tenemos montones de datos, aún tendremos más, sobre objetos celestes desprovistos de toda velocidad independiente.

Hay tantos meteoros y meteoritos, que sería extraordinario no encontrarles un solo punto de coincidencia. Y el profesor Baden-Powell cataloga tal cantidad¹⁵⁹ que será preciso tomarlos en consideración.

Veamos, por ejemplo, las caídas de piedras ocurridas en Siena (Italia), en 1794, «durante una tormenta violenta».

En los catálogos de Greg puedes leer mucho más sobre este tema, destaca ahí «la bola de fuego del 2 de septiembre de 1786, que sobrevoló Inglaterra, en el transcurso de un huracán, durante cerca de 40 minutos», es decir, ochocientas

veces la duración que la doctrina ortodoxa concede a los pasos de meteoritos. Veamos también la «bola de fuego verde» caída en plena tempestad, también en Inglaterra, el 14 de octubre de 1877, y descrita en *Nature* y *London Times*.¹⁶⁰

Existen tantos casos que algunos se revolverán ante la llamada a la coincidencia, y aceptarán la existencia de una conexión de tipo causal. Si es demasiado difícil concebir masas metálicas desviadas de su trayectoria por ráfagas de la tempestad, mientras se mueven a grandes velocidades, pienso en objetos desplazándose a muy escasa velocidad o casi totalmente desprovistos de ella, planeando a kilómetros sobre la Tierra y desviados por la tempestad, cayendo en un chorro de luz.

Pero es tan grande la resistencia en este nivel que me veo obligado a citar más ejemplos condenados.

El 17 de septiembre de 1885, un aerolito observado en plena tempestad en St Leonards-on-Sea (Inglaterra) no dejó ningún rastro.¹⁶¹ También se observó un meteorito el 1 de marzo de 1886, descrito en la *Monthly Weather Review*;¹⁶² otro a lo largo de la costa de Grecia, en mitad de una tormenta, el 19 de noviembre de 1899;¹⁶³ un tercero en Lachine, cerca de Quebec, el 7 de julio de 1883;¹⁶⁴ y un meteorito en una tromba en Suecia, el 24 de septiembre de 1883.¹⁶⁵

Tras ello, la ciencia dice, en *Science Gossip*,¹⁶⁶ que no puede establecerse ninguna relación entre los meteoritos y las tormentas. Eso solo lo creen los campesinos incultos.

Eso no impide a algunos campesinos de mi misma clase el haber revelado el testimonio de un científico, el doctor Buist, en el *Report of the British Association*,¹⁶⁷ quien, aún repugnándole mucho el relacionar estos diversos fenómenos, registra en la India, durante 5 meses en 1851, tres caídas de aerolitos durante el curso de varias tormentas.

Nos encaminamos hacia las «piedras del rayo».

Es aquí donde se confirma, muy particularmente, la noción intermediarista de la existencia. No hay nada fundamental, no hay nada final que pueda tener lugar dentro de un estándar positivo de juicio. Los campesinos han creído siempre en los meteoritos; por su parte, la ciencia los ha excluido. Los campesinos creen en las «piedras del rayo»; la ciencia las excluye. Es inútil poner de relieve que los campesinos recorren el campo, mientras que los científicos se enclaustran en sus laboratorios y salas de conferencias. Y no quiero decir con ello que los campesinos sean familiares míos, ya que entonces la multitud de sus

desprecios se levantaría para confundirme.

Diría más bien que nuestra «existencia» es una especie de puente, situando mi comparación en un plano estático. Imaginemos el puente de Brooklyn, sobre el cual multitudes de insectos buscan una ley fundamental y alcanzan una plataforma de apariencia firme y final. Pero la plataforma está cimentada en un conjunto de soportes, y dichos soportes de aspecto definitivo se basan en superestructuras, de modo que no hay nada que sea final en todo el puente, ya que el puente mismo, lejos de ser un elemento de finalidad, no es más que un punto de relación entre Brooklyn y Manhattan. Si nuestra «existencia» es un punto de relación entre lo Positivo Absoluto y lo Negativo Absoluto, la cuestión de una finalidad está destinada al fracaso. Todo elemento de la existencia es relativo, puesto que el «todo» no es más que una relación.

Mi seudobase, en la actitud de la aceptación, es la siguiente: si las células de un embrión se hallan en el estado reptiliano y ciertas células se sienten incitadas a cambiar de apariencia, y si se halla además, en el esquema del conjunto, que el estadio siguiente sea el de mamífero, las células de mamífero serán sostenidas contra la resistencia, contra la inercia de todas las demás, y tendrán razón para hacerlo, antes de ceder a su vez a las representantes del estadio siguiente de la evolución.

Si nos encontramos en la víspera de una nueva etapa, en la que será rechazado el exclusivismo, es completamente estúpido tratarnos de campesinos.

Puede encuadrarse, pues, dentro de un espíritu de bucólica tosquedad el que yo presente una nueva obra de sentido común, llamada algún día a ponerse en la fila de lo discutible:

Objetos manufacturados de piedra y de metal han caído del cielo. Han sido arrancados por perturbaciones atmosféricas de una región de inercia total en relación con la atracción terrestre.

La «piedra del rayo» es, generalmente un «hermoso fragmento de piedra verde en forma de cuña», escribe un especialista en el *Cornhill Magazine*.¹⁶⁸ Esto es falso, ya que se trata de cualquier otro mineral, pero nos llama la atención la habilidad con la que ha sido trabajada. Es un hecho que el investigador afirme que todo eso es parte de la superstición. Caso contrario, sería como nosotros, como cualquier hijo de la tierra.

Este libro es una mezcla de ciencia y de mala ficción. Y toda ficción es mala,

mezquina o rudimentaria, desde el momento en que se apoya demasiado en la coincidencia. Ni siquiera la coincidencia triunfa en el escritor individual, sino en la dispersión del tema. El especialista del *Cornhill Magazine*, por ejemplo, habla de las supersticiones incultas, pero no cita caso por caso. Mi método, por el contrario, será el de dar la información masiva.

El rayo puede muy bien golpear el suelo cerca de un guijarro en forma de cuña, y hacerlo varias veces, pero que reproduzca esta pequeña proeza en China, en Escocia, en Inglaterra, en África Central, que las coincidencias de Java y de América del Sur se unan a las de Francia, es suficiente para que registremos una ligera tendencia a la impaciencia.

Fue en la isla de Jamaica donde cayeron masas de jade bruto «durante las lluvias»¹⁶⁹. Más adelante entraremos de nuevo en la localización de las materias específicas. «No se encuentra por ningún lado, en Jamaica, semejante material».¹⁷⁰

Puede que sea el efecto de mi tendencia natural a la exclusión, puede que sea la actitud de un campesino salvaje que rehúsa ser asimilado a los demás campesinos y a los demás salvajes, pero yo no me dejo impresionar por la opinión de los aborígenes. Si la palabra de un lord Kelvin tiene menos peso, en la balanza científica, que la de un Sitting Bull, a menos que confirme la opinión convencional, creo que es debido, quizá, a que los salvajes se comportan mal en la mesa. Sea lo que sea, todo mi esnobismo en la materia desaparece ante la opinión ampliamente difundida de los salvajes y de los campesinos. Y la noción de las «piedras del rayo» está tan difundida como la geografía.

Según Blinkenberg,¹⁷¹ los nativos de China, Japón y Birmania piensan que los objetos de piedra esculpidos caen del cielo; pero él, por su parte, no cree absolutamente en ello. Su pretexto es que los nativos observaron la caída. Lo que nosotros llamamos «meteorito» es denominado «piedra del rayo» en Moravia, en Holanda, en Bélgica, en Francia, en Camboya, en Sumatra y en Siberia; «piedra de tormenta» en Lusacia; «flecha del cielo» en Eslavonia; «hacha del trueno» en Inglaterra y en Escocia; «piedra del rayo» en España y en Portugal; «hacha del cielo» en Grecia; «estallido de rayo» en Brasil; y «diente del trueno» en la isla de Ambon. Se cree en las piedras del rayo tan plenamente como en los fantasmas y las brujas, que hoy solo niegan los supersticiosos.

Tyler¹⁷² cita una lista de referencias sobre las creencias de los indios de América del Norte y de los indios de América del Sur, quienes creen que del cielo

caen «hachas de piedra».¹⁷³ Si ustedes se revelan, a su vez, contra este amontonamiento de coincidencias, o encuentran algo indigesta mi interpretación, les recomiendo la explicación de un tal Tallius, formulada en 1649: «Los naturalistas piensan que son engendradas en el cielo por la exhalación luminosa acumulada en una nube por el humor circunfuso».

El artículo del *Cornhill Magazine* no intentaba, por supuesto, más que ridiculizar la noción de caída de objetos manufacturados. Pero un comentarista de este artículo, en el *American Journal of Science*,¹⁷⁴ se sorprende, pese a todo, «de que un hombre dotado de una facultad media de razonamiento se moleste en refutar las piedras del rayo». Soy demasiado de su opinión. «Es apenas necesario —prosigue el autor—, sugerir al lector inteligente el que las piedras del rayo pertenecen a la mitología». Protesto de que se haga mal uso de una palabra. Admito que soy inteligente a este respecto solamente si la inteligencia supone la búsqueda del desequilibrio, y si toda otra facultad de entendimiento es un reflejo mecánico.

Blinkenberg cita numerosos casos en que la superstición de las «piedras del rayo» florece solo cuando la lógica se encuentra en un estado lamentable. En Malaca, Sumatra y Java, los indígenas cuentan frecuentemente sobre el descubrimiento de hachas de piedra, bajo un árbol golpeado por el rayo. Blinkenberg afirma que es coincidencia. En lo que respecta a su luminosidad, mi muy lamentable opinión es que todo cuerpo que atravesase la atmósfera terrestre no tiene necesidad de estar incandescente para caer con gran estallido de luz, parecido a un rayo; detalle muy importante sobre el cual me reservo el volverlo a tratar.

En Prusia, dos hachas de piedra fueron descubiertas en troncos de árboles, una de ellas bajo la corteza.¹⁷⁵ Un objeto de piedra pulida en forma de hacha fue encontrado en un árbol golpeado por un rayo.¹⁷⁶

Una vaca murió a causa de un rayo que cayó en la isla de Sark, cerca de Guernesey. Cavando la tierra en el mismo lugar, el propietario de la vaca desenterró una pequeña hacha de jade. Según Blinkenberg, llegó rápidamente a la conclusión de que era este objeto el que, cayendo luminosamente, había matado a su animal.

Un granjero descubrió después de una fuerte tormenta un hacha de sílex cerca de un poste indicador, el cual había sido hendido por algo.¹⁷⁷ No se sabe por qué caminos «llegó» hasta esa conclusión, pero consideró que el objeto de

sílex había caído durante la tormenta.

Es imposible establecer la diferencia positiva entre la ortodoxia y la herejía. Es preciso que se confundan y se reúnan en algún lugar. En casi todos los trabajos dedicados a los meteoritos, se menciona el olor extraño, sulfuroso, de todo lo que cae del cielo. Sir John Evans declara lo siguiente con una facultad extraordinaria de razonamiento:¹⁷⁸ «Dicho objeto de sílex es, seguramente, la causa del rayo, puesto que, una vez partido, desprende un olor característico».

He aquí, pues, lo que cierra la discusión. Si se prueba que un solo objeto de piedra trabajada ha podido caer del cielo, parece inútil acumular los ejemplos. Pero ya he sostenido que nada resolvía nada, que las disputas de la antigua Grecia no habían encontrado solución al término de varios miles de años, puesto que, en un sentido positivo, no había nada que probar ni que resolver. Mi objeto es ser más real que mis adversarios. La vastedad es un aspecto de lo universal. Seré vasto. El hombre obeso, según mi opinión, está más cerca de los dioses que el hombre flaco. Coman, beban y acérquense a lo Positivo Absoluto. Desconfíen de la negatividad, es decir, de la indigestión.

La gran mayoría de «piedras del rayo» son descritas como «hachas», no obstante, Meunier¹⁷⁹ escribe acerca de una «piedra del rayo» caída en Gardaya (Argelia), que tuvo en su poder. Tenía forma de pera y «difería totalmente» de los meteoritos clásicos de formas angulares. Había caído en el curso de una tormenta, detalle que provoca inmediatamente en los meteorólogos un empalidecimiento y un discreto fruncimiento de cejas.

Paso rápidamente para resumir: se halló una «piedra del rayo» caída en Londres, en abril de 1816, que pesaba 8 libras ;¹⁸⁰ otra sobre Cardiff, el 2 de septiembre de 1916, coincidente con un solo relámpago;¹⁸¹ una piedra cerca a la de St Albans (Inglaterra),¹⁸² aceptada por el Museo de St Albans y de la que el Museo Británico dijo que no era de «verdadera materia meteorítica»; y, finalmente, la masa de meteorito que cayó sobre Tysnes (Noruega), el 17 de mayo de 1884, «parecida a una cuarta parte de un gran queso Stilton».¹⁸³

Creo que numerosos objetos y distintas sustancias han sido arrastrados por perturbaciones atmosféricas a lo que yo llamo, para mayor facilidad, «el supermar de los Sargazos». Sin embargo, mi interés se centra muy especialmente en los objetos de apariencia fabricada. Ello nos lleva a una experiencia extremadamente rara.

Vamos a leer el informe establecido alrededor de algunas circunstancias

extrañas para un hombre de ciencia. No es que este hombre de ciencia haya dirigido realmente un vestigio de encuesta, sino que los fenómenos de los que se ocupará ostentan una posición más próxima a la encuesta que al abandono total. Recordemos al profesor Hitchcock, quien solo tuvo que golpear a Amherst con sus conocimientos botánicos para que dos hongos brotaran en la noche, y al buen doctor Gray, que hizo salir millares de peces de un único cubo de agua. Pero, el 2 de julio de 1866, un periódico londinense señaló, sobre la tormenta del 30 de junio, que ocurrió la caída de un objeto en Notting Hill,¹⁸⁴ lo cual llevó a Mr. G. T. Symons, del *Symons's Meteorological Magazine*, a intervenir con espíritu de total justicia e imparcialidad.

Se trataba, dijo, de un pedazo de carbón. Un vecino del observador había mandado a traerle cierta provisión de carbón, y Mr. Symons, con la sobrenatural sabiduría del extranjero en suelo extraño, identificó el carbón de la pretendida caída con el muy prosaico cargamento de la víspera. Los vecinos, incapaces de establecer tan simple distinción, dijeron que habían comprado muy caros pedazos de este extraño objeto caído del cielo.

Pero la credulidad del pueblo no tiene límites. La desgracia quiso que la eficacia se transformara en exceso. Con una superabundancia de detalles verosímiles, Mr. Symons introdujo en su pequeña comedia un nuevo personaje: un aprendiz químico, que quería gastar una broma, había preparado una cápsula de explosivo, y «arrojó la masa ardiente sobre la acera en lo más fuerte de la tormenta, creando con todos sus detalles un relámpago artificial». Incluso Shakespeare, con su falta de tramoya, renunció a la cooperación del rey Lear para concluir *Hamlet*.

No sé si pecho por exceso de detalle, pero me ha parecido descubrir que esta tormenta del 30 de junio de 1866 no era como las demás. El *London Times* menciona que «durante toda la tormenta el cielo permaneció claro en muchos lugares, mientras continuaban cayendo lluvia y granizo»;¹⁸⁵ esto podría significar algo como punto de partida para atacar la posibilidad de un origen extraterrestre de algunas de tales granizadas, teniendo en cuenta la ausencia de nubes.

Mr. Symons leyó enseguida en el *Kilburn Times* del 7 de julio de 1877 el relato de una caída de cenizas, gruesas como avellanas, por las cuales quedó literalmente sembrada una calle, puesto que se recogieron unos dos sacos llenos. Supo, poco después, que, en la misma calle, había un cuartelillo de bomberos.

Veo ya a Mr. Symons corriendo y resoplando por las calles de Nothing Hill, revisando todos los sótanos en busca de huellas frescas de carbón, llamando a las puertas, exasperando al barrio, deteniendo a los transeúntes y siguiendo, paso a paso, la pista del aprendiz químico. No hay, pues, nada de sorprendente en que hiciera irrupción en el cuartelillo de bomberos declarando más o menos esto: «Se me ha comunicado que se produjo una caída de cenizas en esta calle, 10 minutos después de las 4 de la tarde del 5 de julio. ¿Quieren consultar sus archivos y decirme dónde se encontraba su coche a las 4 y 10 de dicho día?». Inmediatamente después, tuvo que contentarse con escribir: «Es probable que los bomberos limpiaran aquel día su bomba de incendios».

El 20 de junio de 1880, se señala que una «piedra del rayo» cayó en una chimenea del número 180 de la calle Oakley, en Chelsea. Mr. Symons describió el objeto como «una aglomeración de ladrillo, hollín, carbón y cenizas». A su modo de ver, el rayo cayó en la chimenea, e hizo que se fundieran algunos ladrillos. Ciertamente, encuentra digno de ser notado el que el rayo no hubiera dispersado el contenido de la parrilla del hogar, la cual, en apariencia, no fue sacudida más que por la caída de un cuerpo pesado. Si hay que admitir que la escalada de una chimenea es una experiencia demasiado rigurosa para un hombre verosíblemente grueso, digno y sujeto a la expansión, deberemos acomodarnos a su argumento final: «Supongo que nadie sugerirá —concluye— que se fabrican ladrillos en la atmósfera».

Nos parece un poco exagerado... Lo absurdo es siempre interpretable en términos de lo «razonable», luego debe ser continuo. Masas arcillosas, como las que a menudo han caído del cielo después de sufrir el asombroso calor que engendra la velocidad, podrían muy bien haberse cocido y formado ladrillos. Creo que Symons quedó completamente agotado en su campo de batalla de Notting Hill. Que esto sirva de lección a los fanáticos de la eficacia.

En el *London Times* se informa que un objeto redondo y metálico fue hallado tras una violenta tormenta del 17 de agosto de 1888.¹⁸⁶ Fue analizado por un químico, J. James Morgan, de Ebben Vale, que no logró identificarlo como verdadera materia meteorítica. Fuera o no fuera un producto de fabricación, el objeto fue descrito como una esfera-elipsoide aplanada en los polos, de 5 centímetros de espesor en su mayor diámetro. Calificándolo de «fragmento», Symons le retiró, sin embargo, todo carácter de simetría, prestándole una naturaleza amorfa y alejándolo así del dato siguiente: descubrimiento en un

montón de estiércol de una bola de metal después de una tormenta, en Sussex. Esta vez, el señor Symons argumentó que una bola de metal hundida en una masa de estiércol bien puede atraer al rayo y persuadir de su caída a una inteligencia de nivel inculto, lo cual supondría que, de todos modos, los campesinos conocen tan mal sus propios montones de heno como el señor Symons su mesa de trabajo.

En Casterton (Westmoreland), un hombre, su mujer y sus tres hijas vieron que del cielo cayó una piedra durante una tormenta, que mató a una oveja y la enterró profundamente en el suelo. Después de haber cavado, la familia desenterró una bola de piedra que fue exhibida en la Real Sociedad de Meteorología bajo la mención de «bloque de gres». C. Carus-Wilson describe esta piedra¹⁸⁷ como una esfera de cuarcita ferruginosa de un peso de algo más de 5 kilogramos, que poseía no solo un elemento de simetría, sino también un elemento de estructura, puesto que había una cáscara exterior separada del núcleo central, sin duda, debido al desigual enfriamiento de la masa.

En cuanto a W. B. Tripp, de la Real Sociedad de Meteorología, señala el caso de un granjero que, durante una tormenta eléctrica, vio su campo atravesado por un objeto luminoso. Desenterró del lugar un hacha de bronce.¹⁸⁸

En mi opinión, una expedición al Polo Norte hubiera sido menos urgente que el viaje de una delegación científica, perdiendo un verano en estudiar los hechos en el lugar del incidente.

Estos diversos fenómenos son comentados así por la revista *Nature*: «Son de carácter divertido, lo cual prueba su origen terrestre y no celeste». Por qué razón el carácter celestial no puede ser tan divertido como el carácter terrestre es algo que supera mis facultades de razonamiento. Y si hay algo de divertido en las esferas y las hachas de piedra, Arquímedes y Euclides fueron, sin duda, humoristas.

No estoy seguro de haber sido tan indulgente con Mr. Symons como lo merecía su muy evidente hazaña científica. Quizá haya empleado algún prejuicio subconsciente contra él, clasificándolo, por esta misma causa, al lado de San Agustín, Darwin, San Jerónimo y Lyell. En cuanto a las «piedras del rayo», creo que debió estudiarlas con el mismo espíritu de encuesta usado por la Academia de Ciencias de París en relación con los meteoritos. Según una firma de *Knowledge*,¹⁸⁹ un comentarista del Comité del Krakatoa afirmó que no se intentó en ningún momento averiguar cuáles fueron las causas de los fenómenos

atmosféricos de 1883, sino que solo concluyeron en que el volcán los había provocado.

La cita siguiente es más esclarecedora: «He emprendido mi estudio sobre las “piedras del rayo” —declara Symons—, con la íntima convicción de que había en alguna parte un punto débil y que las “piedras del rayo” no existían en absoluto».

Symons no menciona una «piedra del rayo» caída en Hampshire, en septiembre de 1852,¹⁹⁰ en forma de «un ancho nódulo de piritita o de bisulfuro de hierro»; ni la piedra de 2 kilogramos de peso, grande como una pelota de críquet, caída en la primera semana de septiembre de 1852 en el jardín de Mr. George E. Bailey, químico de Andover, Hants;¹⁹¹ ni la bola de cuarzo de Westmoreland, ya citada, la cual, una vez abierta y separada de su núcleo, se convertiría en una esfera hueca.

Es cierto que el cuarzo ha soportado el «dedo prohibitivo de la ciencia». Un monje que leyera a Darwin a ocultas no pecaría más que el científico que admitiera que el cuarzo, exceptuado por el proceso de la «ascensión y descenso», haya podido caer del cielo. Pero el cuarzo no ha sido excomulgado entre los componentes de un meteorito bautizado: el caso de Santa Catalina de México es, sin duda, la distracción más epicúrea que pueda permitirse un teólogo. Fassig menciona una bola de cuarzo encontrada en una piedra de granizo;¹⁹² y hay, en el Museo de Antigüedades de Leyden, un disco de cuarzo, de 6.5 por 5 centímetros, caído en una plantación en las Indias Occidentales después de una explosión meteórica.¹⁹³

Ahora los ladrillos.

Tengo la impresión de lanzarme a un nuevo vicio muy particularmente recomendado a los aficionados a los pecados inéditos. Al comenzar, algunos de mis datos eran tan aterradores o bien tan ridículos que se les detestaba, o se les despreciaba apenas leídos. Ahora ya hay lugar para la piedad, de modo que creo poder dedicarme a los ladrillos.

La idea de la arcilla cocida era sensata, pero le faltaba distinción. Y pienso en los buques de cemento que empiezan a construirse; cuando naufragen y les lleguen sus restos disgregados, los peces de las grandes profundidades tendrán una nueva materia para despreciar.

En Richland (Carolina del Sur), cayó un objeto gris amarillento, parecido a un pedazo de ladrillo.¹⁹⁴

Trozos de ladrillo cayeron en Padua, en plena granizada de 1834.¹⁹⁵ El redactor ofrecía una explicación que daba nacimiento a un nuevo consenso: dichos fragmentos de ladrillo se habían desprendido de los tejados a consecuencia de la fuerza del granizo. Pero esto hará tanta gracia si se menciona que un 2 % de dichas piedras de granizo contenía un polvo gris. El padre Sechi explica también que una «piedra del rayo» caída en Supino (Italia), en septiembre de 1875, se había desprendido de un techo.¹⁹⁶

Cuando una «piedra del rayo» no cae en forma llameante ni se incrusta en el tronco de un árbol, es fácil para los humoristas sostener que algunos rústicos, desenterrando bajo la lluvia un hacha prehistórica, hayan creído que descendió del cielo. De hecho, rústicos muy simples descubren cada día numerosos objetos prehistóricos como arados, cerámica, cuchillos y mazas. Y ningún campesino, al encontrar un trozo de cerámica bajo la lluvia, señalará la caída de un ánfora.

Creo, por mi parte, que numerosos objetos de piedra en forma de hacha, atestiguando cierto trabajo mecánico o manual, han caído efectivamente del cielo, y que se les denomina «hachas» tan solo para desacreditarlos ante los observadores, ya que, cuanto más familiar es un término, más riesgo corre el objeto que designa de ser incongruente, desde el instante mismo en que es asociado a lo vasto, a lo lejano, a lo sorprendente o a lo desconocido. En *Notes and Queries*,¹⁹⁷ un observador, hablando de una «piedra del rayo» señalada en Jamaica, la describe como un objeto cuneiforme y no como un hacha: «No presenta ninguna marca y no parece haber sido fijada a un mango», escribe.

Sobre las 10 «piedras del rayo» que figuran en el libro de Blinkenberg, 9 no muestran signo alguno de haber sido fijadas a un mango, y la décima está perforada.

Un informe del doctor C. Leemans, director del Museo de Antigüedades de Leyden, con respecto a objetos caídos en Japón, señala a estos como «cuñas». Y en un artículo del *Archeological Journal*¹⁹⁸ sobre las «piedras del rayo» de Java, los objetos son denominados «cuñas» y no «hachas».

Pienso que los hombres de ciencia, de acuerdo con su intención el resistir a las tentaciones de prolijidad y de pedantería, adoptan a su vez la solución más simple. Ello nos sitúa entre una confusión peor a la que reina en las caídas de mantequilla, de tinta, de sangre, de papel, de yesca y de seda.

Los científicos del siglo XIX son tan melenudos que me siento partidario de un Sitting Bull cuando pienso en sus cabelleras. Una vez eliminadas todas las

explicaciones de todas las creencias, voy a exponerles mi propia opinión sobre esta confusión: cualquier cabellera es susceptible, en la unidad de la totalidad, de hacerse descabellar a su vez, pero es descortés para el enemigo el llevar una peluca.

Las esferas y las piedras triangulares pueden significar un bombardeo de la Tierra, tentativas de comunicación o visitantes antiguos: exploradores lunares que llevan consigo, a título de curiosidad, útiles prehistóricos antiguos, que naufragan después y dejan todo su cargamento suspendido durante siglos en el supermar de los Sargazos, hasta su liberación accidental motivada por una tempestad o por un huracán, pese a que, por prepotencia descriptiva, rehúso admitir que las «piedras del rayo» sean hachas prehistóricas.

Como tentativa de comunicación con la Tierra, por medio de objetos cuneiformes especialmente adaptados a la penetración de vastas regiones gelatinosas que rodean dicho planeta, citaré el informe de las *Proceedings of the Royal Irish Academy*¹⁹⁹ sobre una caída de piedra triangular cerca de Cashel (Tipperary), el 2 de agosto de 1865. La piedra es calificada como «piramidal», y el doctor Haugton declara lo siguiente sobre este fenómeno: «Un aspecto singular de esta piedra es que los bordes redondeados de la pirámide se hallan estriados en su costra negra por medio de una serie de líneas tan perfectas que parece como si hubieran sido trazadas con regla». Hay dos o tres casos, anteriores a este, de estratificación aparente en los meteoritos, aunque tal fenómeno sea negado categóricamente por los fieles.

Sospecho otra cosa, y ustedes van a saltar. Será, sin embargo, juzgado tan razonablemente como todo lo demás. Si alguien quisiera estudiar la piedra de Cashel, como Champollion estudió y analizó la piedra de Rosetta, encontraría inevitablemente la significación de estas líneas extrañas. Pero no hay nada más sutil ni más esotérico que estos caracteres grabados en una piedra, entre todas las tentativas de comunicación. Me gustaría señalar la caída de una «piedra del rayo» en alguna parte del New Hampshire; después, entrar en contacto con todas las personas que vinieran a examinar esta piedra, descubrir sus afiliaciones y mantenerlas bajo vigilancia. Luego, señalaría otra caída, en Estocolmo, por ejemplo. ¿Los visitantes del New Hampshire serían los mismos que los de Estocolmo? ¿Tal vez, sin pertenecer a una afiliación antropológica, lapidaria o meteorológica, estarían inscritos en las filas de una sociedad secreta?

De las tres formas de objetos simétricos que han caído del cielo, me parece

que el disco es el más sorprendente. Y he aquí un aristócrata de los condenados.

El 20 de junio de 1887,²⁰⁰ en el curso de una «violenta tormenta», cayó del cielo una piedra en Tarbes (Francia). M. Sudre, profesor de la Escuela Normal de Tarbes, la describió en la Academia Francesa como de 13 milímetros de diámetro, 5 milímetros de espesor, 2 gramos de peso y recubierta de hielo. El objeto parecía haber sido cortado y modelado por medios casi humanos. «Se trata de un disco de piedra muy regular. Seguramente ha sido trabajado», escribió M. Sudre.

Este objeto cayó solo, en ausencia de toda tromba, y puede que ningún acontecimiento, en el transcurso del siglo XIX, lo haya superado en importancia. Fue citado en *La Nature* (1887) y en *L'Année Scientifique* (1887), así como en uno de los números de verano de *Nature* (1887). Fassing habla de ello en el *Annuaire de Société Met.* (1887).

Después no se habló más de ello. Pero, por encima de toda explicación, proporcionada por mí, por la Academia de Ciencias o el Ejército de la Salvación, una piedra trabajada proveniente del cielo cayó en Tarbes (Francia), el 20 de junio de 1887.

158 *Symons's Meteorological Magazine*, 47, 180.

159 *Rept. Brit. Assoc.*, (1850, 1854, 1860).

160 *Nature*, 25 de octubre de 1877; *London Times*, 15 de octubre de 1877; *Nature*, 17 de octubre, por otro corresponsal, W. F. Denning.

161 *Annual Register*, (1885).

162 *Monthly Weather Review*, (marzo, 1886).

163 *Nature*, 61, 111.

164 *Monthly Weather Review*, (julio, 1883).

165 *Nature*, 29, 15.

166 *Science Gossip*, n. s. 6, 65.

167 *Rept. Brit. Assoc.*, (1852), 229.

168 *Cornhill Magazine*, 50, 517.

169 *Journal Inst. Jamaica*, 2, 4.

170 *Notes and Queries*, 2, 8, 24.

171 Blinkenberg, *Thunder Weapons*, 100.

172 *Primitive Culture*, 2, 237.

173 *Journal of American Folklore*, 17, 203.

- 174 *American Journal of Science*, 1, 21, 235.
- 175 Blinkenberg, *Thunder Weapons*, 100.
- 176 Blinkenberg, *Thunder Weapons*, 71.
- 177 *Reliquary*, (1867), 208.
- 178 *Stone Implements*, 57.
- 179 *La Nature*, (1892), 381.
- 180 *Timb's Year Book*, (1877), 246.
- 181 *London Times*, 28 de septiembre de 1916.
- 182 *La Nature*, 80, 34.
- 183 *Nature*, 30, 300.
- 184 *Journal Royal of the Meteorological Society*, 14, 207.
- 185 *London Times*, 2 de julio.
- 186 *London Times*, 1 de febrero de 1888.
- 187 *Knowledge*, 9 de octubre de 1885.
- 188 *Amer. Met. Jour.*, 4, 589.
- 189 *Knowledge*, 5, 418.
- 190 *Proc. Roy. Soc. Edin.*, 3, 147.
- 191 *London Times*, 16 de septiembre de 1852.
- 192 *Bibliography*, part. 2, 355.
- 193 *Notes and Queries*, 2, 8, 92.
- 194 *American Journal of Science*, 2, 34, 298.
- 195 *Edin. New. Phil. Jour.*, 19, 87.
- 196 *Monthly Notices of the Royal Astronomical Society*, 337-365.
- 197 *Notes and Queries*, 2, 892.
- 198 *Archeological Journal*, 11, 118.
- 199 *Proc. Roy. Irish Acad.*, 9, 337.
- 200 *Comptes Rendus*, (1887), 162.

Mi pseudoconclusión es, pues, que hemos sido condenados por gigantes hundidos en el sueño y por grandes principios científicos o abstracciones incapaces de realizarse. Cuántos sinvergüenzas nos han hecho partícipes de sus caprichos, cuántos payasos, con cubos de agua desde los cuales pretenden arrojar millares de enormes peces, nos han maldecido por haberles faltado el respeto, ya que, incluso para el menor de los payasos, la bufonería subyacente responde a un deseo de ser tomado en serio. Cuántos pálidos ignorantes, sentando cátedra desde sus microscopios, en los que no pueden distinguir el nostoc de la carne, o la freza de pez de la freza de ranas, nos han impuesto sus solemnidades sin brillo. Hemos sido condenados por cadáveres, esqueletos y momias que se sobresaltan y titubean con una pseudovida tomada a las conveniencias.

Todo no es más que hipnosis. Los condenados son aquellos que admiten serlo.

Si estuviéramos más próximos a lo real, seríamos razones traducidas delante de un jurado de fantasmas.

De todos los meteoritos que se hallan en los museos, hay pocos que se han visto caer. Si uno no puede dar cuenta de ciertos especímenes más que juzgándolos como caídos del cielo, tal base de admisión se da por suficiente. Como si, en el nimbo de incertidumbre que rodea a todas las cosas, pudiera haber algo de lo que no se pudiese dar cuenta más que de una sola manera. El científico y el teórico razonan que, si uno no puede dar cuenta de algo más que de una sola manera, es exactamente de esta manera que hay que dar cuenta. Pienso por mi parte que la lógica, la ciencia, el arte y la religión no son, en la corriente de nuestra «existencia», más que premoniciones de un despertar que ha de venir, como la conciencia nebulosa de la realidad exterior en la mente de una persona que duerme. Todo trozo de metal que responda al tipo de la «verdadera materia meteorítica» es automáticamente admitido en los museos. Puede parecer completamente increíble que los conservadores modernos se hallen aún bajo el impacto de semejante ilusión, pero supongo que la fecha que figura en la primera página de un diario no es una prueba suficiente de nuestro

modernismo. Por ejemplo, leyendo el catálogo de Fletcher, me entero de que algunos de los meteoritos más conocidos fueron encontrados sondeando un terreno, «construyendo una carretera», o «puestos al descubierto por un arado». Un pescador extrajo al borde del lago Okeechobee un objeto que se había enganchado a su red. Ningún meteorito había sido señalado en los parajes, pero encontrarán el objeto en el Museo Nacional de los Estados Unidos.

Si aceptamos, aunque sea un solo dato de «falsa materia meteorítica», digamos un caso de sustancia carbonácea —puesto que la palabra «carbón» es impronunciable en estos medios—, veremos que, en esta inclusión-exclusión, como en cualquier otro medio de formarse una opinión, la falsa inclusión y la falsa exclusión han sido regularmente practicadas por los conservadores de museos.

Hay algo patético, un sentimiento de tristeza cósmica, en esta búsqueda universal de un estándar, en la convicción de que la inspiración o el análisis puedan descubrir algo más, y en la adhesión obstinada a dicha pobre ilusión mucho tiempo después de que haya cesado de existir. El único propósito de aspecto concluyente o sustancial en el que uno pudiera basarse es producto de la ignorancia, de la deshonestidad o de la fatiga. Todas las ciencias dan marcha atrás hasta el agotamiento total del procedimiento, después de lo cual vuelven hacia adelante, se convierten en dogmáticas y eligen por bases posiciones que no eran más que puntos de agotamiento. Es así como la química ha dividido y subdividido hasta llegar a los átomos, inmediatamente después de lo cual, en la inseguridad esencial a todas las pseudoconstrucciones, montó un sistema que, para toda persona lo bastante obsesionada por sus propias hipnosis, ajena a la hipnosis química, podrá ser capaz de percibir algún tipo de anemia intelectual, construida sobre debilidades infinitesimales.

En *Science*,²⁰¹ E. D. Hovey, del Museo Americano de Historia Natural, cree que en muchas ocasiones le han enviado bloques de caliza fosilífera o de escorias de hierro, acompañados de relatos circunstanciales de testigos oculares de su caída. Pero todos los excluye por no ser de verdadera sustancia meteorítica, y los atribuye a las sempiternas coincidencias. La lista de estos bloques, explica él, podría extenderse hasta el infinito (perspectiva fascinante en grado sumo), pero «la cosa no merece la pena».

Me gustaría saber cuáles son las cosas extrañas, condenadas, excomulgadas, que son remitidas a las direcciones de los museos por personas lo bastante

seguras del testimonio de sus ojos como para afrontar el ridículo, acondicionar los paquetes, hacer cola en las oficinas de correos y escribir cartas certificadas. Propongo que, sobre la puerta de cada museo donde entran tantos de estos objetos, se grave en letras llameantes: «Abandonad toda esperanza».

En *Comptes Rendus*,²⁰² M. Daubrée cuenta una historia muy semejante sobre los objetos condenados que se expiden regularmente a los museos franceses, acompañados de detallados testimonios; menciona de manera muy especial el carbón y la escoria de hierro. Pero todos quedan excluidos, enterrados como anónimos en los depósitos de la ciencia.

Creo que la caída del Exclusionismo es un fenómeno determinante del siglo XX. Pero me encuentro coartado en mi expresión, por la unidad de la apariencia, a los mismos métodos mediante los cuales la ortodoxia ha establecido y mantenido su contrasentido blando y elegantemente absurdo. Al menos, aunque inspirado por esta esencia sutil e imponderable que envuelve al siglo XX, no tengo la ilusión de ofrecer a mis lectores un solo hecho positivo, ni de ser menos crédulo o supersticioso que cualquier salvaje lógico, conservador o rústico.

Una explicación totalmente ortodoxa, en cuyos términos expondría ciertas herejías, quiere que, si todo objeto hallado dentro del carbón no ha podido penetrar más que cayendo en él, haya efectivamente caído en él.

Así, en el *Memories of Literary and Philosophical Society of Manchester*,²⁰³ puede sostenerse que algunas piedras redondeadas encontradas en una mina de carbón sean «aerolitos fósiles» caídos del cielo hace muchos siglos, cuando el carbón era quebradizo, y sobre los cuales debió cerrarse, puesto que no se encontró en él la menor huella de penetración. Se ha encontrado en una mina de Escocia un instrumento de hierro dentro de un bloque de carbón «a más de 2 metros debajo de la superficie».²⁰⁴ Y si se acepta que este objeto de hierro es de una factura muy superior a los medios y a la habilidad de los hombres primitivos que vivían en Escocia en el momento en que el carbón estaba en formación, ya que «el instrumento tenía un aire moderno», mi expresión está mucho más próxima a lo real que la de los científicos, que suponen a alguien de nuestro tiempo hundiendo su instrumento en el carbón.

No veo, en efecto, por qué razón tuvo que abandonar alguien un carbón que era tan fácil de conseguir. Y, de todos modos, el bloque de carbón no presentaba la menor huella de penetración, puesto que el instrumento no fue descubierto más que después de romper la masa.

Existe otra alternativa posible: el objeto pudo no caer del cielo ni tampoco ser fabricado en la época de la formación del carbón por los nativos de Escocia, sino que pudo ser abandonado por algún visitante extraterrestre.

Como contraparte a mi supuesto interés en establecer que no hay nada que pueda ser probado que no apoye mis teorías, anotaré lo que sigue, en un enfoque inédito de justicia y de imparcialidad. Según *Notes and Queries*,²⁰⁵ se ha encontrado hundido en el yeso, a una profundidad de 2 metros, cerca de Bredenstone (Inglaterra), un antiguo sello de cobre, del tamaño de un penique, que representa a un monje arrodillado ante una virgen con el Niño y que lleva el siguiente mensaje: «St. Jordanis Monachi Spaldingie», detalle que me parece a la vez muy conveniente e inconveniente.

Hay también un dato muy apolillado en el *Scientific American*,²⁰⁶ que voy a condenar, puesto que, en la unidad de la totalidad, todos los malditos deben condenarse a su vez. El 1 de junio de 1851, una potente explosión cerca de Dorchester (Massachusetts) puso al descubierto una jarra incrustada en la roca. Era una extraña jarra en forma de campana, de una materia indefinible, adornada con motivos florales e incrustaciones de plata. «La obra de un artesano genial», dijo el informe. El redactor del *Scientific American* expuso la opinión de que la jarra había sido esculpida por Tubal Cain, el primer habitante de Dorchester. Temo que dicha tesis encierre cierta dosis de arbitrariedad.

Un bloque de metal²⁰⁷ fue encontrado dentro de una masa de carbón, en Austria, alrededor de 1855; hoy en día se halla expuesta en el Museo de Salzburgo.

La ciencia ha tomado como criterios de admisión «la verdadera materia meteorítica», pero voy a citar un ejemplo que hace de esta materia un estándar de exclusión. Se trata de un objeto geométrico esculpido, descubierto en un depósito de carbón terciario y compuesto de hierro, carbono y una pequeña cantidad de níquel.²⁰⁸ Aunque geométrico, poseía la superficie escoriada, que es característica de los meteoritos de buena familia. Y los científicos que lo examinaron no pudieron, con todo, llegar a ponerse de acuerdo, y sugirieron hacer un «arreglo». O bien el objeto era verdadera sustancia meteorítica y no era obra del hombre, o bien no era verdadera sustancia meteorítica, sino materia telúrica trabajada por el hombre, o bien se trataba de verdadera sustancia meteorítica trabajada por el hombre después de su caída. Los datos definitivos, de los cuales varios han sido omitidos por cada una de las tres tesis, son los

siguientes: «Verdadera materia meteorítica» y superficie característica de los meteoritos; forma geométrica; presencia del cuerpo en un depósito antiguo; durabilidad de la materia; ausencia en la tierra, en la era terciaria, de hombres capaces de trabajar una materia virtualmente identificada con el acero.

En *Science Gossip*,²⁰⁹ el objeto es descrito como un meteorito, pero para no alarmar a los devotos, porque su forma geométrica no es mencionada. Se trata de un cubo, circundado por una profunda incisión, y cuyas dos caras opuestas están redondeadas.

San Agustín, con toda su ortodoxia, no se encontró en tan delicada postura como los especialistas de la cuestión. Aun olvidando yo mismo un par de datos, me vería conducido a creer que se trata de un objeto caído a la Tierra en la era terciaria; pero solo ofrezco esta idea en el estado de expresión sintética, vista la amplitud de sus inclusiones y puesto que representa, dentro de las cuatro tentativas, la síntesis más completa. El único elemento posible de multiplicación sería que este objeto fuera una masa de piritita de hierro, que se forma a veces geométricamente: en cuyo caso, el análisis químico mencionaría la presencia de azufre.

Según el *London Times*,²¹⁰ en una cantera de piedra cerca del río Tweed, a unos 400 metros por debajo de Rutherford Mills, unos obreros descubrieron un hilo de oro incrustado en una roca, a 3 metros de profundidad; hermoso detalle, para nada desagradable, pero sí condenable.

Cuando Hiram de Witt,²¹¹ de Springfield (Massachusetts), regresaba de California, trajo consigo un fragmento de cuarzo aurífero, grande como un puño de hombre. Al dejarlo caer, lo rompió en dos y encontró en su interior un clavo de metal ligeramente oxidado, «absolutamente recto y conservaba la cabeza en perfecto estado».

En California, hace algunos siglos, en el momento en que se formaba el cuarzo aurífero, puede que un supercarpintero, a millones de kilómetros en el espacio, dejara caer un clavo.

A cualquiera que no sea intermediarista, le parecerá curioso que este dato periodístico, condenado, de baja condición, pueda coincidir con una maldición dictada únicamente por el olvido y apoyada por lo que se denominan «las máximas autoridades científicas»:

Sir David Brewster comunicó que, en la cantera de Kingoodie, al norte de Inglaterra, fue hallado un clavo en un bloque de piedra de 3 metros de espesor.

212 Se trabajaba en esta cantera desde hacía 20 años, pasando de una a otra capa de roca sólida, y el clavo se hallaba entre dos capas distintas, aunque encerrado en un solo y único bloque.

Aunque es de casta muy elevada, como la de los brahmanes, cualquiera condenaría este fenómeno. En cuanto a la multiplicidad de tales datos, atestigua tanto contra la ortodoxia como contra mi propia expresión, según la cual, la inclusión en el cuarzo o el gres sería una prueba de antigüedad. No les queda, pues, a los ortodoxos y a los heréticos reunidos más que argüir su origen puramente periodístico.

Según el *Carson Appeal*,²¹³ se encontraron unos cristales de cuarzo en una mina, que no habrían podido formarse más que durante los 15 últimos años. Cuando derribaron un molino y excavaron a partir de sus cimientos, se habría descubierto, en un bloque de gres endurecido, después de 12 años, un fragmento de madera «atravesado por un clavo».

Y terminaré con un brahmán, enterrado en el corazón mismo de la decencia, puesto que figura en el Museo Británico.

En 1853, después de la reunión de la Asociación Británica, sir David Brewster anunció que debía mostrar a sus colegas «un objeto de una naturaleza tan increíble que solo la más sólida evidencia podía dar a aquella declaración una apariencia de probabilidad».²¹⁴ Se acababa de encontrar una lente de cristal en la cámara del tesoro de Nínive.

En muchos templos y tesoros de las civilizaciones antiguas se conservaban religiosamente todos los objetos caídos del cielo o los meteoritos.

Carpenter, en *The Microscope and its Revelations*,²¹⁵ nos da dos dibujos del hallazgo, juzga imposible que los Antiguos hubieran podido fabricar una lente óptica; quiere ver en ella un ornamento. Pero Brewster insiste en que se trata de «una verdadera lente óptica».

A millones de kilómetros en el espacio, alguien despliega un telescopio y la lente se desprende.

Es innegable en este caso tan preciso que, en las ruinas de una antiquísima civilización, se ha encontrado un objeto maldito, que no puede ser aceptablemente un producto de las antiguas civilizaciones aborígenes de esta Tierra.

- 201 *Science*, n. s. 31, 298.
- 202 *Comptes Rendus*, 91, 197.
- 203 *Manchester Lit. and Phil. Soc. Mens.*, 2, 9, 306.
- 204 *Proc. Soc. of Antiq. of Scotland*, 1, 1, 121.
- 205 *Notes and Queries*, 11, 1, 408.
- 206 *Scientific American*, 7, 298.
- 207 *Nature*, 35-36.
- 208 *Comptes Rendus*, 103, 702.
- 209 *Science Gossip*, (1887), 58.
- 210 *London Times*, 22 de junio de 1884.
- 211 *London Times*, 24 de diciembre de 1851.
- 212 *Rept. Brit. Assoc.*, (1845), 51.
- 213 *Prop. Sci. News.*, (1884), 41.
- 214 *Annals of Scientific Discovery*, (1853), 71.
- 215 *El microscopio y sus revelaciones*.

Los primeros exploradores confundían Florida con Terranova. En épocas pasadas, la confusión era aún mayor, puesto que todos los primeros exploradores no creían que existiera hacia el oriente más que una sola y única tierra: la India. Igual que yo, ahora, no creo que tantos objetos nos lleguen de un solo mundo exterior, ya que todo entendimiento comienza por la ilusión de la homogeneidad. Spencer lo ha probado suficientemente: vemos la homogeneidad en todas las cosas distantes o que nos son poco familiares. La progresión de lo relativamente homogéneo a lo relativamente heterogéneo es típica de la filosofía spenceriana, aunque Spencer lo haya tomado de Von Baer, quien, a su vez, lo tomó de la precedente especulación evolucionista. Pienso, por mi parte, que todo reacciona anticipadamente a lo homogéneo, intentando localizar la homogeneidad, la cual es un aspecto de lo universal como un aspecto de la positividad, pero creo que la infinita frustración de toda tentativa de positividad se manifiesta con la heterogeneidad infinita. Entonces, aunque todas las cosas intentan delimitar lo homogéneo, terminan con una heterogeneidad tan grande que equivale a la dispersión infinita e indiscutible.

Todo concepto es, pues, una pequeña tentativa de positividad, la cual debe ceder, más pronto o más tarde, a los compromisos, a las modificaciones y a la nulificación, además de fundirse en lo indiscernible; a menos que de una a otra época, en la historia universal, surja un superdogmatismo que, durante un intervalo infinitesimal, pueda oponerse a la heterogeneidad, a la modificación, a la duda o a «la voz de la razón», en cuyo caso es transferido rápidamente a la gloria o al absoluto positivo.

Es curioso que Spencer no haya reconocido jamás que la homogeneidad, la integración y la exactitud son sinónimos de estado, este mismo estado que yo denomino «positividad». Fue un gran error por su parte, a mi modo de ver, el considerar la homogeneidad como un valor negativo.

He comenzado por concebir otro mundo del que objetos y sustancias caían a la Tierra, un mundo que tuvo o puede tener aún un interés muy tutelar por las cosas terrestres. Después, he modificado esta concepción hasta la de otro mundo

que hubiera intentado, desde hacía siglos, comunicarse con una secta, tal vez una sociedad secreta, o con algunos habitantes muy esotéricos de esta Tierra.

Como he afirmado antes, soy inteligente y así contrasto fuertemente con los ortodoxos. No siento el aristocrático desdén de un conservador neoyorquino o de un brujo esquimal. Y debo esforzarme en concebir una multitud de mundos, unos de proporciones lunares, otros aún más vastos, regiones aéreas enormes y amorfas a las cuales los términos «mundos» y «planetas» parecen inaplicables; también construcciones artificiales que denomino «superconstrucciones», de las cuales una me parece, a simple vista, tan importante como el puente de Brooklyn; y finalmente, varios objetos en forma de rueda, que cubren fácilmente varios kilómetros cuadrados.

Estoy persuadido de que, recorriendo este libro, ustedes han debido sentirse tentados, al ver la expresión de mis demenciales teorías, a expresar su indignación, su cansancio en estos términos: si esto fuera así, los astrónomos se hubieran percatado desde hace mucho tiempo de estos otros mundos, de estas regiones amorfas, de estas vastas construcciones geométricas. Pero ustedes se habrán contenido muy cortésmente, esperando aprender más cosas. Además, toda tentativa de interrupción no haría más que poner freno a lo insaciable.

En la puntuación cósmica no existe el punto final. La ilusión del punto final reside en la visión incompleta de las columnas y de las semicolumnas. Tal noción de sabiduría astronómica no debe detenernos en ningún caso, ya que mi prolongada experiencia de la supresión y de la diferencia me da a pensar, incluso antes de entrar en el tema, que los astrónomos han visto estos mundos, que los meteorólogos, que los científicos, que los observadores especializados los han apercibido en multitud de ocasiones; pero que el sistema ha excluido todos los datos.

En cuanto a la ley de la gravitación y las fórmulas de los astrónomos, recuerden que no han cambiado desde la época de Laplace. Y Laplace conocía aproximadamente 30 cuerpos en todo el sistema solar, mientras que actualmente conocemos más de 600. Así que, entre los centenares de cuerpos que nos son desconocidos, hay ciertamente un modesto lugar para los míos.

¿Qué son los descubrimientos de la geología y de la biología para un teólogo? Se las arreglan como si en el mundo no existieran en absoluto.

Si la ley de la gravitación pudiera ser enunciada como un propósito real, podría oponer una resistencia real. Sin embargo, no dice nada, salvo que la

gravitación es la gravitación. Para nosotros, los intermediaristas, nada puede ser definido, salvo en términos de sí mismo; pero los ortodoxos, en lo que me parece ser una premonición innata, no fundada sobre una experiencia de la realidad, reconocen, por su parte, que la definición de una cosa en términos de sí misma no es una verdadera definición. Se dice que la gravitación significa la atracción de todas las cosas proporcionalmente a su masa e inversamente al cuadrado de su distancia. La masa significaría la interacción que une puntualmente las partículas finales, si es que existen. Y hasta el descubrimiento de estas partículas finales, un solo término sobrevive de esta expresión: masa igual a atracción. Pero la distancia no es más que una extensión de la masa, a menos que admitamos el vacío absoluto entre los planetas, posición fácilmente refutable por una multitud de datos. Sin embargo, no existe medio de expresar que la gravitación sea otra cosa distinta a la atracción, por lo que uno no puede resistir a este fantasma de definición: la gravitación es la gravitación de todas las gravitaciones proporcionalmente a la gravitación e inversamente al cuadrado de la gravitación. No puede decirse nada mejor sobre este tema de la cuasiexistencia, pero de todos modos podría haber en esto mayores aproximaciones a la verosimilitud.

Es cierto que los doctores Grays y los profesores Hitchcocks han alterado nuestra confianza en relación con lo indiscernible. En cuanto a la perfección de este sistema y a la infalibilidad de su matemática —suponiendo que pueda existir una verdadera matemática en un mundo aparente en el que dos veces 2 no hacen 4—, nos dejan anonadados sin cesar con su triunfo, desde el descubrimiento de Neptuno.

Tengo, en este momento, miedo de reincidir. Comenzaremos, pues, humildemente, que pertenezco a los condenados; no puedo contener un fruncimiento de cejas, aunque tan solo sea un cuarto de segundo, cuando oigo hablar del «triumfal descubrimiento de Neptuno», este «logro monumental de la astronomía teórica», como lo titulan los libros de ciencia.

Los libros de ciencia omiten un solo detalle, el que la órbita de Neptuno coincide tan poco con los cálculos de Adams y de Le Verrier que este último no reconoció al planeta de sus cálculos. Después, se consideró prudente guardar silencio.

Estos libros omiten que, en 1846, cualquiera que sabía hacer la diferencia entre un seno y un coseno *senaba* y *cosenaba* en búsqueda de un planeta más allá de Urano. Dos entre ellos adivinaron exactamente. Algunos juzgaron como

severo el verbo «adivinar», pese a que Le Verrier rechazaba a Neptuno; pero, según el profesor Peirce, de Harvard, los cálculos de Adams y de Le Verrier hubieran podido aplicarse igualmente a posiciones distantes en varios grados de la de Neptuno. El profesor Peirce, de hecho, ha demostrado rigurosamente que el descubrimiento de Neptuno fue un «feliz accidente».²¹⁶

Los cometas representan otra nebulosa resistencia a mis nociones, como con los eclipses, de algunos de los cuales poseo notas acerca de que no se produjeron a la hora que se indica, sino tal vez con diferencias de solo algunos segundos. Incluso tengo, entre ellos, un alma perdida, huida entre los registros ultrarrespetables de la Real Sociedad Astronómica, sobre un eclipse que no se produjo, delicioso instrumento de perdición del que no dejaré de servirme muy fogosamente a su hora.

En toda la historia de la astronomía, se recuerda que cada cometa se ha presentado rigurosamente a su hora. Pese a que no hay nada más obtuso que una predicción sobre la periodicidad de las recogidas del correo, este hecho indiscutido fue objeto de una publicidad considerable. Los cartománticos no se crean una clientela por medios demasiado distintos. Se despreciaron o bien se explicaron las irregularidades de algunos cometas; el cometa de Encke, por ejemplo, que disminuye cada vez más su velocidad, fue explicado por los astrónomos. Pueden estar completamente seguros de que lo explicaron, establecieron, formularon, «probaron» el motivo por el cual este cometa llevaba un retraso cada vez mayor sobre su horario... hasta el día en que el condenado empezó a volver cada vez más aprisa, como el cometa Halley.

La astronomía es «la ciencia perfecta, como nosotros, los astrónomos, nos complacemos en denominarla», según Jacoby. Si, en una existencia real, un astrónomo se equivocara de longitud, lo enviaría al purgatorio hasta que reconociese su error.

Halley fue enviado hasta el cabo de Buena Esperanza para determinar la longitud de su cometa. Se equivocó en varios grados e infligió al noble promontorio romano de África una afrenta capaz de romper el orgullo del más orgulloso de los cafres.

Se nos habla eternamente del cometa Halley. Quizá regrese. ¿Pero qué ocurrió con los Leónidos? Por los mismos métodos de adivinación se había predicho el paso de los Leónidos, pero, en noviembre de 1898, los Leónidos se hicieron de rogar. El fenómeno fue explicado: habían sido desviados de su

marcha, pero regresarían en noviembre de 1899. En noviembre de 1899 y de 1900, los Leónidos no aparecieron... Consideren que todo el mundo sería un adivino de categoría si no se registraran más que los datos exactos. En cuanto al cometa Halley, en 1910, todo el mundo dice haberlo visto. La ciencia está dispuesta a perjurar con tal de no ser acusada de desinteresarse de los grandes acontecimientos.

Consideren esto: no hay un solo momento en el que un cometa no atravesase el cielo. No hay virtualmente ningún año en el que no sean descubiertos varios cometas, por abundantes que sean. Pulgas luminosas en un vasto perro negro. La gente no llega a imaginarse hasta qué punto está el sistema solar repleto de pulgas.

Si un cometa no tiene la órbita que habían calculado los astrónomos, es que ha sufrido una perturbación. Si otro cometa, como el Halley, llega retrasado, aunque sea por un año, ha sufrido una perturbación; pero cuando un cometa lleva un año de retraso, no reclamamos ninguna explicación. Los astrónomos no abusan de nosotros, nos recompensan. Ya que los sacerdotes no actúan en relación suficiente con la perfección, la infalibilidad o el Positivo Absoluto, los astrónomos ocupan su puesto con sus fantasmas de datos, pero con una mayor aproximación de sustancialidad de la que tenían las atenuaciones de sus predecesores. Los astrónomos nos son necesarios, ya que, sin ellos, todos sus errores, todos sus tanteos, todas sus evasiones no serían tolerados: ellos no se arriesgan nunca, qué diablos, a equivocarse desastrosamente.

Supongamos que el cometa Halley no hubiera reaparecido.

A principios de 1910, un cometa, mucho más importante que la anémica luminosidad de Halley, apareció en el cielo. Brillaba tan intensamente que se podía ver en pleno día. Los astrónomos se hubieran sentido salvados. Si este otro cometa no hubiera seguido la órbita decretada, se le hubiera inventado una perturbación. Si ustedes fueran al borde del mar y predijeran el descubrimiento en la playa de un cierto tipo de guijarro, no se arriesgarían a ridiculizarse mucho, puesto que otro guijarro podría, en todo caso, sacarlos de apuros. Y la débil cosa apercebida en el cielo en 1910 estaba tan poco de acuerdo con las sensacionales descripciones divulgadas anticipadamente por los astrónomos como un pálido guijarro con una roca de color rojo vivo.

Yo predigo, por ejemplo, que el miércoles próximo un musculoso chino en traje de etiqueta atravesará Broadway por la calle 42, a las 9 de la noche. En lugar

de esto, un japonés tuberculoso, en uniforme de marino, atraviesa Broadway al mediodía por la calle 35. A este respecto, un japonés es un chino que ha sufrido una perturbación, y un vestido vale lo que otro.

Recuerdo aún las terroríficas predicciones de unos astrónomos sobre lo que debía ocurrir en 1909, tan honrados como crédulos, hipnotizándose a sí mismos para creer mejor en la hipnosis. Toda vida humana sería aniquilada del planeta, y hubo a raíz de ello un aluvión de testamentos. La cuasiexistencia, que es de esencia hiberniana, no se opone a los testamentos. Pero los menos alocados entre nosotros esperaban, al menos, unos fuegos artificiales.

Debo admitir que, en New York, hubo una luz en el cielo, casi tan terrorífica como el chisporroteo de una cerilla sobre un fondo negro a 2 kilómetros de distancia. Y se me dijo que una ligera nebulosidad, que no vi por mí mismo (¡oh, falta de atención!), apareció varios días más tarde.

Nos hipnotizaron a un montón de imbéciles para que mirásemos al cielo. Así lo hicimos, como una jauría de perros que señala una perdiz.

El resultado es que ahora todo el mundo jura por sus grandes dioses haber visto, con sus propios ojos, el cometa Halley. Un espectáculo grandioso, amigos.

No vayan a creer que yo quiero desacreditar a los astrónomos para vengarme de su oposición. En el infierno de los anabaptistas, yo sería de casta brahmán. Pero casi todos los condenados de mi procesión son reclutados entre las observaciones de astrónomos profesionales. Es el sistema quien suprime a los astrónomos. Compadezco a estos desgraciados en su cautividad, escrutando el cielo desde lo alto de la torre que los aprisiona.

Como he dicho, no creo ya en un solo mundo exterior. Soy como el salvaje en su isla perdida, que no pensaría en un solo continente, sino en un complejo de continentes, en una multitud de ciudades, de fábricas y de medios de comunicación.

Todos los demás salvajes, viendo pasar algunos barcos a lo largo de su isla, con una apariencia de periodicidad, tenderían a expresar su Positivismo Universal, a creer que estos barcos constituyen un todo. Pero él, al ser algo retrasado y poco imaginativo, permanecería insensible a los ideales de la comunidad, no se ocuparía piadosamente, como los demás, en postrarse a los pies de impresionantes pedazos de madera. Consagraría su tiempo a deshonestas especulaciones, dejando a sus compatriotas que se dedicaran a su caza de brujos.

Pero sus amigos, conociendo intuitivamente el calendario de las líneas

marítimas, saben exactamente en qué momento pasarán o se eclipsarán mutuamente los barcos. Redoblarán las explicaciones.

Es suficiente leer un solo libro sobre la vida de los aborígenes para conocer su seguridad de explicación. Explicarán que todo este mecanismo reposa en la mutua atracción de los barcos, deducida de la caída de un mono desde lo alto de su palmera, o incluso dirán que los demonios empujan a los navíos. Se levantará una tempestad, arrojará sobre la isla los restos de un naufragio, que serán despreciados. No se puede pensar en dos cosas a la vez.

Me hallo en el mismo estado de espíritu que el salvaje que encontrara un día en una playa los restos de un piano de cola, una pañería de la India y un abrigo de pieles de Rusia. Toda la ciencia consiste en aproximaciones cada vez más amplias, en concebir las Indias en los términos de un islote del Pacífico, y Rusia en los términos de esta explicación de las Indias. El idealista superior sería un positivista que intentara localizar lo universal de acuerdo con el diseño cósmico. El superdogmatismo sería el salvaje que sostuviera sin la menor sombra de duda que un piano de cola es un tronco de palmera en el que un tiburón había dejado la huella de sus dientes. Y temo mucho por el alma del doctor Gray, debido a que haya consagrado toda su existencia al único principio de los miles de peces cayendo de un único cubo de agua.

Por tal motivo, si la salvación es deseable, me esfuerzo en concebir el mundo como ancho pero amorfo, indefinido y heterogéneo. Si considero a otro mundo comunicándose en el mayor secreto con algunos habitantes muy esotéricos de nuestra Tierra, me será necesario considerar también otros mundos intentando comunicar con todos los habitantes de nuestra Tierra; y, además, vastas estructuras costeándonos a kilómetros de distancia, sin el menor deseo de ponerse en contacto con nosotros, como buques de cabotaje cruzando de isla en isla sin hacer su elección. Después, creo que tengo también datos sobre una vasta construcción, que ha llegado numerosas veces a hacernos una visita subrepticia, que se hunde en el océano, permanece sumergida y después vuelve a partir hacia lo desconocido. ¿Cómo explicaría un esquimal a un navío que llega a aprovisionarse de carbón (que abunda en las playas árticas, pero cuya existencia desconocen los nativos) y vuelve a partir sin intentar la menor tentativa diplomática?

Resultará difícil a mucha gente admitir que nosotros podamos no ser interesantes.

Admito que se nos ha esquivado, probablemente por razones morales. Pero la noción de los visitantes extraterrestres en China, durante lo que nosotros llamamos «el periodo histórico», no será más que moderadamente absurda cuando la abordemos.

Admito que varios de estos otros mundos puedan poseer condiciones de vida análogas a las del nuestro, pero creo que algunos son tan diferentes que sus emisarios no podrían vivir entre nosotros sin medios artificiales de adaptación. ¿Cómo podrían respirar nuestro aire atenuado los visitantes venidos de una atmósfera gelatinosa? Quizá con máscaras, como aquellas que se han encontrado en los antiguos depósitos. Algunas eran de piedra, y son atribuidas a un atavío ceremonial de los primeros pobladores. Pero la máscara encontrada en 1879 en Sullivan County (Missouri)...²¹⁷ ¡era de hierro y plata!

²¹⁶ *Proc. Amer. Acad. Sc.*, 1, 65. Para referencias, véase también *The Evolution of Worlds*, de Lowell.

²¹⁷ *American Antiquarian*, 3, 336.

He aquí, sin duda, uno de los datos más malditos de todos aquellos que han contado los condenados.

Ya que resulta vano querer abolir una excomunión cualquiera, suponiendo que nos condenamos por nosotros mismos, y que los condenados son aquellos que admiten que lo son, la inercia y la hipnosis triunfan sobre nosotros. Lo verificamos, pero admitimos nuestra pertenencia a la cohorte de los condenados. De hecho, solamente siendo más reales podremos barrer los cuasiobstáculos que nos hacen frente.

En el *Scientific American*,²¹⁸ Charles E. Holder escribe: «Hace varios años, una extraña piedra, parecida en gran manera a un meteorito, cayó en el valle de Yaqui, México, y la sensacional historia corrió de un lado a otro del país. Una piedra llevando inscripciones humanas había caído a la Tierra». La observación más sorprendente en estas circunstancias es que Mr. Holder afirma la caída de la piedra. Quiso decir, sin duda, que había caído por dislocación desde lo alto de una montaña al fondo de un valle, pero veremos que la piedra llevaba marcas tan singulares que es inverosímil suponer la ignorancia de los nativos si se hubiera hallado en sus montañas.

La piedra fue señalada por el mayor Frederick Burnham, de la Armada británica. Inmediatamente, Mr. Holder lo acompañó al lugar con objetivo de descifrar, dentro de lo posible, las inscripciones. Holder declaró reconocer en ellas símbolos mayas familiares. Uno de los seudoprincipios intermediaristas es que toda manera de demostrar algo sirve igualmente para demostrar otra cosa. Por el método de Holder, yo podría demostrar que también soy maya... suponiendo que me lo proponga.

Uno de los caracteres que figuran en la piedra es un círculo, inscrito en el interior de otro círculo. Mr. Holder descubrió el mismo carácter en un manuscrito maya. Hay dos 6, el mismo 6 que figura en el mismo manuscrito maya. Hay una doble espiral, puntos y varias líneas. Holder selecciona lo que le conviene y elimina el resto. A la vez, quiero también eliminar el círculo inscrito y la doble espiral. Hay un buen número de 6 en el presente libro, una gran

cantidad de puntos, entre otros, sobre las «i», y suficientes líneas como para hacer de mí un maya auténtico.

Si el lector sospecha que estoy burlándome de un valioso experto arqueólogo, hará bien en leer el texto de Holder: «He sometido todas mis fotografías —declara— al Field Museum, al Instituto Smithsonian y a varios museos. Ante mi gran sorpresa, me han respondido que las inscripciones les parecían totalmente inidentificables». Un tal Charles C. Jones encontró, en Georgia, dos cruces de plata preciosamente adornadas, pero poco convencionales, puesto que cada brazo tenía la misma longitud.²¹⁹ Mr. Jones, buen positivista, descubrió que el explorador De Soto había hecho un alto en el lugar «preciso» donde fueron descubiertas las cruces. Pero el espíritu de negatividad que anima a todos los hechos «precisos» se manifestaba en una inscripción, hecha sobre una de las dos cruces y desprovista de todo significado español o simplemente terrestre: «IYNKICIDU». Mr. Jones cree que se trata de un libro, y piensa, sin duda, en los antiguos incas de los tiempos de la conquista. Pero, examinando por mí mismo la inscripción, he comprobado que las letras identificadas como C y D están grabadas al revés, y que la letra llamada K está al revés y cabeza abajo.

Es difícil aceptar que las inmensas y complejas minas de cobre del lago Superior hayan sido obra de los nativos de América. Pese a la excepcional extensión de estas excavaciones, nunca se ha encontrado en la región un solo signo de habitación permanente, ni una cabaña, ni un esqueleto, ni un solo hueso. Además, los indios nativos no poseen la menor tradición minera.²²⁰ Creo más bien que hemos tenido visitantes, llegados a buscar nuestro cobre, por ejemplo. Como en el caso de las reliquias, nos encontramos con una combinación recurrente que antes no había aparecido: los fraudes.

En julio de 1871,²²¹ Mr. Jacob Moffit, de Chillicothe (Illinois), envió a las autoridades científicas de su tiempo la fotografía de una pieza de moneda que había desenterrado a una profundidad de 36 metros. Si se juzga por los estándares científicos convencionales, tal profundidad parece extraordinaria. Los paleontólogos, los geólogos y los arqueólogos se juzgan razonables en cada uno de sus debates sobre la antigüedad de una sepultura. Pero la muerte no es más que un falso estándar: un temblor de tierra puede enterrar a 36 metros de la superficie una pieza contemporánea.

Según un observador, la pieza es de un espesor muy uniforme, y no es

producto de un martillo primitivo: «Huele a taller». Pero, de creer al profesor Leslie, es un amuleto astrológico. Según el profesor, «lleva la marca de Piscis y Leo». Con la misma pizca de buena voluntad, se puede encontrar la marca de su tatarabuelo, la de los cruzados o la de los mayas, en todo lo que sale de Chillicothe o de una subasta pública. Todo lo que se parece a un gato o a un pez rojo recuerda al León o a Piscis. Añadiré, además, que, por virtud de algunas distorsiones o supresiones, no hay nada que no se pueda parecer a un gato o a un pez rojo.

Temo perder aquí algo de mi paciencia. Ser condenado por gigantes adormecidos, interesantes putillas y estimables payasos no hiere en nada mi poca vanidad. Pero los arqueólogos representan los bajos fondos de lo divino, un arcaico parvulario del intelecto, y es irritante ver que un conjunto de bebés polvorientos pretende imponernos su juicio.

El profesor Leslie descubre entonces, con la misma voluntad arbitraria que vería en el puente de Brooklyn, el resultado de una broma de colegial, que «la pieza es el resultado de una mixtificación, de la cual es inocente su propietario actual. Se trata de una fabricación relativamente moderna, que data tal vez del siglo XVI, probablemente de origen hispano o francoamericano». Por supuesto, el profesor Leslie desprecia el hecho de que no hay nada francés o español en la famosa pieza. La leyenda, precisa, se sitúa «entre lo árabe y lo fenicio, sin ser ni de uno ni de otro». En *Sparks from a Geologist's Hammer*,²²² el profesor Winchell la examinó y dijo, al respecto de estos motivos rudimentarios (formas de un animal o de un guerrero, o de un gato y de un pez rojo, según las preferencias), que no han sido ni cincelados ni grabados, sino más bien «como atacados por un ácido». Semejante método es desconocido en la numismática y en toda la superficie del planeta.

Si consideramos que en los Estados Unidos se han descubierto inscripciones de antiguo origen que no pueden ser atribuidas a ninguna raza aborigen del hemisferio occidental, y que reproducen una lengua desconocida en todo el hemisferio oriental, no nos queda más remedio que hacernos noeucidianos e intentar concebir un tercer «hemisferio», o aun concebir que han existido relaciones entre el hemisferio occidental y otro mundo.

Dichas inscripciones me hacen pensar en los archivos enredados por sir John Franklin en pleno corazón del Ártico, pero también en las tentativas de las expediciones de socorro por comunicar con él. Los exploradores perdidos habían

disimulado sus libros a bordo en túmulos bien camuflados. Las expediciones de socorro habían dejado en pequeños balones un buen número de mensajes. Nuestros datos pertenecen a lo que se disimula y a lo que se deja.

Era una expedición perdida, viniendo de alguna parte: exploradores inmovilizados, incapaces de reintegrarse a su universo, e intentando, con una perseverancia muy sentimental, establecer algo parecido a una comunicación, y tal vez consiguiéndolo.

En 1838, Mr. A. B. Tomlinson, propietario del gran túmulo de Grave Creek, en Virginia occidental, hizo realizar allí una excavación. En presencia de testigos, exhumó una pequeña piedra plana y ovalada, un disco recubierto de caracteres alfabéticos grabados. El coronel Whittlesey, experto en la materia, declaró que la piedra era un fraude manifiesto. Avebury, en *Prehistoric Times*,²²³ remató: «Esta piedra ha sido objeto de numerosas discusiones, pero se la considera actualmente como una pura superchería. Está cubierta de caracteres hebreos, pero el falsificador ha copiado el alfabeto moderno y no el antiguo».

Cuando demos la vuelta a nuestras respectivas posiciones, reservaremos el mejor lugar a los antropólogos. La piedra pertenece a la clase de fenómenos que el sistema repudia; no quiere ser asimilada por el sistema. Y es por ello que varios filólogos se pronunciaron como arqueólogos, puesto que no es la piedra de Grave Creek la que lleva encima caracteres hebreos antiguos o modernos, sino una piedra de Newark (Ohio), célebre por el espectacular error de su desgraciado fabricante. Como vamos a ver, la inscripción de Grave Creek no era hebrea, lo cual prueba que todas las cosas son presumidas como inocentes, pero supuestas como culpables..., a menos que sean forzadas a la confrontación.

El coronel Whittlesey²²⁴ recuerda que la impostura del disco de Grave Creek fue establecida por Wilson, Squires y Davis. Pero, cuando acude al Congreso Arqueológico de Nancy (Francia), en 1875, se vio obligado a admitir visiblemente que esta reunión, aparentemente importante, autenticó la piedra. El propietario del objeto, declara tortuosamente, «impuso su punto de vista» al Congreso. A continuación, Schoolcraft examinó la piedra y se pronunció en favor de su autenticidad.

Este fenómeno de balanza es muy clásico; por un lado, tres o cuatro grandes expertos se pronuncian contra la piedra; por el otro, cuatro o cinco expertos rollizos le otorgan su confianza. Y lo que nosotros denominamos «lógica» y «razón» no son más que una cuestión de pareceres. Los rollizos expertos que se

proclamaron en favor del disco intentaron traducir la inscripción. Yo tengo, por supuesto, la costumbre de atraerme, tan a menudo como me es posible, el apoyo de las distintas autoridades eminentemente rollizas, pero, en el presente caso, siento cierta aprensión al encontrarme en compañía tan obesa como nula.

Traducción de M. Jombard: «Tus órdenes son ley. Tú brillas con un resplandor impetuoso y una rápida flexibilidad».

La de Mr. Maurice Schwab: «Habiendo llegado el jefe de la emigración a este lugar (o a esta isla), ha fijado para siempre sus características».

M. Oppert dice: «Aquí yace un hombre asesinado. Quiera Dios, para vengarle, golpear a su asesino, cortando la mano de su existencia».

La primera versión es la que prefiero, me parece una impresión muy vívida de un pulidor de cobre terriblemente apresurado; la tercera, por supuesto, es la más dramática; pero todas son perfectas, pues son la ilustración misma de su recíproca perturbación.

En su opúsculo 44, el coronel Whittlesey vuelve por última vez sobre su tema, dando la conclusión del mayor De Helward, en el Congreso de Luxemburgo, en 1877: «Si el profesor Read y yo mismo estamos acertados en la conclusión de que los signos no son ni púnicos, ni fenicios, ni cananeos, ni hebreos, ni libios, ni célticos y no pertenecen a ningún alfabeto conocido, habremos establecido que su importancia ha sido muy exagerada». Un niño, como cualquiera que no esté definitivamente sujeto a un sistema, comprendería que la importancia del tema reside en esta incertidumbre y no en otro lado.

En una comunicación a la Sociedad Etnológica Americana, el doctor John C. Evans relata que en 1859 fue exhumada por un labrador, cerca de Pemberton (New Jersey) un hacha (o una palanca) que llevaba inscripciones semejantes hasta el punto de confundirse con las del disco de Grave Creek. Estas mismas inscripciones, con solo una apariencia de mala fe, hubieran podido parecerse a las huellas en la nieve de un juerguista, a la escritura de ustedes o a la mía, bastante ilegible, por cierto.

Todo progreso va de lo imposible a lo trivial. La cuasiexistencia va de la violación a las cunas. Intrusos audaces y siniestros en el campo de las teorías, rufianes en las invenciones poco honorables, suscitan las alarmas de la ciencia, sus coces en auxilio de esta sumisión que les es más querida que la vida, con una

fidelidad parecida a la de Mrs. Micawber.

Mucho después de la controversia de Grave Creek, se hallaron otras piedras esculpidas y, 50 años más tarde, el reverendo M. Gass exploró una serie de túmulos cerca de la ciudad de Davenport.²²⁵ Encontró allí varias tablillas de piedra, en una de las cuales, descifrable, se leían las letras T, F, T, O, W, N, S. La tablilla, dijeron los especialistas, era probablemente de origen mormón, ya que en Mendon (Illinois) se había desenterrado una placa de cobre que llevaba los mismos caracteres, que fue descubierta «cerca de una casa que había pertenecido a un mormón». Un meteorólogo, suponiendo que unas cenizas provienen de un incendio, se informaría cerca de un bombero. No se le ocurrió, al parecer, a nadie el mostrar las tablillas de Davenport a un mormón.

En otra tablilla, había dos F y dos 8. En la tercera tablilla, de 30 por 20 centímetros, había cifras romanas y árabes, tres 8 y siete 0. «Junto a estos caracteres familiares estaban mezclados signos que recordaban los alfabetos hebreo y fenicio».

Puede que el descubrimiento de Australia, entre tantos otros, se revele menos importante que la exhumación y el descifrado de dichas tablillas. ¿Pero han oído hablar alguna vez de ellas fuera de los límites de este libro? ¿Qué experto se ha dedicado a su interpretación? ¿Se ha intentado solamente explicar su presencia y su antigüedad, en una tierra donde, según se nos dice, solo habitaban salvajes analfabetos? Hay ciertos tesoros que son exhumados solamente para volver a enterrarlos algo más lejos.

No puedo digerir este llamamiento a los mormones. Tal vez dentro de varios siglos se encontrarán objetos dejados caer en globos por las expediciones árticas y mensajes escondidos bajo las rocas por sir John Franklin durante su agonía. ¿No será absurdo atribuirlos a los esquimales?

He aquí aún otra alma perdida, recuperada en uno de los depósitos de cadáveres anónimos del *American Journal of Science*: según el profesor Silliman, un bloque de mármol extraído de una cantera cerca de Filadelfia, en noviembre de 1829, fue cortado en placas.²²⁶ La operación reveló, en plena roca, una impresión hueca de 4 por 2 centímetros; una impresión geométrica que contenía dos letras que se parecían a la I y a la U, con la única diferencia de que los ángulos de la U, en lugar de ser redondeados, formaban ángulos rectos. El bloque de mármol se encontraba a 24 metros de profundidad, y la inscripción parecía de carácter antiguo. Para cualquiera que no se halle aún ahito por la trivialidad de lo

increíble, puede parecer extraño que una impresión hueca en la arena haya podido soportar el peso de varias toneladas de arena solidificada, pero las famosas impresiones de pies de Nicaragua fueron exhumadas bajo 11 capas de roca sólida. Este elemento no es tema de discusión, lo cito únicamente para airearlo.

Imagino que, en Europa, tales bloques de piedra recubiertos de inscripciones han podido llover en gran cantidad, ya que se han encontrado muchos de ellos en las cavernas. Parece inaceptable que hayan sido grabados por los pueblos aborígenes y que los hombres prehistóricos hayan podido recogerlos, ya sea por curiosidad, ya sea para adornar sus madrigueras. Algunos de estos bloques tenían el tamaño y hasta la forma del disco de Grave Creek: «una piedra larga y ovalada, de unos cinco centímetros de largo». En alguna parte aparecían distintamente las letras F, E, I. Las observaciones de Piette fueron confirmadas por M. Cartailhac en *Ancient Hunters*,²²⁷ y M. Boule les añadió ejemplos suplementarios. «Ofrecen —escribió Sollas— uno de los más curiosos enigmas de toda la prehistoria».

Mr. J. H. Hooper,²²⁸ de Bradley Co. (Tennessee), después de encontrar una curiosa piedra en un bosquecillo de su propiedad, desenterró una larga muralla cubierta de símbolos alfabéticos. «Se pueden enumerar 872 caracteres, de los cuales algunos figuran duplicados, y varias imitaciones de formas animales o de la Luna. La imitación accidental de los alfabetos orientales es numerosa». Detalle, sin duda, aún más significativo es que estas letras estaban recubiertas de una capa de cemento. También encontramos los sellos chinos, de Irlanda.

En *Proc. Roy. Irish Acad.*,²²⁹ J. Huband Smith leyó en la Real Academia Irlandesa la descripción de 12 sellos chinos descubiertos en Irlanda. Todos ellos se parecen, pues son unos cubos que representan a un animal sentado. «Las inscripciones pertenecen a una clase muy antigua de caracteres chinos». Y pese a que el hecho sea indiscutible, he aquí los tres detalles que han hecho de este descubrimiento, generalmente olvidado, un paria de la ciencia. Los arqueólogos reconocen que no hubo jamás, en el más remoto pasado, la menor relación entre China e Irlanda. Ningún otro objeto de la antigua China ha sido descubierto en Irlanda. Finalmente, los sellos estaban considerablemente alejados unos de otros.

Posteriormente, solo en Irlanda, se encontraron otros. En 1852, se desenterraron unos 60. De todos los descubrimientos arqueológicos hechos en Irlanda, «no hay ningún otro más misterioso».²³⁰ Se han hallado 3 de ellos en Tipperary, 6 en Cork, 3 en Down, 4 en Waterford y el resto a razón de 1 o 2 por

condado. Solo uno fue encontrado en el lecho del río Boyne, cerca de Clonard (Meath), donde algunos obreros recogían grava. En este caso concreto, si ustedes no adoptan instintivamente mi sugestión, no encontrarán ninguna otra explicación ortodoxa: no existe.

La sorprendente dispersión de los sellos a través de campos y bosques ha desanimado a los científicos, y el doctor Frazer se ha contentado con declarar, en *Proceedings of the Royal Irish Academy*:²³¹ «Todos ellos parecen haber sido esparcidos a través del país por algún extraño medio sobre el cual no puedo ofrecer la menor aclaración».

218 *Scientific American*, 10 de septiembre de 1910.

219 *Rept. Smithson. Inst.*, (1881), 619.

220 *Amer. Antiquarian*, 26, 258.

221 *Proc. Americ. Phil. Soc.*, 12, 224.

222 *Sparks from a Geologist's Hammer*, 170.

223 *Prehistoric Times*, 271.

224 *Western Reserve Historical Tracts*, 33.

225 *American Antiquarian*, 15, 73.

226 *American Journal of Science*, 1, 19, 361.

227 *Ancient Hunters*, 95.

228 *Trans. N. Y. Acad. of Sciences*, 11, 27.

229 *Proc. Roy. Irish Acad.*, 1, 351.

230 *Chambers's Journal*, 16, 364.

231 *Proc. Roy. Irish Acad.*, 10, 171.

La astronomía es un vigilante nocturno que vela ante una media docena de linternas rojas en una carretera bloqueada. Hay faroles de gas, candelabros y ventanas iluminadas en el barrio; se prenden cerillas, se encienden fuegos, se declara un incendio, hay anuncios de neón y faros de automóvil. Pero el vigilante nocturno permanece junto a su pequeño sistema. Esto es lo que se llama «ética».

La ética es un seminario muy selecto de algunas jovencitas y su querida profesora. La violación y el divorcio, el alcoholismo y el asesinato, la droga y la sífilis, están excluidos.

Lo austero y lo preciso, lo exacto, lo puritano y lo matemático, lo único puro y perfecto; una gota de leche flotando sobre el ácido que la corroe; lo positivo inundado por lo negativo. La conciencia de lo real es la mayor resistencia posible a las tentativas de realizarse o de convertirse en real, puesto que se contenta con sentir lo que alcanza la realidad. Yo no me opongo a la ciencia, sino a la actitud de las ciencias desde el momento en que imaginan haber realizado un fin. Me opongo a la creencia, no a la aceptación; a la insuficiencia tantas veces comprobada, a la puerilidad de los dogmas y los estándares científicos. Si varias personas parten hacia Chicago y llegan a Buffalo, y si una de ellas se persuade de pronto de que Buttao es Chicago, opondrá una resistencia al avance de los demás.

Así actúan la astronomía y su pequeño y aparentemente exacto sistema.

Pero tendremos datos de mundos redondos y de mundos ahusados o en forma de rueda; de mundos parecidos a titánicas tijeras o unidos unos a otros por hileras de filamentos; mundos solitarios y mundos en horda; mundos inmensos, mundos minúsculos, algunos formados por la misma materia de nuestro planeta, otros que se elevan en superconstrucciones geométricas de hierro y de acero. Restos y fragmentos de vastos edificios caen del cielo. Un día u otro sabremos que, además de las cenizas del coque y del carbón, fragmentos de acero han caído sobre la Tierra.

Pero ¿qué sabría un pez de las grandes profundidades si una plancha de acero, desprendida de una nave naufragada, le golpea la nariz?

Estamos sumergidos en un océano convencional de densidad casi impenetrable. A veces soy un salvaje descubriendo un objeto en la orilla de su isla; a veces soy como un pez de las profundidades y me duele la nariz.

El mayor de los misterios: ¿por qué ellos no se muestran ante nosotros abiertamente? Quizá se mantengan apartados por razones morales, pero ¿no habrá entre ellos algunos degenerados?; o por razones físicas: desde el momento en que evaluamos esta posibilidad, creemos de buena manera que el acercamiento de nuestro mundo por otro mundo sería catastrófico. Sin embargo, con todo, debemos interesarles, sea al grado que sea. Los microbios y los gérmenes nos interesan, algunos incluso nos apasionan. ¿Es eso un posible peligro? Cuando una de nuestras naves duda en aproximarse a una costa rodeada de arrecifes, envía una canoa.

¿Por qué no se establecen relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Cyclorea (este es el nombre, en astronomía avanzada, de un notable mundo en forma de rueda)? ¿Por qué no nos envían a algunos misioneros para transformar nuestras bárbaras prohibiciones y demás tabúes, y preparar así el camino a un mercado ventajoso de ultrabiblias y de superwiskis?

La respuesta que se me ocurre es tan simple e inmediatamente aceptable. ¿Educaríamos nosotros, civilizáramos nosotros, si pudiéramos, a los cerdos, los patos y las vacas? ¿Estaríamos dispuestos a establecer relaciones diplomáticas con la gallina que funciona para nosotros, satisfecha de su sentido absoluto de la perfección?

Creo que nosotros también somos bienes inmobiliarios, accesorios, ganado.

Pienso que pertenecemos a algo, que antiguamente la Tierra era una especie de No Man's Land que otros mundos han explorado, colonizado y disputado entre ellos.

Actualmente, alguien posee la Tierra, y ha alejado de ella a todos los colonos. Nada se nos ha aparecido viniendo del más allá, tan abiertamente como un Cristobal Colón desembarcando en San Salvador o Hudson, remontando el río que lleva su nombre. Sin embargo, en cuanto a las visitas subrepticias hechas al planeta, muy recientemente aún, en cuanto a los viajeros emisarios llegados quizá de otro mundo y cuidando mucho de evitarnos, tenemos pruebas convincentes.

Emprendiendo esta tarea, deberé prescindir de algunos aspectos de la realidad. Veo difícil, por ejemplo, poder abarcar en un solo libro todos los usos

posibles de la humanidad para un modo distinto de existencia, o incluso justificar la lisonjera ilusión que quiere que seamos útiles a algo o a alguien.

Los cerdos, los patos y las vacas deben, en principio, descubrir que son posesión de alguien, y después preocuparse por saber por qué son poseídos. Quizá somos utilizables, quizá se ha operado un convenio entre varias partes. Algo sobre nosotros tiene derecho legal por la fuerza, después de haber pagado por obtenerlo, el equivalente de las cuentas de colores que le reclamaba nuestro anterior propietario, más primitivo. Y esta transacción es conocida desde hace varios siglos por algunos de nosotros, carneros emisarios de un culto o de una orden secreta cuyos miembros, como esclavos de primera clase, nos dirigen de acuerdo con las instrucciones recibidas y nos encaminan hacia nuestra misteriosa función.

Antiguamente, mucho antes de que la posesión legal fuera establecida, los habitantes de una multitud de universos llegaron a la Tierra, saltaron, volaron, navegaron o derivaron, empujados o atraídos hacia nuestras orillas, aisladamente o bien en grupos, visitándonos ocasionalmente o periódicamente por razones de caza, trueque o prospección, quizá también para llenar sus harenes. Instalaron aquí sus colonias, se perdieron o debieron volver a marcharse; pueblos civilizados o primitivos, seres o cosas, formas blancas, negras o amarillas.

Tengo todas las razones, con datos convincentes, para creer que los antiguos bretones eran azules.

Por supuesto, la antropología convencional nos dice que sencillamente se pintaban de azul. Pero, en mi antropología avanzada, eran realmente azules.

Recientemente, ha nacido en Inglaterra un niño de color azul.²³² Para la ciencia no es más que puro y simple atavismo.

Sobre los gigantes y las hadas... Los acepto. La ciencia de hoy es la superstición de mañana, la ciencia de mañana es la superstición de hoy.

Se ha encontrado en Escocia un hacha de piedra de 50 por 30 centímetros.²³³ En un túmulo de Ohio, fue encontrada un hacha de cobre de 60 centímetros de largo, que pesa 17 kilogramos.²³⁴ Otra hacha descubierta en Birchwood (Wisconsin) ha sido expuesta en la colección de la Sociedad Histórica de Missouri.²³⁵ Estaba «plantada en el suelo», como dejada caer, medía 70 por 40 centímetros, y pesaba 135 kilogramos.

También se encontraron huellas de pasos en la arenisca, netas y precisas, en Carson (Nevada);²³⁶ cada pie medía de 50 a 60 centímetros de largo. Para

asimilarlas a su sistema, el profesor Marsch, un sistematizador leal y sin escrúpulos, argumentó inmediatamente en el *Journal*: «La dimensión de estas huellas y, particularmente, la insólita desviación entre la serie de la derecha y la serie de la izquierda prueban, contra toda suposición, que no pertenecen a un ser humano».

Tómense ustedes la molestia de mirar las fotos de estas huellas, reproducidas en el mismo *Journal*; quizá estarán de acuerdo con el profesor Marsch, o estimarán que su denegación indica un intelecto tan profundamente refrenado por el sistema como las facultades mínimas de un monje medieval. El razonamiento de este fantasma representativo, de esta apariencia espectral que juzga y condena, es el siguiente: jamás ha habido gigantes sobre la Tierra, porque estas huellas gigantes son más gigantes que las huellas de los no gigantes.

Veo a estos seres gigantescos como ocasionales visitantes del planeta; Stonehenge, por ejemplo. Pero puede que con el tiempo terminemos por admitir un día que existen numerosas huellas de viviendas de gigantes; osamentas y ausencia de osamentas.

Sea cual sea mi naturaleza optimista y crédula, cada vez que visito el Museo Americano de Historia Natural, mi cinismo surge nuevamente a la superficie en la sección «Fósiles»: osamentas gigantescas, reconstruidas de modo que nos hagan «verosímiles» a los dinosaurios. En la planta baja hay una reconstrucción del pájaro dodo. Es una verdadera ficción, presentada como tal, pero edificada con tal amor, con tanto deseo de convencer... Están también las «cruces de las hadas».

Entre el punto de unión de la cordillera azul y de los montes Allegheny, al norte del condado de Patrick, en Virginia, se han hallado unas cruces muy pequeñas.²³⁷ Se trata de una raza de seres minúsculos que crucificaban a sus condenados; seres refinados que poseían la crueldad de todos los refinados. Eran hombres en miniatura y crucificaban.

Las «cruces de las hadas» pesan, según el *Harper's Weekly*, de 14 a 28 gramos, pero algunas de ellas, según el *Scientific American*,²³⁸ son tan pequeñas como cabezas de alfiler. Se hallan repartidas sobre dos Estados, pero todas las que se han encontrado en Virginia están estrictamente localizadas en y a lo largo de la Bull Mountain. Me recuerda, entonces, irresistiblemente a los sellos chinos de Irlanda.

Algunas tienen forma de cruces romanas; otras, de cruces de San Andrés; y

otras, de Malta. Esta vez se nos ahorra el contacto de los antropólogos. Tendremos que tratar con los geólogos, pero me temo que no va a ser ningún alivio de nuestras sensibilidades más finas reales. Los geólogos han explicado las «cruces de las hadas» por medio del tropismo científico habitual; no eran más que cristales, pese a que esta tesis no da cuenta de la distribución localizada de las cruces, laguna que ellos reconocen tan solo de paso. ¿Y qué hay sobre la diversidad de forma de dichas cruces? Ciertamente, puede haber un mineral que posee una gama de formas geométricas, aunque estuviesen reducidas al tema de la cruz; es decir, ¿los copos de nieve no son acaso una infinidad de formas reducidas al hexágono? Pero los geólogos, al igual que los astrónomos, los químicos y otros grandes, han despreciado el dato esencial, las «cruces de las hadas» no están todas hechas de la misma materia.

Es el desprecio de siempre el eterno proceso de asimilación. Los cristales son formas geométricas, se hallan incluidos en el sistema. Luego, las «cruces de las hadas» son cristales. ¿Pero cuáles son esos minerales que puedan, en distintas regiones, componer diversas formas de cristales? Eso es algo que constituye una seria oposición.

Pero vayamos ahora a otros «malditos», por la salvación de los cuales se han casi condenado algunos misioneros científicos: los «sílex pigmeos». Son innegables, están expandidos y son conocidos. Son pequeñísimos útiles prehistóricos de una longitud de 2 a 3 milímetros. Se han hallado en Inglaterra, en la India, en Francia y en África del Sur. No se los discute, no se los desprecia, han dado incluso origen a una abundante literatura. Sin embargo, pertenecen a la flor y nata de los condenados. Se ha intentado racionalizarlos, assimilarlos, identificándolos como juguetes de niños prehistóricos, lo cual me parece razonable. Llamo razonable a todo aquello que todavía no posee un contrario igualmente razonable. Añadiré también que nada es finalmente razonable, pese a que algunos fenómenos se acercan más que otros a la razón.

Planteado esto, hay una aproximación mayor que esta noción de los juguetes: por todos lados donde se hallan sílex pigmeos, todos los sílex son pigmeos, al menos en la India, en donde capas de terreno separan los sílex de mayor tamaño de los sílex enanos (Wilson).

Y he aquí el detalle que, por el momento, me conduce a pensar que estos sílex han sido fabricados por seres humanos enanos: el profesor Wilson²³⁹ señala que los sílex no solamente eran minúsculos, sino que su trabajo era «minucioso».

R. A. Galty, en *Science Gossip*,²⁴⁰ dice: «Es tan fino que para estudiar el trabajo de talla es necesaria una lupa». Hermosa lucha para expresar, en la mentalidad del siglo XIX, una idea que no pertenecía a su siglo. Esto parece concluir en una teoría, ya sea en favor de seres minúsculos, grandes como cohombres y talladores de sílex, ya sea en favor de salvajes muy ordinarios que los hubieran tallado con ayuda de una lupa.

La idea que me preparo para desarrollar, mejor dicho, que perpetraré, a continuación, es intensísimamente maldita. Es un alma perdida, lo admito, o más bien me vanaglorio de ello; pero se integra en el método científico de la asimilación si pensamos en los hombres de Elvera.

Por cierto, olvidé decirles que el nombre del mundo de los gigantes es Monstrator, un universo en forma de huso, de 200 000 kilómetros de largo en su eje mayor. (Más adelante volveremos a hablar de él).

Mi inspiración está, pues, justificada si pensamos en que los habitantes de Elvera han venido solamente a hacernos una visita. Han venido en hordas densas, como una nube de langostas, en expediciones de caza —a la caza de los ratones, sin duda, o de las abejas—; hordas minúsculas horrorizadas ante cualquiera que se tragara más de una habichuela a la vez, temiendo por el alma de cualquiera que engullera más de una gota de rocío a la vez; hordas de exploradores minúsculos, determinadas en su infinita pequeñez a hacer triunfar sus derechos.

Tan ínfimas criaturas, apenas desembarcadas de su pequeño mundo, pasarían bruscamente de lo mínimo a lo enorme. Tragadas de un solo bocado por cualquier animal terrestre, digeridas por docenas como sin pensar en ello, caerían en un riachuelo que se las llevaría con su tumultuoso torrente.

«Los datos geológicos son incompletos», diría Darwin. Sus sílex sobrevivirían, pero sus frágiles cuerpos desaparecerían. Un golpecillo de viento, y Elvera sería barrido a centenares de metros, sin que sus compañeros pudieran recuperar su pequeño cadáver. Llorarían al desaparecido, respetarían el luto y realizarían los inevitables funerales. Adopto aquí una explicación tomada a la antropología, la de la inhumación en efigie.

A principios de julio de 1836,²⁴¹ algunos muchachos buscaban madrigueras de conejos en una cadena de rocas próximas a Edimburgo, conocida con el nombre de Silla de Arturo. En la ladera de un acantilado, encontraron algunas hojas de pizarra. Las arrancaron, y descubrieron una pequeña caverna y 17

ataúdes en miniatura, de 5 a 6 centímetros de largo. Dentro de estos ataúdes había unas minúsculas siluetas de madera, talladas en estilo y materia muy diferentes. Lo más extravagante era que los ataúdes habían sido depositados en la caverna uno después del otro, con varios años de intervalo. Una primera hilera de 8 ataúdes estaba completamente podrida, deshaciéndose en polvo las envolturas. Para la segunda hilera, igualmente de 8 ataúdes, los efectos del tiempo eran menos visibles. La última hilera, finalmente, inacabada, estaba compuesta por un solo ataúd, de apariencia reciente. En la revista escocesa *Proceeding*²⁴² puede leerse un relato detallado de este descubrimiento, ilustrado con la reproducción de 3 ataúdes y de 3 siluetas; imagino a Elvera, sus bosques tranquilos y sus conchas microscópicas. Los elveranos puede que sean primitivos, pero toman baños, utilizando esponjas grandes como una cabeza de alfiler.

Han podido ocurrir catástrofes y caer algunos fragmentos de Elvera en la Tierra. En *Popular Science*,²⁴³ Francis Bingham, describiendo los corales, las esponjas, las conchas y los crinoideos encontrados por el doctor Hahn en los meteoritos, declara que su «más notable particularidad reside en su extrema pequeñez». Los corales, por ejemplo, se hallan reducidos a una vigésima parte de los corales terrestres. «Representan —escribe Bingham— un verdadero mundo animal pigmeo».

Supongo que los habitantes de Elvera y de Monstrator eran seres primitivos en el tiempo de sus visitas a la Tierra, aunque en realidad, en una cuasiexistencia, todo lo que nosotros, semifantasmas, llamamos «evidencia de algo» puede ser muy bien la evidencia de cualquier otra cosa. Los lógicos, los detectives, los jurados, las mujeres celosas y los miembros de la Real Sociedad Astronómica reconocen esta indeterminación, pero conservar la ilusión de que el método de concordancia constituye una evidencia real y final es suficiente, tal vez, en el caso de una existencia semirreal, pero que no ha concurrido menos en su tiempo a los procesos de las brujas y a las historias de fantasmas. No es que yo sea bastante rezagado como para negar los fantasmas y las brujas, sino que pienso que no han existido jamás las brujas ni los fantasmas conforme los presenta la tradición popular. Toda su leyenda ha sido sostenida por sorprendentes fabricaciones de detalles.

Si un gigante deja, pues, en el suelo la huella de sus pies desnudos, esto no significa que sea un primitivo. Puede ser un coloso de cultura, hundido en plena

cura de Kneipp. Y si Stonehenge es una gran construcción, pero muy imprecisa geométricamente, esta disparidad puede significar lo que a usted más le guste: que eran enanos ambiciosos, gigantes en el estado del hombre de las cavernas o arquitectos posimpresionistas de una civilización demasiado avanzada.

Si hay otros mundos, son mundos tutelares; y Kepler, por ejemplo, no pudo equivocarse completamente. Su visión de un ángel afecto al impulso y a la dirección de cada planeta puede no ser muy aceptable, pero hablando en abstracto, implica la noción de una relación tutelar. El solo hecho de ser implica la tutela.

Una vaca pasta, un tigre acecha, un cerdo hoza el suelo con su hocico, los planetas intentan la captura de un cometa como los traperos y los cristianos, un gato se precipita de cabeza en un cubo de basura; las naciones se disputan un territorio, las ciencias organizan sus datos, los magnates ordenan sus *trusts*,²⁴⁴ una chica del coro corre para tomar su cena de medianoche... y todos son detenidos por lo inadmisibile.

La chica del coro y su bogavante hervido: si no come carne y caparazón, representará el fracaso universal ante la positividad. Si se come una y otro, lo representa también, ya que su estómago en revolución la confrontará con el Negativo Absoluto. Así actúa la ciencia con todos mis datos, tan duros de caparazón.

Si otros mundos han tenido relaciones con la Tierra, eran tentativas de positivación. Querían extender sus fronteras mediante colonias, convertir o asimilar a los nativos del planeta. Somos las colonias de estos mundos que formaron nuestros padres De Super Románimus, de donde salieron los primeros romanos. La historia es tan válida como la de Rómulo y Remo.

Y Azuria otorgó su tutela a los antiguos británicos, Azuria, de donde venían los hombres azules, cuyos descendientes se han diluido como los saquitos de azulete en un fregadero con todos los grifos abiertos. Mundos antiguamente tutelares, hasta el último aliento, hasta el rechazo por todas las sociedades de algunas unidades, hasta la reacción ante lo inasimilable. De ahí la cólera de Azuria, puesto que las poblaciones terrestres no querían asimilar a sus colonos de Inglaterra, no querían volverse azules para complacerla. La historia es un departamento de la ilusión humana que me apasiona. En los fuertes vitrificados de algunas regiones de Europa, hay datos que han olvidado los Humes y los Gibbons.

Estos fuertes muros vitrificados que rodean Inglaterra, pero que no están solo en Inglaterra, se encuentran también en Escocia, Irlanda, Bretaña y en Bohemia.

Y un día, Azuria, con sus huracanes eléctricos, trató de borrar de la Tierra a todos los pueblos que se le resistían. La masa azul de Azuria apareció en pleno cielo; las nubes enverdecieron, el sol perdió toda forma y se empurpuró con las vibraciones de su cólera. Los pueblos blancos, amarillos y morenos de Escocia, Irlanda, Bretaña y de Bohemia huyeron a la cima de las colinas y construyeron los fuertes muros. En la existencia real, las colinas accesibles a un enemigo aéreo serían la última elección de los fugitivos. Pero en la cuasiexistencia, un hombre habituado, en caso de peligro, correrá directamente a la cima de una colina, incluso si el peligro está muy próximo. Es muy corriente, en la cuasiexistencia, el hecho de querer huir acercándose a su perseguidor.

Y la electricidad se proyectó sobre todos los muros, cuyas piedras vitrificadas o fundidas existen aún hoy en día. En su terror medieval a la excomunión, los arqueólogos han intentado explicar los fuertes vitrificados en términos de experiencia terrestre: han supuesto que los pueblos prehistóricos habían construido enormes braseros, a menudo muy alejados de su reserva de madera, para fundir exteriormente y cimentar las piedras de sus construcciones. Siempre la negatividad: en el interior de sí misma, una ciencia no puede ser jamás homogénea, unificada o armoniosa.

Pero, si examinamos, aunque sea solo un poco, el tema antes de comentarlo, lo que es un modo de ser más real que nuestros oponentes, descubriremos que las piedras de estos muros están vitrificadas sin referencia a su cimentación, que están cimentadas por bandas irregulares, como si hubieran sido golpeadas por ráfagas. ¿Alguien piensa en el rayo?

Las piedras de los viejos muros levantados en Escocia, Irlanda, Bretaña o en Bohemia están fundidas por bandas, pero el rayo elige siempre masas aisladas y bien visibles.

Algunos muros vitrificados no están situados en alturas, pasan incluso desapercibidos; sin embargo, sus paredes están vitrificadas por bandas.

Algo ha producido en los muros de Escocia, Irlanda, Bretaña y de Bohemia un efecto parecido al del rayo. Pero en el resto del mundo, quedan vestigios de los altos muros, y no están vitrificados; ya que solo hay un crimen, en sentido local, que es no volverse azul cuando los dioses son azules; y un solo crimen en

sentido universal, que es no enverdecer a los dioses, cuando uno es verde.

232 *Annals of Philosophy*, 14-51.

233 *Proc. Soc. of Ants. of Scotland*, 1, 19, 184.

234 *Amer. Antiquarian*, 18, 60.

235 *Amer. Anthropologist*, n. s. 8, 229.

236 *Amer. Jour. Sci.*, 3, 26, 139.

237 *Harper's Weekly*, 50, 715.

238 *Scientific American*, 79, 395.

239 *Rept. National Museum*, (1892), 455.

240 *Science Gossip*, (1898), 36.

241 *London Times*, 20 de julio de 1836.

242 *Proceeding of the Society of Antiquarians of Scotland*, 3, 12, 460.

243 *Popular Science*, 20, 83.

244 *Creencias*.

Uno de los más extraordinarios fenómenos de la investigación psíquica, o de la pretendida investigación psíquica (puesto que, en la cuasiexistencia, no existe verdadera investigación, sino solamente simples aproximaciones de investigación, continuas a la decencia y a los prejuicios), son las «lluvias de piedras». Estas se atribuyen a los poltergeistas, a los espíritus perniciosos.

Dichos poltergeistas no encajan en mi cuasisistema actual, que pretende organizar y clasificar todos los datos rechazados de los fenómenos de fuerzas extratelúricas, expresados en términos físicos. Los considero, pues, como dañinos, ilusorios, discordantes o absurdos, epítetos que atribuyo a diferentes aspectos de lo inasimilable. Pero no los niego, puesto que supongo que un día, cuando nos sintamos más ilustrados, cuando hayamos acrecentado la esfera de nuestras credulidades u obtenido cierto incremento de ignorancia, que se llama «conocimiento», podrán convertirse en asimilables. Los poltergeistas serán tan verosímiles como los árboles, se asimilarán a una fuerza dominante, a un sistema o a un cuerpo mayor de pensamiento, es decir, a la hipnosis y a la ilusión, por supuesto, pero desarrollarán, imagino, una aproximación siempre mayor a la realidad. Por el momento, me parecen absurdos o perjudiciales, proporcionalmente a su inasimilabilidad actual, atemperada de todos modos por el factor de su posible asimilabilidad en el futuro.

Menciono a los poltergeistas porque algunos de mis datos, o de mis supuestos datos, coinciden con los suyos. Se han arrojado piedras, o han caído piedras, desde una fuente invisible e indetectable, sobre un espacio restringido.

En la tarde del jueves, desde las cuatro hasta las siete y media, las casas del 56 y del 58 de Reverdy Road, en Bermondsey, fueron bombardeadas por piedras y otros proyectiles de origen desconocido. Dos niños resultaron heridos, todas las ventanas rotas, y varios enseres domésticos completamente destruidos. Pese a que se reunió en dicho sector una fuerte concentración de policías, nadie pudo determinar desde qué dirección habían sido lanzadas las piedras.²⁴⁵

La mención de «otros proyectiles» es razonablemente burlona. Si implica la caída de latas de conserva y zapatos viejos, y si su procedencia permanece en el misterio porque nadie ha pensado en levantar sus ojos al cielo, nuestro provincialismo irá vivamente en disminución.

En la vivienda de la señora Charton, en Sutton Courthouse, Sutton Lane (Chiswick), varias ventanas de un edificio fueron destrozadas «por algún agente misterioso».246 No se logró encontrar jamás al culpable. El edificio estaba aislado de toda la vecindad y rodeado de elevados muros. Fue llamada la policía. Dos constables, asistidos por varios inquilinos, montaron guardia, sin impedir que los vidrios continuaran rompiéndose «delante y detrás de la casa a la vez».

Algunas islas flotantes se estacionan a menudo en el supermar de los Sargazos, por lo que son, a veces, afectadas por perturbaciones atmosféricas que provocan la caída de diferentes objetos en determinadas zonas terrestres. Sostengo que de las playas que afectan las islas flotantes del supermar de los Sargazos caen algunas veces guijarros.

En Wolverhampton (Inglaterra), en junio de 1860, después de una violenta tormenta, cayó tal cantidad de pequeños guijarros que fue preciso retirarlos con palas.²⁴⁷ Un gran número de pequeñas piedras negras cayó en Birmingham (Inglaterra), en agosto de 1858, en una tormenta; se dijo que eran similares a algunos basaltos existentes a varios kilómetros de Birmingham.²⁴⁸ Guijarros como «pulidos por el contacto con el agua» cayeron en Palestine (Texas), el 6 de julio de 1888; pertenecían a «una formación inusitada en Palestine».²⁴⁹ Bolas redondas y lisas cayeron en Handahor, en 1834.²⁵⁰ Asimismo, «un gran número de piedras de forma y aspecto desconocidos en tales regiones en Hillsboro, Illinois, cayó el 18 de mayo de 1883, en un tornado».²⁵¹

En estos ejemplos se mezclan guijarros de las playas aéreas y terrestres, debido a los torbellinos. Se confunden en estos casos a tal punto que parece necesario separarse del punto de unión: han caído guijarros que ningún torbellino conocido podría explicar; otros han estado encerrados en piedras de granizo tan voluminosas que parece imposible que hayan podido formarse en la atmósfera terrestre; finalmente, otros se abatieron, a largos intervalos, en el mismo lugar.

En septiembre de 1898, un periódico neoyorquino anunció que un árbol había sido golpeado por un relámpago o una apariencia luminosa, en Jamaica. Cerca del árbol se encontraron pequeños guijarros, pero la explicación es que

esta clase de guijarros era muy fácil de encontrar en la isla.

Un geólogo del gobierno confirma, sin embargo, que este género de guijarros abunda en Jamaica.²⁵² El profesor Fassing, en la *Monthly Weather Review*,²⁵³ relata una caída de granizo en Maryland, sucedida el 22 de junio de 1915. Las piedras, grandes como una pelota de béisbol, «no eran en absoluto raras». Añade aún el testimonio de un habitante de Annapolis, que había encontrado menudos guijarros en el interior de las gruesas piedras de granizo.

«El testigo ofreció producir los guijarros, pero no se le vio más». Cuando un testigo «produce» guijarros, se vuelve tan convincente que cualquiera que viera caer del cielo bocadillos de jamón «produciría» bocadillos de jamón.

Admitida tal reticencia, recordemos que un observador meteorológico señaló de 20 a 26 capas alternas de hielo puro y de hielo lechoso en una de estas piedras de granizo. En términos ortodoxos, sostengo que una de tales piedras de respetable tamaño cae de las nubes a una velocidad suficiente como para que el roce del aire la autorice, como máximo, a formar una capa de hielo. Para que presente una veintena de estas capas, sería necesario que, en lugar de caer, rodara ingravidamente en algún lugar durante un cierto tiempo.

Ahora hablaremos de un dato que nos es familiar en dos aspectos. En septiembre de 1824, en Orenburg (Rusia), cayeron pequeños objetos simétricos de metal;²⁵⁴ una segunda caída, completamente idéntica, se produjo también en Orenburg, el 25 de enero de 1825.²⁵⁵

Pienso ahora en el disco de Tarbes, pero, cuando examiné este dato por primera vez, me llamó la atención solamente la recurrencia del fenómeno, ya que los objetos de Orenburg son descritos como cristales de pirita o sulfato de hierro. No tenía ninguna noción de objetos metálicos que pudieran haber sido formados por medios distintos a la cristalización, hasta que, leyendo las obras de Arago, tropecé con su análisis.²⁵⁶ Señalaba que en estos objetos había un 70 % de óxido de hierro rojo y un 5 % de azufre, con pérdidas por ignición. Me parece aceptable que el hierro, que contenía menos de un 5 % de azufre, no sea pirita, y que los pequeños objetos de hierro oxidado caídos con 4 meses de intervalo en el mismo lugar hayan podido ser fabricados por cualquier otro medio.

En resumen, veo abrirse ante nosotros un paisaje de herejía que debo pasar por alto. Siempre he sentido bastante simpatía por los dogmáticos y los exclusionistas, y desde un principio he afirmado que el mero hecho de ser en apariencia consistía en excluir arbitraria y dogmáticamente. Tan solo debe

destacarse que los exclusionistas que eran benéficos en el siglo XIX se convierten en perjudiciales en el XX. Pensamos constantemente en la fusión con lo infinito; yo, por mi parte, estableceré mis propios límites y convertiré en vaga la diferencia entre lo que excluiré y lo que incluiré. Y el nudo de la cuestión, fuera del cual ya no me desviaré en modo alguno, es el siguiente: acepto provisionalmente que haya una región llamada supermar de los Sargazos, pero ¿forma parte integrante de la Tierra y gira con ella o por encima de ella?, ¿cuelga sobre la Tierra sin girar con ella ni por encima de ella?, ¿puede la propia Tierra no ser redonda, ni siquiera redondeada, sino continua con todo el resto del sistema, de tal modo que se pudiera —rompiendo con todas las tradiciones de los geógrafos— andar sin detenerse hasta el planeta Marte y encontrarla a continuación del planeta Júpiter?

Algún día, tales cuestiones parecerán, sin duda, perfectamente absurdas, y la realidad, completamente evidente..., ya que me es difícil concebir cómo pueden permanecer suspendidos varios pequeños objetos metálicos durante 4 meses por encima de un pueblecillo de Rusia, si giraban sin ninguna clase de vínculo por encima de una Tierra que giraba.

Puede ser que alguien haya apuntado a la ciudad, y después, apuntó nuevamente.

Este tipo de especulaciones me parecen perniciosas en relación con los primeros años del siglo XX. En este preciso instante, acepto que la Tierra sea redondeada (no redonda, claro está, eso ya está completamente gastado), o al menos que posea una forma individual, que gira sobre su eje y describe una órbita alrededor del Sol; pero también acepto que por encima de la Tierra hay regiones de suspensión que giran con ella, y de las cuales caen los objetos, repetidas veces, sobre un mismo lugar.

Un observador del Servicio de Señales de Bismarck (Dakota) relata que, a las 9 de la noche del 22 de mayo de 1884, varios ruidos secos crepitaron a través del pueblo, causados por la caída de gran número de piedras de sílex que golpeaban contra los cristales.²⁵⁷ Después de 15 horas, otra caída completamente idéntica se produjo en el mismo pueblo.

No se produjo otra caída de piedras parecida en ningún otro lugar. Este es otro fenómeno ultracondenado. Todos los redactores de publicaciones científicas leen la *Monthly Weather Review* y copian información de ella.

El ruido de las piedras de Bismarck golpeando contra todos los cristales

estaba, tal vez, dictado en una lengua que los aviadores interpretarán algún día, pero fue un ruido rodeado de silencio, ya que ninguna otra publicación, que yo sepa, lo mencionó después.

El tamaño de las piedras de granizo ha preocupado mucho a los meteorólogos, pero no a los autores de libros de ciencia especializados en esta materia. No conozco ocupación más serena que la de redactar un libro de ciencia, aunque toda colaboración en el *War Cry*, el periódico del Ejército de la Salvación, puede, sin duda, ser poco arriesgada.

En la adormecedora tranquilidad de los libros de ciencia puede leerse fácilmente, sin demasiado esfuerzo intelectual, cómo el hielo se forma alrededor de las partículas de polvo y cómo las piedras de granizo aumentan su tamaño por superposición de diversas capas. Pero sumerjan una bolita en el agua helada, vuelvan a sumergirla y sumérjanla una y otra vez. Si son testarudos y obstinados en esta tarea, podrán obtener incluso una piedra del tamaño de una pelota de béisbol...; pero, mientras hagan esto, cualquier cosa habrá tenido tiempo de caer desde la Luna. Consideren también la abundancia de las capas que poseen. Las piedras de granizo de Maryland eran excepcionales, y, sin embargo, a veces se han contado hasta 12 capas. Ferrel cita un caso en el que encontró 13 capas, lo cual impulsó a sostener al profesor Schwedoff que algunas piedras de granizo no eran tales, que no podían haberse formado en la atmósfera terrestre y que debían venir de más allá. No obstante, nada, en una existencia relativa, puede ser ni atractivo ni repulsivo en sí mismo: todo efecto es función de sus asociaciones o de sus implicaciones. Varios de nuestros datos han sido tomados de fuentes científicas muy conservadoras: no fue hasta que se hicieron evidentes sus discordancias o su incompatibilidad con el sistema que se decretó la excomunión entre ellos.

El artículo del profesor Schwedoff fue puesto en conocimiento de la Asociación Británica.²⁵⁸ Su implicación era inaceptable para los pequeños exclusionistas mezquinos y estrechos de miras de 1882; lo que les indignaba era que pueda haber agua, océanos, lagos, estanques y ríos lejos y, pese a todo, cerca de la atmósfera y de la gravitación terrestre. Les fastidiaba que el pequeño y cómodo sistema de 1882 se vería despojado de su premeditación.

Habría una nueva ciencia que aprender, la ciencia de la supergeografía. Y la ciencia es una tortuga que lo ve todo encerrado en lo más profundo de su caparazón.

Así, para los miembros de la Asociación Británica, las ideas de Schwedoff se parecían a otros tantos manotazos sobre el lomo de una tortuga, lo cual alejaba toda posibilidad de entendimiento: su herejía les debió parecer a algunos una ofrenda de carne cruda y sangrante a corderos alimentados con leche. Algunos balaron como corderos, otros ocultaron la cabeza como las tortugas. Antiguamente se crucificaba, ahora se ridiculiza. Con la pérdida de vigor que caracteriza a todo progreso, el clavo se ha estilizado en una carcajada.

El señor William Thomson ridiculizó la herejía: todo cuerpo desplazándose por fuera de nuestra atmósfera terrestre estaría dotado de una velocidad planetaria; una piedra de granizo cayendo a través de nuestra atmósfera a una velocidad planetaria realizaría trece mil veces el trabajo que se necesita para elevar un grado centígrado la temperatura de su peso en agua; por lo tanto, no caería, pues, en forma de piedra, sino que se fundiría, mejor aún, se volatilizaría.

Esta actitud de alborotos y estos balidos de pedantería deben ser considerados, en relación con el año 1882, con tanto respeto como el que otorgamos a las muñecas de trapo que entretienen y mantienen calladas a las criaturas. Es la hora de llegar a la madurez con la misma costumbre de jugar con esas muñecas. Estos devotos y estos necios creían que trece mil veces cualquier cosa puede tener en la cuasiexistencia un resultado exacto y calculable, mientras que no hay nada en la cuasiexistencia que pueda, salvo por ilusión o comodidad, ser tomado por una unidad.

Habichuelas, agujas, tachuelas y un imán. Agujas y tachuelas se adhieren al imán, se sistematizan en relación con él; pero si las habichuelas son atraídas, se convierten en irrecuperables para el sistema y se alejan de él. Un miembro del Ejército de la Salvación puede oír hablar sin cesar de datos que serían memorables para un evolucionista y no ser influido por ellos: los olvidará inmediatamente. Es increíble que sir William Thomson no haya oído hablar nunca de meteoritos fríos y de caídas lentas, cuyos datos tenían que haberle sido perfectamente accesibles en 1882, puesto que datan de 1860; meteoritos «tibios como la leche» admitidos por Farrington y por Merrill, o un meteorito helado que no niega la ortodoxia actual. Sin duda, sir William no tuvo memoria para semejantes incompatibilidades.

Y aquí volvemos a hallar a Mr. Symons. Él se ha aprovechado de la ciencia de la meteorología probablemente más que ningún otro de sus contemporáneos. Es decir, ha hecho mucho más que sus contemporáneos para hacer avanzar la

meteorología. Mr. Symons halló «de lo más cómicas» las ideas del profesor Schwedoff.²⁵⁹ Por mi parte, encuentro aún más divertido el que pueda hallarse por encima de la superficie terrestre una región que hará nacer una nueva ciencia, la supergeografía, gracias a la cual me inmortalizaré en la ojeriza de los escolares del futuro.

Piedras y fragmentos de meteoritos, objetos de Marte, de Azuria y de Júpiter, mensajes retrasados, bolas de cañón, ladrillos y clavos, coque y carbón de madera, viejos cargamentos nauseabundos, objetos que se cubren de hielo en una región y se pudren en otra... Existen, en la supergeografía, todos los climas de la geografía. Será preciso aceptar la existencia de campos de hielo, tan vastos como los del Ártico, flotando a la deriva en nuestro cielo terrestre, volúmenes de agua abarrotados de peces y de ranas, extensiones agrarias cubiertas de orugas.

Los aviadores del futuro volarán cada vez más alto y después descenderán de sus aparatos para estirar las piernas. La pesca es buena en esas regiones: sacarán sus aparejos y su carnada; encontrarán mensajes del otro mundo y, a las 3 semanas, habrá una barahúnda de mensajes apócrifos. Un día encontrarán un mensaje turístico del supermar de los Sargazos, para uso de los aviadores (pilotos).

Peces gato de 30 centímetros de largo han caído en Norfolk (Virginia), junto con el granizo.²⁶⁰ Se encontraron también restos vegetales, no solamente del orden nuclear, sino helados en la superficie de grandes pedruscos de granizo, en Toulouse (Francia), el 28 de julio de 1874.²⁶¹ La descripción de una tormenta en Pontiac (Canadá), el 11 de julio de 1864, menciona gruesas piedras de granizo de 6 centímetros de diámetro: «En el centro de una de ellas es hallada una pequeña rana verde».²⁶² En Dubuque (Iowa), el 16 de julio de 1882, se encontraron dos ranas dentro de grandes pedazos de hielo caídos del cielo,²⁶³ en las cuales algunas extrañas particularidades indicaban que habían debido permanecer estacionarias o flotar largamente en algún lugar, pero me reservo el volver a hablar de este tema más adelante.

El 30 de junio de 1841, peces cayeron en Boston, uno de los cuales medía 30 centímetros; y, 8 días más tarde, se registró una caída de hielo y de peces en Derby.²⁶⁴ En *Timbs' Year Book* se habló mucho del fenómeno de Derby, llovieron peces en enorme cantidad, su longitud era de 6 centímetros.²⁶⁵ En *Athenaeum*, se dice que uno de ellos pesaba 85 gramos.²⁶⁶ El *London Times*, por su parte, menciona que se identificaron los peces como espinochas, entre los que se

hallaron fragmentos de hielo a medio fundir y pequeñas ranillas, algunas de las cuales aún estaban vivas.²⁶⁷ En este caso, pongo aparte la noción de granizo: el efecto de estratificación me parece significativo, pero pienso con mayor agrado en caídas de hielo celeste, dimanante tal vez del supermar de los Sargazos.

Juzguen ustedes mismos: se vieron bloques de hielo de 30 centímetros de circunferencia en Derbyshire (Inglaterra), el 12 de mayo de 1811;²⁶⁸ 6 días más tarde, una masa cuboide de 18 centímetros de diámetro cayó en Birmingham;²⁶⁹ otra en Bangalore (India), el 22 de mayo de 1851, del tamaño de una calabaza.²⁷⁰ También cayeron masas de hielo de casi 1 kilogramo de peso cada una, en el New Hampshire, el 13 de agosto de 1851;²⁷¹ otras tan voluminosas como una cabeza humana en Delphos, en mitad de un tornado;²⁷² otras más, del tamaño de una mano humana, apaleando a millares de carneros en Texas, el 3 de mayo de 1877;²⁷³ y otras «tan anchas que no podían cogerse con una sola mano», en un tornado en Colorado, el 24 de junio de 1877.²⁷⁴ Asimismo, se vieron pedazos de hielo de 12 centímetros de largo en Richmond (Inglaterra), el 2 de agosto de 1811;²⁷⁵ cayeron masas de hielo de 32 centímetros de circunferencia, con el granizo en Iowa, en junio de 1881;²⁷⁶ también, «trozos de hielo» de 20 centímetros de largo y 4 de grueso, en Davenport (Iowa), en agosto de 1882;²⁷⁷ otros grandes como un ladrillo y de 1 kilogramo de peso en Chicago, el 12 de julio de 1883;²⁷⁸ pedazos de hielo de medio kilo de peso cada uno, en la India, en mayo de 1888;²⁷⁹ trozos de hielo de 2 kilos de peso en Texas, en diciembre de 1893;²⁸⁰ otros de medio kilo en un tornado, el 14 de noviembre de 1901, en Victoria.²⁸¹

Por supuesto, estimo que todos estos bloques no fueron originados solamente por tornados, sino desprendidos y después precipitados por ellos. Flammarion²⁸² cita un pedazo de hielo de 2 kilogramos caído en Cazorla (España), el 15 de junio de 1829; otro de 5 kilogramos caído en Sète (Francia), en octubre de 1844. Y el *Scientific American* señala la caída, en Salina (Kansas), de una masa de hielo de ¡36 kilogramos de peso!, en agosto de 1822.²⁸³

El 16 de marzo de 1860, durante una tormenta de nieve en Upper Wasdale, cayeron bloques de hielo gigantescos que a lo lejos parecían un rebaño de ovejas;²⁸⁴ y en Candeish, se recogía en 1828 un bloque de hielo de un metro cúbico.²⁸⁵

Que yo sepa, datos tan numerosos no habían sido reunidos nunca antes; y, sin embargo, el silencio que los rodea en los medios científicos informados no es

habitual. El supermar de los Sargazos puede no ser una conclusión inevitable, pero la llegada al suelo de hielo extraterrestre parece muy verosímil. Se ha preferido, lo sé, suponer que se podía tratar de pedrisco congelado.

En el *Bulletin de la Société Astrologique de France*, se dice que algunos bloques de hielo grandes como calabazas, recogidos en Túnez, fueron identificados como aglomeraciones de pedrisco.²⁸⁶

Sin embargo, el 14 de enero de 1880, en el transcurso de una violenta tormenta, cayeron sobre la nave del capitán Blakiston varios bloques de hielo que nada tenían que ver con el granizo: «Eran pedazos de hielo sólido de diferentes dimensiones y de formas irregulares, del tamaño de medio ladrillo».²⁸⁷ Y en agosto de 1849, en Ord (Escocia), la deforme masa de hielo caída «después de violentos estampidos de truenos», de una circunferencia de 6 metros, era enteramente hielo homogéneo, salvo un fragmento que se parecía a una aglomeración de pedrisco.²⁸⁸

Esto apoya de manera maravillosa mi concepto de un origen externo: que grandes bloques de hielo puedan formarse en la humedad de la atmósfera terrestre es tan poco verosímil como la noción de bloques de piedra surgidos de una nube de polvo.

Anchos fragmentos planos de hielo, como copos, caídos en Poorhundur (India) el 11 de diciembre de 1854, pesaban varios kilogramos cada uno.²⁸⁹

Hay vastos campos de hielo en las regiones o capas superárticas del supermar de los Sargazos. Cuando se dislocan, sus fragmentos adoptan la forma de copos planos. Cuando estos campos de hielo aéreos se hallan lejos de la Tierra, sus fragmentos ruedan en el agua y el vapor, y forman lentamente granizo estratificado. Cuando, por el contrario, se hallan próximos, llegan al suelo en la forma plana que he descrito.

Hasta el momento en que vi la reproducción de una fotografía en el *Scientific American* del 21 de febrero de 1914, suponía que estos campos helados debían encontrarse a 16 o 32 kilómetros de la Tierra, e invisibles para los observadores terrestres, salvo por el aspecto de estos vapores que señalan a menudo los astrónomos y meteorólogos. Pero la fotografía de la que hablo pretende representar una aglomeración de nubes, indudablemente poco elevadas, de donde se desprende su claridad de detalles. El comentarista escribía que estas nubes le hacían pensar «en un banco de hielo», y presentaba, debajo de la primera foto, una imagen de un banco de hielo convencional flotando a ras del

agua. El parecido entre las dos fotos es sorprendente. Sin embargo, me parece increíble que la primera pueda representar un campo de hielo aéreo, que la gravitación pueda dejar de actuar apenas a 2 kilómetros de la superficie terrestre. A menos que reconozcamos lo excepcional, el flujo y azar de las cosas, y que la gravedad terrestre se extienda a 20 o 25 kilómetros de altura, dicha gravedad debe mantener un tipo de frecuencia.

Sé que, en las seudofórmulas de los astrónomos, la gravitación es esencialmente una cantidad fija. Pero supongamos que la gravitación sea una fuerza variable y que los astrónomos se desinflaran, con un silbido muy perceptible para asumir la condición abierta de los economistas, de los biólogos, de los meteorólogos y de todas las más humildes divinidades que no pueden ofrecer más que aproximaciones inestables. Remito a todos aquellos que no quisieran oír del silbido de la arrogancia en su huida, a los capítulos de Herbert Spencer sobre el ritmo de todos los fenómenos.

Si todo lo demás es variable, la luz de las estrellas, el calor del sol, los vientos y las mareas, las formas, tamaños y colores de los animales, los precios, las ofertas y las demandas, las opiniones políticas y las reacciones químicas, las doctrinas religiosas, las intensidades magnéticas, el tictac de los relojes, la huida y el regreso de las estaciones... Si todo lo demás es variable, considero que la noción de la gravitación fija y formulable no es más que otra tentativa de Positivismo, abocada al fracaso como todas las demás ilusiones de realidad de la cuasiexistencia. El intermediarismo quiere que la gravitación —aunque acercándose mucho más a la invariabilidad que los vientos, por ejemplo— se sitúe entre los absolutos de la estabilidad y de la inestabilidad.

Los bancos de campos aéreos, pues, aunque en general demasiado alejados como para ser más que vapores, se acercan, a veces, lo suficiente como para que se les pueda contemplar con detalle. Un ejemplo de estos «vapores»²⁹⁰ muestra un cielo sorprendentemente claro, pero muy cerca del Sol, «una bruma blanca y ligera, curiosamente congelada y casi cegadora». Considero que, a veces, estos campos de hielo pasan entre el Sol y la Tierra, que numerosas capas o espesos campos superpuestos de hielo eclipsan entonces al Sol.

El 18 de junio de 1839,²⁹¹ una tenebrosa oscuridad se abatió sobre la ciudad de Bruselas, sobre la cual cayeron placas de hielo de 3 centímetros de largo. Una intensa oscuridad se vivió en Aitkin (Minnesota), el 2 de abril de 1889, en donde fueron registradas caídas de arena y «fragmentos sólidos de hielo».²⁹²

En *Cosmos*, se dice que en Rouen, el 5 de julio de 1853, cayeron bloques de hielo grandes como el tamaño de una mano, que parecían haberse desprendido todos de un mismo y enorme bloque:²⁹³ era, imagino, un *iceberg* volante. Pero, en la horrible obcecación o la casi absoluta estupidez del siglo XIX, a nadie se le ocurrió buscar en dichos bloques huellas de osos polares o de focas.

En Portland (Oregón), durante el tornado del 3 de junio de 1894, la oficina meteorológica registró la caída de fragmentos de hielo de 12 centímetros cuadrados. «Daban la impresión —declara un observador—²⁹⁴ de un vasto campo de hielo suspendido en la atmósfera y roto repentinamente en fragmentos grandes como la palma de una mano».

Voy a presentar, ahora, algunos datos dignos de mención, pertenecientes a una sección más bien delicada de la supergeografía, que es el de los grandes campos helados en el aire. Vastos campos de hielo aéreos: cuando la idea se me hizo subvencional, concebí nítidamente láminas de hielo, a varios kilómetros por encima de la Tierra; después, la radiante claridad del Sol y la fusión parcial de los hielos (recuerden el hielo de Derby), el agua goteando y formando estalactitas en la superficie interior del banco de hielo. Creí ver, por encima de mi cabeza, el techo de una caverna de hielo o estas papilas familiares, a ciertas horas del día, en los jóvenes becerros hambrientos. Pero entonces, pensé: si bajo este banco de hielo aéreo se forman estalactitas, es que el agua cae hacia la Tierra, pues una estalactita no es otra cosa que una expresión de la gravitación. Y si el agua fundida cae hacia la Tierra, ¿por qué no cae el mismo hielo antes de poder formarse? Podrá observarse en la cuasiexistencia, donde todo es paradoja, que el hielo cae menos fácilmente que el agua, ya que esta es más pesada en relación con su masa, lo cual me lleva hacia mi siguiente conclusión.

Un vasto banco de hielo aéreo sería inerte en relación con la gravitación terrestre, pero, por obra del flujo y la variación universales, se encargaría parcialmente hacia la Tierra y se haría susceptible a la gravitación. Por cohesión hacia la masa principal, esta parte permanecería sólida, pero el agua caería, y formaría estalactitas que, por el efecto de distintas perturbaciones, se precipitarían, a veces, en pequeños fragmentos. Se dijo del hielo caído en Dubuque (Iowa), el 16 de junio de 1882,²⁹⁵ que sus fragmentos medían 40 centímetros de circunferencia, y comportaban estalactitas de 2 centímetros de largo. No se trataba, insisto, de granizo. Considero que, a veces, el propio granizo cae por alguna contusión o por el choque de algo contra la cara interior

de la capa glaciár.

Según el diario *The Leader*, Turin (New York), el 11 de junio de 1889, en Oswego (New York) cayeron «fragmentos de granizo» durante una tormenta;²⁹⁶ y en Florence Island, en el río San Lorenzo, el 8 de agosto de 1901 cayeron trozos de hielo en plena granizada, «estalactitas de hielo en forma de lápices, de 2 centímetros de longitud».²⁹⁷

Y, durante semanas, un banco de hielo de la región superártica puede estacionarse encima de un lugar cualquiera de la superficie terrestre y, por la acción tardía del Sol, provocar extraños accidentes: persistente caída de agua de un cielo sin nubes sobre un determinado terreno de la Tierra, a media tarde, a una hora en la que los rayos del Sol han tenido tiempo de producir sus efectos.

El 21 de octubre de 1886 se produjo una caída de agua de 3 semanas de duración, en Charlotte (Carolina del Norte), localizada en un punto especial. Cada tarde, hacia las 3, tanto si el cielo estaba claro como nublado, el agua o la lluvia caían en aquel lugar.²⁹⁸ El fenómeno fue descrito de la siguiente manera por el Observador de Servicio de Señales:

Un extraño incidente tuvo lugar el día 21. Habiendo sabido que, durante varias semanas anteriores a esta fecha, había llovido cada día, pasadas las 3 de la tarde, en un lugar preciso, situado entre dos árboles, en la esquina de la calle 9.^a y la calle D., acudí al lugar y observé una precipitación en forma de lluvia a las 16:47 y a las 16:55, mientras el Sol brillaba con toda su fuerza. El día 22, acudí de nuevo a aquel lugar, y desde las 16:05 a las 16:25, una ligera lluvia cayó de un cielo sin nubes. A veces, la precipitación cae en poca cantidad, pero siempre se produce en el centro del espacio que separa estos dos árboles, y cuando hay más luz, solo ocurre ahí.

²⁴⁵ *London Times*, 27 de abril de 1872.

²⁴⁶ *London Times*, 16 de septiembre de 1841.

²⁴⁷ *La Science Pour Tous*, 5, 264.

²⁴⁸ *Rept. Brit. Assoc.*, (1864), 37.

²⁴⁹ W. M. Perry, sargento, Cuerpo de Señales, *Monthly Weather Review*, (julio, 1888).

²⁵⁰ *Am. J. Sci.*, 1, 26, 161.

²⁵¹ *Monthly Weather Review*, (mayo, 1883).

²⁵² *Monthly Weather Review*, (agosto, 1898), 363.

- 253 *Monthly Weather Review*, (septiembre, 1915).
- 254 *Phil. Mag.*, 48, 463.
- 255 *Quar. Jour. Roy. Inst.*, (1828), 1, 447.
- 256 *Oeuvres*, 11, 644.
- 257 *Monthly Weather Review*, (mayo, 1884), 134.
- 258 *Report of British Association*, (1882), 453.
- 259 *Nature*, 41, 135.
- 260 *Cosmos*, 13, 120.
- 261 *La Science Pour Tous*, (1874), 270.
- 262 *Canadian Naturalist*, 2, 1, 308.
- 263 *Monthly Weather Review*, (junio, 1882).
- 264 *Living Age*, 52, 186.
- 265 *Timb's Year Book*, (1842), 275.
- 266 *Ateneum*, (1841), 542, citando al *Sheffield Patriot*.
- 267 *London Times*, 15 de julio de 1841.
- 268 *Annual Register*, (1811), 54.
- 269 Thomson, *Introduction to Meteorology*, 179.
- 270 *Rept. Brit. Assoc.*, (1855), 35.
- 271 Lummis, *Meteorology*, 129.
- 272 Ferrel, *Popular Treatise*, 428.
- 273 *Monthly Weather Review*, (mayo, 1877).
- 274 *Monthly Weather Review*, (junio, 1887).
- 275 *Symons's Met. Mag.*, 14, 100.
- 276 *Monthly Weather Review*, (junio, 1881).
- 277 *Monthly Weather Review*, (agosto, 1882).
- 278 *Monthly Weather Review*, (julio, 1883).
- 279 *La Nature*, 37, 42.
- 280 *Scientific American*, 68-58.
- 281 *Meteorology of Australia*, 34.
- 282 Flammarion, *The Atmosphere*, 34.
- 283 *Scientific American*, 47, 119, citando al *Salina Journal*.
- 284 *London Times*, 7 de abril de 1860.
- 285 *Rept. Brit. Assoc.*, (1851), 32.
- 286 *Bul. Soc. Astro. de France.*, 20, 245.
- 287 *London Roy. Soc. Proc.*, 10, 468.
- 288 *Edinburgh New Philosophical Magazine*, 47, 371, citando el *Advertiser-Scotsman*.

289 *Report of the British Association*, (1855), 37.

290 *Prop. Sci. News*, (febrero, 1884).

291 *The Atmosphere*, 394.

292 *Science*, 19 de abril de 1889.

293 *Cosmos*, 3, 116.

294 *Monthly Weather Review*, (junio, 1894).

295 *Monthly Weather Review*, (junio, 1882).

296 *Monthly Weather Review*, (junio, 1889).

297 *Monthly Weather Review*, 29, 506.

298 *Monthly Weather Review*, (octubre, 1886), citando al *Charlotte Chronicle*, 21 de octubre de 1886.

Vemos las cosas convencionalmente. Y no solo pensamos, actuamos, hablamos y vestimos todos de la misma manera, debido a nuestra tentativa social de formar parte de una entidad, de la que todos somos como supercélulas, sino que también vemos lo que se considera como «conveniente». Resulta casi ortodoxo asegurarle a un niño que un caballo no es un caballo, y preguntarle a un necio si una naranja es una naranja. Siempre me ha parecido interesante recorrer una calle, observar lo que me rodea y preguntarme a qué se parecerían todas esas cosas si no se me hubiera enseñado a ver caballos, árboles y casas allí donde hay caballos, árboles y casas. Estoy persuadido de que, para una visión superior, los objetos no son más que compulsiones locales, amalgamándose indistintamente unos con otros en un gran todo global.

Creo que puede ser muy verosímil afirmar que, en varias ocasiones, Elverea, Monstruor y Azulia han atravesado los campos telescópicos de nuestra visión sin ser percibidos, porque no era «conveniente» que fueran vistos. No habría sido respetable ni respetuoso porque esto sería insultar las viejas osamentas, provocar las influencias malignas de las reliquias de San Isaac.

Mis datos: vastos mundos sin órbitas, navegando o flotando a la deriva en las corrientes y mareas interplanetarias. La cuestión es inevitable: ¿estos otros mundos o estas superconstrucciones celestes han sido vistos por los astrónomos?

A mi modo de ver, sería torpe considerar a todos los astrónomos como mirones bizcos que se contentaran con ver lo respetable y lo respetuoso. Es fácil decir que se sumergieron en un estado de hipnosis, puesto que todo astrónomo, mirando fijamente a la Luna, se deja sugestionar por ella. Pero los mundos en cuestión visitan o cruzan la Luna, o bailan en suspensión momentánea por encima de ella, lo que nos llevaría a creer que, en más de una ocasión, han debido de caer en el diámetro de una hipnosis de astrónomo.

De hecho, al igual que los océanos terrestres son surcados por naves de las líneas regulares, pero también por buques errantes, en los superocéanos del espacio debe de haber igualmente, además de planetas regulares, algunos mundos errantes. Los astrónomos son como puristas mercantiles que negaran el

vagabundeo comercial.

Sostengo, pues, que existen, en el espacio celeste, mundos vagabundos que los astrónomos ha excluido porque su falta aparente de seriedad constituía una afrenta directa a lo puro, a lo preciso y a lo positivo; y también porque se los percibe muy raramente. Los planetas reflejan obstinadamente la luz del Sol, y sobre esta uniformidad se ha construido todo un sistema que yo titularía «astronomía primaria»; pero ahora el tema central de la astronomía avanzada se compondrá, por el contrario, de fenómenos celestes tanto oscuros como luminosos, o variables a la manera de algunos satélites jupiterianos, pero llevados a un mayor alcance. Oscuros o luminosos, tales fenómenos han sido vistos y señalados tan a menudo que la única razón importante de su exclusión parece ser su poca aptitud a doblarse a las conveniencias.

Nadie puede escaparse de cierta forma de provincianismo: yo me preocuparía muy poco de los cuerpos oscuros exteriores a nuestro sistema solar. Antigüamente, estos cuerpos oscuros del espacio exterior hubieran sido malditos, pero actualmente, son sancionados por el profesor Barnard. Y si él los acredita, pueden ustedes dirigirles un pensamiento sin ningún miedo al ridículo o al sacrilegio, tan próximo es el parentesco entre lo malo y lo absurdo. ¿Lo ridículo no es acaso la escoria de lo malo? Esto ocurre, por ejemplo, con el compañero oscuro de Algol, admitido por los puristas y los positivistas. En los *Proceedings of the National Academy of Science*, el profesor Barnard habla de un «objeto» citado en Cefeo.²⁹⁹ Su idea es que hay cuerpos oscuros y opacos en el exterior del sistema solar. Pero después, más adelante, modifica su punto de vista hablando en el *Astrophysical Journal*.³⁰⁰ Esto no es atractivo.

Tengo la opinión de que Venus, por ejemplo, ha sido visitado a menudo por otros mundos o por superconstrucciones de las que caen cenizas y carbón, y que a veces estos objetos han reflejado luces que señalan a los astrónomos profesionales. Este capítulo, ya lo van a ver, está compuesto enteramente por brahmanes condenados, que continuarán, por hipnosis o por inercia, queriendo imponerse, así como tantos científicos del siglo XIX han continuado admitiendo el poder del sistema precedente bajo pena de pulverizar la continuidad. ¡Y corro el riesgo de ser transferido instantáneamente al Positivo Absoluto!

Recalco, de paso, que mis datos condenados están sacados de las observaciones de astrónomos de gran renombre, excomulgados por astrónomos de idéntico renombre, pero sostenidos por la Dominante de su época, y para los

cuales el espíritu debe equilibrarse o sumirse en la nada. En este libro puedo mostrar la actitud de enfrentarme a los dogmatismos y las pontificaciones de varios científicos eminentes, pero esto no es más que pura comodidad, porque parece necesario personalizar. Si hojeamos las *Philosophical Transactions* o las publicaciones de la Real Sociedad de Astronomía, leeremos, por ejemplo, que Herschell era tan impotente como un muchachito con gemelos cuando se trataba de hacer aceptar una observación que no armonizaba con el sistema que se desarrollaba, independientemente de él y de sus compañeros, lo mismo que un embrión en fase de desarrollo impulsa a todas las células a revestir las apariencias según el diseño inicial, el desarrollo del programa preestablecido del conjunto.

Visitantes en Venus.

En 1845, un cuerpo, demasiado largo como para parecerse a un satélite, fue observado cerca de Venus.³⁰¹ Una observación semejante fue señalada cuatro veces en la primera mitad del siglo XVIII. La última data de 1797.

Un cuerpo largo fue observado siete veces en las proximidades de Venus.³⁰² Un astrónomo al menos, Houzeau, aceptó estas observaciones y denominó a este mundo, este planeta o esta superconstrucción «Neith». Menciona de pasada su punto de vista, aunque sin suscribirlo definitivamente.³⁰³

Ya sea Houzeau o un autor de folletín, la oscuridad externa le parecerá siempre completamente idéntica. La aparición de un nuevo satélite en el sistema solar puede parecer turbadora, aunque las fórmulas de Laplace, consideradas en su tiempo como definitivas, hayan sobrevivido a la admisión de 500 o 600 cuerpos que no se incluían en estas. Un satélite de Venus puede aparecer como perturbador, pero explicable, mientras que un cuerpo alargado acercándose a un planeta, retrasándose un poco, desapareciendo después, para volver un poco más tarde y, digamos, echar el ancla... Esto es lo que hará a Neith aún más impopular que Azuria.

Un cuerpo que reflejaba la luz o, al menos, una mancha brillante se acercó a Marte el 25 de noviembre de 1894,³⁰⁴ como lo atestiguan el profesor Pickering y sus colegas del observatorio de Lowell. Aparentemente, tenía luz propia; según parece, fue tomado como una nube que se hallaba a 34 kilómetros del planeta.

Una mancha luminosa se colocó a través del disco de Mercurio en 1799, según Harding y Shroeter.³⁰⁵

En el primer boletín publicado por el observatorio de Lowell, el profesor

Lowell describió un cuerpo observado el 20 de mayo de 1903 cerca de Marte, que fue negado el 27 de mayo, para ser desplazado a más de 450 kilómetros de su punto de aparición, y al que se identificó finalmente como «una nube de polvo».

En octubre y noviembre de 1911, se vieron sobre el disco de Marte manchas extremadamente brillantes.³⁰⁶ Así fueron aceptadas, aunque no regularizadas, las 6 o 7 observaciones que permitieron a un astrónomo bautizar con el nombre de «Neith» a un mundo, un planeta o un satélite desconocido.

Como Monstrator, Elvera, Azuria y Super Románimus. Así pues, la herejía, la ortodoxia y la unidad de toda apariencia, mis medios, mis maneras y mis métodos vuelven a lo mismo. Y si nombro cosas que no pueden existir, no soy el único en hacerme culpable de una nomenclatura de ausencias.

Pero volvamos a Le Verrier, ahora con el caso de «Vulcano». Para demostrar que una espuma es susceptible de hundirse, basta con plantar una aguja en su burbuja mayor. La astronomía y la inflación: por inflación, designo la expansión de lo atenuado. La ciencia de la astronomía es una tensa película fantasmal de filamentos mitológicos, pero se acerca mucho más a la sustancialidad que el sistema precedente. Si ustedes forman parte de aquellos a quienes los astrónomos han hipnotizado para poder, a su vez, distribuir la hipnosis (puesto que el dominio del hipnotizador no es el poder magistral que se supone, sino la simple transferencia de un mismo estado en un hipnotizado a otro), y si, pues, ustedes forman parte de estas víctimas, no serán tampoco capaces de recordar a Le Verrier y al «planeta Vulcano». De aquí a unas páginas, la anécdota se habrá borrado de su mente como las habichuelas sobre un imán, o los datos de meteoritos fríos en la mente de un Thomson. Pero, al menos, tendrán la impresión momentánea de un fracaso histórico que solo se produce en la cuasiexistencia.

En 1859, el doctor Lescarbault, astrónomo aficionado en Orgères (Francia), anunció que el 26 de mayo había observado que un cuerpo de importancia planetaria atravesaba el Sol. Abordamos aquí un tema tan profano para el presente sistema como lo eran mis propios temas para el sistema precedente. Pero pocos libros de ciencia olvidan enteramente esta tragedia. El método sistemático consiste en dar muy pobres ejemplos de lo profano, para poder disponer enseguida de ellos. Si quisieran negar la existencia de las montañas, registrarían algunas observaciones de muy ligeras prominencias en las cercanías de Orange (New Jersey) para arrojar luego el descrédito sobre estas

observaciones poco dignas de interés. Los libros de ciencia mencionan algunas de las «supuestas» observaciones del «planeta Vulcano», para pasar después a otra cosa.

El doctor Lescarbault escribió a Le Verrier, quien acudió precipitadamente a Orgères. Esta información correspondía a sus propios cálculos sobre la existencia de un planeta entre Mercurio y el Sol. Dado que nuestro sistema solar no ha alcanzado jamás una regularidad positiva, hay, tanto para Mercurio como para Neptuno, fenómenos irreconciliables con toda fórmula, así como movimientos que revelan una influencia exterior.

Se dijo que Le Verrier «se sintió satisfecho en cuanto a la exactitud sustancial de la observación señalada».³⁰⁷ El relato de su investigación es magnífico, no quiero infligir a este pequeño necio mis estragadas rudezas, pero es divertido observar la ingenuidad de una época de la que los dogmas actuales son una supervivencia. Le Verrier acudió corriendo a Orgères, pero no reveló su identidad a Lescarbault. Entró a su casa y «sometió al doctor a un severo contrainterrogatorio», como si ustedes y yo nos permitiéramos el lujo de hacer irrupción en casa de no importa quién y de hacernos los malos. «Lo puso contra la pared, planteándole una pregunta tras otra». Y fue solamente cuando se sintió plenamente satisfecho que se dignó a presentarse. Supongo que Lescarbault expresó alguna sorpresa. Hay, en esta historia, algo utópico, y es que uno se siente lejos de la indiferencia neoyorquina.

Le Verrier bautizó el objeto con el nombre de «Vulcano». Por los mismos medios, gracias a los cuales se supone, aún hoy, que se descubrió Neptuno, habían anunciado ya la probable existencia de un cuerpo (o de un grupo de cuerpos) intramercuriano. Reunió 5 observaciones, además de la de Lescarbault, y, en concordancia con las hipnosis matemáticas de su época, estudió aquellos 6 pases y extrajo de ellos elementos que atribuían a Vulcano un periodo de 20 días y una fórmula permanente de longitud heliocéntrica.

Sin embargo, localizó en 1877 el mejor año para la observación de este planeta. Considerando el hecho de que le quedaban aún bastantes años de vida, pudo concederse una buena dosis de paciencia. Si no conociéramos ya un poco el campo de la hipnosis, podríamos sorprendernos de que, habiendo «descubierto» Neptuno por un método casi tan recomendable como el del «descubrimiento» de las brujas, se lanzara a esta aventura. Habiendo acertado a propósito de Neptuno, podía equivocarse con respecto a Vulcano y caer por debajo del estándar de los

cartománticos, quienes jamás trabajan sobre una base del 50 %.

El 22 de marzo de 1877, fecha memorable, el mundo científico se envaraba en sus asientos, con la nariz dirigida al cielo. La cosa se llevó a cabo con espléndida autoridad: jamás un papa se pronunció con tal aspecto de finalidad. Si se ponían 6 observaciones, una junto a otra, no hacía falta nada más. El redactor de *Nature*, una semana antes de la fecha de la predicción, parecía encontrar difícil explicar cómo 6 observadores, desconocidos entre ellos, podían haber formulado sus datos, si no se trataba de fenómenos relacionados entre sí. Pero es ahora cuando sobreviene la mayor crisis de este libro.

Las fórmulas están en contra nuestra.

¿Pero fórmulas astronómicas basadas en observaciones concordantes, efectuadas a tantos años de distancia y calculadas por un Le Verrier pueden tener tan poco sentido, positivamente hablando, como todos los demás seudofenómenos estudiados hasta ahora?

Durante la víspera del 22 de marzo de 1877, se hicieron numerosos preparativos. En Inglaterra, el astrónomo real se hallaba en la más apremiante expectativa de su carrera. Notificó a los observadores de Madrás, Melbourne, Sydney, Nueva Zelanda, Chile y Estados Unidos. Struve había preparado las observaciones en Japón y Siberia.

Finalmente, llegó el 22 de marzo de 1877. Yo mismo, sin la menor hipocresía, lo encuentro patético. Si alguien quisiera poner en duda la sinceridad de Le Verrier en aquellas circunstancias, quiero precisar, tenga o no relevancia..., que murió algunos meses más tarde.

Creo que voy a volver a Monstruor, pese a que el tema sea tan amplio que tal vez sea conveniente volver a tratarlo en más de otra ocasión. El 9 de agosto de 1762, el señor De Rostan, de Basilea (Suiza), medía la altitud del Sol en Lausana cuando vio un cuerpo en forma de huso —de 3 dedos de ancho y 9 de largo— avanzando lentamente y atravesando el disco solar, «a la mitad de la velocidad de lo que lo hacen las manchas solares ordinarias».³⁰⁸ No desapareció hasta el 7 de septiembre, al alcanzar el limbo del Sol. Debido a su carácter fusiforme, me inclino a pensar en un Super Zeppelin, pero otra observación parece indicar que se trataba de un mundo: aunque opaco y «eclipsado al Sol», estaba rodeado de una especie de nebulosidad, ¿tal vez una atmósfera? Una penumbra indicaría ordinariamente una mancha solar, pero algunas observaciones prueban que el objeto estaba a una considerable distancia del Sol.

Otro observador, el señor Croste de Sole, estudiando el Sol a la misma hora en París, no vio el objeto; es decir, a unos 271 kilómetros al norte de Lausana, lo observó, y descubrió la misma forma de huso, pero discutió un poco su envergadura. Y, un detalle importante, Croste y De Rostan no lo vieron en el mismo lugar sobre el Sol. Es un asunto de paralaje, y de gran paralaje, si se piensa en la invisibilidad de París: de ello saco la conclusión de que, durante el verano de 1762, un gran cuerpo opaco en forma de huso atravesó el disco solar a una gran distancia del Sol. El redactor del *Register* escribió: «En una palabra, no conocemos nada del cielo a lo cual se pueda recurrir para explicar este fenómeno». Tengo la idea de que este señor no era el esclavo encadenado a toda explicación, y que debía ser muy abierto en sus hábitos. En cuanto a mí..., sostengo que se trata del planeta Monstruor.

En *Monthly Notices of the R.A.S.*,³⁰⁹ Le Verrier, que no perdió jamás su confianza hasta el último día, publicó las observaciones que había formulado sobre un cuerpo desconocido de dimensiones planetarias. Aquí están: Fritsche, 10 de octubre de 1802; Stark, 9 de octubre de 1819; De Cuppis, 30 de octubre de 1839; Sidebotham, 12 de noviembre de 1849; Lescarbault, 26 de marzo de 1859; Lummis, 20 de marzo de 1862.

Si no tuviéramos el hábito de la ciencia en los aspectos esenciales de la omisión, nos sentiríamos mistificados e impresionados, como el redactor de *Nature*, por tan bonita formulación de datos. Pero pensamos que, con tal número de omisiones, los astrónomos y los videntes pueden formular no importa qué (me comprometo, por mi parte, a formular las periodicidades de una muchedumbre en Brooklyn); por ejemplo, que todos los miércoles por la mañana un hombre de gran estatura, con una sola pierna y un ojo negro, llevando una planta artificial de caucho, pasará frente al Singer Building a las 10:15. Y si un miércoles por la mañana un muchacho empujando un barril de cerveza o una negra gorda llevando su ropa sucia de toda la semana acertaran a pasar por el lugar indicado, la práctica de la omisión haría la predicción muy aceptable para toda cuasiexistencia. Digo, pues, que Le Verrier no formuló jamás observaciones, sino que eligió observaciones que podían ser formuladas; que, hipnotizado, transfirió su condición a tantísimas personas que, el 22 de marzo de 1877, hizo que la Tierra se erizara de telescopios, manejados por igual número de astrónomos rígidos y casi inanimados. ¿Y creen ustedes que la astronomía

sufrió en lo más mínimo en su prestigio cuando no ocurrió nada? En absoluto. El espíritu de 1877 estaba ya superado. Si, en un embrión, algunas células no sobreviven a los fenómenos de su era, las otras respetarán las apariencias previstas. Las células del estadio de reptil no son falsas más que desde el momento en que el embrión llega al estadio de mamífero.

Creo que, entre tantos informes igualmente auténticos de alargados cuerpos planetarios aproximándose al Sol, Le Verrier debió de escoger 6. Al no creer que los demás datos concernieran también a cuerpos planetarios importantes y al eliminarlos arbitrariamente, hipnótica o heroicamente, para formularlos tuvo que excluir falsamente. Puesto que el desenlace debió de matarlo, no tengo la intención de situarlo junto a los Grays, Hitchcocks y Symons. Quizá fue pérfido al fijar una fecha tan lejana, pero tuvo el valor de sostenerla hasta el último momento. Creo que Le Verrier debió ser transferido al Positivo Absoluto.

Los datos rechazados por el astrónomo son los siguientes:

El 26 de julio de 1819, Gruthinson observa dos cuerpos atravesando juntos el Sol. Según el astrónomo J. R. Hind, Benjamín Scott, chambelán de la ciudad de Londres, y Mr. Wray vieron en 1847 un cuerpo completamente idéntico a Vulcano atravesar el Sol.³¹⁰ Una observación idéntica es la de Hind y Lowe, del 12 de marzo de 1849.³¹¹ Un cuerpo del tamaño aparente de Mercurio atravesando el Sol fue observado el 29 de enero de 1860, por E. A. R. Russell y otros cuatro observadores.³¹² El 12 de julio de 1837, Le Vico fechó su observación.³¹³ Otro astrónomo aficionado, M. Coumbray, de Constantinopla, le había escrito a Le Verrier que el 8 de marzo de 1885 vio un punto negro claramente recortado atravesando el disco solar, destacándose de un grupo de manchas solares cerca de la corona, según cita el *L'année Scientifique*. De acuerdo con el diagrama de M. Coumbray, un paso central hubiera tomado un poco más de una hora. Dicha observación fue rechazada por Le Verrier, porque su fórmula hubiera necesitado de una velocidad cuatro veces mayor.

Lo importante es que todas estas observaciones son tan auténticas como las de Le Verrier, por lo que, sobre datos tan satisfactorios como los de Vulcano, cabe suponer la existencia de otros Vulcanos. De aquí la omisión heroica y desafiante que consiste en elaborar una forma omitiendo al resto, cuya información, según la fórmula ortodoxa, debería haber influido al primero, si se hallaban todos en el relativamente restringido espacio comprendido entre Mercurio y el Sol.

Otro cuerpo idéntico fue objeto de una observación por Mr. Weber, de Berlín, el 4 de abril de 1876, del cual Wolf informó a Le Verrier en agosto de 1878...,³¹⁴ lo cual no ocasionó la menor diferencia para este notable positivista.

Otras dos observaciones fueron anotadas por Hind y Denning.³¹⁵ Después vienen Standacher, en febrero de 1862; Lichtenberg, el 19 de noviembre de 1762; Hoffman, mayo de 1764; Dangos, 18 de enero de 1798; Stark, 12 de febrero de 1820.³¹⁶ Sobre una observación hecha por Schmidt, el 11 de octubre de 1847, se opina que es dudosa; pero en la página 192 se asegura que dicha duda proviene de una traducción errónea, y se citan otras dos observaciones hechas por Schmidt el 14 de octubre de 1849 y el 18 de febrero de 1850, y después otra por Lofft, el 6 de enero de 1818. Finalmente, se tiene una observación de Steinheibel, en Viena, el 27 de abril de 1820.³¹⁷ Haase reunió, por su lado, informes de 20 observaciones parecidas a las de Lescarbault, cuya lista fue publicada por Wolf en 1872.

Pastorff³¹⁸ señala que vio, dos veces en 1836 y otra vez en 1837, dos manchas redondas de tamaño desigual que se movían a través del Sol, una cambiando de posición con relación a la otra, tomando una dirección, si no una órbita, distinta cada vez; y que en 1834 vio otros cuerpos semejantes atravesar seis veces el disco solar, que se parecían mucho a Mercurio en sus pases.

La sombra del 22 de marzo de 1877 por fin llegó.

Pero recalcar la pobre media de Le Verrier descubriendo planetas sobre una base del 5 % sería poner de relieve el pequeño porcentaje de realidad que caracteriza la tela casi mística de la que se compone todo el sistema. No acuso a los libros de ciencia de omitir este fracaso, pero los considero sospechosos de buscar distraer la atención del público. Se trata de paliar el error de Le Verrier y de censurar al pobre Lescarbault, ese aficionado. El ataque proviene del señor Lias, director de la Inspección de Costas Brasileñas, el cual, en el momento de la autodicha observación de Lescarbault, vigilaba el Sol: en lugar de ver tan solo las manchas solares normales, notó que la región del «pretendido pase» era de una intensidad uniforme.

Esta intensidad uniforme me sirve tanto como me perjudica. Un día, alguien encontrará el medio de aniquilar la tercera ley de Newton, si toda reacción o toda resistencia es o puede ser interpretada en términos de estimulante. Si eso pudiera realizarse dentro de la mecánica, el inventor podría adueñarse del mundo. En esta circunstancia específica, la «intensidad uniforme» significa que

Lescarbault no vio una mancha solar ordinaria, puesto que significa la ausencia de toda mancha solar. Persigo la interpretación de una resistencia bajo la forma de una asistencia (preguntándome cuáles serían sus aplicaciones al vapor y a la electricidad), insistiendo en que la invisibilidad en Brasil significaba el paralaje tanto como la ausencia; y en la medida en que Vulcano demostraba estar alejado del Sol, interpreto toda denegación como una confirmación, lo cual es, por supuesto, el método de todo científico, político, teólogo u orador universitario.

Así pues, los libros de ciencia, sin habilidad especial, puesto que no se les exige, conducen a sus lectores a despreciar al aficionado de Orgères y a olvidarse de Le Verrier, lo cual no impide que los datos existan. Si un hombre eminente presintiera un terremoto y este no se produjera, el profeta quedaría desacreditado, pero los datos de antiguos terremotos seguirían siendo completamente válidos. Es fácil reírse de las ilusiones de un único aficionado.

Sin embargo, las observaciones de Fristche, Stark de Cuppis, Sidebotham, Lescarbault, Lummnis, Gruthinson, De Vico, Scott, Wray, Russell, Hind, Lowe, Coumbray, Weber, Standacher, Lichtenberg, Dangos, Hoffmann, Schmidt, Lofft, Steinheibel, Pastorff... son lo bastante formidables como para evitar el olvido; y no son aún más que una vanguardia.

A partir de ahora, los datos de los grandes cuerpos celestes, unos oscuros y otros luminosos, pasarán y pasarán, y volverán a pasar. Y quizá, sí, quizá después del paso de la procesión, algunos de nosotros recordaremos aún algo.

Como brahmanes doblemente garantizados en relación con los bautizados, los objetos del 29 de julio de 1878 saltan tan fuerte a la vista que solo una indiferencia, lindante con la monotonía, puede explicar la recepción que les hizo el sistema: en el momento del eclipse total del 29 de julio de 1878, el profesor Watson, de Rawlins (Wyoming), y el profesor Swift, de Denver (Colorado), señalaron la presencia de dos objetos brillantes a considerable distancia del Sol. Está en concordancia con mi opinión general el hecho de que no hay un planeta intermercuriano, sino más bien diferentes cuerpos y varios enormes objetos, a veces cerca de la Tierra, a veces en las proximidades del Sol: mundos sin órbitas—que concibo, vista la aparente ausencia de colisiones, dotados de un mando gobernable— o superconstrucciones dirigibles.

El profesor Watson y el profesor Swift publicaron sus observaciones, lo cual sitúa a la indiferencia científica en el lugar de las exclusiones racionales. Los rutinarios de los libros de ciencia estiman que estos dos testimonios estaban en

mutuo desacuerdo, y, aun testimoniando el más vivo pesar, especialmente en relación con el profesor Swift, llegaron a una coincidencia que sugestionó, a centenares de kilómetros de distancia, a dos astrónomos a tener observaciones contradictorias. Pero el profesor Swift escribió en *Nature*³¹⁹ que su observación era muy aproximada a la del profesor Watson; más aún, en *Observatory*, dijo que sus cálculos y los de Watson «se confirmaban mutuamente». ³²⁰ Los fieles insistieron entonces en el hecho de que Watson y Swift habían debido tomar dos estrellas por dos cuerpos extraños. El profesor Watson insistió, en *Observatory*³²¹ sobre el hecho de que había censado previamente todas las estrellas que rodeaban el Sol hasta la séptima magnitud: de todos modos, fue condenado.

Lockyer demuestra cómo funcionan las exclusiones, escribía tajantemente sobre este tema:³²² «No hay ninguna duda: el profesor Watson ha descubierto un planeta intramercuriano. Estoy seguro de que se integrará en las órbitas de Le Verrier». No se integró. «No he hecho jamás —dijo el profesor Swift—³²³ una observación más válida, más indudable». Fue condenado de todos modos.

Cuerpos que parecían oscuros, y luces que podían ser reflejos solares sobre objetos, masas o construcciones interplanetarias; luces observadas sobre o cerca de la Luna... Herschel señaló, en *Philosophical Transactions*,³²⁴ varios puntos luminosos localizados sobre o cerca de la Luna, en el curso de un eclipse. Podemos preguntarnos cómo podían ser luminosos, si la propia Luna estaba oscura. Pero examinaremos más tarde el hecho de que numerosos objetos luminosos han o no han cruzado la Tierra en plena noche. La abundancia de estas luces es un factor nuevo, o una nueva complicación en mis exploraciones, un nuevo aspecto del hábitat o de la ocupación interplanetaria. Mundos en hordas y seres alados; no me sentiré sorprendido si termináramos por descubrir ángeles, o animales-máquinas, galeones de los viajeros celestes. En 1783 y en 1787, Herschel señaló otras luces próximas a la Luna, que supuso eran de origen volcánico. Pero la palabra de un Herschel no tiene más peso, en el caso de divergencia no ortodoxa, que la de un Lescabault. Sus observaciones fueron relegadas al olvido.

En noviembre de 1821, se vieron manchas brillosas cerca de la Luna.³²⁵ Loomis cita cuatro ejemplos.³²⁶ Otra se parecía a una estrella que cruzaba la Luna, «cosa que supe, inmediatamente, que pertenecía al campo de lo imposible», comenta el observador.³²⁷ «Era una luz fija y persistente situada en el lado oscuro de la Luna». Supongo que la palabra «fija» designaba el brillo de la

dicha luz.

Rankin informa en 1847, en el *Report*,³²⁸ haber visto puntos luminosos sobre la parte oscura de la Luna, en el curso de un eclipse. Los tomó por reflejos de estrellas, lo que no resulta muy razonable; pero otra luz, señalada en el *Annual Register*,³²⁹ no tiene relación con las estrellas, puesto que se mueve con la Luna. Fue observada durante 3 noches seguidas y señalada por el capitán Kater.³³⁰ En el observatorio de Cape Town, se informa la presencia de una mancha blanca acompañada de luces más pequeñas en el lado oscuro del borde lunar.³³¹

Siento, en relación con los datos que siguen, la atracción de la positividad en sus aspectos de unicidad, de homogeneidad, de unidad o de perfección. Un Le Verrier estudia más de 20 observaciones y es tentador suponer que todas estén relacionadas con un fenómeno único. Es la expresión de una inclinación cósmica. La mayor parte de observaciones se aplica tan irrevocablemente a la aceptación de mundos dirigibles sin órbitas que da la espalda a las otras dos terceras partes, seleccionando solamente 6 que le darán la ilusión de la perfección o de su relación con un solo planeta.

Me gusta poseer los datos de múltiples cuerpos oscuros. Tiendo casi irresistiblemente a concebir a uno de ellos como el jefe supremo de los cuerpos oscuros. Entre todos los que flotan o navegan en el espacio interplanetario, debe haber un príncipe de los cuerpos oscuros: Melanicus, un cuerpo tenebroso con alas de murciélago, o superconstrucción negra como el azabache; mejor aún, una de las esporas de lo maligno. Lo ubico en 1883, el año extraordinario.

En Egipto, el 24 de septiembre de 1883, Hicks Pashaw vio a través de un telescopio «una inmensa mancha negra» en la parte inferior del Sol,³³² una mancha solar quizá.

Un día, un astrónomo, el doctor Wolf, contemplaba el cielo, cuando algo oscureció una estrella durante 3 segundos y medio.³³³ Había sido observado un meteoro por los alrededores, pero su rastro no fue visto más que momentáneamente.

El dato siguiente es uno de los más sensacionales que tengo, pese a que sea muy corto. Un objeto oscuro fue observado por el profesor Heis, a 11 grados de altitud, desplazándose lentamente a través de la Vía Láctea.³³⁴

Una de mis seudorrazones para creer que los mundos sin órbitas son dirigibles es la ausencia casi completa de colisiones. Pueden, por supuesto, aun desafiando la gravitación y sin dirección comparable a la nuestra, ajustarse entre

sí, como los anillos y los rastros de humo. Pero en *Knowledge*,³³⁵ se han publicado 2 fotografías del cometa de Brooks, lo que demuestra la evidencia de su colisión con un objeto oscuro en octubre de 1893. El profesor Barnard formuló así el hecho: «El cometa encontró un medio denso que lo pulverizó». Quizá era un campo de hielo.

Melánico, con alas de un gigantesco murciélago, sobrevuela la Tierra y los demás mundos, extrayendo de estos, tal vez, su alimento; planea sobre sus apéndices en forma de alas como un monstruo maléfico que nos explota. Maléfico, porque nos explota. Oscurece una estrella, trastorna después un planeta, es un vampiro, vasto, negro y terrorífico.

Mr. W. R. Brooks, director del Observatorio Smith, vio pasar lentamente un objeto oscuro y redondo a través de la Luna, en dirección horizontal.³³⁶ En *Science*, 14 de septiembre de 1896, un corresponsal expresa su opinión de que se trataba de un meteoro opaco. El astrónomo holandés Muller vio, el 4 de abril de 1892, un fenómeno completamente idéntico.³³⁷

Por otro lado, en *Science Gossip*,³³⁸ se precisa que el objeto de Brooks tenía un diámetro aparente tres veces menor que el de la Luna, y que atravesó el disco lunar en 3 o 4 segundos. El redactor escribió que el 27 de junio de 1806, a la 1 de la madrugada, miraba él mismo la Luna con un telescopio astronómico de 2 pulgadas, de potencia 44, cuando un largo objeto negro pasó de oeste a este, durante 3 o 4 segundos. Lo consideró, por un momento, un pájaro, pero no pudo observar ningún movimiento secundario.

En cuanto al doctor Brendel, de Greifswald (Pomerania), cuenta en *Astronomische Nachrichten*³³⁹ que el factor Ziegler y algunos otros observadores vieron un cuerpo de 2 metros de diámetro atravesar el disco solar. El objeto fue observado un cuarto de hora antes de alcanzar el Sol, y necesitó más de una hora para atravesarlo, tras lo cual fue visible aún cerca de una hora. Ello indica que estaba lejos tanto de la Tierra como del Sol.

Finalmente, el doctor Harris hace constar³⁴⁰ que el 27 de junio de 1912 vio un «objeto intensamente negro», de 400 kilómetros de largo por 80 de ancho, que se destacaba sobre el disco lunar. «Se hubiera dicho que un cuervo estaba cernido sobre la Luna, tan cerca como le era posible». Unas nubes interrumpieron la observación. «No puedo dejar de pensar —escribió el doctor Harris— que acababa de producirse un fenómeno extraño».

Yo opto por pensar que es un vampiro enorme y negro, que a veces se cierne

- 299 *Proceeding of the National Academy of Science*, (1915), 394.
- 300 *Astrophysical Journal*, (1916), 1.
- 301 Evans, *The Ways of the Planets*, 140.
- 302 *Science Gossip*, (1886), 178.
- 303 *Trans. N. Y. Acad.*, 5, 249.
- 304 *Astrophysical Journal*, 1, 172.
- 305 *Monthly Notice of the R.A.S.*, 38, 338.
- 306 *Popular Astronomy*, 19, 10.
- 307 *Monthly Notices*, 20, 98.
- 308 *Annual Register*, 9, 120.
- 309 *Monthly Notices of the R.A.S.*, (febrero, 1877).
- 310 *Nature*, 14, 469.
- 311 *L'Année Scientifique*, (1876), 9.
- 312 *Nature*, 14, 505.
- 313 *Observatory*, 2, 424.
- 314 *L'Année Scientifique*, (1876), 7.
- 315 *London Times*, 3 de noviembre de 1871, 26 de marzo de 1873.
- 316 *Monthly Notices of the R.A.S.*, 20, 100.
- 317 *Monthly Notices*, 18, 62.
- 318 *Amer. Jour. Sci.*, 2, 28, 446.
- 319 *Nature*, 19 de septiembre de 1878.
- 320 *Observatory*, 2, 161.
- 321 *Observatory*, 2, 193.
- 322 *La Nature*, 20 de agosto de 1878.
- 323 *La Nature*, 21, 1301.
- 324 *Philosophical Transactions*, 82, 27.
- 325 *Proc. London Roy. Soc.*, 2, 167.
- 326 *Treatise on Astronomy*, 174.
- 327 *Phil. Trans.*, 84, 429.
- 328 *Report of the Brit. Assoc.*, (1847), 18.
- 329 *Annual Register*, (1821), 687.
- 330 *Quart. Journ. Roy. Inst.*, 12, 133.

- 331 *Phil. Trans.*, 112, 237.
- 332 *London Times*, 17 de diciembre de 1883.
- 333 *La Nature*, 86, 528.
- 334 *Greg's Catalogue, Rept. Brit. Assoc.*, (1867), 426.
- 335 *Knowledge*, (febrero, 1894).
- 336 *Science*, 31 de julio de 1896.
- 337 *Scientific American*, 75, 251.
- 338 *Science Gossip*, n. s. 3, 135.
- 339 *Astronomische Nachrichten*, 3477.
- 340 *Popular Astronomy*, 20, 298.

Este capítulo será muy breve, y el peor de todos. Creo que es de naturaleza especulativa. Me aparto de mis criterios habituales. Supongo que, vista la eficiencia del capítulo precedente, el ritmo de las seudocosas —que no pueden ser reales si tienen un ritmo, puesto que un ritmo es una apariencia que gira hacia lo contrario y regresa después a su punto de partida— exige que volvamos y que no permanezcamos. Este capítulo será, pues, breve, y lo llenaremos con algunos puntos concernientes al intermediarismo.

Les propongo un rompecabezas filosófico: si sostengo que el Positivo Absoluto se engendra y se mantiene a sí mismo a partir del Negativo Absoluto, pasando por un tercer estado, llamado «cuasiestado», se comprenderá que intente concebir la universalidad como fabricándose a sí misma a partir de la nada. Hagan del mismo modo si quieren correr el riesgo de desaparecer a una velocidad tan grande que dejen un rastro incandescente a su paso, y ser infinitamente felices por toda la eternidad, suponiendo que deseen la existencia. En cuanto a mí, intentaré ser inteligible al considerar el Positivo Absoluto desde el ángulo de la realidad y no de la universalidad, recordándome a mí mismo que por «realidad» y «universalidad» designo el mismo estado, que no se confunde con nada más, puesto que no hay nada más.

Así, la realidad, no la universalidad, fabrica la realidad a partir de la irrealidad y no de la nada, al igual que, en términos relativos, todas las cosas imaginadas que se materializan en máquinas, en estatuas, en dólares, en cuadros o en libros de tinta y papel no son más que gradaciones de la irrealidad a la realidad. Parece, pues, que la intermediaridad es una relación entre el Positivo Absoluto y el Negativo Absoluto. Pero lo absoluto no puede tener relación con cualquier otra cosa, lo que prueba que es impensable, pues ¿cómo concebir un límite a lo ilimitado? Haciéndolo del mejor modo posible, y animado por el sentimiento de que no lo haré peor que los metafísicos del pasado, infiero de todo eso que lo absoluto no tiene relaciones; de modo que nuestro cuasiestado no es una verdadera relación irreal, puesto que no hay nada irreal. Parece impensable que el Positivo Absoluto pueda, gracias a la intermediaridad, tener una

cuasirrelación, hallarse sin relaciones en términos finales o, al menos, no ser una irrelación.

Lo mismo sucede para el libre albedrío y el intermediarismo. Por «libre albedrío» designo la independencia —o lo que no se confunde con nada distinto—, de modo que, en la intermediaridad, no existe libre albedrío ni dependencia, sino una aproximación diferente para todo lo que se califica a sí mismo como persona hacia uno u otro de estos extremos. Esta expresión se parece a un cliché, pero en la intermediaridad todo es paradoja. Somos libres de hacer lo que debemos hacer.

No creo hacer un fetiche de lo absurdo. Pienso que, en los primeros tanteos, no hay medio de saber lo que será después aceptable. Si uno de los descubridores de la biología oyera hablar de pájaros que viven en los árboles, anotaría haber oído hablar de pájaros que viven en los árboles, y después se ocuparía, pero solo entonces, de pasar los datos por la criba. Lo único que quisiera intentar limitar al máximo, pese a que sea inevitable, es la mezcla de mis datos, en el mismo sentido en que Long Island y Florida debieron confundirse en la mente de los primeros exploradores de América. Pienso, por mi parte, que mi libro se parece mucho a un mapa de América del Norte, en el que el río Hudson fuera designado como un paso que condujera directamente a Siberia. Pienso en Monstrator, en Melanicus y en un mundo que se comunica actualmente con la Tierra, iniciando coloquios secretos con algunos personajes esotéricos de nuestro mundo. En cuanto al hecho de que este mundo pueda ser Monstrator, o que Monstrator pueda ser Melanicus, este debe ser tema de una investigación superior. Sería indecente resolverlo todo de un golpe, sin dejar nada para mis discípulos.

Siempre me he sentido impresionado, por ejemplo, por el fenómeno de las «marcas de ventosas». Me parecen un símbolo de la comunicación, pero no un medio de comunicación entre habitantes de la Tierra. Tengo la impresión de que una fuerza exterior ha marcado con símbolos las rocas de la Tierra, y esto desde muy lejos. No pienso que las marcas de ventosas sean comunicaciones grabadas por diversos habitantes de la Tierra, porque parece inaceptable que los habitantes de China, de Escocia y de América hayan concebido, todos al unísono, el mismo sistema. Las marcas de ventosas son series de impresiones hechas en las rocas que hacen pensar irresistiblemente en ventosas. A veces están rodeadas de un círculo; a veces, de un simple semicírculo. Se encuentran virtualmente en todos lados, en Inglaterra, en Francia, en América, en Argelia, en el Cáucaso y en

Palestina; en todas partes, salvo, tal vez, en el Gran Norte. En China, los acantilados están repletos de ellas. En un acantilado cercano al lago de Como hay un laberinto de estas marcas. En Italia, en España y en la India, se encuentran en cantidades increíbles.

Supongamos que una fuerza, llamémosla «fuerza eléctrica», pueda marcar desde lejos las rocas como puede ser marcado el selenio desde centenares de kilómetros por los telefotoágrafos. Pero soy el hombre de las dos mentes...

Pensemos en exploradores perdidos venidos de algún lugar. Se intenta, desde aquel lugar, comunicar con ellos, y un frenesí de mensajes llueve sobre la Tierra, con la esperanza de que algunos marcarán las rocas junto a los exploradores extraviados. O pensemos en alguna parte de la Tierra donde hay una superficie rocosa de un género muy especial, un receptor, una construcción polar, una colina abrupta y cónica, en la cual, desde hace siglos, vienen a grabarse los mensajes de otro mundo. Pero, a veces, estos mensajes se pierden y marcan paredes situadas a miles de kilómetros del receptor. Tal vez las fuerzas, disimuladas tras la historia de la Tierra, han dejado sobre las rocas de Palestina, de Inglaterra, de China y de la India archivos que algún día serán descifrados o instrucciones mal dirigidas a las órdenes esotéricas, a los francmasones y jesuitas del espacio.

Recalco la formación en serie de las marcas de ventosas. El profesor Douglas escribe:³⁴¹ «Sea cual sea el motivo, los marcadores han dado pruebas de una firme inclinación en disponer sus extrañas esculturas en hileras regularmente espaciadas». El canónigo Greenwell ha sugerido desde hace tiempo que dichas marcas constituían una forma arcaica de inscripción. Pero el esbozo más específico, a mi modo de ver, se halla en las observaciones de Rivett-Carnac:³⁴² según él, el alfabeto braille, bajo su forma de puntos en relieve, es una inversión directa de las marcas de ventosas. Señala también su enorme parecido con el alfabeto morse. Pero un arqueólogo timorato y sistemático no puede tan solo presentar semejanzas y sugerir la existencia de mensajes, si es que hay mensajes, en China, en Suiza, en Argelia y en América, por ejemplo; está obligado a atribuirles un origen. Y yo acepto uno, que puede tener acceso a toda la superficie de la Tierra: un origen externo.

Otro detalle importantísimo son las hileras de marcas que han sido comparadas a menudo con huellas de pasos. Tal hecho es curiosísimo, ya que su disposición rectilínea hace la tesis muy improbable, salvo en el caso de un animal

que saltara sobre una sola pata o de un policía andando con aplicación sobre la línea blanca del embaldosado en una comisaría.

En la Roca de la Bruja, en Ratho (Escocia), hay 24 ventosas de diversos tamaños, que miden desde 4 hasta 8 centímetros de diámetro, dispuestas en líneas casi rectas. La explicación local hace intervenir huellas de patas de perro.³⁴³ Marcas completamente idénticas se hallan extrañamente dispersas alrededor de toda la Roca de la Bruja, como una histórica tentativa de telegrafía, en la que los mensajes se repiten sin cesar sobre distintas localizaciones. En Inverness-shire, las marcas de ventosas son llamadas «huellas de hadas». En las iglesias de Volna (Noruega) y de St. Peters (Ambleteuse), se encuentran también estas marcas, identificadas como huellas de cascos de caballos. Las rocas de Clare, en Irlanda, están recubiertas de huellas supuestamente hechas por una vaca mitológica.³⁴⁴

Termino con un fantasma espectral, que no querría ver interpretar en modo alguno como un dato: ilustro simplemente esta noción de huellas simbólicas de caballos o de vacas, que son el reverso o el negativo de estas huellas huecas repartidas regularmente por la Tierra, pero que aterrizan en malos lugares, para considerable sorpresa de aquellos que se despiertan una buena mañana y las descubren en un espacio anteriormente virgen.

Un antiguo relato chino informa que los habitantes de un palacio se despertaron una buena mañana, y descubrieron que todo el patio estaba marcado por huellas de pasos parecidos a la pisada de un buey. Creyeron, inmediatamente, que había sido obra del diablo.³⁴⁵

341 *Saturday Review*, 24 de noviembre de 1883.

342 *Jour. Roy. Asiatic Soc.*, (1903), 515.

343 *Proc. Soc. Antiq. Scotland*, 2, 4, 79.

344 *Folklore*, 21, 184.

345 *Notes and Queries*, 9, 6, 225.

Ángeles... Hordas y hordas de ángeles.

Seres consagrados como nubes de almas, como ráfagas entremezcladas de la espiritualidad, o esas exhalaciones del alma que tan a menudo representa Gustavo Doré.

Puede que la Vía Láctea sea una composición de ángeles rígidos, helados, definitivamente estáticos y absolutos. Citaré casos de pequeñas Vías Lácteas desplazándose con rapidez, datos de muchedumbres de ángeles que no son absolutos ni dinámicos. Sospecho, por mi parte, que las estrellas fijas están realmente fijas, y que los muy preciosos movimientos que se les detecten son ilusorios. Pienso que las estrellas fijas son absolutas. Su parpadeo no es más que una interpretación intermediarista. Pienso que, después de la muerte de Le Verrier, no se tardó en descubrir una nueva estrella fija, y que, si el doctor Gray no se hubiera mantenido en su historia sobre los miles de peces en un cubo de agua, si hubiera escrito, leído en conferencia o proclamado en todos los rincones de la calle, para convencer al mundo de que, conveniente o no, su explicación era la única exacta, si lo hubiera pensado hasta el momento de acostarse y desde el momento de levantarse, el aviso de su muerte hubiera sido, en la *Monthly Notices*, la señal de una nueva estrella.

Estoy seguro de que los astrónomos han visto a menudo otras Vías Lácteas, de un orden inferior y dinámico. Puede ser, por supuesto, que los fenómenos de los que voy a hablar ahora no tengan nada que ver con los ángeles. Solo estoy tanteando, para determinar lo que es lícito aceptar. Algunos de mis datos implican muchedumbres de turistas robustos y amables en los espacios interplanetarios, y otros delgados, largos y hambrientos. Creo que hay, en los espacios interplanetarios, supertamerlanes dirigiendo bandadas de destructores celestes que se abatieron sobre las civilizaciones del pasado, mondándolas hasta los huesos, sin dejar más que monumentos para los cuales los historiadores inventaron historias exclusionistas. Pero si alguien tiene derecho legal sobre nosotros, y puede establecer su derecho de propiedad, se mantendrán tranquilos. Ocurre así con todas las explotaciones. Diría que nos hallamos en un estadio de

cultivo, que nos damos cuenta de ello, pero tenemos el atrevimiento de atribuirlo todo a nuestros nobles y superiores instintos.

Contra dichas ideas se ejerce el mismo sentido de finalidad que se opone al menor progreso. Por tales razones, sostengo que la aceptación es una adaptación más que una creencia. Y la creencia que se me enfrenta, en el campo de los fenómenos interplanetarios, es la que quiere que todo haya sido ya descubierto. El sentido de finalidad y la ilusión de homogeneidad. Pero lo que se denomina «conocimiento en marcha» no es más que una violación del sentido de la nada.

Una gota de agua. Antigüamente el agua era considerada como algo tan homogéneo que se la tomaba por un elemento. Vino el microscopio, y no solo se vio que el supuesto elemento tenía una infinita diversidad, sino también que, hasta en su vida protoplasmática, había nuevos órdenes de existencia.

En el año 1491, un europeo miraba hacia el oeste, más allá del océano, y pensaba que el suave desplome del occidente era inatacable, que los dioses de la regularidad no autorizarían a dicho horizonte liso para dejarse turbar por costas o tachonar por islas. Era totalmente desagradable el hecho de contemplar la posibilidad de un occidente amplio y aplanado, limpio bajo el cielo, bruscamente sembrado de islotes, como en una lepra geográfica.

Sin embargo existían, en dicho oeste aparentemente vacío, costas, islas, indios, bisontes, lagos, montañas, ríos.

Uno contempla el cielo, la homogeneidad relativa de lo relativamente inexplorado, y no se piensa más que en ciertas categorías de fenómenos. Pero me siento obligado a admitir que hay muchísimos modos de existencia interplanetarios, que son indios, bisontes y coyotes: una supergeografía de vastas regiones estancadas, pero también de superniágaras y ultraMisisipis, así como una supersociología de viajeros, turistas y devastadores: los cazadores y los cazados, los supermercadere, los superpiratas y los superevangelistas.

El sentido de la homogeneidad es nuestra ilusión positivista de lo desconocido. La astronomía y la academia, la ética y lo abstracto. La tentativa universal de formular y regularizar no puede ser abordada más que por la omisión y la denegación. Todas las cosas omiten y niegan lo que, eventualmente, las invadirá o las destruirá. Hasta el día en que alguien diga a la infinitud: «Hasta aquí llegaste. Este es tu límite». El enunciado final: «Solo existo yo».

En la *Monthly Notices of the RAS*,³⁴⁶ una carta del reverendo W. Read nos dice que, el 4 de septiembre de 1851, a las 9:30 de la mañana, vio una multitud de

cuerpos luminosos rebasando el campo de su telescopio para evolucionar unos lentamente y otros con rapidez. Parecían ocupar una zona de varios grados de amplitud. La mayor parte se dirigía de este a oeste, pero algunos se movían de norte a sur. Su número era prodigioso y pudo observarlos durante 6 horas. «¿No podrían ser atribuidas estas apariciones a un estado anormal de los nervios ópticos del observador?», pregunta el redactor. En la misma publicación,³⁴⁷ Read insistió en el hecho de que, como un diligente observador que era, poseía instrumentos de gran calidad y una experiencia de 28 años. «Y, sin embargo —dijo—, jamás antes había visto nada semejante». Y precisa que dos miembros de su familia vieron también los objetos en cuestión.

El editor retiró la insinuación.

Sabemos lo que viene ahora. En una existencia esencialmente de hibernación podemos predecir el pasado, es decir, encontrar algo que haya sido escrito sobre el tema en 1851, para saber lo que hay que esperar más tarde de los exclusionistas. Si el reverendo Read vio una migración de ángeles insatisfechos que podían contarse por millones, será probable que se haya confundido, al menos subjetivamente, con fenómenos terrestres ordinarios, a pesar de prescindir para ello de la probable familiaridad que, mantenida durante 28 años, pueda tener Read con los fenómenos terrestres ordinarios.

Una carta del reverendo W. R. Dawes,³⁴⁸ quien encontró unos objetos semejantes durante el transcurso del mes de septiembre, nos dice que se trataba de semillas flotando a impulsos del aire. Pero una comunicación de Read al profesor Baden-Powell³⁴⁹ disocia su observación de la de Dawes: niega haber visto flotar semillas dispersas. Había poco viento y los objetos venían del mar, de donde las semillas tienen poca oportunidad de provenir. Eran redondos, bien definidos, y no se parecían a cenizas de carbón. Cita una carta de C. B. Chalmers, de la Real Sociedad Astronómica, quien observó el mismo desplazamiento, una procesión o migración, con la diferencia de que algunos cuerpos eran alargados, flacos y voraces, y no globulares.

Pero Mr. Read hubiera podido discutir durante 65 años y no hubiera impresionado a nadie importante. La Dominante de su época era el Exclusionismo, y la noción de semillas volantes se asimila, hechas todas las omisiones, con esta Dominante.

Las escenas terrestres ostentosas deberían parecerles igual a los observadores del espacio, es decir, las Cruzadas no serían más que nubes de polvo. Creo que

era normal, en 1851, no ver más que semillas volantes, haya o no soplado el viento del mar. Creo que objetos iluminados de celo religioso se han mezclado, como en todas partes dentro de la intermediaridad, con los merodeadores negros y los seres grisáceos de mezquinas ambiciones. Quizá había un Ricardo Corazón de León aprestándose para restablecer los derechos de las poblaciones jupiterianas. Pero era muy conveniente, en 1851, tomarlo por una semilla de col.

Durante el eclipse de agosto de 1869, el profesor Coffin (USN)³⁵⁰ observó a través de su telescopio el paso de varios copos luminosos parecidos a polvo de carbón, flotando en pleno sol. Pero el telescopio estaba regulado de modo que, si los objetos se apreciaban claramente delimitados, debían hallarse tan lejos de la Tierra que las dificultades de la ortodoxia permanecerían independientemente de su identidad real.

El profesor Coffin estimó que estaban «bien definidas».

El 27 de abril de 1863, Henry Waldner³⁵¹ observó cuerpos brillantes desplazándose de oeste a este; avisó al doctor Wolf, del Observatorio de Zurich, quien se convenció de la realidad de este extraño fenómeno y dio parte de una observación análoga realizada por el *signore* Capocci, del Observatorio Capodimonte, en Nápoles, el 11 de mayo de 1845.

¿Las formas eran distintas, o eran diferentes aspectos de las mismas formas? Algunos cuerpos eran estrellados y dotados de apéndices transparentes. Creo, en lo que me concierne, que eran Mahoma y su Hégira, o tal vez solamente su harén. Una sensación asombrosa, sin duda, la de flotar a través del espacio rodeado por diez millones de esposas. Pero tenemos una ventaja considerable en esta circunstancia: las semillas no se hallan en estación en abril, aunque es cierto que Mr. Waldner emitió la opinión asimilativa de que se trataba de cristales de hielo.

Centenares de pequeños cuerpos, negruzcos esta vez, fueron observados por los astrónomos Herrick, Buys-Ballot y De Cuppis.³⁵² Otros atravesaron el disco lunar ante los ojos de Mr. Lamey.³⁵³ Un número prodigioso de cuerpos opacos y esféricos fueron señalados por Messier el 17 de junio de 1777.³⁵⁴ En La Habana, el profesor Auber vio, durante el eclipse de Sol del 15 de mayo de 1836, un gran número de cuerpos luminosos que se alejaban del Sol en diferentes direcciones. Auber cita un caso idéntico el 3 de agosto de 1886, cuya causa atribuye Lotard a vuelos de pájaros.³⁵⁵ En 1885, M. Trouvelet vio pasar una gran cantidad de cuerpecillos a través del disco solar; unos lentos, otros rápidos, algunos de ellos

con una estructura complicada, semillas, insectos o volátiles. M. Trouvelet declaró no haber visto jamás nada análogo a estas formas:³⁵⁶ cuerpos luminosos y opacos atravesando el Sol, en el Observatorio de Río de Janeiro, desde finales de diciembre de 1875 hasta el 2 de enero de 1876.³⁵⁷

Vista desde muy lejos, por supuesto, cualquier forma tiene tendencia a aparecer redondeada, pero voy a ocuparme ahora de datos sobre formas más complejas. En *L'Astronomie*,³⁵⁸ M. Brigière señala la travesía del Sol, los días 15 y 25 de abril de 1883, en Marsella, por cuerpos de forma irregular, de los cuales algunos evolucionaban en alineación. El 8 de agosto de 1849, a las 3, por encima de Gais (Suiza), sir Robert Inglis³⁵⁹ vio millares de objetos brillantes, parecidos a copos de nieve, en un cielo sin nubes. Pero, pese a que este despliegue no duró más que 25 minutos, ninguno de tales copos cayó al suelo. La criada de Inglis «creyó» ver que algunos de ellos poseían una especie de alas en sus cuerpos. En la página 18 del *Report*, sir John Herschel afirma recordar que, en 1845 o 1846, objetos de considerable tamaño que atravesaban el aire llamaron su atención. El telescopio los identificó como masas de heno de 2 metros de diámetro, pero, pese a que solo una tromba podía haberlas levantado, observó que el aire estaba en completa calma. «El viento soplabá, sin duda, en el lugar observado, pero no sentí bufido». Si Herschel hubiera consentido en desplazarse un poco más lejos, o en señalar esta extraña aparición, su informe hubiera parecido, en 1845, tan desplazado como la aparición de una cola en un embrión en el estado de gástrula.

Algunos de nosotros tienen tendencia a imaginar a la ciencia sentada en la calma y la serenidad del juicio exacto; pero algunos datos, esto es evidente, han sido cazados a lazo y después linchados despiadadamente. Si una cruzada de Marte a Júpiter se produce en otoño, se recurre a las «semillas». Si una horda de vándalos celestes es observada en primavera, se hace referencia a los «cristales del hielo». Si una raza de seres aéreos, sin hábitat sustancial, aparece en el cielo de la India, se habla de «langostas». Esto será ignorado, pero, si las langostas ganan altura, se hielan, mueren y caen por millares.

En las regiones montañosas de la India, «nubes de langostas mueren por millares» a una altura de 500 metros.³⁶⁰ Por otro lado, tanto si vuelan alto como bajo, su presencia es traicionada siempre por la caída constante de rezagados. El fenómeno es tan conocido que, cuando el teniente Herschel vio sombras oscuras atravesar el sol en Bangalore (India) —que eran luminosas antes de alcanzarlo—, y en un flujo ininterrumpido durante un periodo de 2 días (17 y 18 de octubre de

1870), se expresó como sigue en *Monthly Notices*:³⁶¹ «El vuelo ininterrumpido en un periodo de dos días, en número tan considerable, en las regiones superiores de la atmósfera, de animales que no abandonan un solo rezagado, es un hecho único no solo en los anales de la historia natural, sino también de la astronomía».

Cambiando en varias ocasiones la abertura de su diafragma, percibió alas, o al menos apéndices fantasmales. Uno de los objetos disminuyó su velocidad, planeó un poco, después volvió a partir a toda velocidad. Esto le impulsó a escribir, en pleno siglo XIX: «No hay duda, se trata de langostas o de moscas de un género especial». Es una opinión acreditada, por otro lado, por la abundancia de vuelos de langostas en algunas regiones de la India.

Sigue ahora un caso extraordinario desde diversos puntos de vista, tanto si se trata de superviajeros, de superdevastadores, de ángeles, de bribones, de cruzados, de emigrantes, de aeronautas, de elefantes, de bisontes o de dinosaurios volantes. Uno de estos objetos ha sido fotografiado y, sin duda, no se ha tomado nunca una foto tan sensacional.

Según *L'Astronomie*,³⁶² en el observatorio de Zacatecas (México), el 12 de agosto de 1883, a 2500 metros sobre el nivel del mar, un gran número de cuerpos luminosos penetró en el disco solar. El señor Bonilla telegrafió a los observadores de México y de Puebla, donde no eran visibles. Visto este paralaje, el señor Bonilla localizó los cuerpos «relativamente cerca de la Tierra». Pero en su lenguaje de astrónomo, tanto si se hubiera tratado de pájaros, de escarabajos, de un supertarmelan o del ejército de un celeste Ricardo Corazón de León, «relativamente cerca de la Tierra» significa «a menor distancia que la Luna».

Uno de estos objetos fue fotografiado. El documento muestra un largo cuerpo rodeado de estructuras indefinidas, por el temblor de alas o de planos en movimiento.



Fotografías de objetos no identificados, 1883. *Excelsior*.

En *L'Astronomie*,³⁶³ el señor Ricco, del observatorio de Palermo, escribe que el 30 de noviembre de 1880, a las 8:30 de la mañana, vigilaba el Sol cuando, en una línea corta y también paralela, atravesaron lentamente su disco. Aquellos cuerpos le parecieron alados, pero eran tan grandes que le hicieron pensar en grullas. Consultados algunos ornitólogos, supo que el vuelo en líneas paralelas coincide efectivamente con el de las grullas. Esto ocurría en 1880, pero cualquiera en nuestros días sabe que es también una formación familiar a los aviones. Pero el ángulo de visión dejaba entender que estos seres u objetos se desplazaban a mucha altitud.

El señor Ricco sostiene que los cóndores vuelan, a veces, a 4000 o 5000 metros de altitud, y que las grullas han desaparecido a menudo a los ojos de los observadores, ganando las regiones superiores de la atmósfera.

Estimo, en términos convencionales, que no existe pájaro sobre esta Tierra que no se hiele mortalmente a una altitud de más de 5000 metros. Y el señor Ricco estima que estos objetos, estos seres o estas grullas, se desplazaban por lo menos a 8000 metros de altura...

346 *Monthly Notices of the R.A.S.*, 11, 48.

347 *Monthly Notices*, 12, 38.

348 *Monthly Notices*, 12, 183.

349 *Report of the British Association*, (1852), 235.

350 *Jour. Frank. Inst.*, 88, 151.

351 *Nature*, 5, 304.

352 *L'année Scientifique*, (1880), 25.

353 *L'année Scientifique*, (1874), 62.

354 Arago, *Oeuvres*, 9, 38.

355 *L'Astronomie*, (1886), 391.

356 *L'année Scientifique*, (1885), 8.

357 *La Nature*, (1876), 384.

358 *L'Astronomie*, (1886), 70.

359 Carta al coronel Sabine: *Rept. Brit. Assoc.*, (1849), 172.

360 *Nature*, 47, 581.

361 *Monthly Notices*, 30, 135.

362 *L'Astronomie*, (1885), 347.

Aquel objeto negro parecía un cuervo de terroríficas dimensiones. Suponiendo que aún me quede un lector, o tal vez más de uno, le señalo hasta qué punto este oscuro dato ha podido empalidecer, en el espacio de 2 capítulos.

La pregunta es ¿se trataba de un objeto o de la sombra de este?

Una u otra solución claman no solo por una revisión, sino también por una revolución en la ciencia de la astronomía. ¡Pero cómo ha empalidecido este dato en solo 2 capítulos!: el disco de piedra esculpida de Tarbes y la lluvia que cayó cada tarde durante 20 días —¿o eran 23?, ya no me acuerdo de ello— sobre el mismo y restringido espacio.

Todos somos unos Thomson de cerebros comunes y resbaladizos, aunque sinuosos. Toda inteligencia es anormal, y no recordamos más que lo que concuerda con una Dominante. A algunos capítulos de distancia, hay pocas impresiones que no terminen por tropezar en nuestros resbaladizos cerebros, igual que Le Verrier con su «planeta Vulcano».

Hay dos maneras de recordar un elemento irreconciliable, trabándolo a un sistema más cercano de lo real que aquel que lo ha rechazado, y por la mera y balbuciente repetición.

Un objeto enorme, negro como un cuervo, posado sobre la Luna. Este dato es de gran importancia, ya que obliga a aceptar, en un campo distinto, mi convicción de que cuerpos opacos de dimensiones planetarias atraviesan nuestro sistema solar. Sostengo que tales cuerpos han sido vistos, así como también sus sombras.

Un enorme objeto negro como un cuervo sobre la Luna. Hasta ahora no tenía más que un solo caso, es decir, un caso fácil de arrinconar. Pero Serviss³⁶⁴ habla de una sombra que Shroeter vio en 1788 sobre los Alpes lunares. Vio primero una luz; después, cuando esta región fue iluminada, observó una sombra redondeada allá donde se encontraba aquella luz. Digo que vio un objeto luminoso cerca de la Luna, que la Luna fue parcialmente iluminada, y que el objeto desapareció a sus ojos, mientras su sombra se retardaba detrás de él. Por supuesto, Serviss se explica sobre esta cuestión, sin lo cual no sería el profesor

Serviss. Es una pequeña competición en aproximaciones relativas de la realidad. Piensa que Shroeter había observado la sombra «redondeada» de una montaña, en la región iluminada. Se puede concebir, efectivamente, que una montaña pueda proyectar una sombra redondeada e incluso destacada, en la región iluminada de la Luna. Y estoy seguro de que el profesor Serviss podría explicar a su gusto por qué razón olvida el origen mismo de la luz, sin lo cual no sería más que un aficionado.

Tengo otro dato, aún más extraordinario que este objeto enorme, negro y posado como un cuervo sobre la Luna. Más circunstancial, de hecho, y provisto de ponderadas verificaciones, lo encuentro mucho más extraordinario que el enorme objeto posado sobre la Luna, negro como un cuervo.

Mr. H. C. Russell, que imagino era tan ortodoxo como otro cualquiera —al menos así lo supongo, ya que escribe «F. R. A. S.» (miembro de la Real Sociedad de Astronomía) tras su nombre—, cuenta en *Observatory*³⁶⁵ una de las historias más perversas, más extravagantes, de todas las que he exhumado.

Él y otro astrónomo, G. D. Hirst, se hallaban en las montañas Azules, cerca de Sydney (Nueva Gales del Sur), y Mr. Hirst contemplaba la Luna. De pronto, vio lo que Russell denomina «uno de estos hechos tan extraordinarios que deben ser registrados en el mismo momento, incluso si ninguna explicación puede hacerlos aún comprensibles».

La cosa es bastante rara. Va en contra de la idea de evolución como sucesión de sistemas dominantes y su correspondencia. Por otro lado, también sabemos que cada época registra ciertas observaciones que no se encuentran en armonía con ella, pero que sirven de bosquejo o preparación para el espíritu de los tiempos que están por llegar; sin embargo, raramente se hace. El mundo de los astrónomos azotados por el látigo fantasma de una era que está a punto de desaparecer se encuentra en estado de terrorismo. Dejar que un astrónomo vea algo que no pertenece a la visión celeste convencional, algo que no es conveniente, pondrá en peligro su dignidad.

Con una osadía poco frecuente en este mundo de sensibilidades etéreas, dice Russell: «Hirst vio que gran parte de la Luna estaba recubierta por una sombra tan oscura como la de la Tierra durante un eclipse lunar. Era casi imposible resistir a la convicción de que se trataba de una sombra, incluso si no podía ser la sombra de ningún cuerpo conocido».

Richard Proctor era un hombre liberal en su época —más tarde citaré una

carta que permitió fuera publicada en *Knowledge*, y que en otra ocasión hubiera podido encontrar delirante—. Pero un mundo oscuro y desconocido, capaz de proyectar su sombra sobre una gran parte de la Luna, extendiéndose tal vez más allá del borde lunar, una sombra tan vasta como la de la Tierra, era algo excesivo para el comedimiento de Mr. Proctor. Se dice que fue feroz.

Russell relató que Proctor hizo un «libre uso» de su nombre en el *Echo* del 14 de marzo de 1879, ridiculizando la observación que él había hecho en compañía de Hirst. Si no hubiera sido Proctor, hubiera sido algún otro, pero es digno de notar el hecho de que el ataque fuera impreso en un diario. El desdén de las revistas astronómicas fue completo en este caso, pero las columnas del *Observatory* quedaron abiertas para Russell, a fin de que pudiera responder a los insultos de Proctor.

La réplica dio prueba de una considerable intermediaridad. En 1879, hubiera resultado de un hermosísimo Positivismo afirmar que «había una sombra sobre la Luna. Es cierto que era proyectada por un cuerpo desconocido».

Digo que, si Russell hubiera dedicado todo su tiempo a mantener esta posición, aun con el riesgo de romper algunas amistades o de dar fin a sus relaciones con sus colegas astrónomos, su apoteosis no se habría hecho esperar con la ayuda de algunos medios bien conocidos de la cuasiexistencia, mientras que sus compromisos, sus evasiones, sus medias medidas quedarían arrolladas por los incorruptibles. Eso hubiera sido ciertamente posible en una existencia real, pero en una cuasiexistencia, Russell declaró haber resistido a la convicción inculcada. Escribió que había sido «casi imposible» resistir, y reprochaba sobre todo a Proctor por haber dado a entender que no había resistido. Lástima. Sería de desear que toda apoteosis fuera deseable. Pero uno de los coléricos e irritados temores de Proctor es digno de interés. «Lo que ocurre sobre la Luna —escribió— puede también ocurrir sobre la Tierra».

Precisamente una de las tesis de mi departamento personal de astronomía avanzada es que Russell y Hirst pudieron ver el Sol eclipsado en relación con la Luna por un gigantesco cuerpo opaco. Han ocurrido muchas veces, estoy convencido de ello, eclipses relativos a la Tierra por un vasto cuerpo opaco, eclipses que no han sido reconocidos como tales por los parvularios científicos.

Hay, por supuesto, una solución neutra, que vamos a examinar inmediatamente. Puede suceder que la sombra observada por Hirst y Russell sea un eclipse del Sol, con relación a la Luna, causado por una bruma cósmica de

algún tipo o por un enjambre de meteoros en apretadas filas, o por la descarga gaseosa de un cohete. Por lo que a mí respecta, creo que toda sombra imprecisa es función de una intervención imprecisa, y que una sombra tan densa como la sombra de la Tierra debe ser proyectada por un cuerpo más denso que las brumas o los enjambres; y la información crucial subsiste: «una sombra tan oscura como la de la Tierra durante un eclipse de Luna».

Aunque no siempre haya manifestado para con ellos una paciencia deseable, creo que los astrónomos primitivos realizaron en su tiempo muy buenos trabajos, principalmente para apaciguar los temores terrestres. Puede creerse, a veces, que toda ciencia no es más que el equivalente de un trapo rojo para un toro o para un antisocialista; es inexacto. Para mí representa más bien lo que una escasa comida representa para un toro o para un antisocialista. No me opongo a lo científico, sino a lo insuficiente. Creo que el mal es un estado negativo, por el cual designamos el estado de discordia, fealdad, desorganización, inconsistencia o injusticia, determinado con lo intermediario, no por los estándares reales, sino por más altas aproximaciones a la armonía, a la belleza, a la organización, a la consistencia o a la justicia. Los astrónomos han actuado ferozmente en el pasado, han tenido feliz influencia en los negocios. Es malo para el comercio que una oscuridad intensa se abata sobre una comunidad tomada por sorpresa y aterrorice a los eventuales compradores. Pero si todo oscurecimiento puede ser predicho y se produce en el tiempo señalado, ningún presunto comprador volverá a su casa, lleno de pánico, para meter su dinero a buen recaudo.

De un modo general, se considera que los astrónomos han sistematizado casi todos los datos de los eclipses, es decir, que han incluido algunos y olvidado otros. Han tenido éxito, han actuado bien, pero actualmente se alejan de la armonía, y soy yo quien está en armonía con una Nueva Dominante, el espíritu de una nueva era en la que el Exclusionismo quedará proscrito, al tener en mi poder numerosos datos de oscurecimientos producidos no solo sobre la Luna, sino también sobre la Tierra, y datos tan reveladores de vastos cuerpos interpuestos como puedan serlo los eclipses previstos por anticipado.

Miren al cielo. Parece increíble que a la misma distancia de la Luna puede existir un cuerpo sólido e invisible, del mismo tamaño que la Luna. Miren la Luna cuando solo es visible en su cuarto creciente. Tendrán tendencia a reconstruirla en su mente, pero su parte oscura parecerá tan vacía y del mismo azul que el resto del cielo. Habrá delante de sus ojos una vasta zona de sustancia

sólida, pero permanecerá indiscernible en aquel momento preciso.

En mis lecciones sobre las bellezas de la modestia y de la humildad, he reconstruido algunas arrogancias básicas: la cola de un pavo real, la cornamenta de un ciervo, los dólares de un capitalista, los eclipses de los astrónomos. Aunque no reclame tal misión, me estoy preparando para citar centenares de casos en los que los informes de eclipses se han refugiado tras las menciones de «tiempo cubierto» o «condiciones de visión desfavorables».

«Sorprendentes acontecimientos notables³⁶⁶ en el curso de un eclipse total de Luna, el 19 de marzo de 1848».

Una carta de Mr. Forster, de Brujas, declara que, en el momento del eclipse precipitado, la Luna brilló tres veces más de lo que es usual para un disco lunar eclipsado. El cónsul inglés de Gante, que no sabía nada del eclipse previsto, escribió para señalar el color «rojo sangre» de la Luna. Otro astrónomo, Walkey, observó en Clyst St. Lawrence que la Luna se tornó «magníficamente iluminada, más bien teñida de un rojo intenso. La Luna estaba tan perfectamente iluminada como si no hubiera habido el menor eclipse».

Se dijo que una aurora boreal, ocurrida al mismo tiempo, había podido ser la causa de dicha iluminación, pero jamás se ha observado que una aurora boreal pueda tener efectos sobre la Luna.

Otra observación de Scott, en el Antártico, cobra todo valor si se sabe que un eclipse de los nueve décimos de la totalidad produce el mayor efecto, incluso en tiempo cubierto. «Quizá hubo un eclipse de Sol el 21 de septiembre de 1903, como estaba previsto —escribió Scott—,³⁶⁷ pero ninguno de nosotros se arriesgaría a jurarlo». Se trataba de un eclipse de nueve décimos de la totalidad, el tiempo estaba cubierto.

Así, no solamente se han producido algunos eclipses no reconocidos por los astrónomos, sino que el intermediarismo y el impositivismo se han introducido hasta en el mismo curso de los eclipses oficiales.

Y paso a mis eclipses irregulares: en *Notes and Queries* se encuentran varias alusiones a intensos oscurecimientos ocurridos sobre la Tierra, en idénticas condiciones a las de un eclipse, pero sin ninguna referencia a un cuerpo conocido susceptible de eclipsar a otro.

Si, en el siglo XIX, alguien hubiera osado hacer alusión a eso, se hubiera atraído los lanzazos del ridículo, la huida de su editor, el desprecio de sus amigos y de su familia, un motivo suficiente de divorcio. En Holanda, en pleno día, se

produjo una oscuridad tan intensa y tan terrorífica que varias personas, presas de pánico, se ahogaron en los canales.³⁶⁸ En Londres, el 19 de agosto de 1763, se presentó una oscuridad más impenetrable que la del eclipse de 1748.³⁶⁹ Humboldt³⁷⁰ ha confeccionado una lista impresionante de los «días negros» de la historia. El 19 de marzo de 1886, a las 3 de la tarde, una oscuridad tan total como la de la medianoche se abatió sobre Oshkosh (Wisconsin).³⁷¹ Siguió una desolación general, la gente corría en todos los sentidos por las calles, los caballos se encabritaban, las mujeres y los niños se refugiaban en las bodegas, solo las luces de gas iluminaban las imágenes y reliquias de santos. Esta oscuridad duró de 8 a 10 minutos, pasó de oeste a este, y fue seguida de una luz casi inmediata; poco después se señaló que, al oeste de Oshkosh, se había producido el mismo fenómeno: «una ola de oscuridad total» había pasado de oeste a este.

En todos los demás casos señalados, tengo la impresión de ser yo mismo eclipsado por la explicación convencional de una masa muy densa de nubes como origen del fenómeno. En Memphis (Tennessee), el 2 de diciembre de 1904, a las 10 de la mañana, una oscuridad de un cuarto de hora «provocó el pánico en algunas zonas, ya que algunos gritaban y rezaban, creyendo ver llegar el fin del mundo».³⁷² En Louisville (Kentucky), el 7 de marzo de 1911, a las 8 de la mañana, durante media hora y después de una granizada, «una intensa oscuridad y una tormenta impresionante sembraron el terror en toda la ciudad».³⁷³

En cuanto a las oscuridades extendiéndose sobre vastas regiones, se las atribuye generalmente a los incendios forestales. En el *U. S. Forest Service Bulletin*, número 117, F. G. Plummer ha confeccionado una lista de 18 oscuridades ocurridas en los Estados Unidos y en Canadá. Forma parte de los primitivos, pero su dogmatismo es sacudido a veces por las vibraciones de la Nueva Dominante. Afirma «que el humo no puede explicar por sí solo estos días oscuros de terrorífico carácter», e imagina remolinos y torbellinos aéreos, concentrando el humo de los incendios forestales. Después, en la inconsistencia o la discordia de toda cuasiinteligencia en busca de la consistencia y de la armonía, habla de la extensión de algunas oscuridades. Plummer, por supuesto, no ha pensado muy profundamente su tema, pues considero que hubiera podido aproximarse algo más a la reflexión real de otro modo que hablando primero de concentración y después de expansión, ya que 9 de estos 18 casos abarcan por completo Nueva Inglaterra. En la cuasiexistencia, todo engendra o forma parte

de su propia oposición. Toda tentativa de paz prepara el camino de la guerra, toda tentativa de justicia resulta de un modo u otro una tentativa de injusticia. Así que Plummer, con su explicación de oscuridades causadas por el humo de los incendios forestales, viene a decir que estas oscuridades «se han producido a menudo sin ninguna turbulencia del aire cerca de la superficie terrestre», es decir, sin evidencia de humo... aunque haya habido siempre, en alguna parte, un incendio forestal.

Pero, de estos 18 casos, solo hay uno que yo cuestiono. Se trata de la oscuridad ocurrida en Canadá y en el norte de los Estados Unidos, el 19 de noviembre de 1819. El suceso coincidió con luces celestes en el cielo, lluvia de una materia negra y sacudidas que parecían ser un terremoto.

En este caso concreto, el único incendio forestal disponible se produjo al sur de Ohio. Es posible que el hollín de un incendio viaje de Ohio a Montreal, es también concebible que, por un insólito reflejo, se haya percibido su relumbre en Montreal, pero los terremotos son inadmisibles en los incendios forestales. Por el contrario, vamos a verlo a continuación: la oscuridad profunda, la caída de materia celeste, las luces y las sacudidas sísmicas son fenómenos clásicos de la aproximación de otros mundos.

El 17 de abril de 1904, en Wimbledon (Inglaterra),³⁷⁴ una oscuridad procedente de una región desprovista de humo, sin lluvia ni rayos, duró más de 10 minutos. En las oscuridades de Gran Bretaña, se piensa inmediatamente en la niebla, pero el comandante Herschel, comentando el oscurecimiento ocurrido en Londres el 22 de enero de 1882 a las 10:30 de la mañana —a tal punto que los transeúntes podían oírse sin verse de uno a otro lado de la calle—, declaró en *Nature*:³⁷⁵ «Es obvio que la niebla no fue la causa». Charles A. Murray, enviado británico de Persia, cuenta en el *Annual Register*³⁷⁶ que el 20 de mayo de 1857 sobrevino en Bagdad «una oscuridad más intensa que la de medianoche cuando no hay ni Luna ni estrellas. Fue seguida de una luz roja y siniestra, como no he visto en ninguna parte del mundo».

Sobre estos concomitantes de los fenómenos de oscurecimiento voy ahora a capitalizar. Mi explicación será complicada y desmesurada, mi método será impresionista, pero utilizaré algunos rudimentos de sismología avanzada. Si una vasta masa sustancial, una superconstrucción, penetrara la atmósfera terrestre, aparecería algunas veces, según la luminosidad, bajo el aspecto de una nube luminosa. Me explicaré más tarde sobre la luminosidad, pero no la

incandescencia, de los objetos que penetran en la atmósfera terrestre. En torno a lo que puede surgir de los espacios interplanetarios intensamente fríos (algunas regiones, es cierto, deben ser tropicales), la humedad de la atmósfera terrestre se condensaría en una apariencia nubosa. En *Nature*,³⁷⁷ S. W. Clifton, recaudador de aduanas en Freemantle (Australia Occidental), relata que envió al Observatorio de Melbourne el informe de la aparición de una pequeña nube negra de progresión lenta, que estalló en forma de una bola de fuego del tamaño de la Luna. Un meteorito de velocidad ordinaria no podría perecerse al vapor y desaparecer, pero objetos más lentos —lentos, digamos, como un tren de mercancías— podrían fácilmente hacerlo.

Las nubes de los tornados han sido descritas tan a menudo como de apariencia sólida que acepto a veces la idea de su efectiva solidez. Normalmente, se llaman «tornados» a objetos que se deslizan a través de la atmósfera terrestre, sin contentarse con engendrar vértices de succión, sino aplastándolo todo a su paso, levantándose y descendiendo a su vez, demostrando con ello que la gravitación no está de acuerdo con la opinión de los primitivos, desde el momento en que un objeto a poca velocidad puede, en lugar de ser atraído por la Tierra, alejarse de un solo salto.

He aquí un fragmento típico de descripción:³⁷⁸ «La nube rebotó contra la Tierra como un balón (...), la nube rebotó contra el suelo, tocando la Tierra cada ochocientos a mil metros». O también este pasaje muy evocador, que ofrezco a la superbiología, rama de la ciencia avanzada que no abordaré, limitándome a lo que un término ilimitado define como «objetos»: «El tornado se retorció, saltó, remolineó como una gran serpiente verde, mostrando una hilera de brillantes dientes». Lo encuentro demasiado sensacionalista. Puede que grandes serpientes verdes se arrastren a veces por la tierra tragando algún bocado al azar en su excursión, pero se trata, como he dicho ya, de un fenómeno superbiológico.

Finley cita docenas de nubes de tornados que tienen, a mi parecer, toda la apariencia de objetos sólidos encerrados en el estuche de una nube. Pone de relieve que en el tornado de Americus (Georgia), el 18 de julio de 1881, «la nube emitía un extraño vapor de azufre». Un viento no tiene razón de ser sulfuroso, pero un objeto de origen exterior puede permitirse este capricho.

El fenómeno es descrito en la *Monthly Weather Review*³⁷⁹ como «un extraño vapor sulfuroso, ardiente, que mareaba a todos los que se le acercaban lo bastante como para respirarlo».

La explicación convencional de los tornados concebidos como efectos del viento es tan fuerte en los Estados Unidos que prefiero buscar en otros lugares el relato de un objeto que, elevándose a través de la atmósfera, desafíe a la gravitación terrestre. El 7 de diciembre de 1872, los habitantes de King's Sutton (Banbury) vieron una especie de rueda de heno atravesar el espacio, acompañada, como un meteoro, por fuego, una humareda densa y un ruido de ferrocarril.³⁸⁰ «Estaba tan pronto muy alto como muy próxima al suelo». El efecto fue el de un tornado: árboles y muros abatidos. El objeto desapareció «de golpe».

Hay naturalmente objetos más pequeños, trenes descarrilados y grandes serpientes verdes, pero pienso que los grandes cuerpos opacos que se aproximan a la Tierra son luminosos, rodeados de nubes, y tiemblan tan fuertemente que afectan a la misma Tierra. Sigue entonces una caída de materias surgidas de este mundo y un levantamiento de materia terrestre hacia el mundo que se aproxima, o un intercambio de materias, conocido en sismología avanzada con el nombre de «celestiometátesis».

En el caso de que a alguien se le metiera en la cabeza que yo niego incondicionalmente toda gravitación, puntualizo que si las materias de otro mundo, llenando nuestro cielo terrestre, hemisférica o localmente, se vieran atraídas al suelo, sería de hecho imaginable que el conjunto terminara un día por caer a su vez; pero será necesario mucho tiempo antes de distinguir Long Island de la Florida. Hemos tenido datos de peces caídos de este supermar de los Sargazos, tan respetable y estabilizado que casi lo habíamos olvidado. Tendremos a continuación datos de peces caídos durante los seísmos. Sostengo que fueron arrancados de estanques u otros mundos sacudidos en el momento de su paso a algunos kilómetros de esta Tierra, justo cuando otro planeta sacudía a su vez a la Tierra. Algunos científicos o hipnotizados me han precedido en esta tarea, en relación con la Luna. Por ejemplo, Perrey ha catalogado 15 000 relatos de terremotos relacionados en gran parte con la proximidad de la Luna, atribuyéndolos a la atracción lunar en su punto más próximo a la Tierra.³⁸¹ Teóricamente, en este punto más próximo, la Luna hace temblar la superficie terrestre. En cuanto a las lluvias de materias pretendidamente caídas de la Luna, es posible en todo momento saquear los antiguos archivos y encontrar ahí todo lo que se quiera.

Es lo que ahora voy a hacer.

Cuatro categorías de fenómenos han precedido o acompañado a los terremotos: nubes insólitas, profunda oscuridad, apariciones luminosas en el cielo, caída de sustancias denominadas comúnmente o no meteoríticas.

Ninguna de tales manifestaciones se integra en los principios de la sismología primitiva o primaria, cada una da cuenta de un cuerpo vibratorio suspendido encima de la Tierra o sobrevolándola. Para los primitivos, no existe ninguna razón por la cual las convulsiones de la superficie terrestre hayan de ir acompañadas por fenómenos inhabituales, luces u oscuridades, o caída de sustancias. Resultan irreconciliables con la noción de que estos fenómenos puedan preceder a los seísmos.

Antes de 1860, Perrey emprendió su compilación. La mayor parte de mis datos están extraídos de antiguas listas. Nada se ha publicado estos últimos años en forma ambiciosa o voluminosa. La mano restrictiva del «sistema» refrena a las ciencias modernas. *Nature*, en su correspondencia, escapa aún a este estrangulamiento protector, y la *Monthly Weather Review* constituye aún una gran mina de observaciones libres. Pero, consultando los periódicos más antiguos, he notado que sus resplandores de individualidad palidecían gradualmente, a partir de 1860, para capitular ante una organización mejor establecida. Algunos, expresando un deseo de intermediaridad o de localización de lo universal, de sí mismos, de la identidad y de la entidad, del Positivismo o de la realidad, han podido mantenerse hasta 1880, o dejar rastros hasta 1890. Después de la muerte de Richard Proctor, los volúmenes de *Knowledge* ceden raramente a lo no convencional. Observen mis múltiples referencias al *American Journal of Science* y al *Report of the British Association*: apenas son mencionados después de 1885, en esas páginas ilícitas, pero inspiradas, sin duda, por la hipnosis y por la inercia.

Hacia 1880, se produce la asfixia y el desprecio. Pero la sujeción no puede ser positiva, y numerosos excomulgados continúan insinuándose. Incluso hoy en día, algunos de los estrangulados respiran.

Algunos de mis datos han sido difíciles de hallar. Podría enumerar el relato de mis grandes trabajos y de mis fútiles tentativas para solicitar la imperceptible simpatía de un Mr. Symons. Pero, en este campo de las correspondencias sísmicas y aéreas —puesto que todo fenómeno aéreo de causa interna es tan inasociable con los seísmos, como las caídas de arena con las convulsiones de pilluelos empachados de manzanas agrias—, la evidencia es tan vasta que apenas puedo esbozar algunos detalles, comenzando por el *Catálogo de Robert Mallet*,³⁸² y

omitiendo varios casos extraordinarios anteriores al siglo XVIII.

Hubo un terremoto «precedido» por una violenta tempestad en Inglaterra, el 8 de enero de 1804; ocurrió otro «precedido» por un meteorito cegador, en Suiza, el 4 de noviembre de 1704; uno más en Florencia, el 9 de diciembre de 1731. También fue vista una «nube luminosa moviéndose a gran velocidad y desapareciendo más allá del horizonte». En Suecia, el 22 de mayo de 1732, «el aire fue atravesado por espesas brumas, a través de las cuales se percibía una cálida luminosidad. Varias semanas antes de la sacudida, se vieron en el aire globos de fuego». El 18 de octubre de 1737, cayó una lluvia de tierra en Carpentras (Francia); el 19 de marzo de 1750, se vio una nube negra en Londres; mientras que, en Slavange (Noruega), el 15 de abril de 1752, se presentó una virulenta tormenta y una extraña estrella de forma octogonal. En Augermannland, en 1752, hubo bolas de fuego surcando el cielo; numerosos meteoritos en Lisboa, el 15 de octubre de 1755; «un globo inmenso» en Suiza, el 2 de noviembre de 1761; una nube oblonga y sulfurosa en Alemania, en abril de 1767; una extraordinaria masa de vapor en Boulogne, en abril de 1780. El cielo fue oscurecido por una niebla negra en Granada, el 7 de agosto de 1804; en Palermo, el 16 de abril de 1817, se percibieron «gritos atravesando el cielo y amplias manchas oscureciendo el sol»; en Nápoles, el 22 de noviembre de 1821, fue visto «un meteoro luminoso siguiendo la misma dirección que la sacudida»; en Thuringerwald, el 29 de noviembre de 1831, una bola de fuego grande como la Luna apareció en el cielo. Después, caso tras caso, «terribles tempestades», «caída de granizo» y «brillantes meteoros».

A menos que ustedes se interesen por la Nueva Dominante, que reclama el reconocimiento de las multiplicidades externas —al igual que una Nueva Dominante vino a apuntar sobre Europa, en 1492, para el reconocimiento de una exterioridad terrestre de Europa—, no tendrán la menor afinidad hacia estos datos irreconciliables que hurtan a la mente de un Thomson como habichuelas ante la atracción de un imán.

Pero estoy lo bastante conquistado por la Nueva Dominante como para estar muy favorablemente impresionado por esta. Si un objeto luminoso se desplaza en la misma dirección que una sacudida sísmica, me parece aceptable que la sacudida haya podido seguir a este meteoro durante su paso por encima de la Tierra. Me gusta pensar que por encima de Carpentras, un mundo en miniatura, sacudido por vibraciones, haya podido transmitir dichas sacudidas a la superficie

terrestre. Pero, sobre todo, adoro los aullantes lobos que atravesaron el sol durante el terremoto de Palermo. Los mundos enamorados tienden a unirse y gritan de alegría al encontrarse.

Hay muchos más ejemplos que indican la proximidad de otros mundos durante los terremotos. Anoto algunos a continuación: sacudida sísmica y aparición simultánea de un gran meteoro luminoso;³⁸³ sacudida sísmica y cuerpos luminosos en el cielo, y caída de arena en Italia, los días 12 y 13 de febrero de 1870;³⁸⁴ meteoro luminoso, caída de piedras y temblor de tierra en Italia, el 2 de enero de 1891;³⁸⁵ algunas observaciones acerca del paso de un objeto luminoso acompañado de temblores de tierra en Connecticut, el 27 de febrero de 1883;³⁸⁶ temblor de tierra y globos luminosos en número prodigioso en Boulogne (Francia), el 7 de junio de 1779;³⁸⁷ «curiosa aparición luminosa en el cielo» durante el terremoto de Manila en 1863.³⁸⁸

La más notable caída de peces ocurrida durante el curso de una sacudida sísmica fue la de Riobamba. Humboldt dibujó uno de esos peces, una criatura fantástica. Aparecieron millares de ellos en el suelo, durante esta aterradora sacudida sísmica. Humboldt piensa que fueron arrojados por sacudidas subterráneas. Esta solución me parece tan sujeta a discusiones interminables que prefiero la otra, más simple, la de la lluvia. Pero no llego a dilucidar si se trataba de un gran lago, arrancado con todos sus peces del seno de otro mundo, o de un lago del supermar de los Sargazos, despedazado entre los mundos y atraído a la Tierra.

El 16 de febrero de 1861³⁸⁹ hubo un terremoto en Singapur; después, un verdadero diluvio, y cayó tanta agua como la que contendría un lago de respetables dimensiones. El agua cayó a torrentes durante más de 3 días y, en los charcos de agua, se encontró gran número de peces, que los indígenas afirmaron haber visto caer del cielo. M. de Castelnau presentó un informe sobre el incidente a la Academia de Ciencias, en él hacía mención de haber señalado en otra ocasión la aparición de una nueva especie de peces en el cabo de Buena Esperanza, después de una sacudida sísmica.

Sin embargo, para dar el lustre apropiado a la nueva ortodoxia, quiero citar un caso en el que estaban combinados todos estos fenómenos y en el que más de uno indica, a mi parecer, la proximidad de otro mundo en el curso de un terremoto.

En el Canadian Institute Proceedings,³⁹⁰ el comisario delegado de

Dhurmsalla cuenta una extraña combinación de acontecimientos ocurridos al tiempo del extraordinario meteorito de Dhurmsalla, recubierto de hielo. Algunos meses después de aquella lluvia, se produjo otra de peces vivos en Benares, una lluvia de sustancia roja en Furruckabad, una mancha sobre el disco solar, un sismo, «una inusitada oscuridad de larga duración» y una aparición luminosa en el cielo, parecida a una aurora boreal.

Y, como apoteosis, un nuevo orden de fenómeno: visitantes.

El comisario delegado escribió que la tarde siguiente a la caída del meteorito de Dhurmsalla, percibió luces, algunas de las cuales estaban muy próximas al suelo, apagándose y volviéndose a encender. Era el 28 de julio de 1860 y, sin embargo, este testigo declaró que las luces «no eran ni linternas ni fogatas, sino verdaderos resplandores celestes». Tengo una idea al respecto: intrusos invadiendo el territorio legal de alguien o de algo, agentes secretos o emisarios manteniendo una entrevista con algunos habitantes esotéricos de Dhurmsalla, exploradores venidos para una breve visita.

Otro mundo se acerca al nuestro, provoca sacudidas sísmicas, aprovechándose de la proximidad para enviar un mensaje que, destinado a un habitante de la India, cae tal vez en Inglaterra, y deja marcas semejantes a aquellas de la tradición china (huellas de cascos en el suelo) en una playa de Cornualles.

Después del intenso temblor³⁹¹ del 15 de julio de 1757, se descubrió en las arenas de Penzance (Cornualles), sobre unos 100 kilómetros cuadrados, huellas llamadas de cascos, pero no en forma de herradura, de hecho, pequeños conos con base de idéntico diámetro. En la cúspide de estos conos se hallaron pequeñas manchas oscuras como provocadas por fugas de gas; de una de estas formaciones al menos, se elevó un chorro de agua tan grueso como un puño humano. Sé que las sacudidas sísmicas provocan, a veces, el surgimiento de fuentes, pero sospecho más bien que el Negativo Absoluto me ha forzado a incluir este dato, habida cuenta de sus desórdenes.

Otro capricho del Negativo Absoluto: pese a que haya introducido, hace algunas páginas, el principio de la celestiometátesis, no he podido reunir datos convincentes sobre los intercambios de sustancias resultantes de la proximidad de uno y otro mundo.

Hay casos de lluvia, pero ninguno de traslación hacia lo alto. Muchos objetos

son proyectados en el aire a consecuencia de un terremoto, pero jamás he oído hablar de un árbol, de un pez, de un ladrillo o de un hombre que se haya elevado hacia el cielo sin volver a caer. El clásico caso del caballo y de la granja fue atribuido, recuérdelo, a una tromba. Se dice que, en el curso de una sacudida sísmica, en Calabria, fueron proyectados guijarros en el aire. No se dice claramente que volvieran a caer al suelo, pero supongo que fue lo que ocurrió. Humboldt relata que, durante las sacudidas de Riobamba, «varios cadáveres fueron arrancados de sus tumbas», y que «el movimiento vertical fue tan fuerte que algunos cuerpos fueron proyectados a más de treinta metros del suelo». Explico estas lagunas por el hecho de que, en medio de tanta violencia natural desencadenada, los observadores tuvieron, sin duda, otras muchas cosas que hacer para notar si lo que había ascendido al cielo había vuelto a descender.

Se cuenta que la avenida de Lisboa se hundió. Multitudes enteras se precipitaron a las avenidas para encontrar refugio en ellas.

La ciudad de Lisboa se había hundido en una profunda oscuridad. La avenida y sus ocupantes desaparecieron bruscamente. Si se hundieron en el mar, es curioso que no se haya visto jamás ningún cuerpo, ningún retazo de tela de sus vestidos; ni una sola placa del pavimento o la más pequeña astilla emergieron nuevamente a la superficie.

364 *Popular Science*, 34, 158.

365 *Observatory*, 2, 374.

366 *Monthly Notices of the R.A.S.*, 8, 132.

367 *Voyage of the Discovery*, 2, 215.

368 *Notes and Queries*, 2, 4, 139.

369 *Gentleman's Magazine*, 33, 414.

370 *Cosmos*, 1, 120.

371 *Monthly Weather Review*, (marzo, 1886), 79.

372 *Monthly Weather Review*, 32, 522.

373 *Monthly Weather Review*, 39, 345.

374 *Symons's Met. Mag.*, 39, 69.

375 *Nature*, 25, 289.

376 *Annual Register*, (1857), 132.

377 *Nature*, 20, 121.

- 378 Finley, *Reports on the Character of 600 Tornadoes*.
- 379 *Monthly Weather Review*, (julio, 1881).
- 380 *Nature*, 7, 112, citando al *Birmingham Morning News*.
- 381 *Proc. Roy. Soc. of Cornwall*, (1845).
- 382 *Rept. Brit. Assoc.*, (1852).
- 383 *Quar. Jour. Roy. Inst.*, 5, 132.
- 384 *La Science Pour Tous*, 15, 159.
- 385 *L'Astronomie*, (1891), 154.
- 386 *Monthly Weather Review*, (febrero, 1883).
- 387 Sestier, *La Foudre*, 1, 169.
- 388 Ponton, *Earthquakes*, 124.
- 389 *La Science Pour Tous*, 6, 191.
- 390 *Canadian Institute Proceedings*, 2, 7, 198.
- 391 *Phil. Trans.*, 50, 500.

La Nueva Dominante.

Es todo lo que «primariamente» se opone al Exclusionismo.

El progreso y la evolución son tentativas de Positivismo, mecanismos mediante los cuales se reclutan existencias positivas. Lo que se llama «existencia» es un vientre de infinitud, no es más que una incubadora. Eventualmente, todas las tentativas son abortadas por los excluidos. Subjetivamente, esta propensión al fracaso es ayudada por nuestro propio sentido de las falsas y estrechas limitaciones. Es así como los artistas clásicos y académicos crearon telas positivistas, y expresaron el único ideal del que me percato, pese a que los ideales de las distintas manifestaciones, artísticas, científicas, teológicas o políticas, sean consideradas a menudo como el único ideal. Buscaban satisfacer, en su aspecto artístico, la sed cósmica de unidad que se llama a veces «armonía» o «belleza». Buscaban, por la práctica de la omisión, alcanzar lo completo, lo homogéneo. Pero los efectos luminosos que habían desdeñado y su estrecha sumisión al concepto estandarizado condujeron a la evolución impresionista. Asimismo, los puritanos intentaron sistematizar y omitir sus necesidades físicas, sus vicios, sus ocios. Fueron derribados desde el momento en que su estrechez se hizo demasiado intolerable. Todas las cosas tienden por sí mismas, o por los cuasisistemas de los que forman parte, a lo positivo. El formalismo y las matemáticas, lo regular y lo uniforme, son aspectos del estado positivista, pero lo positivo es lo universal, de modo que toda tentativa de Positivismo, que parece complacerse en los aspectos del formalismo y de la regularidad, se descalifica, tarde o temprano, a los ojos de la amplitud del espíritu y de la universalidad. He aquí por qué hoy día existe una revolución contra la ciencia, por qué las proposiciones formuladas, que la última generación tomaba por verdades absolutas, se revelan insuficientes.

Todas las declaraciones que se oponen a mis convicciones personales se han revelado como poseedoras de la misma composición de un cuadro académico, es decir, de un objeto arbitrariamente separado de toda relación con lo que le rodea, encuadrado en todos los datos inocuos y saturado de total indiferencia. He

querido guiar, no solo a los incluidos, sino también a los excluidos, hacia mayores expresiones. Acepto, sin embargo, que pueda haber datos impronunciados en la cuasiexistencia, en la cual el hecho de pensar supone el de incluir, pero también el de excluir y el de no ser definitivo. Si admito que pueda haber un dato irreconciliable para cada una de las opiniones que acabo de expresar, es porque soy intermediarista y no positivista. Ni siquiera soy un positivista superior. Quizá algún día sistematizaré, dogmatizaré y rehusaré pensar en todo lo que se me podrá acusar de haber desdeñado. Quizá algún día creeré, en lugar de aceptar. Entonces seré, en un sistema más amplio, que no tolerará inconciliables, un positivista superior. Pero no lo soy, mientras me contento solamente con admitir. Pienso de todos modos que la Nueva Dominante, aunque la haya enfocado como una nueva forma de esclavitud, será el meollo de un Positivismo superior, que nos permitirá elevarnos a la infinitud de un nuevo grupo de estrellas fijas, hasta que se debilite, a su vez, cediendo el paso a un nuevo modo de engendrar lo absoluto. Digo que todos los astrónomos contemporáneos han perdido su alma, o su más pequeña oportunidad de alcanzar la entidad, pero que Copérnico, Kepler, Galileo, Newton, y tal vez Le Verrier son, actualmente, estrellas fijas. Un día intentaré identificarlos. Soy, por encima de todo, una especie de Moisés, pues muestro con el dedo la Tierra Prometida, pero, a menos que cure de mi intermediarismo, no figuraré jamás en la *Monthly Notices*.

Digo que las Dominantes, en la corriente de su sucesión, desplazan a las Dominantes precedentes, no solamente por su mayor cociente de Positivismo, sino también porque las Antiguas Dominantes han cesado de ser medios de reclutamiento. Digo que la Nueva Dominante de las inclusiones más vastas se manifiesta actualmente a través del mundo entero, y que el antiguo Exclusionismo se disgrega en todas partes. En física, por ejemplo, el Exclusionismo se disgrega en el curso de sus investigaciones sobre el radio, de sus especulaciones sobre los electrones, de su fusión con la metafísica, y por la desertión de personas como Gurney, Crookes, Wallace, Flammarion, Lodge, hacia fenómenos antiguamente rechazados que no se atribuyen ya al «espiritismo», sino a la «investigación psíquica». La biología es el caos, los darwinianos convencionales se mezclan con los mutacionistas, los ontogenésicos y los discípulos de Wisemann levantan a Darwin de sus seudobases, pero intentan reconciliar su herejía con la ortodoxia. La caída del Exclusionismo en

China, Japón y en los Estados Unidos ha sorprendido a la historia. La ciencia de la astronomía da traspiés poco a poco, pese a que Pickering, por ejemplo, haya especulado acerca de un planeta transneptuniano y Lowell haya intentado aceptar conceptos heréticos sobre las marcas de Marte. Entonces, la atención se lleva con minuciosidad sobre detalles técnicos como las variaciones de las sombras del cuarto satélite jupiteriano. Creo que, en general, el exceso de refinamiento indica una decadencia.

Pienso que la fortaleza del inclusionismo está constituida hoy en día por la aeronáutica. La fortaleza de la Antigua Dominante, cuando era nueva, fue sin duda la invención de descubrir si hay o no vastos campos de hielo aéreos y lagos esculpidos, las sustancias negras y las toneladas de materia vegetal y de carne, que podría ser de dragón; si hay rutas comerciales interplanetarias y vastas regiones devastadas por supertarmelanes; si hay, en fin, visitantes en la Tierra que puedan ser perseguidos, capturados e interrogados.

Me he dedicado afanosamente a hacer una investigación acerca de las caídas de pájaros, sin sentirme enteramente satisfecho por mis pobres resultados. Tal vez insisto demasiado en mi gasto de energías, porque un ataque verosímil de mi actitud de aceptación consistiría en subentender que, para aceptar tan fácilmente, debiera estar dotado de un interés muy languideciente y de una pereza a toda prueba. Tentativa frustrada: soy extremadamente industrioso. Sugiero a algunos de mis discípulos que analicen los mensajes de palomas mensajeras, atribuidos a propietarios terrestres y reputados como indescifrables. Yo lo haría por mí mismo si no temiera ser egoísta. Este toque intermediarista me alejará del firmamento, es decir, del Positivismo; ¿no es acaso puro egoísmo? Pero, en la época de la expedición polar de Andrée, las palomas fueron a menudo objeto de una publicidad muy desacostumbrada.

En *Zoologist*, un artículo relata que un ave cayó al suelo con el cráneo fracturado. Especulación interesante, pero ¿contra qué objeto sólido, a tal altitud, podía haber chocado este pájaro?

Los días 16 y 17 de octubre de 1846 se produjo en Francia una terrible lluvia roja. Se creyó entonces, debido al violento temporal, que se trataba de materia terrestre precipitada,³⁹² pero a continuación se le descubrió un carácter extrañamente sangriento.³⁹³ Finalmente, dos análisis revelaron la presencia de una gran cantidad de corpúsculos³⁹⁴ y de un 35 % de materia orgánica. Quizá se había matado en alguna parte a un dragón interplanetario, o tal vez este fluido rojo, enviscado de corpúsculos, procedía de un ser desagradable de contemplar y del tamaño de los montes Catskill. Pero con esta sustancia cayeron en Lyon, en Grenoble y en otras partes, golondrinas, codornices, patos y gallinetas de agua, algunas de ellas vivas.

Tengo numerosas notas sobre pájaros exhaustos cayendo del cielo después de alguna tormenta, pero es esta lluvia roja la que convierte en extraordinaria la caída de pájaros citada antes. He aquí un caso sin ningún paralelo, a una respetable distancia de cualquier tormenta conocida, hasta tal punto que imagino demasiado: a finales del verano de 1896, una expedición de caza interplanetaria,

una expedición de supersabios planeando sobre la Tierra y soltando una draga enorme, ¿qué atraparían a semejantes alturas? Durante el verano de 1896, en las calles de Baton Rouge (Louisiana), cayeron de un cielo limpio centenares de pájaros muertos: patos salvajes, pájaros carpinteros y «pájaros de extraño plumaje» que se parecían a canarios. «Se había producido una tormenta en las costas de Florida».³⁹⁵

A menos que hubiera una repulsión psicoquímica para esta explicación, el lector experimentará una pasajera sorpresa al conocer que pájaros muertos en Florida puedan caer de un cielo limpio en Louisiana. Después, su intelecto, engrasado como el plumaje de un pato salvaje, dejará resbalar este dato. Nuestros relucientes y grasosos cerebros servirán tal vez algún día para algo. Otros modos de existencia les atribuirán quizá un cierto valor lubricante. Se nos cazarán, será enviada una expedición a la Tierra, y nuestros periódicos señalarán un tornado. Si desde una tormenta en Florida pueden caer centenares de pájaros en Louisiana, concibo convencionalmente la caída de objetos más pesados en Alabama, y otros aún más pesados cerca del lugar de origen, es decir, en Florida. Los servicios meteorológicos no señalaron nada parecido. Ocurre lo mismo con los investigadores más serios de los fenómenos psíquicos, estos niegan la comunicación mediúmnica o identifican estos datos como «pura telepatía». Los más curiosos de clarividencia son «pura telepatía», y, al término de cierto tiempo, el lector acepta la idea de telepatía, que al principio le resultaba intolerable.

Quizá, en 1896, una superred rastrilló la atmósfera terrestre, lo que rompió después sus mallas. Quizá los pájaros de Baton Rouge venían solamente del supermar de los Sargazos.

Nada queda jamás establecido, ni jamás resuelto, en un sentido real, si no hay nada en un sentido real en el universo total.

Supongamos que una tormenta en Florida ha podido precipitar algunos pájaros en el supermar de los Sargazos, que tiene sus regiones glaciales y sus regiones tropicales. Precipitados en una región glacial, los pájaros se apretaron los unos contra los otros y murieron. Después, un meteoro, un barco, una bicicleta o un dragón los desalojaron.

Lo mismo que las hojas de los árboles, levantadas por los torbellinos, han podido vegetar en el supermar de los Sargazos durante varios años, siglos o meses, para volver a caer un día en una época desfavorable a las hojas muertas.

Igualmente, los peces han muerto allí, desecados, o han vivido en los volúmenes de agua aérea para volver a caer después en forma de chaparrones.

Los astrónomos no me tendrán demasiada simpatía y tampoco he hecho nada por hacerme simpático a los meteorólogos. Pero soy un débil agente intermediarista, pronto a caer en la sensiblería. He intentado a menudo conciliarme con los aeronautas. Hay en las alturas cosas extraordinarias, cosas por las cuales los conservadores de museos abandonarían toda esperanza de convertirse en estrellas fijas, abandonados por obra y gracia de los torbellinos, remontándose incluso a los tiempos de los faraones. Elías puede que no subiera al cielo en un carro de fuego y no haya sido, después de todo, el planeta Vega; queda, tal vez, una rueda para testimoniar su desaparición. Sugiero que esta rueda nos serviría de mucha ayuda, a condición de que fuera vendida antes de la proliferación de miles de copias vulgares.

Levanto el dedo índice para llamar la atención de todos los aeronautas. El 27 de julio de 1875 cayeron del cielo montones de heno húmedo en Monkstown (Irlanda).³⁹⁶ En el *Dublin Daily Express*, el doctor J.W. Moore explicó rápidamente que se produjo un torbellino que coincidía con el prodigio al sur mismo de Monkstown. Pero, según el *Scientific American*, una caída idéntica sobrevino 2 días antes en Wrexham (Inglaterra).

En noviembre de 1918, estudié la caída de objetos ligeros por el aire. Hubiera podido emplear mi tiempo más seriamente, pero, créanlo o no, estudié la caída de hojas de papel lanzadas desde lo alto de elevados edificios. Permanecían en el aire bastante tiempo, incluso, algunas, unos minutos.

El 20 de abril de 1869,³⁹⁷ en Autriche (Francia), durante 10 minutos, una enorme segregación de hojas muertas cayó del cielo en un día de calma.

Flammarion, en *L'Atmosphère*,³⁹⁸ cuenta el acontecimiento; encuentra una tormenta en los alrededores, pero que data del 3 de abril. ¿Cómo podrían permanecer esas hojas juntas en la atmósfera durante una semana? Hay dos improbabilidades contra solo una por mi parte: ¿dichas hojas pudieron ser levantadas 6 meses antes, cuando estaban juntas en el suelo, para permanecer después suspendidas en una región de gravedad inerte, antes de ser precipitadas por las lluvias de abril? No hay un solo caso de caída de hojas en octubre o noviembre, estación en la que se esperarí de buen grado el verlas caer.

El 19 de abril de 1889,³⁹⁹ hojas secas de encina, de olmo y de otros árboles cayeron durante un cuarto de hora en tiempo tranquilo. Fue tremendo. Se

calculó que la caída duró 5 minutos, pero, a juzgar por la cantidad recogida, la opinión del redactor es que al menos necesitaron media hora para caer.

Creo que el géiser de cadáveres de Riomba debió ser un espectáculo extraordinario. Este tema me complacería mucho, si yo fuera pintor. Pero dicho carácter de hojas muertas es, también, un estudio de los ritmos mortuorios. En este día sin viento, la superficie del Loira estaba «absolutamente llana», pero recubierta de hojas hasta donde alcanza la vista.

En *L'Astronomie*,⁴⁰⁰ el 7 de abril de 1894, se cuenta otra caída prodigiosa de hojas muertas que tuvo lugar en Clairvaux y Outre-Aube, en Francia, durante una media hora; después, ocurrió una tercera en Pontcarré, el 11 del mismo mes. El redactor (Flammarion) explica que estas hojas debieron ser recogidas por un ciclón, y que este, al perder su fuerza, dejó caer primero las hojas más pesadas. Tal explicación resultaba suficiente en 1894, pero hoy en día somos mucho más exigentes, queremos saber cómo un viento insuficiente para sostener algunas hojas en el aire pudo sostener otras durante 4 días.

El factor principal es el desplazamiento de estación, no para las hojas muertas, sino para un número prodigioso de hojas muertas, localizadas en Francia. El factor de localización es importante porque, aparte de estos dos sucesos, no tengo más notas sobre este tipo de lluvias.

Eso nos indica el supermar de los Sargazos. Hace olas cuasipermanentes y se inclina en ondulaciones pronunciadas sobre Francia. Esta idea me inspira a creer que hay quizá un mundo complementario al nuestro, en el que el otoño se produce durante nuestra primavera. Dejo esta idea a mis discípulos. Un día enloqueceré de supergeografía y me sentiré culpable de los mapas aéreos. Pienso, por el momento, que el supermar de los Sargazos es un cinturón oblicuo de ramificaciones cambiantes, por encima de Gran Bretaña, Francia, Italia y la India. No tengo una idea demasiado clara sobre los Estados Unidos, pero no puedo dejar de pensar más que en los Estados del Sur.

Pienso haber apoyado y reforzado lo suficiente, hasta ahora, mi noción del supermar de los Sargazos. Me otorgo el derecho de negar en otro libro la existencia de este supermar y de descubrir que todos mis datos se relacionan con un mundo complementario, o aún de admitir que la Luna no está más que a 40 kilómetros de la Tierra. Por el momento, el supermar de los Sargazos actúa lo suficientemente bien como para constituir el núcleo alrededor del cual puedo acumular mis datos antiexclusivistas, ya que mi esbozo, por ahora, se limita a

combatir el Exclusionismo.

En la provincia de Macerata, en Italia,⁴⁰¹ durante el verano de 1897, un número increíble de pequeñas nubes de color sangre recubrió el cielo. Una hora después estalló una tormenta, y miríadas de semillas cayeron al suelo. Se las identificó como el producto de un árbol existente solamente en las Antillas y África Central. Si dichas semillas, convencionalmente hablando, se hubieran hallado muy alto en el aire, se debería admitir que habían evolucionado en regiones frías. Pero afirmo que, por el contrario, debieron permanecer en una región cálida, y esto durante demasiado tiempo para que se pueda atribuir el fenómeno a una suspensión por el viento. «Se dice que un gran número de estas semillas había alcanzado el primer estadio de germinación».

392 *Comptes Rendus*, 23, 832.

393 *Comptes Rendus*, 24, 625.

394 *Comptes Rendus*, 24, 812.

395 *Monthly Weather Review*, (mayo, 1917), citando la correspondencia del *Philadelphia Times*.

396 *Scientific American*, 33, 197.

397 *Cosmos*, 3, 4, 574.

398 *L'Atmosphère*, 412.

399 *La Nature*, 2, (1889), 94.

400 *L'Astronomie*, (1894), 194.

401 *Notes and Queries*, 8, 12, 228.

El nuevo espíritu dominante es el Inclusionismo, y este es considerado un seudoestándar.

Interpreto todo dato en concordancia con este seudoestándar. No tengo, por el momento, los delirios de absolutismo que han otorgado tal vez algunos positivistas del siglo XIX a un paraíso cualquiera. Soy agente intermediarista, pero sospecho, pese a todo, que un día me solidificaré, me desliberalizaré dentro de un Positivismo superior. Por el momento no busco identificar los hechos de lo absurdo o de lo razonable, porque por «absurdidad» o «razón» entiendo el beneplácito o disgusto hacia un estándar que debe ser una ilusión, y que un día puede ser desplazado por una cuasiilusión de naturaleza más avanzada. Los científicos del pasado tomaron una actitud positivista: ¿resultaba razonable o fuera de razón? Analícenlos, y descubrirán que se pronunciaban según criterios newtonianos, el daltonismo o el lyellismo, pero se expresaban como si supieran realmente discernir lo razonable de lo irrazonable.

Mi seudocriterio es, pues, el Inclusionismo. Si un dato se adapta a una visión más ampliamente inclusiva en cuanto a la Tierra, su armonía con el Inclusionismo la admite sin problemas. El proceso era el mismo en la Antigua Dominante, la única diferencia reside en el intermediarismo subyacente, en la conciencia de que, aun estando más cercanos a lo real, nosotros y nuestros estándares no somos más que cuasiexistentes. Todo, en nuestro estado intermediario, es el fantasma de un superespíritu hundido en un estado de sueño, pero intentando despertar a la realidad.

Y mi intermediarismo particular tiene ocasión de estar insatisfecho. Pienso que, en el caso de un espíritu en sueño, el despertar será acelerado si los fantasmas de este espíritu conocen su identidad de fantasmas oníricos. Parece aceptable que una mesa vista en estado de vigilia esté más cercana a lo real que una mesa de sueño que nos persiga con sus 20 patas. Y estos fantasmas, aun siendo cuasiexistentes, tienen un sentido muy relativo, la esencia de lo que se denomina «realidad». Derivan de la experiencia, incluso a través de las distorsiones más grotescas.

Por dichas razones, en el siglo XX, tal cambio de términos y de conciencia subyacente identifica nuestra actitud hacia la Nueva Dominante, la cual es la misma que tenían los científicos del siglo XIX hacia la Antigua Dominante. No insisto, porque mis datos y mis interpretaciones parecen tan chocantes, grotescos, ridículos, malignos, infantiles, hipócritas, risibles o ignorantes a los científicos del siglo XIX como sus propios datos e interpretaciones pudieron parecerlo a los espíritus medievales. Pregunto solamente si estos datos y estas interpretaciones están en correlación, en cuyo caso son aceptables, temporalmente tal vez, como estructuras o croquis preliminares.

Más tarde, cuando nos enfriemos y radiemos al espacio la mayor parte de nuestra movilidad presente, que se expresa en modestia y plasticidad, rehusaré toda estructura y todo croquis preliminar para pensar en los hechos absolutos. En general, lo espiritual se sitúa por debajo de lo material, pero estimo que la cuasiexistencia es un medio para materializar todo aquello que es completamente inmaterial y, siendo intermediaria, realiza un estado en el cual nada es definitivamente material o inmaterial, y donde todos los objetos, sustancias y pensamientos ocupan un grado de aproximación de un lado o del otro. La solidificación final de lo etéreo me parece ser la cima de la ambición cósmica. El Positivismo es puro puritanismo. El calor es maligno, el bien es frigidez absoluta. Un invierno ártico es magnífico, pero creo que las conversaciones de simios en un palmar se acomodan mejor a nuestro intermediarismo.

Sobre los visitantes.

Mi confusión en este tema es tan grande como antes, ya que no tengo ilusión de la homogeneidad. Un positivista reuniría todos los datos que parecen relacionarse a un único género de visitantes, prescindiendo fríamente de todos los demás. Creo que hay tantos géneros distintos de visitantes extraterrestres como de visitantes en New York, en una prisión o en una iglesia; por ejemplo, en una iglesia hay también rateros.

Creo que un mundo o una vasta superconstrucción ha sobrevolado la India durante el verano de 1860. Puesto que «algo» cayó el 17 de julio de este mismo año en Dhurmsalla. Sea lo que sea que este «algo» haya podido realmente ser, ha sido designado a menudo bajo el nombre de «meteorito», por lo que me doy cuenta de haber adoptado esa misma convención. Pero Syed Abdoolah, profesor de indostaní en la Universidad de Londres, escribió en el *London Times*⁴⁰² que las

piedras caídas «eran de formas y tamaños muy diversos, y algunas se parecían mucho a balas de cañón ordinarias después de ser usadas». Se trataba, pues, de objetos esféricos de metal. La misma tarde, Dhurmsalla observó cuidadosamente algo y le expidió, en medio de resplandores llameantes, objetos recubiertos de marcas indescifrables. Y pienso en seres y objetos que debieron resistir a su deseo de aterrizar, al igual que los aeronautas, a una cierta altitud; deben resistir al deseo de ascender más arriba.

Tal especulación no contradice en absoluto, salvo para los positivistas, mi idea de algún otro mundo que intenta establecer comunicación con algunos terrestres esotéricos gracias a un código de símbolos impresos en la roca. Pero, para la mayor parte de mis datos, pienso en superobjetos que atraviesan el cielo sin manifestar mayor interés por la Tierra que el que los pasajeros de un transatlántico manifiestan por las profundidades oceánicas.

Algunos pueden, ciertamente, pensar mucho en este tema, pero también ver prohibida toda exploración por las necesidades comerciales del horario. Finalmente, puede haber pruebas de tentativas supercientíficas para investigar los fenómenos terrestres, tal vez organizadas por seres tan lejanos que desconocen incluso si alguien tiene derechos legales sobre el planeta.

En el *Observatory*⁴⁰³ se cita que, de acuerdo con un periódico, el 6 de marzo de 1912, los habitantes de Warmley (Inglaterra) se vieron sorprendidos por lo que creyeron era «un aeroplano espléndidamente iluminado sobrevolando la ciudad». Avanzaba a toda velocidad en dirección de Bath a Gloucester. Se trataba, dijo el redactor, de una gran bola de fuego con tres cabezas. «Es preciso —dijo— estar preparado para todo en nuestros días...».

Un corresponsal de *Nature*⁴⁰⁴ en el condado de Wicklow (Irlanda) vio, a las 6 de la tarde, un objeto triangular atravesando el cielo. Era de color oro amarillento, se parecía a la Luna en su creciente de tres cuartos, y, evolucionando lentamente, tardó 5 minutos en desaparecer tras una montaña. El redactor de la publicación estima que debía tratarse de un globo que había escapado.

En *Nature*,⁴⁰⁵ el meteorólogo F. F. Payne vio, en Canadá, un gran objeto en forma de pera atravesando el cielo. Al principio lo tomó por un globo, ya que «su contorno estaba claramente definido; pero, no viendo canastilla, concluí que debía tratarse de una forma curiosa de nube». En 6 minutos, el objeto se hizo más opaco, sin duda, por efectos de la distancia, «ya que la masa se hizo cada vez menos densa y después desapareció». No había ninguna formación ciclónica en

los alrededores.

El 8 de julio de 1898,⁴⁰⁶ un corresponsal de la revista vio, en Kiel, un objeto celeste enrojecido por el sol, grande como un arcoíris, a una altura de 12 grados: «estuvo brillando durante 5 minutos, después se esfumó rápidamente, permaneció de nuevo casi estacionario y finalmente desapareció. Todo este espectáculo duró 8 minutos».

En una existencia intermediaria, las cuasipersonas no pueden formular juicios, ya que cualquier cosa es su propio opuesto. Si 100 dólares por semana son el nivel de lujo para algunos, pueden representar la pobreza para otros. He aquí 3 casos de objetos celestes observados en un espacio de 3 meses. Esta concordancia me parece notable. La ciencia se ha edificado sobre concordancias lo mismo que la mayor parte de los errores y de los fatalismos.

El Positivismo de Le Verrier me impulsa a formular instintivamente que estas 3 observaciones pueden referirse a un mismo objeto. Pero no formularé nada acerca de eso y dejaré pasar esta nueva ocasión de llegar a ser una estrella fija. Un intermediarista no sabe nada de compromisos; para él, nuestro estado es parcialmente positivo y parcialmente negativo, nada es definitivamente positivo o definitivamente negativo. Pero si el Positivismo les atrae, no se avergüencen, pues estarán en armonía con el esfuerzo cósmico, pero la continuidad los resistirá. Ser positivo es venir a ser un Napoleón Bonaparte, contra el cual el resto de la civilización se aliará tarde o temprano.

El intermediarismo reconoce nuestro estado como un cuasiestado y no impide a nadie ser positivo. Reconoce su impotencia para llegar a serlo, permanece en un estado positivo-negativo, mientras que un gran positivista aislado, sin sistema de soporte, será crucificado, obligado a pasar hambre, encarcelado o golpeado a muerte, y renacerá en el Positivo Absoluto.

Siendo yo mismo positivo-negativo, siento la atracción del polo positivo de mi estado intermediarista, e intento relacionar estos 3 datos con un solo objeto. Los periódicos aeronáuticos, el *London Times* y el *New York Times*, no mencionan ningún globo escapado durante el verano de 1898, ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos, ni en Canadá.

El 27 de agosto de 1885,⁴⁰⁷ a las 8:30 de la mañana, la señora Adelina D. Basset observó en las Bermudas «un extraño objeto que procedía del sur en medio de las nubes». Llamó a su amiga, la señora L. Lowell, y ambas vieron, no sin alarmarse, el objeto de forma triangular, parecido a una vela de bote, y del

que caían cadenas. Mostró intenciones de aterrizar, pero después se alejó por encima del mar y desapareció finalmente muy alto entre las nubes. Una potencia tal de ascensión parece excluir toda noción de un globo escapado parcialmente deshinchado.

El general Lefroy intenta dar una explicación terrestre a este fenómeno, suponiendo que sea un globo escapado de Francia o de Inglaterra, y que hubiera sobrevolado el Atlántico, y atribuyendo a una deformación la silueta triangular del objeto: «Se trataba —dijo— de un saco informe, apenas capaz de volar». Charles Harding, de la R.M.S., objeta en el *Times*⁴⁰⁸ que un globo procedente de Europa hubiera sido visto y señalado por numerosos buques, y atribuye el origen del supuesto globo a los Estados Unidos de América. Si todo el mundo manifestara tanta perseverancia como el general Lefroy demostró,⁴⁰⁹ no tendríamos que evaluar perpetuamente fragmentos de datos; rogó a uno de sus amigos, W. H. Gosling, de las Bermudas, que interrogara a las dos testigos, las señoras Basset y Lowell. Le dieron una descripción distinta de los hilos suspendidos en el aire. ¿Se trataba de un globo deshinchado arrastrando su cardumen tras él, o de una superdraga que nos hace pensar irresistiblemente en los pájaros de Baton Rouge?

Creo que se nos pesca. Quizá somos altamente estimados por los supergastrónomos de las esferas superiores. Me siento arrebatado al pensar que, después de todo, pueda ser útil para algo. Estoy seguro de que muchas redes se han introducido en nuestra atmósfera y han sido identificadas como trombas o huracanes. Creo que se nos pesca. Pero lo menciono de pasada, ya que tal idea no tiene nada que ver con el tema que trataré más tarde, a saber, las posibilidades de nuestra utilización por un modo de existencia que tuviera sobre nosotros un derecho legal.

Del *Nature*,⁴¹⁰ «nuestro corresponsal en París escribe que, en relación con el globo avistado en septiembre en las Bermudas, no ha ascendido en Francia ningún globo que pueda tener relación con él».

A finales de agosto, no septiembre, en el *London Times* no hay mención de ninguna ascensión de globos en Gran Bretaña durante el verano de 1885. En Francia,⁴¹¹ dos globos se habían soltado durante las fiestas del 14 de julio, es decir, 44 días antes de la observación de las Bermudas: los de Gower y Eloy. El primero fue encontrado flotando en pleno océano; el segundo fue observado el 17 de julio por un barco, pues se mantenía aún en el aire. Pero era un minúsculo

globo de exhibición, concebido para pequeñas ascensiones en el curso de las fiestas locales. *Nature*⁴¹² asegura que era incapaz de permanecer largo tiempo suspendido en el aire.

En cuanto a los Estados Unidos, no se registró más que una sola ascensión, el 29 de julio de 1885. Al abandonar su globo, los aeronautas tiraron de la cuerda de escape, «abriendo el ingenio de arriba abajo».⁴¹³ Para un intermediarista, la acusación de «antropomorfismo» está desprovista de todo significado. No hay nada en que sea único o positivamente distinto. Yo sería materialista si no fuera tan racional el expresar lo material en términos de lo inmaterial, como expresar lo inmaterial en términos de lo material. Me comprometo a escribir la fórmula de una novela en términos psicoquímicos, o a trazar su gráfico en términos de psicomecánica, o a escribir en términos románticos las circunstancias y las secuencias de toda reacción química, eléctrica o magnética, o a expresar no importa cuál acontecimiento histórico en términos algebraicos. (Lean a Boole y Jevons en lo que concierne al álgebra de las situaciones económicas).

Pienso en los sistemas dominantes como si fueran personas, lo que no quiere decir que las tome (no por mí mismo) por verdaderas personas. La Antigua Dominante es celosa, suprime todos los pensamientos que ponen su supremacía en peligro. A la aproximación de lo prohibido, de lo irreconciliable, las discusiones científicas toman un cauce confuso y ramificado. Se creería que son desviadas de su objetivo por una directriz oculta, que planea por encima de estas.

Charles Tilden Smith escribió en *Nature*⁴¹⁴ que en Chisbury, en el Wiltshire (Inglaterra), el 8 de abril de 1912, vio en el cielo «algo distinto a todo lo que había visto antes, pese a que desde hace muchos años había estudiado el cielo en todos sus aspectos». Vio dos manchas estacionarias ¡sobre nubes que avanzaban rápidamente! Tenían la forma de un abanico triangular y eran de distintos tamaños, pero conservaron la misma posición mientras nube tras nube pasaban por debajo. Este acontecimiento duró unos 30 minutos. Terminó por pensar «que se trataba de una sombra proyectada sobre una pantalla de nubes por un objeto invisible situado al oeste, y que interceptaba los rayos del Sol». En la página número 244 del mismo volumen de *Nature*, otro corresponsal confirma esta opinión.

Sin embargo, la Antigua Dominante estaba celosa, y no admitió ser desafiada en esta forma. En la página 268, el meteorólogo Charles J. P. Cave escribió que los días 5 y 8 de abril había observado el mismo fenómeno en Ditcham Park,

cerca de Petersfield; vio algunos globos cautivos, de lo cual infería que las sombras de Chisbury podían haber tenido el mismo origen. En la página 322, otro corresponsal habla de sombras proyectadas sobre las montañas; y, finalmente, en la página 348, alguien complica las cosas discutiendo la tercera comunicación. Pero en el mismo se sigue diciendo que las manchas negras de Chisbury no podían haber sido proyectadas por globos estacionarios que se encontraran al oeste, o entre las nubes y el Sol poniente, ya que en este caso la sombra de un objeto estacionario, lejos de ser estacionaria, hubiera ascendido cada vez más alto durante la puesta del sol: una enorme cosa negra posada como un cuervo sobre la Luna.

Pienso que estas dos sombras de Chisbury debían parecer, vistas desde la Luna, como dos enormes cosas negras posadas como cuervos sobre la Tierra, y que dos luminosidades triangulares, seguidas de dos manchas negras triangulares, debieron ser observadas como los triángulos de Chisbury sobre la Luna.

En Lebanon (Connecticut),⁴¹⁵ la tarde del 3 de julio de 1882, dos formas luminosas triangulares fueron observadas al borde superior de la Luna. Desaparecieron, pero dos sombras triangulares fueron observadas 3 minutos más tarde en el borde inferior. Se acercaron una a otra, se confundieron y desaparecieron.

El 8 de abril de 1913,⁴¹⁶ en Fort Worth (Texas), se describe la sombra en el cielo de un objeto invisible, que se supuso era una nube, y que se desplazó con el Sol poniente.

En el *Report of the British Association*,⁴¹⁷ dos observadores vieron durante 6 noches un objeto triangular atravesar el cielo, a un considerable paralaje. Estaba muy próximo a la Tierra.

Debo decir que nuestra confusión en relación con los fenómenos luminosos es tan grande como algunas controversias de la ortodoxia sobre el mismo tema. La luz no es necesariamente la luz, pues puede ser la interpretación de un modo de fuerza. Al nivel del mar, la atmósfera terrestre interpreta la luz del Sol como roja, anaranjada o amarilla. En las montañas, el Sol es azul. Más alto, el cenit se vuelve negro. Es ortodoxo afirmar que, en el espacio interplanetario, allí donde no hay aire, no hay luz, de modo que el Sol y los cometas son negros, pero que la atmósfera terrestre, o al menos sus partículas de polvo, interpretan las radiaciones de estos objetos negros como luz.

Contemplan la Luna. La Luna, negra azabache y de un blanco plateado. Tengo cerca de 50 notas que indican que la Luna posee una atmósfera. Pese a ello, los astrónomos afirman que no tiene, y están obligados a hacerlo, ya que, de otro modo, su teoría sobre los eclipses no significaría nada. Así que, en términos convencionales, la Luna es negra. Sorprendente visión la de los exploradores lunares, trastabillando y tanteando en una intensa oscuridad, mientras que, con potentes telescopios, podríamos verlos trastabillar y tantear en medio de una luz cegadora.

Es, pues, concebible que existan fenómenos de fuerza interpretables como luz al nivel de las nubes, pero no en las capas más densas del aire, a la inversa, en suma, de la interpretación habitual. Tengo a continuación algunos datos sobre un acontecimiento que sugiere una fuerza no interpretada por el aire como luminosa, pero reflejada por el suelo en forma de luz. Algo permaneció suspendido por encima de Londres durante unas semanas, que no fue interpretado como luz más que al llegar al suelo.

Cada noche,⁴¹⁸ durante una semana, una luz apareció en Woburn Square (Londres), sobre la hierba de un parquecillo rodeado de rejas, ante el enorme susto de los transeúntes. La policía restableció el orden. Se sugirió que se trataba de una luz de un farol de gas, sin buscar por supuesto el origen preciso. No digo que la luz de un simple farol de gas no atrajera la atención del público londinense durante una semana, pero sí digo que el primer polizonte llamado para restablecer el orden no hubiera tenido necesidad de la menor sugestión para actuar allí mismo si se hubiera tratado realmente de la luz de un farol de gas.

Sin duda alguna, algo luminoso permaneció suspendido durante una semana sobre un parque londinense.

402 *London Times*, 26 de diciembre de 1860.

403 *Observatory*, 35, 168.

404 *Nature*, 27 de octubre de 1898.

405 *Nature*, 11 de agosto de 1893; *Canadian Weather Review*, julio de 1898.

406 *Nature*, 58, 294.

407 *London Times*, 29 de septiembre de 1885.

408 *Times*, 1 de octubre de 1885.

409 *Nature*, 33, 99.

- 410 *Nature*, 33, 137.
- 411 *L'Aéronaute*, (agosto, 1885).
- 412 *Nature*, 2, (1885), 131.
- 413 *New York Times*, 10 de agosto de 1885.
- 414 *Nature*, 90, 169.
- 415 *Scientific American*, 46-49.
- 416 *Monthly Weather Review*, 41, 599.
- 417 *Rept. Brit. Assoc.*, (1854), 410.
- 418 *Lancet*, 1 de junio de 1867.

Estando especializada su excelente revista *Knowledge*⁴¹⁹ en los fenómenos meteorológicos, me siento tentado de pedirles la explicación del siguiente suceso que he presenciado a bordo del barco de vapor Patna, de la Compañía de las Indias Británicas, en el curso de un viaje por el golfo Pérsico. En mayo de 1880, en una noche muy oscura, hacia las 11:30, aparecieron de repente en el cielo, a un lado y a otro de la nave, dos enormes ruedas luminosas que giraban sobre sí mismas, y cuyos radios parecieron rozar el buque a su paso. Dichos radios medían entre 180 y 270 metros de largo, y se parecían a las varas de las maestras de escuela. Y aunque cada rueda debía tener 400 o 600 metros de diámetro, se veían siempre distintamente los 16 radios que las formaban. Sin otra luz visible en el aire por encima del agua, este resplandor fosforescente pareció deslizarse paralelamente a la superficie del océano. La apariencia de estos radios puede ser imitada casi exactamente agitando, desde una barca, una linterna horizontalmente por encima del agua, y haciéndole describir círculos concéntricos. Asistieron, aparte de mí mismo, al mencionado fenómeno, el capitán Avern, del Patna, y el señor Manning, tercer oficial del Patna.

Lee Fore Brace

«P. D.: Las ruedas avanzaron paralelamente al barco, como escoltándolo, alrededor de veinte minutos. L.F.B.».

Knowledge, 11 de enero de 1884. Carta de Mr. «A. Mc. D.»: el autor de la carta afirma que «Su Lee Fore Brace debería haber firmado su comunicación con el sobrenombre de “El Moderno Ezequiel”, ya que su visión de las ruedas es tan maravillosa como la del profeta».

Basándose en las cifras publicadas, Mc. D calcula que la rueda debería desplazarse a 160 kilómetros por hora, velocidad que considera increíble: «El seudónimo que ha elegido indica demasiado que está acostumbrado a recibir viento mientras navega».⁴²⁰ Después da su explicación, en ella dice que debían de haberse producido a aquella hora numerosas averías en el gran brazo

delantero, que exigía empalmes tan frecuentes que todo rayo de luz hubiera adquirido muy pronto un movimiento de rotación. Sigue el 25 de enero una respuesta del señor Mr. Brace, firmada con su verdadero nombre, J. W. Robertson, refutando toda insinuación injuriosa en cuanto a su sobriedad, y después, una conclusión conciliadora del redactor en jefe.

La explicación evidente de este fenómeno es que debía de haber una rueda luminosa bajo la superficie del mar en el golfo Pérsico. Un pez de las grandes profundidades, empujado hasta la superficie del mar, se desintegrará en un medio relativamente atenuado.

Toda superconstrucción adaptada, en el espacio interplanetario, a un medio denso, y forzada a penetrar en la atmósfera terrestre, se ve amenazada de desintegración, y se hunde en el océano para encontrar el alivio de un medio de mayor densidad. Así pues, voy a dedicarme ahora a los datos de objetos luminosos caídos en el océano o bien elevándose de este. Pienso que, una vez dejados de lado los casos de incandescencia causados por desintegración, estos objetos están dotados de una luz fría que el agua no aviva en absoluto. Y parece aceptable que una rueda que gire sobre sí misma pueda parecerse a un globo, tanto vista de lejos como de relativamente cerca.

Tomaré mi primer dato de una publicación puritana, *Science*, que no nos ha proporcionado más que un poco de material. Los puritanos raramente se desverguenzan. Según un informe dirigido a la Oficina Hidrográfica de Washington por su oficina de San Francisco, y reproducido en *Science*,⁴²¹ en la medianoche del 24 de febrero de 1885, a 37° latitud norte y 170° longitud este, en algún lugar entre Yokohama y Victoria, el capitán del Innerwich fue despertado por su segundo, que había visto en el cielo algo anormal. Tras tomarse un tiempo en despertarse completamente, el capitán ganó el puente de la nave y vio el cielo en llamas. «De pronto, una enorme masa inflamada apareció por encima de la nave, cegando completamente a los espectadores», y cayó al mar. Su tamaño puede ser evaluado por el volumen de agua que levantó y que se precipitó contra la nave con un ruido ensordecedor, que la sumergió «bajo una espuma blanca y rugiente». El capitán, un viejo marino lleno de experiencia, declaró que el horror del espectáculo desafiaba toda descripción.

En *Nature*⁴²² y *L'Astronomie*,⁴²³ se dice que esta «enorme bola de fuego» se elevó del mar cerca del cabo Race, hasta alcanzar los 150 metros de altura, y avanzó cerradamente sobre la nave, siendo visible por más de 5 minutos. *Nature*

la identifica como un rayo «en bola», pero Flammarion, en *Thunder and Lightning*, la describe con un enorme tamaño.⁴²⁴ El capitán Moore, del vapor inglés *Siberian*, declaró en el *American* que el objeto se desplazó «contra el viento» antes de desaparecer y que había visto ya anteriormente, en el mismo lugar, tales apariciones.⁴²⁵

El *Report of the British Association*⁴²⁶ indica que el 18 de junio de 1845, según el *Malta Times*, a bordo del bergantín *Victoria*, a 1300 kilómetros de Adalia, en Asia Menor, a 36° 40' 56" latitud norte y 13° 44' 36" longitud este, se vieron 3 cuerpos luminosos saliendo del océano a 40 metros del buque y permaneciendo visibles durante 10 minutos.

El profesor Baden-Powell publicó una carta de un corresponsal del monte Líbano que describe el mismo prodigio, pero no cita más que 2 cuerpos luminosos cinco veces más grandes que la Luna, y dotados de apéndices «en forma de velas», parecidos a «grandes banderas hinchadas por la brisa». La idea más importante en este caso concreto es la de la duración. Un meteoro dura algunos segundos, raramente más de 15, aunque algunos hayan durado medio minuto. Los objetos del monte Líbano fueron visibles una hora. Los apéndices no se parecían a la estela de los meteoros, ya que «su resplandor parecía proceder de su propio cuerpo». En Adalia, Asia Menor, a 1300 del *Victoria* y en el mismo momento, el reverendo F. Hawlett, citado por el profesor Baden-Powell, asistió al espectáculo cuya duración, calculó, fue de una media hora. El fenómeno fue señalado igualmente desde Siria y desde Malta, bajo la forma de dos cuerpos «estrechamente unidos».⁴²⁷

En Cherburgo (Francia), el 12 de enero de 1836, un cuerpo luminoso que representaba los dos tercios de la Luna pareció girar sobre un eje, llevaba en su centro una cavidad oscura.⁴²⁸

El 20 de diciembre de 1893,⁴²⁹ un cuerpo luminoso fue visto por varias personas en Virginia, Carolina del Norte y Carolina del Sur, de oeste a este; a 15° por encima del horizonte, permaneció inmóvil durante un cuarto de hora. Parecía, dijeron algunos observadores, una enorme rueda blanca; y para eliminar toda probabilidad de una ilusión óptica, se recuerda que el ruido de su paso a través del aire fue claramente apreciado. Al término de 20 minutos, desapareció o explotó en el mayor silencio.

Vastas construcciones en forma de rueda estarían muy especialmente adaptadas para atravesar un medio gelatinoso de uno a otro planeta. A veces

penetrarían por error de cálculo en la atmósfera terrestre y, bajo la amenaza de explosión, deberían hundirse en el fondo de las aguas, donde permanecerían un tiempo, para emerger después en las proximidades de algún buque. Su ruta habitual parece situarse en las latitudes próximas al golfo Pérsico.

El 4 de abril de 1901,⁴³⁰ a las 8:30 de la mañana, en el golfo Pérsico, el capitán Hoseason del vapor Kilwa navegaba en pleno mar. «El agua no era fosforescente», reténalo bien. De pronto, enormes «ondulaciones» luminosas aparecieron bruscamente en la superficie de las aguas. No emitían más que una débil luz, y se apagaron alrededor de 15 minutos más tarde, después de haber evolucionado a 10 kilómetros por hora. Se incriminó esta vez a la eterna salvaguardia de la vieja Dominante: eran bancos de medusas.

El 5 de junio de 1880,⁴³¹ a lo largo de la costa de Malabar, el comandante Harris, del barco a vapor Shahjehan, vio, a las 10 de la noche, sobre un mar calmado y bajo un cielo sin nubes, un objeto tan extraño que le hizo detener su nave. Describe olas espaciadas de brillante luz y una sustancia no identificable flotando sobre las aguas. No brillaba nada, pero parecía iluminada, como el resto del mar, por gigantescos rayos luminosos. «Se sucedían ola tras ola, en uno de los espectáculos más grandes y solemnes que se pueda imaginar».

Extractos de una carta⁴³² del señor Douglas Carnegie, de Blackheath (Inglaterra):

«En el curso de este viaje, asistí a una de las más extravagantes manifestaciones eléctricas que jamás haya visto». En el golfo de Omán, observó una capa fosforescente, aparentemente inmóvil. Pero a 20 metros del lugar, «rayos de cegadora luz vinieron a chocar con la proa de la nave a una prodigiosa velocidad, que puede estimarse entre los 100 y los 200 kilómetros por hora». Las olas se sucedían de 3 en 3 metros. «Recogí una muestra del agua y la examiné al microscopio, sin detectar nada anormal. Los rayos parecían provenir de las profundidades marinas. Nos golpearon primero a través, y observé que una nave cercana no torcía su trayectoria, se hubiera dicho que la atravesaban de lado a lado».

El golfo de Omán se halla en la entrada del golfo Pérsico. El señor S. C. Patterson,⁴³³ segundo del vapor Delta, cuenta que, el 14 de marzo de 1907, en el estrecho de Malaca, a las 2 de la madrugada, vio durante una media hora «rayos que parecían girar sobre un eje, como los radios de una rueda. Parecían medir 300 metros de lado».

El capitán Evans,⁴³⁴ hidrógrafo de la marina inglesa, señala en un informe al Almirantazgo que el comandante J. E. Pringle, del buque *Vulture*, observó a 26° 26' latitud norte y 53° 11' longitud este, en el golfo Pérsico, el 15 de mayo de 1879, ondas luminosas o pulsaciones acuáticas que se desplazaban a gran velocidad. En esta oportunidad disponemos de un dato que localiza el origen de este fenómeno en algún punto bajo el mar. Las ondas luminosas pasaron bajo el *Vulture*.

Mirando hacia el este, se hubiera dicho que una rueda giraba sobre su eje, con sus radios iluminados, mientras que, mirando hacia el oeste, una rueda idéntica avanzaba en sentido contrario. Las ondas de luz se extendían desde la superficie hasta las profundidades marinas.

El comandante Pringle piensa que los rayos procedían de una sola rueda, y que el desdoblamiento era una simple ilusión. Estima que los objetos tenían 40 metros de ancho, que estaban espaciados por unos 150 metros y se desplazaban a 80 kilómetros por hora, durante 36 minutos, a las 9:40 de la noche. Después de su paso, el buque atravesó amplias capas de una sustancia flotante que se parecía a «bancos de freza oleosa».

En la página 48 del mismo número de *Nature*, E. L. Moss dijo que en abril de 1875 vio sobre el buque *Bulldog*, a algunos kilómetros al norte de Veracruz, una serie parecida de líneas luminosas. Si habla del Veracruz de México, es nuestro único caso situado en aguas de la costa oriental.

El *Nautical Meteorological Annual*,⁴³⁵ publicado por el Instituto Meteorológico Danés, señala un «singular fenómeno» observado por el capitán Cabe, del barco danés *Bintang*. A las 3 de la madrugada, el 10 de junio de 1909, en pleno estrecho de Malaca, el capitán Cabe vio una rueda luminosa girando sobre su eje al ras del océano. El centro estaba próximo al horizonte, no se podía ver más que la mitad, y fue visible durante 15 minutos. Los movimientos de esta rueda no eran sincrónicos con los del barco.

El Instituto danés cita otro caso. El capitán Breyer, del barco holandés *Valentijn*, vio, a medianoche, el 12 de agosto de 1910, al sur del mar de la China, una rotación de relámpagos. «Se hubiera dicho una rueda horizontal, girando rápidamente por encima del agua». «El fenómeno fue observado por el capitán, el primer y segundo oficiales, y el primer oficial de máquinas, y produjo en todos ellos un profundo sentimiento de malestar».

Recomiendo a los escépticos que mediten en la localización de este fenómeno en el océano Índico y sus aguas adyacentes, el golfo Pérsico por un lado, y el mar de la China, por el otro. Aunque sea intermediarista, encuentro irresistible la atracción de una tentativa de acceso positivista hacia lo completo.

En la reunión de la Asociación Británica,⁴³⁶ ocurrida en 1848, el señor W. S. Harris leyó el informe de una nave hacia la cual se «habían remolinado dos ruedas de fuego, que la tripulación comparó con dos ruedas de molino de llamas». En el momento en que se aproximaron, se oyó un horrible estruendo y los mástiles se hicieron pedazos. Se dijo que se produjo un fuerte olor de azufre.

419 Carta en *Knowledge*, 28 de diciembre de 1883.

420 En inglés, *fore brace* significa «brazo de verga delantero».

421 *Science*, 5, 242.

422 *Nature*, 37, 187.

423 *L'Astronomie*, (1887), 7.

424 *Thunder and Lightning*, 6.

425 *Meteorological Journal*, 6, (12 de noviembre, 1887), 443.

426 *Report of the British Association*, (1861), 30.

427 *Report of the British Association*, (1860), 82.

428 *Report of the British Association*, (1860), 77. Otros datos de ruedas luminosas son citados en *Nature*, 22, 617; *London Times*, 15 de octubre de 1859; *Nature*, 21, 225; *Monthly Weather Review*, (1883), 264.

429 *L'Astronomie*, (1894), 15.

430 *Journal of the Royal Meteorological Society*, 28-29.

431 *Nature*, 21, 410. Una carta al Englishman de Calcuta, fechada el 21 de enero de 1880.

432 *Journal of the Royal Meteorological Society*, 32, 280.

433 *Journal of the Royal Meteorological Society*, 33, 294.

434 *Nature*, 20, 291.

435 *Scientific American*, 106, 51.

436 *Atheneum*, (1848), 833.

Extracto del diario de a bordo del buque *Lady of the Lake*, escrito de puño y letra por el capitán F. W. Banner y comunicado por R. H. Scott, F.A.S.:⁴³⁷

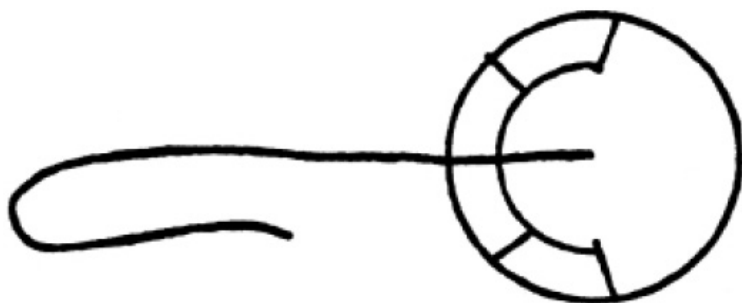
El 22 de marzo de 1870, a 5° 47' latitud norte, 27° 52' longitud este, los marineros del *Lady of the Lake* vieron en pleno cielo un objeto, o una notable «nube», y la señalaron a su capitán.

Según Banner, era una nube de forma circular, con un semicírculo inscrito dividido en 4 partes, con el trazo divisor comenzando en el centro del círculo y extendiéndose hacia el exterior, para después curvarse de nuevo hacia atrás. Geométrica, compleja y estable en su forma, existen pocas oportunidades de que una nube mantenga tal diversidad de cualidades, para no mencionar el aspecto de la forma orgánica. El objeto evolucionaba de un punto situado a 20° por encima del horizonte hasta otro situado a 80°. Después se dirigió hacia el noroeste, habiendo venido del sudoeste.

Era de color gris claro, es decir, color de nube, pero estaba «mucho más baja que las demás nubes». Y principalmente este detalle. Sea lo que fuere, se desplazaba contra el viento. «Se presentó oblicuamente en relación con el viento, después se decidió a dirigirse directamente en dirección completamente contraria al viento».

La forma fue visible durante una media hora. Cuando finalmente desapareció, no fue desintegrándose como lo hubiera hecho una nube, sino que fue por causa de la llegada de la oscuridad.

El capitán Banner dibujó el siguiente diagrama,⁴³⁸ que fue publicado en el *Journal of the Royal Meteorological Society*:



437 *Journal of the Royal Meteorological Society*, 1, 157. *Fellow of the Royal Society* significa «miembro académico de la Real Academia».

438 El dibujo lo hizo el propio Charles Fort, copiando exactamente el que había hecho el capitán Banner de aquella misteriosa nube.

Los libros de ciencia nos dicen que los meteoritos de Dhurmsalla fueron recogidos casi inmediatamente después de su caída o en el espacio de un cuarto de hora. Provistos de un margen de tiempo, por pequeño que sea, los convencionalistas les dirán que dichos aerolitos podían haber estado calientes en el momento de su caída, pero que su gran frialdad interna pudo ganar a su superficie en fusión.

Por su parte, el comisario delegado de Dhurmsalla afirma que los meteoritos fueron recogidos «inmediatamente» por los coolies que pasaban. Las piedras estaban tan frías que les entumecieron los dedos. Sin embargo, habían caído en un chorro de luz, «una lengua de fuego de tres metros de largo por sesenta centímetros de ancho», dijo un testigo. Se supone que esta luz no era la de la materia fundida.

En este capítulo, seré intermediarista y poco conciliador. Para el intermediarista, no hay más que una respuesta a todas las preguntas: a veces sí, a veces no.

Otra forma de esta «solución» intermedia es la siguiente: sí y no. Todo lo que es tampoco lo es.

Un positivista intenta formular; un intermediarista también, pero con mucho menos rigor; acepta, pero niega al mismo tiempo. Puede tener el aspecto de aceptar en un sentido y de negar en otro, pero no puede deducir conclusión alguna entre dos aspectos de cualquier cosa que sea. El intermediarista acepta lo que parece corresponder a lo que ha aceptado por Dominante. El positivista establece la correspondencia con una creencia.

Los meteoritos de Dhurmsalla sostienen mi idea de que algunos objetos que penetran en la atmósfera terrestre relucen a veces con una luz que no es la de la incandescencia; ello explicaría, por otro lado, las «piedras del rayo» o las rocas esculpidas que han caído luminosamente al suelo, en regueros que parecían relámpagos, pero no impediría que otros objetos que penetraran en la atmósfera terrestre fueran desintegrados con la intensidad de la llama y de la materia en fusión, o se desplomaran sin luminosidad, como los peces de las profundidades

son arrastrados hasta la superficie de los océanos. Cada una de estas posibilidades indica la presencia de un medio más denso que nuestra atmósfera.

Veán el ritmo de los fenómenos. El aire es denso al nivel del mar, después cada vez menos denso a medida que se asciende; después, más arriba, se hace más y más denso. De lo cual se desprenden algunas cuestiones embarazosas en relación con las cuales voy a precisar lo que sigue:

A veces caen lluvias luminosas;⁴³⁹ su luz no es la de la incandescencia, pero nadie puede negar que tales lluvias, raras u ocasionales, provienen de una exterioridad. Simplemente destacamos aquella luz fría de algunos cuerpos que caen. Lluvias luminosas, nieves y polvos.⁴⁴⁰ En cuanto a las nubes luminosas, marcan la transición entre la antigua y la Nueva Dominante. Hemos señalado ya la transición acerca del origen externo de algunas granizadas en la teoría del profesor Schwedoff; implicando que ciertas masas de agua podían flotar en regiones interplanetarias (con o sin ranas y peces), se atrajo las burlas de la ciencia. «De lo más cómico», manifestó el señor Symons.

Sostengo ahora que las nubes proceden algunas veces de las regiones exteriores y encuentran su origen en los lagos y océanos supergeográficos, que no intentaré por ahora localizar, aunque sí sugiero a los aviadores que se preocupen por ellos, ya que yo no siento ningún deseo de hacer de Cristóbal Colón en mis momentos perdidos: les aconsejo, incluso, si se decidieran, que llevaran consigo un traje de baño o, más bien, un equipo de buceo.

Así pues, algunas nubes provienen de los océanos interplanetarios, del supermar de los Sargazos, si lo aceptamos, y se iluminan al penetrar en la atmósfera terrestre. En *Himmel und Erde*, febrero de 1889 (otro fenómeno de transición de los últimos 30 años), O. Jesse, en sus observaciones sobre las nubes luminosas, comenta su gran altura, y sugiere cómica o seriamente que algunas de las mismas hayan podido venir de regiones exteriores a la Tierra. Supongo que se refería a otros planetas, pero su idea, tanto en un caso como en otro, sigue siendo a la vez cómica y muy seria.

En general, hago justicia demasiado a menudo acerca del pretendido aislamiento de la Tierra. Esta se halla relativamente aislada por circunstancias parecidas a aquellas que son causa del aislamiento de los fondos oceánicos, excepción hecha de un equívoco de analogía del que querría hablar ahora mismo. Fue cómodo en su tiempo el identificar a los hombres con los peces de las grandes profundidades, pero, en el campo de la cuasiexistencia, no hay

comodidad que no se convierta tarde o temprano en un obstáculo. Si hay regiones de mayor densidad por encima de nosotros, se deberían considerar como análogas a las regiones oceánicas sumergidas; y los objetos que llegan al suelo serían entonces como levantados hacia un medio atenuado, y explotando, sea por incandescencia, sea por efecto de una luz fría, a veces sin ninguna luminosidad, como los peces de las grandes profundidades empujados a la superficie, condición en suma de inhospitalidad. Sospecho que, en sus abismos, los peces de las grandes profundidades no son luminosos. Los peces de la Caverna de los Mamuts no necesitan luz para encontrar su camino. Se podría creer que los habitantes de las profundidades se vuelven luminosos penetrando en un medio menos denso, pero los modelos del Museo Americano de Historia Natural poseen órganos especiales de luminosidad. Por supuesto, está permitido que uno recuerde ese «dodo» reconstruido con tanta convicción, y las adulteradas nociones que de ello resultaron. Pero la dislocación no es considerada como originada por el paso a un medio menos denso.

Es aquí que conviene mencionar «un extraordinario fenómeno, probablemente sin precedentes», observado por el señor Acharius en los alrededores de Skeninge, en Suecia.⁴⁴¹ El 16 de mayo de 1808, a las 4 de la tarde, el sol se volvió de color rojo ladrillo. En el mismo momento apareció, viniendo del horizonte occidental, un gran número de cuerpos redondos de color castaño y del tamaño aparente de un ala de sombrero, que atravesaron el cielo y desaparecieron hacia oriente. Una fantástica procesión, que duró cerca de 2 horas: a veces, uno de estos cuerpos caía al suelo. En el lugar de la caída se encontraba una película que se secaba rápidamente y desaparecía. A menudo, aproximándose al Sol, estos cuerpos parecían acercarse entre sí, en grupos que no sobrepasaban las 8 unidades, y se les veía entonces unas colas de 5 a 6 metros de largo. Alejados del Sol, su cola se hacía invisible. Fuera cual fuera su sustancia real, se les describió como «jabonosos y gelatinosos».

Este dato hubiera suministrado una hermosa conclusión a mi panorama de las hordas de diminutos cuerpos distintos de las semillas, de los pájaros o de los cristales de hielo, pero se hubiera podido entonces llegar a la conclusión homogénea de que todos estos datos se referían a un único género de fenómenos, mientras que yo concibo una infinita heterogeneidad de lo externo, donde cruzados y bribones, turistas y dragones, se codean con las alas de sombrero gelatinosas. Todas las cosas terrestres que se unen en manadas no son

forzosamente identificables como carneros, presbíteros, pistoleros o bien marsopas. Y este dato indica el peligro de dislocación que puede existir al penetrar desde el exterior en la atmósfera terrestre.

Pienso por mi parte que miles de objetos han caído en la Tierra para estallar luminosamente y hacerse calificar como «globos de fuego» o «rayos en bola». «No se ha aclarado aún el misterio de los globos de fuego, ni tampoco se ha lanzado una sola hipótesis inteligente».442

Un día me concentraré en las hipótesis inteligentes y reuniré los datos de «globos de fuego» con el fin de exponer qué son tantos objetos caídos luminosamente del cielo y estallando en el suelo con violencia.

Tan estupefacta se queda la ortodoxia ante el espectáculo de semejantes fenómenos que numerosos científicos se han permitido el ridículo de negar los «globos de fuego» y los «rayos en bola», o considerarlos como sometidos a graves precauciones. Pienso en la lista del doctor Sestier y en sus 150 casos, que él consideraba auténticos.

He aquí, en acuerdo absoluto con mi desacuerdo, un caso de caída luminosa descrito en la *Monthly Weather Review*, en marzo de 1887, acompañado por algo que lo era menos: el capitán C. D. Sweet, del barco holandés IPA, vio, el 19 de marzo de 1887, a 37° 39' latitud norte y 57° 00' longitud oeste, en el curso de una fuerte tempestad, a dos objetos atravesando los aires por encima de su arboladura. Uno de ellos era luminoso y puede ser explicado de diferentes maneras, pero el segundo era oscuro. Uno de ellos, o los dos, cayeron al mar con un rugido y una racha de olas. «Inmediatamente después, se vieron caer bloques de hielo».

Sin duda, estos objetos que acababan de penetrar en la atmósfera terrestre habían roto con anterioridad una capa de hielo. Uno de los aspectos más paradójicos de los «globos de fuego», que comparten por otro lado con algunos meteoritos, es la violencia de explosión desproporcionada al tamaño y velocidad del objeto. Los meteoritos helados de Dhurmsalla no debían desplazarse muy aprisa, pero hicieron un ruido ensordecedor. La sustancia blanda caída en el cabo de Buena Esperanza era una sustancia carbonácea, pero no se había encendido, y por otro lado, había caído demasiado lentamente para poder inflamarse; sin embargo, produjo una explosión que fue registrada a 112 kilómetros a la redonda.

Algunas piedras de granizo se han formado en un medio denso, y se han

desintegrado violentamente al contacto con una atmósfera relativamente rarificada: gruesas piedras de granizo cayeron en la Universidad de Missouri el 11 de noviembre de 1911, y estallaron con detonaciones tan fuertes como pistolazos.⁴⁴³ El observador al cual se debe el informe había reportado un fenómeno completamente idéntico 18 años antes, en Lexington (Kentucky). Los granizos parecían haberse formado en un medio más denso y cuando se fundían bajo el agua desprendían burbujas más grandes que su bolsa de aire central.⁴⁴⁴

Sostengo que numerosos objetos caen del cielo para desintegrarse violentamente por el camino. Esto será confirmado por datos futuros, y me afirmarán en mi opinión sobre las superconstrucciones del espacio, si alguien me pregunta por qué de sus restos jamás han caído vigas y placas de metal manufacturado. Además de esto, del cielo han caído a menudo piezas de metal manufacturado: el meteorito de Rutherford (Carolina del Norte) es de metal artificial, de hierro de fundición, dado como fraudulento.⁴⁴⁵ El objeto caído en Marblehead (Massachussets) es descrito en el *American Journal of Science*⁴⁴⁶ como «un producto de fundición fabricado en fundiciones de mineral de cobre o de mineral de hierro conteniendo cobre».

Si debe creerse a Ehrenberg, la sustancia caída a bordo de la nave del capitán Callam, cerca de Java, «ofrecía un sorprendente parecido con los residuos de una combustión de hilos de acero en un balón de oxígeno».⁴⁴⁷ Un meteorito «parecido al acero» fue encontrado en el desierto de Mohave.⁴⁴⁸ Uno de los meteoritos recogidos por Peary en Groenlandia es, según *Nature* del 15 de febrero de 1894, de acero templado. Se ha pensado que el hierro meteórico, al caer en el agua o en la nieve, puede haberse enfriado y endurecido bruscamente, pero dicha observación no se aplica a su composición. El profesor Berwerth, de Viena, publicó en *Nature*, el 15 de noviembre de 1898, un artículo sobre «la estrecha relación entre el hierro meteórico y el acero de las acerías».

Finalmente, en la reunión del 24 de noviembre de 1906 del Essex Field Club, se expuso un pedazo de metal caído del cielo el 9 de octubre de 1906, en Braintree. Según el *The Essex Naturalist*, el doctor Fletcher, del Museo Británico, identificó este metal como hierro de fundición, «de modo que el misterio de esta caída permanece inexplicado».

439 *Nature*, (9 de marzo, 1882), 25, 437.

440 Véase Hartwig: *Aerial World*, 319.

441 «Transactions of the Swedish Academy of Sciences», (1808), 215. Traducido por la *North American Review*, 3, 319.

442 *Monthly Weather Review*, 34, 17.

443 *Nature*, 88, 350.

444 *Monthly Weather Review*, 33, 445.

445 *Amer. Jour. Sci.*, 2, 34, 298.

446 *Amer. Jour. Sci.*, 2, 34, 135.

447 Zurcher, *Meteors*, 239.

448 *Nature*, 21 de noviembre de 1878, citando al *Yuma Sentinel*.

Quiero ver alzarse ahora un verdadero clamor de silencio. Si solo un ejemplo aislado de un fenómeno cualquiera hubiera sido desdeñado por el sistema, no tendría la más mínima importancia, ya que un solo ejemplo es de mínimo peso. Por supuesto, mi método personal basado en la acumulación de casos tampoco es un verdadero método, pero, en la continuidad, todos los ejemplos deben parecerse a las demás cosas, de modo que no concibo un tema que pueda ser reducido a la penuria de un único caso. Es asombroso u omisible leer la lista que va a seguir, de todo lo que se ha visto en el cielo, y pensar que todos estos casos han sido sistemáticamente despreciados. Mi opinión es que ya no es posible, o es demasiado difícil, desdeñarlos ahora que se hallan reunidos en un compacto tropel. Pero reconozco que, si antes hubiera intentado tal reunión, la Antigua Dominante hubiera pulverizado mi máquina de escribir. De hecho, la letra *e* me hace de las suyas, y la *s* es muy temperamental.

Se observó un «fenómeno extraordinario y singular» en Gales del Norte, el 16 de agosto de 1894: un disco del que se proyectaba un cuerpo anaranjado «parecido a un pez plano alargado», y señalado por el almirante Ommanney;⁴⁴⁹ también, un disco prolongado por una especie de garfio, grande como la Luna, pero más brillante, observado durante 20 minutos en la India, en 1838, y del que se trazó un diagrama;⁴⁵⁰ un garfio luminoso en Poland, Trumbull County (Ohio), durante el chaparrón de meteoros de 1833. Asimismo, se vio un ancho cuerpo luminoso «casi estacionario por momentos», en forma de mesa cuadrada, en Niagara Falls, el 13 de noviembre de 1833;⁴⁵¹ y el 3 de noviembre de 1886, en Hamar (Noruega), fue vista una nube blanca que emitía cegadores rayos de luz y atravesaba el cielo, «conservando a todo lo largo su forma inicial».⁴⁵² Un objeto luminoso del tamaño de la luna llena fue visible durante hora y media en Chile, el 5 de noviembre de 1883;⁴⁵³ en Nueva Zelanda, el 4 de mayo de 1888, se observó un objeto de núcleo ovalado y llamas a bandas negras, que sugerían una estructura;⁴⁵⁴ una especie de trompeta gigantesca de 130 metros de largo, suspendida verticalmente y oscilando suavemente, fue visible 5 o 6 minutos en Oaxaca (México), el 6 de julio de 1874;⁴⁵⁵ un gran cuerpo rojo se desplazó lenta y

visiblemente durante 15 minutos en Marsella, el 1 de agosto de 1871;⁴⁵⁶ una especie de señal luminosa fue observada por Glaisher, el 4 de octubre de 1844, «tan brillante como Júpiter y enviando ondas rápidas y parpadeantes de luces»;⁴⁵⁷ y una especie de cometa que se desplazaba 6 grados por hora fue señalada por Purine y Glancy, del Observatorio de Córdoba, en Argentina, el 14 de marzo de 1916.⁴⁵⁸

Con el objeto conocido bajo el nombre de «cometa de Eddie» desaparece nuestra última susceptibilidad al error común de personificación. Una de las más obstinadas ilusiones del Positivismo quiere que la gente sean personas. Me he sentido culpable muy a menudo de resentimiento, de despechos y de burlas hacia los astrónomos, como si fueran unidades finales, individuales, personas completas y no partes indeterminadas. Pero en tanto que permanezcamos en la cuasixistencia, no podemos captar una ilusión más que convocando otra, aunque esta última pueda acercarse por más tiempo a la realidad. Ya no personificamos, si no que sobrepersonificamos. Proclamo ahora que todo desarrollo es una autocracia de las Dominantes, que no son finales, pero que se acercan más a la individualidad o a sí mismas de lo que lo hacen los tropismos lunares irresponsablemente asociados a ellas.

En 1890, Eddie señaló al Observatorio de Grahamstown, en África del Sur, un objeto celeste. La Nueva Dominante no era entonces más que la heredera presumida, o aparente, aunque no cierta. El objeto que señalaba Eddie hubiera podido ser señalado perfectamente por un vigilante nocturno, mirando a través de un conducto de desagüe, pero no correspondía. No fue admitido ni siquiera en la *Monthly Notices*. Creo, por mi parte, que el redactor que lo hubiera aceptado hubiera provocado una conmoción sísmica o un incendio en su empresa editorial. Los Dominantes son dioses celosos.

Pero *Nature* debía estar sometido a la nueva diosa, aunque rindiera un plausible homenaje a la antigua, ya que señaló una especie de cometa observado el 27 de octubre de 1890 en Grahamstown, por Eddie.⁴⁵⁹ Un objeto parecido fue descrito por el profesor Copeland en *Nature*,⁴⁶⁰ visto el 10 de septiembre de 1891, mientras que Dreyer⁴⁶¹ contó haberlo visto en el Observatorio de Armagh, y lo comparó al objeto de Eddie. Fue observado también por el doctor Alexander Graham Bell, el 11 de septiembre de 1891, en Nueva Escocia. Pero el Antiguo Dominante estaba celoso.

Hubo diferentes observaciones sobre el fenómeno de noviembre de 1883. El

10 o el 12 de ese mes, un corresponsal contó haber visto una especie de cometa provisto de una doble cola, una dirigida hacia lo alto, otra hacia abajo, otro condenado.⁴⁶² Es verosímil que tal prodigio pueda agregarse a las apariciones en el cielo de los cuerpos en forma de torpedo, o de mis datos sobre los superzepelines. Pero mis intentos de clasificación están lejos de ser rigurosos, son producto del tanteo.

El 21 de noviembre de 1883, otro testimonio escrito de Humacao (Puerto Rico) describe la majestuosa aparición de un cometa, que fue visible durante 3 noches seguidas antes de desaparecer.⁴⁶³ Si dicho fenómeno puede admitirse, debió ocurrir muy cercano a la Tierra. Si se hubiera tratado de un verdadero cometa, hubiera sido visto en varios lugares, y la noticia hubiera dado rápidamente la vuelta al mundo. Pero en la página 97 del mismo volumen del *Scientific American*, un corresponsal relata haber visto en la misma fecha, sobre Sulphur Springs (Ohio), una maravilla celeste en forma de torpedo, centrada por un núcleo y dotada de una cola en cada extremo. Estoy persuadido de que un objeto completamente idéntico fue observado, en noviembre de 1882, en Holanda e Inglaterra.

Según el *Scientific American*,⁴⁶⁴ la noche del 13 de abril de 1879, Harrison buscaba el cometa de Brorsen, cuando vio pasar un objeto que se desplazaba tan aprisa que no podía tratarse de un cometa. Llamó a un colega para confirmar su observación y este vio lo mismo. A las 2 de la madrugada, el objeto era aún visible. Más tarde, en el *Scientific American Supplement*, Harrison desmintió toda tentación de sensacionalismo y dio detalles técnicos. Declaró que el objeto también había sido visto por J. Spencer Devoe, de Manhattanville.⁴⁶⁵

⁴⁴⁹ *Nature*, 50, 524.

⁴⁵⁰ G. Pettit, en el catálogo del profesor Baden-Powell, *Rept. Brit. Assoc.*, (1849).

⁴⁵¹ *Amer. Jour. Sci.*, 1, 25, 391.

⁴⁵² *Nature*, 16 de diciembre de 1886, 158.

⁴⁵³ *Comptes Rendus*, 103, 682.

⁴⁵⁴ *Nature*, 42, 402.

⁴⁵⁵ *Scientific American Supp.*, 6, 2365.

⁴⁵⁶ Informado por Coggia (*Chem. News*, 24, 193). Detalles suplementarios de esta observación por Guillemin, y otros por De Fonville (*Comptes Rendus*, 73, 297, 755).

⁴⁵⁷ *Year Book of Facts*, (1845), 278.

458 *Sci. Amer.*, 115, 493.

459 *Nature*, 43, 89, 90.

460 *Nature*, 44, 519.

461 *Nature*, 44, 541.

462 *Amer. Met. Jour.*, 1, 110.

463 *Scientific American*, 50, 40.

464 *Scientific American*, 40, 204. Hay publicada una carta de Henry Harrison, de Jersey City, copiada del *New-York Tribune*.

465 *Sci. Amer. Supplement*, 7, 2885.

Una forma en el contorno de un dirigible. El objeto luminoso fue señalado el 19 de julio de 1916, a las 11 de la noche, por encima de Huntington (Virginia Occidental).⁴⁶⁶ Observado a través de «potentes prismáticos», parecía tener 2 grados de longitud por medio grado de ancho; se debilitó gradualmente y desapareció; después reapareció, para desvanecerse completamente en el espacio. No se trataba de un dirigible, puesto que el observador notó que a través del objeto eran visibles las parpadeantes estrellas, lo que parece oponerse a toda idea de un dirigible en visita a la Tierra, excepción hecha del carácter poco concluyente de todas las cosas en un mundo de apariencia no final. Sugiero que estas estrellas debían de ser visibles a través de algunas partes del objeto, de la cosa o de la construcción.

Aquí surge una controversia. El profesor H. M. Russell piensa que debía tratarse de una nube desprendida directamente de alguna aurora boreal. En la página 369 del mismo volumen del *Scientific American*, otro especialista supone que era la luz de la insuflación de un alto horno. Pero si hubiese habido altos hornos en los alrededores de Huntington, me parece inverosímil que sus reflejos hubieran podido causar la más mínima sorpresa.

Es tiempo de citar varias observaciones sobre apariciones de cuerpos cilíndricos en la atmósfera terrestre, cilíndricos, pero puntiagudos en las extremidades, es decir, en forma de torpedo. Algunos informes carecen de precisión, pero, por los informes parciales, me siento inclinado a creer que las rutas supergeográficas son atravesadas por superconstrucciones en forma de torpedos que, ocasionalmente, visitan nuestro planeta o se ven arrastradas hacia él. Al penetrar en la atmósfera terrestre, estas naves espaciales son perturbadas tan fuertemente que deben volver a partir bajo pena de desintegración total. Al hacer esto, ya sea como tentativa de comunicación, ya sea en un espíritu de completa gratuidad, dejan caer objetos que estallan casi inmediatamente o se desintegran con violencia. De un modo general, no creo que se dejen caer voluntariamente explosivos, sino que algunos fragmentos de construcciones han sido arrancados y caen estallando, como lo que llamamos «globos de fuego».

Puede muy bien tratarse, por lo que suponemos, de objetos de piedra o de metal recubiertos de inscripciones. En cada uno de los casos, las estimaciones dimensionales carecen de valor, mientras que los informes dimensionales parecen más aceptables. Un objeto estimado como de 2 metros de largo puede tener 200, pero la forma no está sujeta a las ilusiones de la distancia.

El 10 de octubre de 1864,⁴⁶⁷ Le Verrier envió a la Academia de Ciencias tres cartas de testigos que describían un largo cuerpo luminoso, de afiladas extremidades, que habían visto caer del cielo.

En *Thunder and Lightning*, Flammarion relata que, el 20 de agosto de 1880, durante una violenta tormenta, el señor Trecul, de la Academia de Ciencias, vio un cuerpo de color naranja brillante,⁴⁶⁸ de entre 35 y 40 centímetros de largo por 25 de ancho, en forma de torpedo, o más bien «cilíndrico, de extremidades ligeramente cónicas», que dejaba caer algo antes de desaparecer entre las nubes. Lo que había soltado cayó verticalmente y dejó una estela luminosa, sin exhalar el menor sonido.⁴⁶⁹

El 2 de julio de 1907,⁴⁷⁰ en la ciudad de Burlington (Vermont), se oyó una terrorífica explosión y una bola de fuego. Un objeto luminoso cayó del cielo, o más bien de una construcción aérea parecida a un torpedo. Sostengo que un dirigible o que una construcción aérea en vías de dislocación tuvo apenas el tiempo de soltar lo que soltó antes de situarse en un lugar seguro. He aquí lo que relata del incidente, en la misma revista, el obispo John S. Michaud:

Yo estaba en la confluencia de las calles de la iglesia y del colegio, cara al Howard Bank, con el rostro vuelto hacia el este, en plena conversación con el exgobernador Woodbury y A. A. Bluell cuando, sin la menor advertencia fuimos sacudidos por lo que se parecía a una terrible e insólita explosión, evidentemente muy próxima. Al levantar los ojos a lo largo de la calle del colegio, observé un cuerpo en forma de torpedo, a 100 metros de distancia, que tenía el aspecto de estar suspendido en el aire, a 15 metros por encima de los edificios más altos. Tenía alrededor de 2 metros de largo y 30 centímetros de diámetro, su pared exterior parecía de color oscuro, y aquí y allá surgían lenguas de fuego como otros tantos semáforos. Poco después, el objeto se puso en movimiento, muy lentamente, y desapareció hacia el sur por encima de los almacenes Dolan Hermanos. Mientras se desplazaba, la pared pareció agujerearse en algunos sitios, dejando pasar intensas llamas.

El obispo Michaud intentaba relacionar este fenómeno con observaciones meteorológicas.

A causa de la proximidad de la observación, este correlativo es de interés capital, pero voy a citar otro aún más extraordinario en relación con el considerable número de testigos que reúne. Creo firmemente que, el 17 de noviembre de 1882, un enorme dirigible atravesó Inglaterra, pero la precisión imprecisa de todas las cosas cuasirreales permite relacionar estas observaciones con prácticamente no importa qué.

E. W. Maunder, solicitado por los redactores del *Observatory* para redactar varios hechos retrospectivos del número 500 de su revista, les proporcionó uno de gran magnitud⁴⁷¹ acerca de lo que él denomina «un extraño visitante celeste». Maunder se encontraba en el Observatorio Real de Greenwich, el 17 de noviembre de 1882, en plena noche. Había una aurora desprovista de todo rastro distintivo, pero de pronto apareció un gran disco de luz verdosa que se desplazó rápidamente en el cielo. Sin embargo, su circularidad no era evidentemente más que un efecto de perspectiva, ya que, al pasar por encima de la Luna, este objeto fue descrito como «con forma de un cigarro», «de un torpedo», «de una lanzadera» o «de un huso». Maunder añadió: «Si el incidente se hubiera producido un tercio de siglo más tarde, todo el mundo lo hubiera comparado sin duda a un zepelín». El efecto duró cerca de 2 minutos. El color era parecido al de las luces de la aurora boreal, aunque Maunder disocie el fenómeno de todas las auroras boreales. «Parecía haber allí un cuerpo definido». El movimiento era demasiado rápido para que se tratara de una nube, pero «nada podía parecerse tan poco al paso de un meteoro». En el *Philosophical Magazine*, J. Rand Capron, en un interminable artículo, hace alusión al fenómeno de «radiación auroral»,⁴⁷² pero emplea la expresión «en forma de torpedo» y comenta la existencia de un núcleo oscuro. Entre nubarrones de observaciones confusas, estima la altura del objeto de 60 a 500 kilómetros, según observaciones hechas en Holanda y en Bélgica. A través de la observación espectroscópica, concluye identificándolo con un rayo de luz auroral. En el *Observatory*, Maunder, en su descripción contemporánea de los acontecimientos, daba una longitud aproximativa de 27 grados y una anchura de 3.5 grados.⁴⁷³ Por otro lado, Capron, en *Nature*, reconoce que el claro de luna le impedía servirse convenientemente de su espectroscopio.⁴⁷⁴

Otros detalles: el color era blanco, pero la aurora rosada. A través de él se

veían las estrellas, pero no en el cénit, donde el objeto tenía una apariencia opaca. Esta es la única afirmación de transparencia. Demasiado rápido para una nube, demasiado lento para un meteoro. «Su superficie tenía un aspecto jaspeado», «de forma muy definida, parecida a un torpedo», «probablemente era un meteoro», dice el doctor Groneman. La demostración técnica del doctor Groneman señaló que se trataba de una nube de materia meteórica.⁴⁷⁵ «Sin la menor duda: era un fenómeno eléctrico».⁴⁷⁶

El redactor del *London Times*, el 20 de noviembre de 1882, escribe sobre el gran número de cartas recibidas sobre este fenómeno. Un corresponsal lo describe como «una magnífica masa luminosa, en forma de torpedo»; otro lo describe como «una extraordinaria e inquietante forma, con contornos de pez».

466 *Scientific American*, 115, 241.

467 *L'Année Scientifique*, (1864), 54.

468 *Thunder and Lightning*, 87.

469 Para el relato de Trécul, véase *Comptes Rendus*, 103, 849.

470 *Monthly Weather Review*, (1907), 310.

471 *Observatory*, 39, 214.

472 *Philosophical Magazine*, 5, 15, 318.

473 *Observatory*, 6, 192.

474 *Nature*, 27, 84.

475 *Nature*, 27, 87; 27,100; 27, 296; 28,105. Véase también *Nature*, 27, 315-338-365-388-412-434.

476 Proctor, *Knowledge*, 2, 419.

Las ocho luces⁴⁷⁷ que se observaron en el país de Gales, sobre una extensión de 13 kilómetros, y que mantenían cada una su propia trayectoria, moviéndose juntas, perpendicularmente, horizontalmente o en zigzag, tenían el aspecto de ser eléctricas. Desaparecían, aparecían de nuevo vagamente, después brillaban de golpe tan fuertemente como antes. «Vimos tres o cuatro de ellas a la vez, en cuatro o cinco ocasiones».

De cuando en cuando,⁴⁷⁸ la costa oeste del país de Gales es el punto de reunión de luces misteriosas... Se nos comunica desde Towyn que, en las últimas semanas, resplandores de diversas tonalidades se han desplazado por encima del estuario del río Dysynni, para ganar la desembocadura. Toman en general la dirección del norte, pero a veces siguen la costa, se desplazan a gran velocidad hacia Aberdovey, después desaparecen bruscamente.

Las luces⁴⁷⁹ que aparecieron en pleno cielo por encima de Vence (Francia), el 23 de marzo de 1877, fueron descritas como bolas de fuego casi cegadoras, surgidas de una nube de 1 grado de diámetro y desplazándose con relativa lentitud. Se las vio durante más de 1 hora dirigirse hacia el norte, y se dijo que 8 a 10 años antes se habían observado otras completamente idénticas en el propio Vence.

En Inverness⁴⁸⁰ (Escocia), dos luces vivas, completamente idénticas a estrellas, fueron vistas en el cielo. Permanecían estacionarias, pero de pronto tomaban una velocidad excepcional.

En la noche del 30 de julio de 1880,⁴⁸¹ en San Petersburgo, se vio un amplio resplandor esférico acompañado de otros dos más pequeños; cruzaban un barranco, se mostraron durante 3 minutos y desaparecieron después sin el menor ruido.

En Iloilo,⁴⁸² el 30 de septiembre de 1886, un objeto luminoso grande como una luna llena «flotó» lentamente «en dirección al norte», seguido de varios más pequeños.

«Las falsas luces de Durham». Se ha hablado en abundancia, en los periódicos

ingleses, a mitades del siglo XIX, de estas luces observadas en el cielo, demasiado bajas sobre el suelo, la mayoría de las veces en la costa de Durham. Los marinos las tomaban fácilmente por balizas. Se produjo naufragio tras naufragio. Se acusó a los pescadores de encender falsos faros y de entregarse al sórdido oficio de recoger los restos de los naufragios. Pero los acusados protestaron. Solo muy viejas naves, sin valor excepto para los aseguradores, se estrellan contra la costa.

En 1866,⁴⁸³ la emoción del público llegó al máximo. Se abrió una encuesta. Fueron tomadas declaraciones ante una comisión, dirigida por el almirante Collinson. Un testigo describió la luz, que había tomado equivocadamente como «considerablemente elevada por encima del suelo». No se sacó ninguna conclusión, finalmente se designó el fenómeno con un vocablo práctico, que hacía alusión a «luces misteriosas»; cualquier cosa que hayan podido ser «las falsas luces de Durham», la encuesta no cambió nada. En 1867, la comisión de pilotaje de Tyne volvió a tomar el asunto entre sus manos. La opinión del alcalde de Tyne fue que se trataba de «un asunto muy misterioso».

En el *Report of the British Association*,⁴⁸⁴ se habló mucho de un grupo de «meteoros» que había atravesado el espacio «con una notable lentitud». Fueron visibles durante 3 minutos, lo que me hace pensar en que la palabra «notable» es poco apropiada, puesto que se aplica en general a fenómenos que duran como máximo 3 segundos. Estos meteoros tenían otra particularidad, no dejaban ninguna estela de su paso. Fueron descritos como sigue: «Parecían estrechamente agrupados, como una bandada de patos salvajes desplazándose a la misma velocidad, con la misma gracia regular».

Según numerosas observaciones⁴⁸⁵ reunidas por el profesor Chant, de Toronto, el 9 de febrero de 1913 apareció un espectáculo que se pudo apreciar en Canadá, en los Estados Unidos, en el mar y en las Bermudas: «un cuerpo luminoso dotado de una larga cola y que aumentó de tamaño muy rápidamente». Los observadores están en desacuerdo en cuanto a determinar si el cuerpo era uno o estaba compuesto de 2 o 4 partes, todas dotadas de una cola. El grupo de objetos o la estructura completa de que se tratase avanzaba «con una singular y deliberada majestad». «Desapareció a lo lejos, y otro grupo apareció en su lugar de origen, avanzando a su vez, por tres o cuatro, tan reposadamente como el primero». Después desapareció y fue seguido por un tercer grupo. Algunos observadores compararon el espectáculo con una flota de naves aéreas; otros, con acorazados escoltados por cruceros y destructores. Uno de ellos comentó:

«Había probablemente 30 o 32 cuerpos, y lo más extraño era la manera de moverse por grupos de 4, de 3 o de 2, alineados en una fila. La alineación era tan perfecta que se hubiera creído una flota aérea en plena maniobra después de un severo entrenamiento».

Una carta del capitán Charles J. Norcock,⁴⁸⁶ del buque inglés *Caroline*, señala que el 24 de febrero de 1893, a las 10 de la noche, entre Shanghái y Japón, el oficial de máquinas señaló «dos resplandores no habituales» entre el buque y una montaña de 2000 metros de altura. Estos resplandores parecían globulares, y se movían a veces en masa, a veces en líneas irregulares. Avanzaron durante 2 horas en dirección al norte, después desaparecieron. A la noche siguiente volvieron a aparecer. Fueron eclipsados un momento por una pequeña isla, iban siempre al norte a la misma velocidad y en la misma dirección que el *Caroline*. Pero se reflejaban extrañamente, desplazando por debajo de ellos y sobre el horizonte cierta radiación. Un examen por telescopio aportó pocas precisiones; decía que los resplandores eran rojos y parecían emitir una débil humareda. Esta vez, el fenómeno duró 7 horas y media.

El capitán Norcock añade que, en los mismos parajes, y más o menos en el mismo momento, el capitán Castle, del buque inglés *Leander*, vio varias luces cambiando de dirección para ir a su encuentro, pero después huyeron, desplazándose esta vez más alto en el cielo.

Según un informe⁴⁸⁷ tomado de las observaciones de tres miembros de la tripulación del teniente Frank M. Schofield, del buque americano *Supply*, el 24 de febrero de 1904, 3 objetos luminosos, de distintos tamaños —el mayor con un diámetro de 6 soles—, se manifestaron a poca altura por debajo de nubes de una altura estimada en 2 kilómetros. Huyeron o dieron media vuelta, ascendieron en un solo movimiento hasta ocultarse en las nubes, de donde habían salido. Pero esta unidad de movimiento no cambia nada a su diferencia de tamaño, ni a sus diferentes susceptibilidades a las fuerzas de la tierra y del aire.

He aquí, finalmente, dos cartas⁴⁸⁸ de C. N. Crotsenburg, de Crow Agency (Montana). Durante el verano de 1896, el observador estaba empleado en los vagones postales, y conocía por su larga experiencia todos los fenómenos relativos a su puesto. Un día en que su tren se desplazaba en dirección al norte, después de Trenton (Montana), él y otro empleado vieron, en las tinieblas de una espesa lluvia, una luz de apariencia redonda y color rosáceo, que parecía tener 30 centímetros de diámetro, flotar a 30 metros del suelo, y después elevarse

«a medio camino entre el horizonte y el cénit». El viento soplaba fuerte del este, pero la luz continuó yendo hacia el norte.

Su velocidad variaba. A veces pasaba «muy considerablemente» al tren, otras veces parecía ir a la cola. Los empleados de correos la contemplaron hasta el momento de alcanzar Lynnvile (Iowa). La luz desapareció tras el depósito de esta ciudad y ya no se la vio más. No había dejado de llover, pero había poca actividad eléctrica, lo que no impide a Crotsenburg explicar el prodigio por los «rayos en bola» o los «globos de fuego». Pero el redactor de la *Review* no está de acuerdo con él, pues cree que la luz podía ser un reflejo de la lluvia, de la niebla, de las hojas de los árboles temblando en la lluvia o de las luces del tren.

En el número de diciembre fue publicada una carta de Edward M. Boggs, en la que sugería que la luz era un reflejo de la caldera de la locomotora sobre los hilos telegráficos mojados, una aparición que, lejos de presentarse estriada por los hilos, pudo ser englobada en una sola redondez, y parecer oscilar con cada ondulación de estos hilos; acercarse o alejarse horizontalmente con los diversos ángulos de reflexión; después, avanzar o retrasarse cada vez que el tren tomaba una curva.

Es un ejemplo perfecto de seudorrazonamiento. Incluye y asimila diferentes datos, pero excluye el que amenaza con destruirlo. El simple hecho de que los hilos telegráficos bordeaban la vía más allá de Lynnvile y no solamente antes de llegar allí.

Mr. Crotsenburg piensa en los «rayos en bola», los cuales, aun ofreciendo un molesto desorden a todas sus especulaciones, se suponen generalmente en concordancia con el viejo sistema de pensamiento. Pero su conciencia de «alguna otra cosa» se expresa en algunos pasajes de sus dos cartas, cuando declara: «Tengo que revelar algo tan extraño que jamás lo hubiera mencionado ni siquiera a mis más íntimos amigos... si no hubiera sido confirmado de manera tan irreal que vacilo en hablar de ello, por miedo de que sea una locura de mi imaginación».

477 *Notes and Queries*, 5, 3, 306.

478 *London Times*, 5 de octubre de 1877.

479 *L'Année Scientifique*, (1877), 45.

480 *London Times*, 19 de septiembre de 1848.

481 *L'Année Scientifique*, (1888), 66.

482 *Nature*, 35, 173.

483 *London Times*, 9 de enero de 1866.

484 *Report of the British Association*, (1877), 152.

485 *Jour. Roy. Astro. Soc. of Canadá*, (noviembre y diciembre, 1913).

486 *Nature*, 25 de mayo de 1893.

487 *Monthly Weather Review*, (marzo, 1904), 115.

488 *Monthly Weather Review*, (agosto, 1898), 358.

Enorme y negro, el objeto posado, como un cuervo, sobre la Luna. Bolas de cañón, redondas y lisas, que han caído en la Tierra.

Nuestros cerebros son inestables.

Objetos completamente idénticos a bolas de cañón han caído en la Tierra en plena tormenta.

Aguaceros de sangre. Aguaceros de sangre. Aguaceros de sangre...

Cualquier cosa que haya podido ser esa sustancia roja y desecada, ese polvo de ladrillo rojo que cayó en el Piamonte el 27 de octubre de 1814⁴⁸⁹ o el polvo rojo que, en invierno de 1867, se abatió sobre Suiza,⁴⁹⁰ algo ha sangrado muy lejos de esta Tierra, algún superdragón ha chocado contra un cometa.

Hay en alguna parte del cielo océanos de sangre, una sustancia que se deseca y cae en forma de polvo y después flota durante siglos en un vasto territorio que los aviadores conocerán un día bajo el nombre de Desierto de Sangre. No me adentraré muy lejos, por el momento, en la supergeografía, pero el Océano de Sangre o el Desierto de Sangre, o tal vez los dos, están muy próximos a Italia.

Sospecho que debía de haber corpúsculos en la sustancia caída en Suiza, pero todo lo que se señaló, en 1867, fue que contenía una gran proporción «de materia orgánica diversamente configurada». En Giessen (Alemania), en 1821, según el *Report of the British Association*,⁴⁹¹ se vio una caída de lluvia de color rojo melocotón que contenía copos de color jacinto, de los que se nos dice eran de materia orgánica, de restos de mariposa *pyrrha*.

Sin embargo, se nos dice muy claramente de cierta lluvia roja, exactamente de una nieve roja, que tenía una composición corpuscular. Cayó el 12 de marzo de 1876 cerca del Crystal Palace, en Londres.⁴⁹² No me opongo a la «nieve roja» de las regiones polares o montañosas, porque no se la ha visto jamás caer del cielo: es una erupción de microorganismos o un «protococcus» que se desarrolla incluso en la nieve. Pero esta vez no se habla de «arenas del Sahara»: la materia del 12 de marzo de 1876 estaba, se dice, compuesta de corpúsculos de apariencia vegetal, es cierto. Pero, dicho sea de paso, 9 días antes había caído la sustancia roja de apariencia cárnica en el condado de Bath, en Kentucky.

Hagamos la suma de nuestros elementos supergeográficos. Hay regiones gelatinosas, regiones sulfurosas, regiones frías y tropicales, una región que fue fuente de vida en relación con la tierra, regiones en que la densidad es tan grande que todo lo que sale de ellas estalla al penetrar en la atmósfera terrestre.

Hemos hablado de granizo explosivo. Tengo ahora todas las razones para creer que se forman en un medio más denso que el aire terrestre al nivel del mar. En el *Popular Science News*,⁴⁹³ se menciona que se ha fabricado hielo bajo una gran presión, en los laboratorios de la Universidad de Virginia. Este hielo, una vez puesto en contacto con el aire normal, estalla bruscamente.

Volvamos a esta sustancia de apariencia cárnica, de Kentucky: ¿no cayó bajo forma de copos? El fenómeno del aplastamiento bajo presión se nos ha hecho familiar, pero el de presión desigual según los diferentes lados es extraordinario. En el *Annual Record of Science*⁴⁹⁴ se dice que, en 1873, después de una tempestad en Louisiana, un número prodigioso de escamas de peces fue hallado sobre 24 kilómetros a lo largo de las orillas del Misisipi. Se recogieron en algunos lugares sacos enteros de escamas de gar, una especie de pez que pesa entre 2 y 20 kilos.

Parece imposible aceptar tal identificación: se piensa en una sustancia comprimida en copos o escamas. Algunas piedras de granizo de forma redonda se hallan bordeadas de franjas delgadas, pero amplias, de hielo irregular. En el *Illustrated London News*⁴⁹⁵ se citan algunos casos. Son algo estacionario, se diría que han sido retenidas bajo un campo de placas glaciares.

Un día promoveré una tesis que colmará mi positivismo avanzado: los demonios han venido a visitar esta Tierra, demonios extranjeros, de apariencia humana, con barba en punta, buenos cantantes, mal calzados de un pie, pero exhalando azufre con indiferencia. Siempre me he sentido impresionado por la frecuente recurrencia del azufre con todo lo que cae del cielo. En Orkney, el 24 de julio de 1818,⁴⁹⁶ una caída de bloques de hielo dentados expandió un fuerte olor sulfuroso. ¿Y esta especie de coque que, en Mortrée (Francia), cayó el 24 de abril de 1887 con una sustancia sulfurosa? ¿Y los enormes objetos redondos que ascendieron del fondo del océano en torno al Victoria? Ya sea que aceptemos que se trataba de superconstrucciones surgidas de una atmósfera más densa, en peligro de descomposición, venidas a hundirse en el océano para hallar un alivio, emergiendo después de nuevo para reemprender el camino de Urano y de Júpiter..., el caso es que propagaban un fuerte olor a azufre. Y, de todos modos, esta idea de proximidad se opone a la explicación oficial que quiere que estos

objetos, lejos de salir del pleno mar, se hayan elevado por encima del horizonte, dando ilusión de proximidad.

Una cosa más. En *Nature*, se cita que el 1 de julio de 1898, en Sedberg, un observador vio elevarse hacia el cielo un objeto rojo de 10 metros de largo, o, para emplear su expresión más exacta, algo que se parecía a la parte roja de un arcoíris.⁴⁹⁷ El cielo estaba entonces totalmente oscuro, el Sol se había ocultado y caía una espesa lluvia.

El dato que me impresiona más en este libro es el de las caídas sucesivas. Si en un espacio restringido caen objetos del cielo, después vuelven a caer de nuevo, y así aún, otra vez, no son el producto de un torbellino, el cual, incluso es estacionario axialmente, se vierte siempre tangencialmente. Igual que las ranas de Wigan que cayeron de nuevo.

En cuanto a los casos de sustancias gelatinosas caídas a la Tierra en compañía de meteoritos, sostengo que estos últimos, al atravesar los temblorosos y protoplasmáticos mares de Genesistrina, les han arrancado fragmentos de gelatina y de protoplasma que los han escoltado en su caída. Y a este propósito, advierto a todos los aviadores que un día se encontrarán sofocándose en una reserva de vida, o pegados a la misma como moscas a un budín.

Pero el elemento positivo de mi composición reclama una apariencia de plenitud. Si hay lagos supergeográficos poblados de peces, hay meteoritos para hundirse en los mismos antes de llegar a la Tierra. Y mi estructura positiva debe registrar, aunque sea un solo caso de meteorito arrastrando consigo un banco de peces.

En Perú, el 4 de febrero de 1871,⁴⁹⁸ sobre la orilla de un río, cayó un meteorito. Se hallaron en el lugar varios peces muertos, pertenecientes a distintas especies. La tentativa de correlación quiere que «estos peces hayan sido proyectados fuera del agua, es decir, contra el bloque de piedra». El hecho de que esta eventualidad sea o no imaginable depende de las hipnosis individuales. Pero otra teoría⁴⁹⁹ quiere que los peces hayan caído entre los fragmentos de meteoritos.

Bastantes páginas antes he citado el caso de una piedra esculpida caída en Tarbes. Esta es, a mi modo de ver, la más impresionante de mis nuevas correlaciones. Recuerden este hecho: estaba cubierta de hielo. Si pasáramos por el tamiz todo el contenido de este libro y rechazáramos la mitad, me gustaría que este dato pudiera sobrevivir. Llamar la atención hacia la piedra de Tarbes sería, a

mi modo de ver, una empresa conforme al espíritu de este libro.

Y sobre los fragmentos de los bancos de hielo supergeográficos, estos bloques de hielo planos dotados de estalactitas, creo que no he recalcado lo suficiente el hecho de que, en los casos en que estas estructuras no eran estalactitas, semejantes protuberancias cristalinas indicaban de todos modos una larga suspensión.

En *Popular Science News*⁵⁰⁰ se señala que, en 1869, cerca de Tiflis, cayeron enormes piedras de granizo dotadas de protuberancias. «Su característica más notable es el hecho de que, a juzgar por nuestros actuales conocimientos, tuvo que ser necesario un largo periodo de tiempo para su formación». Otra fuente, el *Geological Magazine*,⁵⁰¹ precisa la caída el 27 de mayo de 1869. El autor indica que «estas erupciones cristalinas han debido permanecer en suspensión durante muy largo tiempo».

Y este fenómeno se repite una y otra vez. Catorce días más tarde, en el mismo lugar, caían más de estas piedras de granizo.

Ríos de sangre, como venas que surcan mares albuminosos, en una estructura parecida al huevo y la tierra en lugar de su incubación. Estas son las superarterias de Genesistrina. Las puestas de sol son el modo de pecararse. Enrojecen a veces el cielo con resplandores nórdicos, son depósitos superembrionarios de los que emanan las formas de vida.

Nuestro sistema solar, en su conjunto, no es más que un organismo viviente, sujeto de vez en cuando a hemorragias internas. De ahí los vastos cuerpos de materia viviente en el cielo, como los que se encuentran en los océanos. O aún, en un lugar, en un periodo muy especial, un objeto viviente del espacio, grande como el puente de Brooklyn, es muerto por otro, grande como el Central Park.

Y sangre. Pienso en los bancos de hielo celestes, que no caen jamás a la Tierra, pero cuya agua se vierte tan fácilmente. Según el profesor Luigi Palazzo,⁵⁰² jefe de la Oficina Meteorológica de Italia, el 15 de mayo de 1890 cayó, en Messignadi (Calabria), algo que se parecía mucho a sangre fresca. La sustancia fue examinada en los laboratorios de salubridad pública, en Roma. Se la identificó con la sangre. «La explicación más válida de este terrorífico fenómeno es que bandadas de pájaros migratorios (codornices o golondrinas) han sido desmembradas por la violencia del viento». Pero no se menciona que haya habido, en este instante preciso, un viento violento, el cual, por otro lado, hubiera dispersado fácilmente la sustancia en cuestión. Tampoco se vieron caer

pájaros, ni se recogió siquiera una pluma de pájaro.

Queda un solo dato: esta lluvia de sangre celeste.

Además, está el hecho de que, en el mismo lugar, más tarde, volvió a caer sangre del cielo.

489 *Electric Magazine*, 68, 437.

490 *Pop. Sci. News*, 10, 112.

491 *Report of the British Association*, 5, 2.

492 *Year Book of Facts*, (1876), 89; *Nature*, 13, 414.

493 *Pop. Sci. News*, 22, 38.

494 *Annual Record of Science*, (1873), 350.

495 *Illustrated London News*, 34, 546.

496 *Trans. Roy. Soc. Edin.*, 9, 187.

497 *Nature*, 58, 224.

498 *Nature*, 3, 512.

499 *Nature*, 4, 169.

500 *Pop. Sci. News*, 24, 34.

501 *Geological Magazine*, 7, 27.

502 *Pop. Sci. News*, 35, 104.

Un corresponsal⁵⁰³ que había vivido en el Devonshire, recuerda un acontecimiento ocurrido hace 35 años. El suelo estaba recubierto de nieve, y todo el sur del Devonshire se despertó una buena mañana para descubrir en la nieve virgen huellas desconocidas hasta aquel día, «huellas de garras de forma inclasificable», alternando a intervalos inmensos pero regulares con lo que se parecía mucho a la impresión de la punta de una pica. Las huellas estaban esparcidas en un territorio sorprendentemente vasto, y parecían haber escapado de todo obstáculo posible, como cercados, murallas y casas. Ante la excitación general, los cazadores y los perros siguieron esta extraña pista hasta un bosque, ante el cual los perros huyeron aullando de terror, de modo que nadie se atrevía a explorarlo.

Otro corresponsal⁵⁰⁴ recuerda el mismo incidente. Se trataba de huellas de tejón, y la excitación general «había dejado paso en un solo día a la más completa calma».

Pero un tercer corresponsal⁵⁰⁵ había conservado los moldes de estas huellas, que su madre había obtenido en la nieve de su jardín, en Exmouth. Se trataba de huellas de pezuñas pertenecientes a un animal bípedo.

Finalmente, un último corresponsal⁵⁰⁶ recordaba la emoción y la consternación de «algunas clases». Dijo que un canguro escapado de una casa de fieras «había, por la separación y la forma peculiar de sus huellas, acreditado alguna aparición diabólica».

Esta es la historia que voy a relatar ahora desde fuentes contemporáneas. He preferido comenzar ante todo con los relatos ulteriores para hacer hincapié en la impresión de correlación que proporciona el tiempo transcurrido, por adición, negligencia o distorsión; por ejemplo, esta calma total renacida «en un solo día»: la agitación prosiguió, en realidad, durante varias semanas.

Todo fenómeno es «explicado» en términos de la Dominante Contemporánea. Yo también me contentaré con traducir que los demonios que dejan sus huellas en la nieve pertenecen a la Tercera Dominante, y, en el siglo XIX, era asunto de puro tropismo humano interpretar las huellas como

pertenecientes a garras. Las huellas de cascos no son solamente de caballos, sino también demoniacas. En el siglo XIX, eran garras. Y, sin embargo, la mención viene directamente del profesor Owen, uno de los biólogos más grandes de su época, pese a la opinión contraria de Darwin. En la Biblioteca Municipal de Nueva York existen dos moldes de estas huellas, pero ninguno sugiere, ni siquiera accesoriamente, una huella de garras. Concluyo, pues, de ello que el profesor Owen, lejos de explicar sea lo que fuere, se dedicó al pequeño trabajo clásico de correlación.

Una de las versiones posteriores busca reducir este incongruente acontecimiento a la Antigua Dominante, integrándolo al paisaje familiar de los cuentos de hadas, y a desacreditarlo al unirlo con el terreno tradicional de la ficción, con elementos como los aullidos de perros aterrorizados, que se niegan a penetrar en el bosque maldito. Se sabe que fueron organizadas expediciones de caza, pero los perros aulladores y aterrorizados no aparecen en ningún relato contemporáneo a los acontecimientos.

La hipótesis del canguro intenta adaptarse a la necesidad urgente de algún animal susceptible de dar saltos gigantescos, ya que algunas huellas fueron halladas en los techos de las casas. Un poco más tarde, la dispersión de las huellas de pasos obligó al rumor público a inventar un segundo canguro, para tomar bien la medida pese a que la línea de las huellas fuera rigurosamente única.

Considero que hubieran sido necesarios no menos de 1000 canguros de pata coja, todos con una herradura pequeña, para dejar en la nieve las huellas del Devonshire.

Y he aquí la versión periodística:⁵⁰⁷

«Se señala una considerable sensación en los pueblos de Topsham, Lymphstone, Exmouth, Teignmouth y Dawlish, en el Devonshire, causada por el descubrimiento, el 8 de febrero de 1855, de una increíble cantidad de huellas de formas extrañas y misteriosas». Aquí aparece ya la increíble multiplicidad de las huellas de pasos descubiertas en el enorme espacio limitado por los distintos pueblos. Se encontraron incluso en los lugares más extraños, jardines cerrados por altos muros, campo raso y techos de casas. En Lymphstone, no hubo, por así decirlo, un solo jardín que no hubiera recibido esta indescriptible visita.

Hemos citado muy a menudo informes indiferentes, pero ninguno supera en pura negligencia a aquel que atribuye las huellas a un bípedo antes que a un cuadrúpedo, bajo el pretexto de que se presenta en una sola línea, como si un

bípido hubiera situado un pie precisamente frente al otro... a menos que hubiera saltado. Se dice que las huellas «estaban, en general, a 25 centímetros unas de otras». «La huella del pie se parece más o menos al casco de una mula, y mide 4 centímetros, a veces 6». Se trataba, en suma, de conos de base truncada, en forma de media luna. Los diámetros citados son los de los cascos de asnos muy jóvenes, demasiado pequeños para ser comparados razonablemente con los cascos de una mula.

El domingo pasado el reverendo Musgrave hizo alusión al hecho durante su sermón. Sugirió la posibilidad de que se tratase de un canguro, pero esto me parece imposible, visto que las huellas han sido descubiertas a uno y otro lado del Este. Todo lo cual deja una impresión de misterio, y muchos habitantes supersticiosos tienen miedo durante la noche de aventurarse afuera.

El Este es un pequeño lago de 3 kilómetros y medio de largo.

El interés suscitado por este fenómeno aún no ha disminuido. Se continúa efectuando encuesta tras encuesta en cuanto al origen de las huellas de pasos que causaron tal consternación en la madrugada del 8 de febrero último. Como adición a las circunstancias mencionadas en el *Times*, hace algún tiempo, se puede añadir desde ahora que en Dowlish numerosas personas han formado una tropa armada, provista de fusiles y otras armas, con el eventual fin de encontrar y destruir el animal supuesto como responsable de estas huellas. Como podría esperarse, la tropa vuelve siempre con las manos vacías. Se han hecho numerosas especulaciones sobre la naturaleza de las huellas. Algunos han hablado de un canguro, otros han hecho alusión a las huellas de patas dejadas por grandes pájaros empujados a las costas por el mal tiempo. En varias ocasiones se ha hecho circular el rumor de que se había capturado algún animal escapado de una casa de fieras, pero el misterio sigue insoluble.⁵⁰⁸

En el *The Illustrated London News*,⁵⁰⁹ se consagra al prodigio un amplio espacio, reproduciendo principalmente un croquis de las fabulosas huellas. Yo, por mi parte, las describiría una vez más bajo su aspecto de conos de base truncada, salvo que son algo alargadas, como cascos de pollinos, pero espaciadas en línea recta. Las huellas representadas en el croquis estaban espaciadas por distancias de 25 centímetros, y esta separación fue revelada como invariable en cada pueblo. Se mencionan otras localidades además de las citadas en el *Times*. El

autor del artículo, que ha vivido mucho tiempo en Canadá y estaba familiarizado con toda clase de huellas, declaró no haber visto jamás «huellas tan claramente marcadas en un campo de nieve». Insistiendo en el punto que parece olvidar el profesor Owen, añadió: «Ningún animal conocido deja un rastro de pasos rectilíneo, y tampoco el hombre». Para concluir, sugería que estas marcas no eran huellas de pasos. Y el detalle que dio en este punto de su exposición puede ser muy bien simplemente crucial.

Sea cual sea el origen de tales huellas, parecían haber levantado la nieve más que haberla comprimido, ya que, tras ellas, la nieve tenía la apariencia de «haber sido marcada como por un hierro incandescente».

En el *Illustrated London News*,⁵¹⁰ el profesor Owen, discutiendo el croquis publicado, no renuncia a su convicción. Dijo que se trataba siempre, para él, de huellas en forma de garra dejadas por un tejón. Su carta se ve seguida por una abundante correspondencia. Un corresponsal habla de un «cisne perdido». Musgrave envía a su vez un croquis de cuatro huellas rectilíneas. Ninguna tiene forma de garra.

Un pequeño estudio sobre la psicología y génesis de una tentativa de correlación dice que el señor Musgrave declara: «He juzgado bien, en un momento dado, el mencionar la palabra “canguro”. No tengo confianza real alguna en esta solución, pero me declaro feliz de que haya habido un canguro en el aire, ya que esta idea se opone a la impresión peligrosa, degradante y falsa de que podía tratarse del diablo. Mi palabra llegó en el momento oportuno y fue sin duda saludable».

Jesuita o no, no importa, esta es mi opinión: si bien la controversia me ha puesto a menudo a semejante actitud, soy de la opinión de que toda relación del pasado ha sido considerada en este libro en relación con la Dominante de su época.

Paso rápidamente sobre otros testimonios. La correspondencia del *News* fue tan importante que el número del 10 de marzo tuvo que contentarse con publicar una selección. Se trataba sucesivamente de una nutria, de una rata y de un chotacabras. Alguien emitió incluso la opinión de que una liebre había podido galopar con las patas juntas por pares de modo que dejara un rastro rectilíneo.

Pero, mientras —poco a poco— se revisen las hojas del *London Times*, se hallará, en la fecha del 14 de marzo de 1840, la mención siguiente:

En las altas montañas del distrito superior en el que están contiguos Glenorchy, Gleyon y Glenochay, se han descubierto varias veces en la nieve, durante el invierno último y el precedente, las huellas de un animal hasta ahora desconocido en toda Escocia. Estas huellas, en todos sus aspectos, eran idénticas a las de un asno de respetable talla, aunque la planta era ligeramente más larga y tal vez menos redonda. Hasta ahora, nadie ha tenido la buena fortuna de observar, aunque fuera por un solo instante, a esta criatura cuya forma y dimensiones permanecen en el misterio. Solo la profundidad de las huellas en la nieve da a entender que debe de tratarse de una bestia enorme. Se ha observado igualmente que su marcha no se parecía a la de la generalidad de los cuadrúpedos, sino que se parecía a los saltos de un caballo asustado o perseguido. Estas huellas no han sido descubiertas en una sola localidad, sino en un territorio de una veintena de kilómetros.

Finalmente, en *The Illustrated London News*,⁵¹¹ un corresponsal de Heidelberg escribe, «con la autoridad de un médico polaco», que en la frontera de Galitzia, en la Rusia polaca, en la Piashowa-gora (la colina de arena), se encuentran cada año huellas completamente idénticas en la nieve y a veces en la misma arena de la colina. «Sus habitantes —concluye la carta— las atribuyen a causas sobrenaturales».

FIN

503 *Notes and Queries*, 7, 8, 508.

504 *Notes and Queries*, 7, 9, 18.

505 *Notes and Queries*, 7, 9, 70.

506 *Notes and Queries*, 1, 9, 253.

507 *London Times*, 16 de febrero de 1855.

508 *London Times*, 6 de marzo de 1855.

509 *The Illustrated London News*, 24 de febrero de 1855.

510 *The Illustrated London News*, 3 de marzo de 1855, 214.

511 *The Illustrated London News*, 17 de marzo de 1855.

CHARLES FORT

ESTADOS UNIDOS, 1874-1932

Fue un **investigador** estadounidense, conocido por dedicarse al estudio de fenómenos anómalos e inexplicables no solventados por la ciencia moderna.

Charles Fort fue quien comenzó a hablar sobre objetos voladores **no identificados** antes que cualquier otro investigador. Asimismo, acuñó por primera vez el término «teletransportación» para describir la supuesta conexión entre misteriosas apariciones y desapariciones en distintas partes del mundo.

Con él se inicia el pensamiento «forteano», que se usa para caracterizar los **fenómenos** que él investigó. Su obra sigue inspirando a admiradores, que se refieren a sí mismos como «forteanos», y ha influido en algunos aspectos de la ciencia ficción.

Encuéntranos en:



